ANTONIO ARENAS Y RAFAEL PLAZA

RAFA & ROGER

Un recorrido por la rivalidad más importante de la historia del tenis

LIBROS CÚPULA

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
¿DÓNDE NOS CONOCIMOS?
CONTINUARÁ… MANACOR
UN DIÁLOGO A CORAZÓN ABIERTO MANACOR
UNA HUIDA HACIA ADELANTE. BRISBANE Y PERTH
LOS MÁS GRANDES HAN VUELTO. MELBOURNE
NO ES UN SUEÑO. DUBÁI Y ACAPULCO
TENIS EN EL PARAÍSO. INDIAN WELLS
DONDE EMPEZÓ TODO. MIAMI
CASTILLOS DE ARENA. MONTECARLO Y BARCELONA
UNA SEMANA MÁGICA. MADRID
INMORTAL. ROMA
UN REY SOBRE LA TIERRA (I). PARÍS
UN REY SOBRE LA TIERRA (II). PARÍS
UN REY SOBRE LA TIERRA (III). PARÍS
LA HIERBA ES SUIZA. LONDRES
UNO Y DOS. CANADÁ Y CINCINNATI
EL SONIDO DE LA VICTORIA. NUEVA YORK
SIEMPRE HAY UNA PRIMERA VEZ. PRAGA
對手. PEKÍN Y SHANGHÁI
UNO PARA TODOS. PARÍS-BERCY
LARGA VIDA A LOS MEJORES. LONDRES
TODO SIGUE IGUAL. MELBOURNE
EPÍLOGO. RÓTERDAM
ANEXOS
AGRADECIMIENTOS
LÁMINAS
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Partiendo de la temporada 2017, el año que vio a la legendaria pareja de contrarios volver a gobernar el circuito con puño de hierro tras tiempo en un segundo plano, los autores recorren desde dentro las personalidades, los encuentros y desencuentros de Nadal y Federer, después de compartir durante años el día a día con ellos.

RAFA&ROGER

Un recorrido por la rivalidad más importante de la historia del tenis

ANTONIO ARENAS Y RAFAEL PLAZA

A nuestras madres Marga e Inés, las primeras
que nos pusieron un libro en las manos

PRÓLOGO

El año pasado, en los viajes que realicé a algunos de los mejores torneos del mundo, tuve la suerte de presenciar en directo las gestas de Nadal y Federer que se cuentan en este libro.

Muchos amigos me dicen que viajo demasiado y que, con la edad que tengo, debería quedarme en casa a descansar en vez de estar cogiendo aviones y viendo partidos de tenis en las diferentes pistas del mundo. Hay jugadores que se sorprenden al verme en cada ciudad. «¡Manolo, si vas a más torneos que yo!», me repiten. Pero luego me dan un afectuoso abrazo y me dicen que se alegran muchísimo de que esté allí apoyándoles en las pistas.

De manera reciente he presenciado cómo Rafa se tiraba a la piscina del Real Club de Tenis Barcelona tras conquistar el Conde de Godó, cómo se rendía al público de Madrid, cómo se emocionaba en París, cómo conquistaba Nueva York por tercera vez y cómo volvía a ser número uno del mundo. ¡Y todo en cinco meses! Y por si fuera poco, tuve la inmensa fortuna de contemplar en Londres cómo Federer levantaba su octavo torneo en Wimbledon.

¿Cómo no voy a seguir viajando a los torneos? ¿Cómo podría perderme estos momentos? El tenis es mi pasión, es mi vida. Y Nadal y Federer han sido una parte importante de ella. Por eso, cada vez que ganan ellos, creo que ganamos todos. Gana el tenis.

Recuerdo a la perfección la cara de algunos periodistas extrañados cuando, al preguntarme a finales de 2016 por Nadal y Federer, les dije que volverían a lo más alto y a ganar torneos del Grand Slam. Algo dentro de mí me decía que volverían a conquistar Roland-Garros y Wimbledon. Algún amigo incluso me dijo que estaba loco, que aquello era imposible. Y quizá tuviera razón, puede que estuviera algo loco, pero en estas últimas dos décadas he sido testigo de momentos de auténtica locura en los que me prometí no volver a dudar ni de Rafa ni de Roger.

Ver a Rafa ganar en la pista que lleva su nombre en Barcelona fue espectacular, y verle luego levantar el trofeo en la Caja Mágica una vez más fue algo tan increíble que aún me emociono. Como director del Mutua Madrid Open

he tenido el honor de entregarle la copa de campeón a Federer en tres ocasiones, y a Rafa en cinco. Pero la de este año tuvo para mí un componente emotivo muy fuerte por todo lo que había pasado Rafa con las lesiones. Por eso, cuando Nadal conquistó su décimo Roland-Garros no me cabía la sonrisa en la cara. Poder compartir con él la cena de celebración de su título será algo que no olvidaré nunca.

Antonio y Rafa, los autores de este libro, son dos de los periodistas que más viajan por el circuito. Son dos grandes profesionales a los que he visto trabajar en los torneos y creo que han captado de manera perfecta la esencia de lo que Nadal y Federer representan para la historia del deporte.

Rafa y Roger no solo han protagonizado una de las mayores rivalidades de nuestro deporte, ellos han conseguido elevar al tenis a una nueva dimensión. Sus enfrentamientos han despertado la atención de todo el mundo y han conseguido que miles de personas conociesen nuestro deporte. Conozco a muchas personas a las que no les gustaba el tenis especialmente, pero que se han aficionado a seguirlo por televisión gracias a Nadal, a Federer o a ambos. Esta promoción es un legado que quedará para siempre. Los partidos entre ambos son uno de los tesoros más grandes que jamás podrá tener el tenis. Lo que yo viví en la final de Wimbledon en 2008 es algo sencillamente indescriptible, el mejor partido de tenis que se haya jugado nunca por todo lo que implicó la épica victoria de Rafa. Ellos lo han cambiado todo y le han dado la vuelta a la manera que teníamos de percibir las rivalidades.

Nadal y Federer son un ejemplo a seguir. No solo por su tremenda calidad tenística, sino por los valores humanos que encarnan y por las virtudes que demuestran tanto dentro como fuera de la pista. Una de las cosas que más admiro de Rafa y Roger es el profundo respeto que sienten por los jugadores que ya estamos retirados. Al margen del cariño mutuo y del afecto personal que podamos tener con ellos, nunca dejan de repetir lo importante que nosotros hemos sido para la historia del tenis. Es un detalle precioso que yo valoro mucho. Sobre todo teniendo en cuenta que viene de dos jugadores que han hecho mucho más de lo que cualquiera hubiéramos soñado. ¡Son los que merecen nuestros piropos!

Sé lo que es ganar un Grand Slam, el esfuerzo y el sacrificio que conlleva. Tuve la inmensa fortuna de lograr cuatro en mi carrera y por eso creo que sé valorar aún más el profundo significado de lo que supone conseguir 10, 15 o 20.

Lo de Nadal y Federer es sencillamente impresionante.

Al margen de la rivalidad deportiva que existe entre los dos, Nadal y Federer han vivido momentos que les han unido para siempre. Y ese vínculo es tan fuerte que nos ha hecho a los demás sentirnos partícipes de todo ello. Rafa y Roger han compartido lágrimas, se han reído hasta desternillarse, se han consolado mutuamente, se han felicitado constantemente, ¡y hasta han competido juntos en el mismo equipo!

Su historia es la más grande jamás contada en el mundo del tenis. Y las páginas de este libro recogen una parte de ella.

Espero que lo disfrutéis.

Manolo Santana

¿DÓNDE NOS CONOCIMOS?

Rafa Nadal no se acuerda exactamente dónde vio por primera vez a Roger Federer, ni Roger Federer recuerda dónde vio por primera vez a Rafa Nadal.

La memoria es tan poderosa como caprichosa, y es normal que los dos tenistas hayan extraviado ese momento al que posiblemente no le dieron mucha importancia cuando ocurrió.

La mayoría de la gente no es consciente, y ahí se podrían incluir algunos ilustres representantes de un nutrido grupo de expertos, pero la realidad es que Nadal y Federer inauguraron su cara a cara particular en un partido de dobles.

Fue el 16 de marzo de 2004, en la segunda ronda del Masters 1000 de Indian Wells. El español formaba pareja con Tommy Robredo, el suizo lo hacía con Yves Allegro y la victoria (5-7, 6-4 y 6-3) cayó del lado de Nadal y Robredo, que avanzaron a cuartos de final sin darse cuenta de la importante página que se acababa de escribir sobre el cemento del Estadio 2 de Indian Wells, en California.

En diciembre de 2016, más de doce años después de ese primer cruce, Rafa y Roger se habían enfrentado en treinta y cuatro ocasiones en individuales (23-11 para el español) y tres en dobles (2-1 también para Nadal), construyendo dos carreras inigualables y meteóricas.

Más de una década después de que se inaugurase el enfrentamiento entre los dos colosos, lo que sucedió durante la temporada 2017 le dio un giro completamente inesperado a la rivalidad más importante de la historia del tenis y obligó a recuperar esa pregunta en un lógico intento de entender el presente buceando en el pasado.

¿Dónde nos conocimos, Rafa? ¿Dónde nos conocimos, Roger?

En algún lugar del mundo, pero eso no importa en absoluto. Lo que de verdad importa es todo lo que hemos vivido para llegar hasta aquí.

CONTINUARÁ…

MANACOR

Bajo el cálido e intenso sol otoñal que abriga siempre los noviembres mallorquines, Rafa espera pacientemente a Roger. Federer llega tarde a la cita.

Tras más de tres meses de baja en el circuito por culpa de la operación en la rodilla izquierda a la que se sometió para reparar una rotura de menisco, Federer se dispone a realizar su primera aparición pública en un contexto tenístico. Ha recibido una invitación imposible de denegar, una convocatoria especial y única a la que deseaba acudir por encima de cualquier otra cosa. Sin embargo, su avión privado, el que debía trasladarle de Zúrich a Mallorca, no puede despegar aún. El suizo, contraviniendo los tópicos sobre la puntualidad helvética, no iba a ser puntual.

Rafa aguarda paciente. Tras años de planificación, trabajo, esfuerzo y sacrificio por parte de toda la familia Nadal y de un equipo entregado al fascinante proyecto, había llegado la hora de enseñarle al mundo la Rafa Nadal Academy by Movistar, un proyecto cuya construcción había arrancado el 3 de noviembre de 2014. Y Rafa no quería hacerlo solo. Anhelaba y deseaba vivir esa histórica fecha con Roger. Nadie mejor a su lado para simbolizar el legado de una carrera deportiva tan sacrificada y prolífica. Nadie capaz de ejemplarizar de una manera tan certera los cánones del magisterio deportivo. Y nadie mejor que él para ilustrar y simbolizar a su lado los parabienes de una vida forjada por y para el tenis. Lo tenía claro, quería a Roger a su lado. Y Roger había dicho que sí. Pero estaba llegando tarde.

Durante más de una década Rafa y Roger han convivido con una relación en la que se los ha etiquetado deportivamente como *adversarios* y *rivales*. Etiquetas superlativas que los han encaramado al Olimpo de las deidades: Nadal y Federer son los adversarios más ejemplares, los rivales por antonomasia y los mejores archienemigos de la historia del tenis. Pero la cita prevista para el 19 de

noviembre de 2016 nada tiene que ver con la confrontación ni con la rivalidad. Tiene que ver con el compañerismo, con la generosidad, con la lealtad y con la amistad. Con los valores y las virtudes humanas.

Manacor se había vestido de tenis. No con un disfraz circunstancial, sino con la vestimenta y la elegancia propia de quien sabe que lleva la esencia de ese deporte en sus venas fluyendo como un río desbocado. Más de un centenar de personalidades del mundo del tenis habían aterrizado en el aeropuerto internacional de Son San Juan procedentes de numerosos puntos del planeta con el objeto de acudir a tan remarcable inauguración. Exjugadores, altos cargos directivos de los principales organismos del tenis, patrocinadores de la academia, políticos regionales y más de una cuarentena de periodistas habían madrugado para ser testigos de tan formidable efeméride.

Todos ellos habían recibido una invitación personal de Nadal o de su equipo, y ninguno había querido perderse el encuentro de Rafa y Roger en tan señalada fecha. Reuniones canceladas, viajes aplazados y eventos pospuestos: Rafa y su academia eran prioridad absoluta en las agendas de todos.

Con el objeto de poder disfrutar de más tiempo en la isla y poder profundizar en cada rincón de la academia, personalidades como David Haggerty, presidente de la Federación Internacional de Tenis, y Chris Kermode, máximo mandatario de la Asociación de Tenistas Profesionales (ATP), deciden incluso llegar un día antes para conocer cada rincón de uno de los lugares que tendrá más influjo futuro en el deporte que ellos dirigen desde sus organismos. El complejo ubicado en Manacor, compuesto por unas amplias instalaciones deportivas y de *fitness*, un centro de salud y clínica del deporte, un innovador museo y el edificio de la academia, también cuenta con un moderno inmueble habilitado a modo de residencia para visitantes como Haggerty o Kermode, que deciden conocer la academia. Carlos Costa, agente, confidente y parte esencial del equipo de Nadal y de la academia, ejerce de Cicerone en la visita.

Ni Rafa ni su equipo quisieron escatimar a la hora de diseñar un proyecto que debía servir como legado imperecedero del apellido Nadal. Desde los prolegómenos del profesionalismo hasta la retirada, las carreras de los tenistas más afortunados no suelen prolongarse más allá de los quince o veinte años, pero el nombre de Rafa y el apellido Nadal se perpetuará mientras exista el tenis y mientras no se apaguen las memorias. Por eso, cada detalle del complejo está cuidado con esmero y pulcritud. Desde las aulas y las bibliotecas donde reciben clase los alumnos de la academia hasta la alimentación del bufé, pasando por el

exquisito cuidado de las habitaciones y la esmerada decoración de los vestuarios. Nada está improvisado o relegado al azar y así lo advierten los ilustres visitantes. El *tour* no es breve, ya que el complejo ubicado en Manacor está compuesto por las amplias instalaciones deportivas del Rafa Nadal Sports Centre, por el avanzado Academy Fitness Centre, la clínica del deporte Health Centre, la residencia y las aulas de la academia, el museo y el alojamiento. Y todo ello, orbitando en torno a una fabulosa pista central, ocupada ya por el escenario, la pantalla y las sillas que acogerían el reencuentro entre dos de los mejores jugadores de siempre en el acto de inauguración oficial.

Haggerty y Kermode, recibidos con gran hospitalidad en la víspera, también aguardan impacientes la llegada de Roger. Las ambiciosas expectativas generadas para presenciar el ansiado evento comenzaban a superar sus propias barreras a medida que la espera se prolongaba en el tiempo. El sudor provocado por el húmedo calor impregnaba las chaquetas y vestidos de los presentes, pero el rostro del anhelante y fantasioso público congregado en la pista central no se dejaba intimidar por unos pocos rayos de sol.

Entre los ciento treinta invitados que ya ocupan su sitio en la pista, el tiempo de espera sirve para reflexionar, para meditar y para que afloren conversaciones y debates en torno a las dos figuras que en breve deben ser protagonistas del evento.

Los menos confiados, quizá los más escépticos y menos crédulos, se planteaban interrogantes lícitos, pero poco halagüeños y ciertamente crudos: ¿será esta la última vez que veamos juntos a Nadal y Federer en una pista de tenis? ¿Servirá este evento como preludio o colofón a dos grandes carreras? Federer nunca ha estado tanto tiempo parado, ¿será capaz de volver al circuito y convivir con la derrota? ¿Se habituará a cohabitar fuera del Top 10 mundial o a no llegar a la segunda semana de los Grand Slams?

La nostalgia arropa también a todos los asistentes que han degustado en el pasado el dulce sabor de las victorias de estos dos gigantes. Por ello, aunque las dudas convivan con la fe, la manera de formular los interrogantes se elabora con una literatura mental muy diferente: ¿serán capaces Rafa y Roger de volver a mostrar su mejor nivel tenístico en un futuro cercano? ¿Tendrán la capacidad para ganar de nuevo títulos ATP? ¿Les dará su nivel de juego para plantar cara a Djokovic y a Murray? ¿Cuál será su tope en los Grand Slam? ¿Quizá cuartos de final? ¿Semifinales? ¿Hasta cuándo los veremos aupados en el Top 10?

Mientras estos dos grupos de personas amenizan su espera interrogándose

sobre el incierto futuro de Nadal y Federer, hay quien contempla el todavía vacío escenario barruntando un quimérico porvenir basado en certidumbres inquebrantables. ¿Quién soy yo para dudar sobre el retorno de Nadal y Federer? ¿No han demostrado ya en el pasado su sempiterna destreza para resurgir de las más arduas vicisitudes? Los horizontes, siempre complicados de interpelar, son también objeto del cuestionario interno de este motivado sector de invitados. No obstante, el tono de su formulario es fruto de las conjeturas más joviales y eufóricas. ¿Cuántos torneos volverán a cosechar Federer y Nadal en su retorno? ¿Se enfrentarán de nuevo en finales el español y el suizo de manera inminente? ¿Veremos pronto su lucha por el cetro del liderato del ranking ATP? ¿Ganará Rafa todos los partidos que dispute en la gira de tierra batida? ¿Llegará este año «la décima» en Roland-Garros? ¿Volverá a imperar la soberanía de Roger sobre la hierba británica?

Las tres perspectivas son igual de lícitas, todas ellas basadas en hechos, semblanzas y recuerdos del pasado entremezcladas con la realidad de un circuito muy exigente y la perspectiva de un futuro incierto. ¿Qué amante del tenis sería capaz de enterrar prematuramente a dos de los mejores de la historia? Y en su versión contraria, ¿quién, en su sano juicio, podría aventurar que dos jugadores castigados por las lesiones estarían disputándose la final del primer Grand Slam de la temporada?

La nostalgia, cálida compañera en los tragos más amargos, es capaz de evocar las reminiscencias más emotivas uniendo hasta a los más incrédulos en un día tan especial y simbólico. Aunque algunos de los asistentes al evento han convivido con las estratosféricas carreras tenísticas de Rafa y Roger, no todos los invitados son capaces de dimensionar el legado y la trascendencia de sus vidas deportivas. A los más pequeños, los jóvenes jugadores de la academia, no les alcanza la memoria para recordar los primeros envites de Nadal y Federer en Miami o su primer duelo en las semifinales de Roland-Garros. Ni siquiera podrán rescatar de su hipocampo —la parte del cerebro que almacena nuestros recuerdos a largo plazo— el apoteósico envite de gladiadores que enfrentó a ambos en el Foro Itálico por vez primera. Y no se les puede culpar de nada, porque aquella final de 2006, la más larga que han disputado, transcurrió hace ya más de una década, cuando estos chavales apenas tenían noción de lo que era una raqueta ni sabían que un día en su adolescencia acudirían a la «casa» de Nadal a formarse como tenistas. Pero gracias a YouTube, esa antorcha capaz de inflamar y reavivar momentos que parecían caducos, seguro que les ha regalado

la posibilidad de ver a Nadal tendido sobre la hierba de la Centre Court del All England Tennis Club tras lograr ante Federer el noveno juego del quinto set en la final de Wimbledon 2008. O enternecerse con las lágrimas desconsoladas del suizo tras sucumbir en Melbourne en una de las refriegas tenísticas más enconadas entre ambos. Quien más, quien menos, tiene rescoldos en su interior de las hogueras encendidas en el pasado por estos dos pirómanos de las gestas. Y las ascuas de ese originario fuego comienzan a acalorarse de nuevo en los prolegómenos del evento.

Y entonces, entre los enredados pensamientos y la marejada de entelequias, vuelve a pararse el tiempo.

La pirotecnia gestual de los presentes se enciende en el mismo instante en el que se anuncia el comienzo del acto. Michael Robinson toma la palabra como ilustre maestro de ceremonias dando la bienvenida a los jóvenes jugadores que conforman la primera promoción de la Rafa Nadal Academy by Movistar. Los chavales, nerviosos y sonrientes, desfilan entre los aplausos de una pista central abarrotada y se dirigen para ocupar su sitio en un lateral de la grada. Alguno tropieza con los cables de la megafonía, recibiendo las consiguientes bromas de sus compañeros. Son conscientes de que hoy ellos son los teloneros de dos grandes roqueros del tenis mundial.

Ataviado con traje y una camisa de cuadros azules y blancos, emerge bajo el túnel de vestuarios la inconfundible figura de Roger Federer. Su porte, su elegancia natural y su mirada profunda parecen no haber cambiado con el paso de los años. De su lado no se aparta un Rafa, que, vestido con un traje de Tommy Hilfiger y camisa blanca, ejerce de hospitalario anfitrión. Acompañados por José María Álvarez-Pallete, presidente de Telefónica, los tres protagonistas avanzan los diez metros que separan el túnel del escenario y ascienden dos escalones para tomar asiento en las tres sencillas y funcionales sillas altas.

Y entonces, los recuerdos enterrados en silencio comienzan a cobrar forma con la disertación inicial de Federer.

—Me dispongo a decir aquí mis primeras palabras desde que estoy lesionado —se arranca el suizo—. Y he de decir que este tiempo ha sido muy sencillo para mí: he disfrutado en casa, he pasado tiempo con mi familia, los entrenamientos han ido bien…

Y en ese momento Federer hace una pequeña pausa para fijar su mirada en Nadal.

—Pero, sinceramente, no sé cómo va a ser mi vuelta a las pistas —afirma,

reflexivo, el suizo—. Tú lo has hecho un millón de veces, por lo que podré inspirarme en ti y en cómo lo has hecho con tanta facilidad.

—¡No ha sido tan fácil! —interrumpe Rafa entre risas.

—Bueno, pero es que tú lo has hecho parecer fácil. Ya sé que no habrá sido sencillo, pero cada vez que has vuelto tras una lesión has conseguido de nuevo ser top 10, top 5 e incluso número uno del mundo. Y eso es algo en lo que me voy a inspirar ahora cuando retorne al circuito en enero.

El verbo fácil y amable de Roger comienza a discurrir con la misma sencillez y elegancia con la que golpea a la pelota, con una estética natural, nada impostada, que atrapa a los invitados.

—Cuando nos encontramos en la India el año pasado me hablaste del proyecto de la academia en tu ciudad natal que estabas llevando a cabo con tu familia y amigos. Pensé que era una idea fantástica, pero reconozco que no sabía cómo iba a ser. Te dije: «Si necesitas que vaya allí, estaré muy feliz de hacerlo» —prosigue el tenista suizo—. Recuerdo que hablé con Mirka, mi mujer, y le comenté que, si yo tuviera una academia, me encantaría que Rafa, mi gran rival, un día me llamara y me dijera que quería visitarla, jugar conmigo o cualquier cosa. ¡Pero yo no tengo una academia! Entonces pensé en llamar a Rafa y ofrecerme para ir allí un día, pero estaba seguro de que él me daría las gracias, y a la vez me diría que no me preocupase, que no hacía falta. Y nunca volví a saber nada del tema de la academia durante meses. Yo pensaba «bueno, le irá todo bien». Entonces recuerdo que me pedisteis grabar un vídeo en Mónaco y aproveché para recordar a todo su equipo que mi oferta seguía en pie y que estaría muy feliz de ir un día. ¡En ese momento era yo el que quería ir y verla! Me enteré de que tenía más de veinte pistas, un hotel, un museo y pensé: «¡Dios mío, es que no me puedo perder eso!».

Como si de una final de Wimbledon se tratase, el silencio había sepultado todo lo que rodeaba la voz de Federer. El suizo había conseguido hipnotizar con su verbo a un público acostumbrado a ser hechizado por sus derechas y sus voleas, pero no por sus palabras.

—Y entonces, ¡por fin me llamaste y me pediste venir en octubre! Te dije que era perfecto, porque yo entonces tendría mucho tiempo libre. Estoy muy feliz de estar hoy aquí y quería hacértelo saber. Muchas gracias por la invitación, estoy seguro de que va a ser una gran academia y si he de sacar algo en claro hoy es que ya sé dónde mandaré a mis hijos si algún día quieren jugar al tenis —concluyó el suizo.

Mientras el centenar y medio de personas aplaudía las palabras de Roger, las conclusiones extraídas por parte de los allí presentes parecían ser unánimes. Las frases que había proferido el ex número uno del mundo no tenían como objetivo el halago fácil, sino que eran fruto de una profunda admiración por su rival y amigo, y consecuencia de haber quedado impresionado por las instalaciones de la Rafa Nadal Academy by Movistar. Federer también había tenido tiempo para conocer la labor formativa y académica dirigida por un equipo técnico y directivo (liderado por Rafa) que él conocía muy bien. Y estaba claro que su encandilamiento era auténtico, veraz.

Finalizado el *speech* inicial de Roger, Michael Robinson cedió la palabra a Rafa. El anfitrión se levantó de su silla y extrajo de la chaqueta unas hojas que empleó como guion para los agradecimientos iniciales. Sin embargo, los folios se desvanecieron cuando Rafa miró a los ojos de Federer para dedicarle unas palabras vertidas directamente del corazón. De campeón a campeón. De leyenda a leyenda. Sin folios de por medio.

—Quiero expresarte mis sentimientos reales sobre lo que significa que tú estés hoy en Manacor apoyando este momento que es tan especial para mí, para el equipo, para mi familia, para la ciudad y para la primera promoción de jugadores de la academia —se arrancó Rafa—. Hemos compartido muchos momentos importantes a lo largo de nuestras carreras y siempre lo hemos hecho con una muy buena relación de amistad. Lo hemos dado todo en la pista y hemos luchado por los objetivos más importantes por los que un tenista puede pelear. Siempre lo hemos hecho con mucha deportividad y creo que es algo de lo que debemos estar orgullosos. Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho en el mundo del tenis, y estoy seguro de que en estos momentos, en los que la cosa no está siendo fácil por las lesiones, estás mostrando una imagen que espero que sea de gran ejemplo para las nuevas generaciones de niños que están aquí y alrededor de todo el mundo que desean ser tenistas y, lo más importante, que desean ser buenas personas. Eres un ejemplo para ellos. Es verdad que en su momento te ofreciste para venir y apoyar la academia —prosiguió Rafa respondiendo a las palabras de Roger—. Pero en aquel momento sentí que no quería molestar a nadie, esa es la verdad. Y menos a alguien como tú que tiene una agenda complicadísima. Para mí significa todo que estés aquí, así que quiero darte las gracias de nuevo.

La complicidad entre Rafa y Roger es total, desnuda de cualquier tipo de vanidad ni de afán de protagonismo. Y ambos siguen abriendo su corazón a los

presentes.

—Los medios me preguntan mucho por el futuro (¡y más últimamente!) y por cómo me veré dentro de unos años cuando deje de jugar al tenis —continúa expresándose Nadal—. ¡De momento me veo jugando al tenis! Confío y creo que aún me quedan muchos años de estar por el circuito, pero la realidad es que hay un futuro. Y esto es parte de mi futuro. Soy una persona que siempre ha hecho todo con pasión y el deporte es mi auténtica pasión. Durante muchos años he estado viajando por el mundo y lo que nos hacía ilusión era crear algo especial, y hacerlo aquí, en Manacor, donde he vivido toda mi vida y por eso la creación de este centro deportivo y academia es un sueño hecho realidad. Esperamos que los chicos que están aquí presentes disfruten de todas las instalaciones y se esfuercen al máximo. Nosotros lo que podemos decir es que vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que esta instalación sea un éxito a nivel profesional pero también a nivel humano. No hay mayor satisfacción para nosotros que los chicos que vengan aquí estén felices y aprendan, no solo a nivel tenístico sino también a nivel educacional, académico y humano. Nuestro gran objetivo es que los jóvenes que vengan aquí salgan con una formación que les permita encarar el futuro con garantías, ya sea en el mundo del tenis o en aquello a lo que decidan dedicarse: este es nuestro gran objetivo y nuestro gran reto —cerró Rafa.

Tras responder a las preguntas que los alumnos de la Rafa Nadal Academy by Movistar realizaron a Nadal, Federer y a José María Álvarez-Pallete, Michael Robinson dio el acto por concluido. Pero lejos de atenuar su fuerza, la avalancha de emociones volvió a desbocarse cuando Rafa anunció a Roger que quería entregarle un regalo, un detalle por haber acudido a Manacor a compartir ese día tan mágico. El presente no es otro que un cuadro conmemorativo con imágenes de la histórica rivalidad entre ambos tenistas: treinta y cuatro fotos y fechas que ilustraban los partidos disputados hasta la fecha. Desde los octavos de final del Miami Open en 2004 hasta el choque que les midió en la final de Basilea en 2015. Ambos jugadores contemplan y observan detalladamente el cuadro señalando alguno de los momentos más emotivos. Aunque el balance de victorias está desequilibrado (veintitrés triunfos de Nadal por tan solo once de Federer), los dos deportistas no contemplan una miscelánea de imágenes con trofeos de vencedores y vencidos. Rafa y Roger vislumbran una historia conjunta, una rivalidad cosida a base de sudor y heroísmo en la que ambos son protagonistas. La mayoría de las instantáneas escenifican, o bien el saludo inicial

de los partidos, o bien la felicitación posterior a los duelos. Sin grandes estridencias, con respeto hacia el contrario y con miradas de profunda reverencia mutua. Un *collage* que queda para la posteridad. Entonces, Roger se para a leer las palabras que, de su propio puño y letra, ha escrito Rafa en la parte inferior del cuadro:

> Querido Roger:
> Muchas gracias por tu apoyo en la apertura oficial de mi academia. Hoy es un día inolvidable para mí, mi familia y mi equipo. No puedes imaginar lo especial que es tenerte aquí con nosotros. Roger, este cuadro refleja todos los momentos que hemos tenido juntos en pista. Los observo y veo todos los grandes recuerdos que nos hemos encontrado en nuestras carreras. Continuarán…

Roger miró a Rafa. Y Rafa devolvió la mirada a Roger. Se abrazaron. Federer sabía el profundo calado que tenían esas frases por el contexto, por el presente conjunto y por un pasado imborrable. Pero, sobre todo, por el futuro. Era la última palabra de la dedicatoria la que encierra un trasfondo especial, único y cargado de optimismo.

Cuando Platón adquirió por tres mil dracmas los jardines de Academo en las afueras de Atenas con el propósito de poder dar sus largos paseos y filosofar, seguramente no era consciente de la repercusión histórica que sembrarían las materias que allí acabaría impartiendo. Aquella propiedad, que acabaría siendo una escuela, sirvió como semilla de lo que hoy conocemos como academias.

Es probable que Rafa no conociera ni la historia de Academo ni la implicación de este héroe legendario de la mitología griega en el rescate de Helena por parte de Teseo. Puede que Rafa tampoco conociera en profundidad las enseñanzas de Platón ni la gran influencia que su Academia tuvo en el desarrollo de la filosofía helenística, de la ética, la política y la epistemología. Pero al final, las bases asentadas por el equipo de Rafa no distan mucho (salvando las distancias) de las del filósofo ateniense, cuyo objetivo era el de trabajar para el futuro en su área de conocimiento y propiciar el advenimiento de nuevos legatarios de sus enseñanzas. De la Academia ateniense surgió Aristóteles, el alumno aventajado de Platón, cuyo influjo y ascendencia ha sido trascendental para sentar las bases de la historia intelectual de Occidente. Nadal ya buscaba a sus futuros Aristóteles en Manacor.

Alejado de la alta competición por culpa de dos amargas lesiones, Rafa le había enseñado a Roger el futuro, su futuro. Un legado en forma de academia que servirá para perpetuar su nombre y sus apellidos entre las nuevas

generaciones de tenistas. Un enclave en el que se forjarían buenos tenistas y grandes personas. Un lugar que destilaría esfuerzo, responsabilidad, humildad y perseverancia. Esas eran, al fin y al cabo, las virtudes de Rafa. Y las virtudes de Roger.

La jornada aún no había finalizado. Al español y al suizo les quedaba por delante un importante caudal de sensaciones por descubrir. El partido en Manacor no había hecho más que comenzar.

UN DIÁLOGO A CORAZÓN ABIERTO

MANACOR

El cóctel no puede tener un sabor más amargo. Una tediosa lesión de espalda de Federer, acentuada con problemas en la rodilla izquierda, sumada a las molestias de Rafa en la muñeca privaron al mundo del tenis de ver un partido entre ambos en 2016. Tras doce años de rivalidad ininterrumpida, un parón forzoso aniquila cualquier expectativa de poder ver su trigésimo quinto envite esa temporada.

«¿Tendremos que acostumbrarnos a vivir sin los duelos entre Nadal y Federer? ¿Habrá sido el duelo de Basilea 2015 el último entre ambos?», se preguntaba la prensa especializada aglutinada en la academia de Nadal en Manacor.

Para todo hay una primera vez. También para lo que se avecinaba a continuación.

Están en Manacor casi todos los periodistas españoles y europeos que habitualmente cubren la información tenística en sus medios de comunicación. Nadie ha querido perderse el reencuentro de Rafa y Roger y el *staff* del evento ha tenido que improvisar una sala de prensa en un aula. Mientras los dos jugadores finalizan la visita por las instalaciones, los profesionales de las radios, televisiones, medios escritos y digitales van ocupando un hueco en la estancia.

Tras unos pocos minutos de espera, Nadal y Federer se adentran en la sala y toman asiento en dos sillas altas ubicadas en la zona central de la sala. El español y el suizo se sonríen, miran a los periodistas y se para el tiempo.

Rafa toma la palabra y sus reflexiones fluyen de manera natural y espontánea:

—Tener a Federer como rival me ha llevado a querer mejorar porque siempre tenía a alguien delante que era mejor que yo. Esta es la realidad. Sabía que en tierra batida eran partidos al límite y en otras superficies las posibilidades de victoria eran bastante inferiores para mí, siendo consciente de que era mejor que yo prácticamente en todas las facetas del juego. Eso me hacía ir a trabajar cada día con la creencia de que tenía que mejorar y que eso que mejoraba no era

suficiente. Yo siempre he tenido una gran motivación personal, pero tener a alguien enfrente siempre te marca una línea y un objetivo. Y ese objetivo durante muchos años ha sido él.

La inmortalidad de los recuerdos convierte el diálogo en eterno.

—Sin Rafa en mi carrera, quizá habría ganado algún Roland-Garros más —responde entre risas un divertido Roger. Su tono se vuelve reflexivo—: Creo que, si Rafa no hubiera estado, posiblemente hubiera habido otro jugador. Hipotéticamente no puedo responder a esa pregunta porque al final Rafa me hizo querer lograr más cosas. Si no hubiera estado en mi carrera, quizá no podría haber sido tan dominante porque no hubiera tenido la motivación de serlo. Quizá hubiera pensado que cinco años eran suficientes para mí. Pero como estaba Rafa, y disfrutaba tanto de nuestra rivalidad, eso hizo que quisiera más el tenis. Nuestros estilos se complementan a la perfección, aunque está claro que probablemente habría ganado algún título más sin él.

En una situación así todo periodista querría poder hacer una y mil preguntas, pero en la sala todos toman conciencia de la importancia de escuchar a dos leyendas que, alejadas de la pista, comienzan a entablar un diálogo abierto y sincero. ¿Sería Federer capaz de imaginar una vida sin Nadal? ¿Y Nadal sin Federer?

—¿Cómo habría sido mi carrera sin Federer? Probablemente muchos más años de número uno y quizá algunos títulos más. —Se ríe Rafa—. Esa es la otra parte, pero al final de todo el trayecto y siendo realistas…, haber unido a jugadores que en una misma década han ganado tanto es algo no sé si irrepetible, pero sí difícil de igualar. También hablo de Djokovic, por supuesto. Ser parte de eso hace que nuestro deporte sea grande. Y yo me siento afortunado.

—No sé si nuestra rivalidad es la rivalidad perfecta —le responde el helvético—. Si echas la vista atrás, hemos tenido siempre muchísimo respeto el uno por el otro. Recuerdo que cuando Rafa llegó al circuito era muy tímido y respetuoso con el deporte y con aquellos que estaban en el top 10, especialmente conmigo, que era el número uno. Con lo que yo decía, él estaba de acuerdo —prosigue Roger evocando un pasado que parece lejano, pero del que apenas dista una década—. Luego Rafa desarrolló su propia personalidad, con sus propias opiniones. Eso fue muy interesante para mí, ver cómo Rafa fue creciendo y convirtiéndose en el campeón que es hoy. No siempre fue fácil, pero al final del

día el respeto siempre estuvo ahí. Rafa es un gran ejemplo. Alguien a quien los niños admiran mucho, un gran trabajador que tiene ese carisma especial. Es una gran estrella del tenis que sobrepasa nuestro deporte, que va mucho más allá.

—El respeto jamás lo hemos perdido, los dos, sin excepción —apostilla Rafa—. Siempre hemos mantenido que lo que pase fuera de la pista no afecta a lo que pase dentro. Creo que este es el éxito de nuestra rivalidad. No hemos dejado que los momentos de tensión o presión que hemos vivido dentro de la pista nos hayan nublado la mente para saber que el tenis no deja de ser un juego, algo que tiene un comienzo y un final.

La conversación se sucede entre miradas expresivas de respeto mutuo. El escenario, más informal de lo habitual, genera un clímax de confianza propicio para que Rafa ahonde aún más en su relación con Roger:

—Las relaciones y las personas van mucho más allá que cualquier tipo de momento en el que uno pueda estar más nervioso. Los dos hemos tenido claro nuestro papel y objetivo, teniendo un respeto máximo para el contrario. No es bonito que lo diga uno que es parte de ello, pero a nivel humano es una rivalidad ejemplar, nuestra rivalidad lo ha sido. Después de haber jugado por tantas cosas importantes en ningún caso es sencillo y lo hemos conseguido siempre. Tiene mérito y es gracias a nosotros dos y a todos nuestros entornos.

—Además tenemos esa amistad especial que se ha creado a lo largo de los años, de ahí que esté aquí hoy mostrando mi respeto absoluto. La inauguración de la academia es una aventura increíble para Rafa y espero que tenga mucho éxito no solo en los próximos cinco años, sino también en los próximos cincuenta o cien años. Estoy orgulloso de estar aquí en Manacor, he disfrutado mucho de nuestra rivalidad a pesar de que mi récord con Rafa no es muy bueno, siempre será mi gran rival, el gran rival que he tenido en mi carrera. Él me hizo mejor jugador. No había visto a nadie con tanto poder, *topspin* y fuerza, todo eso concentrado en un solo tenista.

»Luego, nuestras colaboraciones fuera de pista hicieron nuestro vínculo más fuerte —sigue recordando Roger—. Y creo que eso hace aún más única nuestra rivalidad. Ayudándonos con nuestras respectivas fundaciones, también después con grandísimos partidos. Disfruto de vernos de nuevo, poder ir a comer o cenar y no es: «¡Oh, no, tú otra vez!». Hubo un tiempo en que sí lo era, porque nos veíamos cada domingo en una pista central para jugarnos un título, pero esos tiempos están un poco en el pasado para bien o para mal, depende de cómo se mire. Espero que haya más en el futuro.

Aunque una parte importante de la conversación transcurre en inglés, Rafa también habla en castellano para los presentes y traduce a Federer para que pueda comprender el significado de sus palabras. De igual manera, Roger también mezcla el inglés con el francés. En ese momento los idiomas pasan a un segundo plano. La charla cobra una dimensión global, alejada de localismos. Se habla en el mismo idioma: el del tenis.

—¿Grandes partidos? Hemos jugado muchos, pero que empiece a recordarlos Roger, que es el invitado…

—Creo que los partidos más duros fueron la final de Wimbledon de 2008 y la final del Abierto de Australia de 2009 —reflexiona Federer—. Si echo la vista atrás, la de Australia quizá me dolió más, porque creo que jugué mejor y quizá fue el mejor partido que hemos jugado nunca, pero también guardo grandes recuerdos de la final de Wimbledon de 2007 y también de la de Miami en 2005, en la que Rafa estaba dos sets y *break* arriba y de alguna manera supe cómo remontar. Fue un gran momento en mi carrera —rememora Roger con una sonrisa.

Rafa le devuelve la pulla, evocando otro momento épico de la rivalidad entre ambos jugadores:

—Creo que Roger ha dicho los mejores momentos. La final de Roma en 2006 también fue muy bonita. ¿Tuviste dos puntos de partido? —le pregunta Rafa de manera picarona.

—¡No me acuerdo! —reacciona Roger entre las risas de los presentes.

—Hemos tenido momentos muy bonitos, pero no puedo escoger solo uno —prosigue Nadal—. Estar en una posición de poder luchar por los mejores trofeos cuando Roger lo ganaba todo fue especial. Crecimos juntos durante casi diez años, compartiendo los momentos más importantes de nuestra carrera. El año 2016 es diferente. Es un año en el que los dos hemos sido golpeados. Yo he pasado más de estas, pero creo que es de las primeras veces en la carrera de Federer que sufre algo así. Este va a ser el primer año de los últimos doce en el que no nos vamos a enfrentar en un partido de alto nivel. Para nosotros es una mala noticia y espero que para los espectadores también.

Y entonces surge un tema tan interesante como incómodo. El presente y el futuro convergen en una pregunta para la que no hay una respuesta certera. Los argumentos que soportan la incógnita están cimentados en el optimismo, en la fe. Y en cuestiones de fe y optimismo, nadie gana a Nadal:

—¿Hay posibilidades de que en el futuro haya otro partido importante entre

nosotros dos? La verdad es que yo pienso que sí. No sé lo que puede pasar en el futuro, pero los dos estamos preparándonos con fuerza, buscando recuperarnos, para empezar la próxima temporada listos y poder competir. Si lo conseguimos, no creo que nos hayamos olvidado de jugar al tenis. No olvidemos que hace poco estábamos compitiendo por ello —cierra el manacorí.

Roger asiente y da por buena la aseveración de su rival, de su colega. Hasta la fecha han sido treinta y cuatro los partidos en los que han tenido que verse las caras desde el otro lado de la red. No importa a estas alturas que Rafa haya acumulado veintitrés triunfos y Federer once. Las cifras y los guarismos no son, ni mucho menos, los que dotan de grandeza a su rivalidad.

La jornada aún no ha terminado y, tras la conversación de más de media hora con los periodistas, Rafa y Roger suben al restaurante de la academia para compartir algunos momentos con todos los que se han desplazado a Manacor para acudir a la inauguración. Como tantas y tantas veces, Nadal y Federer no niegan ni un autógrafo, ni una fotografía, ni un saludo, ni un selfi.

Rafa y Roger son dos estrellas mundiales cuya exquisita educación e infinita paciencia exceden incluso los límites de lo humanamente asumible por una persona normal. Ambos han aprendido de sus familias a valorar la importancia que tienen los aficionados y lidian con la fama con un tacto exquisito. En los Juegos Olímpicos de Pekín, Rafa se sienta en el comedor de la Villa Olímpica con su equipo, pero tarda más de una hora en comer. ¿El motivo? No consigue meter dos cucharadas seguidas en un plato de sopa sin que un deportista venga a solicitarle una foto. En algunos momentos, hay hasta cola para poder saludarle. El calor de Pekín es húmedo y asfixiante y Nadal decide tomarse un helado para refrescarse, pero son tantos los deportistas que se le acercan que apenas consigue probarlo. De pronto nota cómo su mano empieza a humedecerse, ¡se le ha derretido! Rafa mantiene algunas palabras con todos los que se le acercan y se interesa por su país o por el deporte que practican, pero, en un momento dado, su perplejidad aumenta considerablemente. El atleta que le acaba de venir a solicitar una fotografía no es uno cualquiera, ¡se trata de Michael Phelps! El nadador norteamericano, que a la postre acabaría la cita olímpica colgándose siete oros, era el que se dirigía a él y no al revés.

Rafa nunca ha sido nada mitómano, jamás idolatró de pequeño a ningún deportista. Lo más parecido a un ídolo que ha tenido Nadal ha sido Tiger Woods, alguien a quien siempre ha admirado mucho. La pasión que tiene Rafa por el golf, un deporte que practica siempre que puede, supera las barreras de lo que

podría considerarse como un *hobby* normal. Un año, mientras competía en el Shanghai Rolex Masters (Masters 1000 que se celebra en China en el contexto de la gira asiática de final de año), aprovechó para acercarse a ver el WGC-HSBC Champions, un prestigioso torneo de golf que forma parte del calendario del PGA Tour y que se celebra cada año en el Sheshan Golf de Shanghái. Rafa tenía un objetivo: ver jugar a Tiger. Nadal observa en directo su manera de patear, de hacer *approaches* o de ejecutar *swings* a la perfección, pero también escruta el comportamiento y la mentalidad del norteamericano. Rafa admira su fantástica actitud mientras compite y su forma de encarar los momentos complicados en un campo de golf le resulta inspiradora. El balear, que a lo largo de los años ha visto en acción a muchos jugadores de golf, ve en Tiger una determinación especial, única. Aquel día Nadal y Tiger, dos animales competitivos y leyendas de sus respectivos deportes, se conocen en persona. Y, desde entonces, la relación se mantendrá viva.

Una vez que ambos jugadores acaban de saludar y departir con todos los invitados a la academia, hacen un aparte y se sientan a almorzar en el lateral del comedor donde comparten impresiones sobre la jornada con miembros de sus respectivos equipos.

Al poco tiempo, Nadal y Federer se desvanecen del comedor. La jornada aún no ha terminado y todavía quedan algunas emociones por vivir. Tras el acto formal de la inauguración de la academia, la visita por el complejo, el diálogo con los periodistas y la comida, Rafa y Roger se disponen a llevar a cabo de manera conjunta el último evento del día: un *clinic* con los alumnos de la Rafa Nadal Academy by Movistar.

Es verdad que Federer había sido informado de las dimensiones del proyecto, pero hasta que no descubrió con sus propios ojos la magnitud de la academia no fue realmente consciente de lo que allí tenía ante sus ojos: las veintiséis pistas de diferentes superficies, el Fitness Centre con equipamientos de última generación, las dos piscinas (una de ellas cubierta), el campo de fútbol, la pista polideportiva y las siete pistas de pádel no le habían dejado indiferente. Y más después de haber visto el Health Center y las modernas instalaciones del alojamiento. Sin embargo, lo que más le admiraba de lo que había visto en Manacor no era lo físico, lo material. Le fascinaba el legado y la impronta que Rafa estaba dejando en una instalación donde se respiraba a Nadal en cada rincón. Cada niño, cada adulto, cada persona que pisaría la academia es porque

se identificaba con los valores del tenista balear. Y aquello le fascinaba. Por eso no dudó ni un segundo en aceptar la invitación de Rafa para pasar un rato en la pista con algunos de los jugadores de la academia.

Hoy las lesiones no cuentan, y los dos tenistas se dedican en cuerpo y alma a esos jóvenes jugadores que, nerviosos e impacientes, comparten instantes mágicos con sus ídolos, con los que tienen el inmenso honor de pelotear. ¡Treinta y un Grand Slam juntos en una misma pista! Sonrisas, complicidad y una química especial confluyen en un *clinic* particularmente sentido. El *clinic*, que tiene lugar en una de las pistas más alejadas del edificio principal, se desarrolla alejado de la mirada de la prensa. Se trata de un encuentro privado en el que los protagonistas son los alumnos. En un año sin duelos entre el español y el suizo, verlos convivir de manera conjunta en la misma pista se convierte en una circunstancia inédita desde hace meses. Rafa y Roger son conscientes y deciden vivir ese momento de manera privada para no eclipsar a los jóvenes jugadores con los focos de las cámaras. Los alumnos de la academia guardarán aquel momento para la posteridad. Y también conservarán como un preciado tesoro las amables palabras que les dirigió el suizo: «Creo que aprenderéis mucho de esta gran persona —les dice Federer refiriéndose a Rafa—. Es uno de los mejores de la historia y su actitud habla por sí misma». Queda todo dicho.

Finalizado el *clinic* llega el momento de la despedida, del adiós, del hasta luego. Ni Roger ni Rafa saben cuándo volverán a verse y en qué momento sus calendarios volverán a confluir. Seguramente en Melbourne, para la disputa del primer Grand Slam de la próxima temporada. Ambos se funden en un abrazo lleno de gratitud y respeto mutuo. Y Roger desea a Rafa suerte para lo que resta de campaña.

Lo que no sabía Federer es que pocas horas después del emotivo evento inaugural de la academia, Rafa tendría que adoptar otra azarosa y triste decisión fruto de una sincera y honesta conversación con todo su equipo.

La reflexiva conversación tiene lugar en la terraza del restaurante de la academia. Rafa, Carlos Moyà, Carlos Costa, Benito Pérez-Barbadillo y Rafa Maymò escuchan atentamente a Ángel Ruiz Cotorro y, entre todos (con el asentimiento de Toni y de Francis Roig), toman la decisión más complicada y dolorosa: Rafa no volvería a competir en 2016. Su muñeca, tocada seriamente tras los cuartos de final del Mutua Madrid Open y exigida al máximo en la cita olímpica de Río, ya le había obligado a retirarse de Roland-Garros y a sufrir en pista durante el resto de la gira americana. Quedaban por lo tanto sacrificados el

ATP 500 de Basilea, el Masters 1000 de París y la Copa de Maestros de Londres. Por vez primera en quince años las Finales ATP, torneo que cierra el curso y en el que discuten su supremacía las ocho mejores raquetas del año, quedaría huérfano de Nadal y Federer. Londres añorará su presencia, pero más echarán de menos ellos a Londres. La resolución tomada es ardua, la lógica y la templanza se imponen a la audacia y a una osada intrepidez que, a la larga, podría resultar cara.

El 2016 le dice adiós a Rafa, como antes se lo había dicho a Roger.

El purgatorio físico del por entonces ganador de diecisiete grandes le había obligado a renunciar a Roland-Garros y, tras caer en las semifinales de Wimbledon, la rodilla había vetado su retorno a la competición privándole de disputar sus (previsiblemente) últimos Juegos Olímpicos, amargando de manera irremisible su 2016. Mientras su mente ambicionaba revalidar Cincinnati e intentar el asalto a la Arthur Ashe o al O2 Arena, su cuerpo, castigado por vez primera con tanta crueldad, le exigía reposo, calma.

La historia entre el español y el suizo sigue su curso, plagada de interrogantes y de incógnitas por resolver. Las dudas, almacenadas en la coctelera del porvenir, se mezclan con un contenido optimismo. Manacor ha marcado un punto de inflexión. Desde ese día, Nadal y Federer saben que su historia conjunta escrutará nuevos retos, nuevas ambiciones.

Como rezaba el regalo que Rafa había hecho a Roger en forma de cuadro, la rivalidad «continuará…».

UNA HUIDA HACIA ADELANTE
BRISBANE Y PERTH

La rivalidad estaba muerta y enterrada.

A finales de diciembre de 2016, días antes de que comenzase la nueva temporada de tenis, del histórico mano a mano que habían mantenido Nadal y Federer durante más de una década solo quedaban las cenizas. Con treinta y treinta y cinco años respectivamente, la vuelta al circuito de la legendaria pareja de rivales representaba una incógnita para el vestuario y una ilusión para los aficionados. Nadie, en cualquier caso, habría apostado un solo céntimo por volver a ver a los dos contrarios dominando la élite con puño de hierro como en el pasado.

Después de una atípica pretemporada de más de dos meses en Manacor, Rafa volvió extraoficialmente a la competición en el tradicional torneo de exhibición de Abu Dabi, que ganó derrotando a rivales de entidad. Para el nuevo punto de partida, el español se rodeó de su círculo más cercano: Toni Nadal, su tío y entrenador, Rafael Maymò, preparador físico y mano derecha, y María Francisca Perelló, su pareja de toda la vida, a la que en su círculo cercano llaman cariñosamente Mery. Como Rafa, ellos tres se marcharon de Mallorca a la vez que el tenista y no precisamente con una bolsa de mano.

Nadal se fue de casa para completar la primera gira de 2017, compuesta de tres paradas (Abu Dabi, Brisbane y Melbourne) y sus tres compañeros iniciales le siguieron permanentemente, aunque luego se unieron varios más para el Abierto de Australia, el primer Grand Slam del calendario.

Tras ganar el título en la final de Abu Dabi contra David Goffin, el grupo salió en coche hacia Dubái, el tráfico retrasó la llegada al aeropuerto (a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia) y por un momento estuvo en serio peligro una de las tradiciones más icónicas de España: las doce uvas, que se toman la medianoche del 31 diciembre para tener suerte en el año entrante. Tras facturar el pesado equipaje, Rafa, Toni, Maymò y Mery se sentaron alrededor de una mesa redonda en una de las salas vip del aeropuerto internacional de Dubái,

plantaron en el centro un tablero de parchís tradicional (de madera, jugar en el iPad fue una moda pasajera que les duró pocos meses) y colocaron las doce uvas en unas servilletas de papel blancas. También encontraron una máscara roja de cartón y un poco de confeti azul. Más que suficiente para celebrar la llegada del 2017 y brindar por cosas buenas antes de montarse en un avión para comenzar oficialmente la temporada.

Nadal aterrizó de madrugada en el aeropuerto de Brisbane. Con más de catorce horas de viaje por delante, el español se trazó un plan para adaptarse a la diferencia horaria que hay entre Oriente Medio y las Antípodas: dormir en el primer vuelo, de Dubái a Singapur, y estar despierto en el segundo, de Singapur a Brisbane. Aunque lo intentó, no pudo cumplir con esa idea porque las turbulencias zarandearon con violencia el gigantesco Boeing 777 de Emirates en el que iba montado, como si fuera una caja de bombones en las manos de un niño, y le dejaron desvelado toda la primera parte del viaje.

Cuando era más joven, Rafa lo pasaba muy mal si el vuelo se complicaba. Las manos se le empapaban de sudor, sentía mareos y se agarraba tan fuerte como podía al reposabrazos del asiento, con la espalda muy rígida y la cabeza en tensión. El balear nunca ha terminado de perderle el respeto a volar, aunque con el paso de los años ha conseguido no entrar en pánico cada vez que un avión se mueve más de lo normal.

Aunque dentro de la pista parezca un titán sin debilidades, Rafa siempre ha sido una persona con miedos, como cualquier humano de carne y hueso. En 2003, durante un acto promocional del Nike Junior Tour internacional, un prestigioso torneo de jóvenes promesas que ya había ganado tres veces (entre los catorce y los dieciséis años), el mallorquín se subió en Sudáfrica a un elefante para hacer un safari. La idea de probar algo diferente le pareció divertida y oportunidades como esa no aparecen con mucha frecuencia. En mitad del trayecto, un rinoceronte se volvió con cara de pocos amigos hacia el animal en el que iba montado el tenista. El guía de la expedición pidió en voz alta que nadie se moviera y agarró su escopeta por si las cosas se ponían feas, aunque pudieron seguir adelante sin consecuencias que lamentar.

A Nadal se le paró el corazón.

Puede parecer increíble, pero la valentía no es una de las virtudes del español sin la raqueta en la mano. Un día, bromeando con su equipo tras terminar un entrenamiento de más de tres horas, Rafa les comentó a los suyos que para verse envuelto en una pelea debería producirse alguno de los siguientes

escenarios: o que su agresor le atacase por la espalda sin que le diese a tiempo a reaccionar, o que corriese más que él, en caso de venir a pegarle de frente. Pese a ser uno de los atletas más fuertes del mundo, con una percha física admirada por la mayoría, Nadal nunca habló de enfrentarse cara a cara con ese supuesto atacante.

El contraste entre el Nadal que juega al tenis y el que tiene una vida alejada de la raqueta es tan pronunciado que a veces parece imposible que sean la misma persona. Rafa, que todavía vive con sus padres en Porto Cristo, odia dormir en casa solo y rehúye de cerrar los ojos sin tener la televisión encendida para rebajar la oscuridad. Nadal, que ha ganado partidos imposibles por detalles más pequeños que una hormiga, ha triturado rivales haciéndoles colapsar emocionalmente y ha hecho carrera desarrollando una de las cabezas más prodigiosas que ha visto el deporte. Esa metamorfosis es uno de los fenómenos más alucinantes que llevan mucho tiempo contemplando las personas que conocen de cerca las dos versiones del mallorquín.

Las turbulencias del vuelo que llevaron a Nadal y su equipo desde Dubái a Singapur fueron constantes y el español se entretuvo viendo alguna película, incapaz de descansar. Rafa ha pasado muchas horas metido en un avión porque su tipo de vida le ha obligado a ir de un lado a otro. A veces, se ha levantado enredado entre las sábanas de la cama de un hotel sin saber muy bien si estaba en Mallorca, en París o en Shanghái. Se llama desconcierto y es habitual en su mundo. La rutina del circuito de tenis, que obliga a los jugadores a competir de enero a noviembre prácticamente sin descanso, les impide hacer las cosas que para cualquier otra persona son normales y habituales.

Al revés de lo que muchos puedan imaginar, Nadal nunca pensó que estuviera renunciando a una parte de su vida ni que fuera un sacrificio. Eso fue algo que tuvo muy claro desde pequeño. Si sus amigos salían de fiesta mil veces, él salía diez, pero sin perder nunca la perspectiva de estar viviendo gracias a su pasión, y encima destacando entre el resto. El español jamás ha considerado el tenis un trabajo, lo ha visto como la posibilidad de ganarse la vida con un *hobby*. Ese es un privilegio que muy pocos tienen al alcance de la mano y Nadal nunca ha sido ajeno a ello.

Varios miembros de la organización de Brisbane hicieron guardia para recibir al español en el aeropuerto. Ilusionados como los más pequeños en la noche de Reyes Magos, los trabajadores del torneo prepararon el momento con mimo. Un cámara se acercó a la puerta de llegadas para grabar a Nadal

empujando el carrito con sus maletas y le acompañó hasta que se subió en el coche. El director del torneo también quiso darle la bienvenida en persona, como su conductor y dos voluntarios que le ayudaron a cargar el equipaje en el maletero del coche, aparcado en la coqueta terminal de llegadas del aeropuerto.

La calurosa bofetada que la noche de Brisbane le pegó a Nadal al salir al exterior fue solo un aviso de las temperaturas que tendría que soportar durante los días siguientes. Enero en Australia es sinónimo de calor extremo. Los aficionados se embadurnan la piel con cremas protectoras y utilizan paraguas para combatir los rayos del sol en la grada mientras los jugadores buscan hidratación constante y a menudo se cuelgan gigantescas bolsas de hielo del cuello para rebajar el sofoco. A los primerizos les sorprende el verano austral, pero los veteranos como Rafa asumen el proceso como una rutina más, nada extraordinario.

Tras media hora de trayecto por una carretera vacía, Nadal entró en el impresionante hotel Stamford Plaza, fue a recepción a registrarse y cuando subió a su habitación para dormir eran cerca de las tres de la madrugada. Las enormes cristaleras de su *suite* con vistas al río Brisbane fueron la diana sobre la que el jugador puso los ojos, como los de un búho colgado en un árbol. Esa noche Rafa estuvo dando vueltas en la cama, incapaz de descansar más de dos horas seguidas. A Mery, recostada a su lado, también le costó.

A la mañana siguiente, antes de ir por primera vez al club, el mallorquín bajó un par de plantas en ascensor y se refugió en el gimnasio buscando activarse con suavidad. Para combatir el desfase horario (en ese caso, las seis horas entre Abu Dabi y Brisbane) no existen milagros, pero hay formas de acelerar el proceso y Nadal las conoce muy bien porque la experiencia de todos estos años le ha dado la clave.

Una de las vías para no padecer los síntomas es hacer deporte. Sin grandes esfuerzos, sin mucha exigencia, pero está demostrado que ayuda a agilizar la adaptación, dándole un pequeño empujón al cuerpo.

Nadal acabó su sesión en el gimnasio y se fue a la terraza del hotel a desayunar. El bufete le ofreció un abanico de posibilidades que el jugador observó con un plato en la mano, mientras se decidía por algo ligero antes de sentarse en una de las sillas de mimbre de la terraza. Allí, mirando la vida del hipnótico río Brisbane, el mallorquín dejó volar su mente antes de enfrentarse a una jornada intensa.

Prácticamente a la vez que Rafa terminaba su desayuno en Brisbane, a Federer casi se le salieron los ojos de las órbitas en Perth, a unos kilómetros de distancia. El día anterior, el suizo había reservado una hora para entrenarse en la pista central, pero jamás podía imaginar que al pisar el estadio principal de la Copa Hopman se encontraría a más de seis mil personas en las gradas. El recibimiento le hizo mucha más ilusión de la que pudo demostrar con sus gestos de agradecimiento, torpes como consecuencia de la sorpresa que se llevó.

Durante su carrera, con casi dos décadas de tenis profesional encima, Roger había visto de todo. Una vez, jugando la final de Wimbledon 2012 contra Andy Murray, el suizo se asombró bastante al escuchar al público ponerse de su lado. Aquello era imposible. Estaba disputándose el título más prestigioso del planeta en la casa de su rival, y pese a eso la gente cantaba su nombre, aplaudía sus aciertos y le animaba en los momentos complicados del encuentro.

Federer sintió un pellizco en su interior.

La última vez que Gran Bretaña vio a un jugador local ganar Wimbledon, el tenis se jugaba en blanco y negro, las raquetas eran de madera y muchos de los tenistas llevaban bigote. Fred Perry se proclamó campeón del tercer Grand Slam de la temporada en 1977 y desde entonces nadie había sido capaz de tomar su relevo. Varios lo intentaron con mucha constancia, pero sin ningún éxito.

La llegada de Murray a la élite renovó la ilusión de uno de los países con mayor tradición tenística del mundo. Los expertos tardaron poco en identificar a ese chico nacido en Glasgow como un candidato a conquistar la copa del vencedor. La evolución de Murray terminó de confirmar que estaba destinado a pelear por la victoria sobre la hierba del All England Tennis Club algún día.

Lógicamente, Federer no fue ajeno a la historia de desamor que el Reino Unido vivió con Wimbledon. Por eso, jugando la final contra Murray el suizo se sintió muy especial cuando los aficionados británicos le acompañaron en el triunfo, pese a que supuso otra oportunidad perdida para romper el maleficio. Aquel día quedó muy claro que Federer siempre juega como local, sin importar si su rival es odiado por los espectadores o el ojito derecho de todos ellos.

Después de pasar seis meses alejado de la pista, Federer decidió hacer una vuelta progresiva al circuito sin demasiadas exigencias. La elección de la Copa Hopman para regresar sorprendió a muchos. La competición se disputa la primera semana de la temporada a la vez que los torneos de Doha, Pune y Brisbane, pero arrastra una importante desventaja con respecto a los otros tres eventos: la Hopman no es un torneo oficial.

Los organizadores intentan compensar que no están bajo el paraguas de los eventos del circuito ATP ofreciendo una experiencia distinta y agradable. La cuarta ciudad más poblada de Australia, y la mayor del Estado, tiene atracciones turísticas tan atractivas como Kings Park, la catedral de St. Mary's o la Bell Tower, motivos de sobra por los que merece la pena viajar a Perth. La vibrante atmósfera del torneo completa la oferta que sedujo a Federer para empezar su 2017 allí, renunciando a hacerlo en Doha o Brisbane.

El formato de la Copa Hopman enfrenta a ocho equipos de distintos países divididos en dos grupos de cuatro. Cada nación está representada por un jugador y una jugadora, que después de disputar sus partidos individuales (uno masculino y uno femenino) unen fuerzas para jugar un doble mixto y completar así la eliminatoria. Los emparejamientos y las combinaciones, sobre todo del mixto, provocan enfrentamientos variopintos que desatan el delirio de los aficionados, encantados de asistir a cruces que en cualquier otro evento serían imposibles de presenciar.

Paul Kilderry, director de la Copa Hopman, no tuvo que sudar demasiado para convencer al suizo. En enero de 2016, en el restaurante de jugadores del Abierto de Australia, Kilderry estaba tomándose una generosa ensalada cuando vio a Federer caminando hacia la terraza con una bandeja en la mano y se acercó a saludar, sin intención alguna de hablar de su torneo. Lo que ocurrió entonces no entraba en sus planes. Roger tomó la iniciativa de la conversación y se deshizo en elogios hacia la Hopman, de la que se confesó un fan absoluto por el increíble ambiente que se genera durante los partidos. También destacó la mejora a todos los niveles de la competición desde que él mismo la ganó en 2001, con Martina Hingis a su lado.

A Kilderry se le encendió una bombilla. Quizá, catorce años después de la última vez, traer a Federer de nuevo a la Hopman no fuese una misión imposible.

Días después de esa charla informal, el director del torneo se reunió con la Federación Australiana de Tenis y también con el Gobierno para elaborar una detallada propuesta que sedujese al suizo. Sabiendo que no podrían competir económicamente con Doha o Brisbane, con muchos más recursos para pagar una fortuna por tener en el cartel a las grandes estrellas, Kilderry y los suyos centraron la oferta en la experiencia de pasar unos días en Perth junto con su familia, disfrutando al máximo de los encantos de la ciudad.

Una noche, meses después de enviar la propuesta, el teléfono de Kilderry se encendió avisando de una llamada entrante. El nombre de Tony Godsick, agente

de Federer, apareció en la pantalla y las buenas noticias llegaron enseguida: Roger iba a volver a la Hopman.

Con treinta y seis años, el dinero ha dejado de ser lo más importante en la carrera de Federer. El suizo ha ganado mucho, muchísimo, y por eso hay otras cosas que poner en la balanza a la hora de ir a jugar a un lado o ir a otro, y lo que le ofreció la Hopman fue irrechazable, como descubrió poco a poco.

Federer aceptó y no se arrepintió de su decisión.

Lo que ocurrió en Perth durante su primer entrenamiento le dio energías para seguir adelante y espantó todas las dudas con las que arrancó tras seis meses parado. El suizo se había pasado toda su carrera jugando para él mismo, para sumar títulos y más títulos. Aquel primer día en el estadio principal de la Copa Hopman se dio cuenta de que jugar para ellos, para sus millones de aficionados, ya no era solo algo agradable: era uno de los estímulos más importantes en la última etapa de su carrera.

«Creo que te encantará, ya verás.»

El conductor que dejó a Nadal junto a la entrada de la puerta de acreditaciones del torneo de Brisbane despidió al tenista con esa frase, tan habitual en alguien que quiere agradar. Rafa tardó muy poco tiempo en confirmar que el hombre no estaba mintiendo, todo lo contrario. Lo del español con Brisbane fue un flechazo de los que dejan huella, un amor a primera vista, Cupido disparando a bocajarro.

A Rafa le habían hablado maravillas del torneo, de la pista central Pat Rafter Arena y del ambiente que los aficionados australianos consiguen crear durante los partidos. Nadal confirmó esas tres cosas en sus primeras horas en el club, pese a que de vez en cuando se le escapaba algún bostezo por la falta de sueño.

Al balear le llamó mucho la atención las instalaciones de Brisbane, más propias de un torneo de nivel superior que de un 250, la categoría actual del evento. La visita guiada que hizo por las tripas del club le sirvió para familiarizarse con el lugar, para conocer el estadio en el que jugaría todos sus encuentros y para cumplir con las presentaciones habituales.

Tras ir de un lado a otro sin parar un solo segundo, haciéndose fotos amablemente con todo aquel que se lo pidió, Nadal se unió a Richard Evans, la persona de comunicación y *marketing* de la ATP en Brisbane, para cumplir con

la gran actividad que el torneo le había preparado, la misma que cada temporada realiza el jugador más destacado del cuadro.

El español llegó a una explanada de césped ubicada fuera del recinto, rodeó a una veintena de cámaras de televisión colocadas sobre la marcha en un terreno desigual, pasó serpenteando entre los curiosos y vio cómo una cuidadora se acercaba con un koala en brazos.

—Señor Nadal, le presento a *Dian* —dijo la mujer, mientras acariciaba la cabeza del animal con cariño.

Al principio, Rafa agarró al koala con un cuidado extremo, como si le acabasen de colocar en las manos a un bebé recién nacido. Poco a poco, *Dian* perdió la vergüenza y enganchó sus pequeñas garras en la camiseta blanca de Nadal, que retrocedió dos pasos mientras el koala se acomodaba y los fotógrafos disparaban para capturar la mejor instantánea del momento.

El recibimiento se terminó pronto porque el tenista se marchó al vestuario a prepararse para tomar contacto con las pistas del torneo.

La organización de Brisbane decidió celebrar la llegada de Rafa abriendo las puertas para que todo el que quisiera se acercase a ver su primer entrenamiento en el torneo sin tener que pagar una entrada. La respuesta del público desbordó las altas expectativas que se habían creado los directivos. Nadal tenía guardada la pista número diez para practicar a las seis de la tarde y dos horas antes la grada ya estaba medio llena.

Cuando el jugador apareció cargando su raquetero al hombro, acompañado de Toni y Maymò, dos voluntarios del torneo se esforzaban en explicarle a la multitud que hacía cola esperando un asiento lo complicada que estaba la situación. Avisados de que se iban a quedar sin ver a su ídolo, unos cuantos, más de veinte, tomaron una medida inaudita: tirarse al suelo, cuerpo a tierra, y aprovechar unas pequeñas rendijas sin cubrir de la valla del fondo para intentar ver algo, lo que fuese.

Solo alcanzaron a distinguir las zapatillas naranja fosforito del jugador, con su característico logo del toro en la parte trasera, pero fue más que suficiente para irse a casa contentos.

«¿Retirarme? Si me he tomado estos meses de descanso ha sido porque quiero seguir jugando dos o tres años más.»

Un Federer distendido atendió a los medios de comunicación después de jugar su último partido en la Copa Hopman, contra Richard Gasquet. Al suizo, que repitió una vez tras otra la buena idea que había sido acudir a Perth, le frieron a preguntas sobre su futuro que despejó usando el mismo discurso: la retirada no estaba en su cabeza.

Es cierto que Federer llevaba mucho tiempo sin ganar un Grand Slam, desde que lo logró por última vez en 2012. Es verdad que los últimos años habían sido difíciles para el suizo, que vio cómo perdía filo competitivo y dejaba temporalmente la primera línea de batalla. Es innegable que sus problemas físicos acrecentaron la sensación de estar haciéndose mayor.

Nada de eso, sin embargo, le quitó a Roger las ganas de seguir intentándolo.

El descanso de seis meses que el suizo se tomó en 2016 le sirvió para recuperarse de todos sus dolores y también le ayudó a entender algo que quizá antes no había podido ver, sumido en la dinámica frenética del circuito: no solo ganar títulos da la felicidad.

Nadal cayó en cuartos de final de Brisbane con Miloš Raonić (6-4, 3-6 y 4-6) en un partido muy ajustado que se decidió por dos detalles. Lejos de verlo como un revés, el balear intentó analizar con perspectiva la situación y abandonó su primer torneo oficial de la temporada convencido de que estaba en una buena posición para aspirar a cosas importantes si conseguía mantener la salud, algo que le había faltado en los últimos tiempos.

De vuelta al hotel, y antes de subir a su habitación, Rafa se paró junto a la recepción y empezó a curiosear todas las guías turísticas de Brisbane, colocadas en un expositor de madera. Toni, Maymò y Mery, sus tres acompañantes, esperaron a unos metros de distancia mientras Nadal pasaba un buen rato examinando los folletos.

No fue algo casual, ni mucho menos. Al día siguiente, antes de ir a Sídney para jugar una exhibición, tenía algo de tiempo libre y su plan era visitar Brisbane, algo que no había podido hacer tras llegar apresuradamente de Abu Dabi.

Antes de perderse entre la multitud e intentar pasar desaparecido, Nadal hizo las maletas y se enfrentó a las preguntas de un periodista en el *hall* de su hotel para una entrevista que aparecería publicada días más tarde en la previa del Abierto de Australia.

—Tú aspiras a lo máximo, pero no celebras un Grand Slam desde 2014. ¿Puedes continuar mucho tiempo más sin hacerlo?

Nadal no pestañeó.

—Depende.

—¿De qué? —quiso saber el reportero—. ¿De qué depende?

—De si uno es feliz o no. Depende de si uno se siente con ilusión y ganas para hacerlo o no —reflexionó el mallorquín antes de pasar al ataque con una pregunta para su interlocutor—. Federer, ¿cuánto tiempo lleva sin ganar un Grand Slam?

—Desde 2012, en Wimbledon.

Sentado en una silla de cuero negro, Rafa no podía imaginarse aquella mañana de un caluroso mes de enero que esa estadística que había desempolvado a conciencia estaba muy cerca de romperse para cambiar la historia del tenis.

LOS MÁS GRANDES HAN VUELTO

MELBOURNE

Las puertas del ascensor que está frente al restaurante de jugadores del Abierto de Australia se abrieron y Federer salió con Myla Rose y Charlene Riva agarradas de las manos. Sus gemelas, nacidas en el año 2009, iban conjuntadas con gusto, como habitualmente: un vestido blanco de topos azules, sandalias del mismo color y un par de mariposas rojas en el pelo para sostener dos graciosas coletas. La escena podría haber sido una fotografía de las que los abuelos sacan del cajón más valioso que tienen en casa cuando viene una visita importante para exhibir orgullo y provocar ternura.

—¡Papá! ¿Me puedo tomar un helado? Por favor, papá. ¡Quiero un helado! —dijo en un pausado inglés Charlene, mirando a Roger con ojos de cordero degollado, una expresión que había perfeccionado en los últimos meses.

—Si me lo pides en francés puedes tomártelo —respondió Federer, intentando ocultar sin éxito las ganas de echarse a reír, con el labio ligeramente torcido hacia la derecha.

—¿Francés? Tiene que mejorar mucho su francés, papá —intervino Myla, hasta ese momento en un segundo plano, esperando a ver si el helado le caía en las manos sin necesidad de tener que pelearlo.

—¿Y el tuyo? —contraatacó Roger, utilizando el dedo índice de su mano derecha para pellizcarle el brazo a su hija, que se revolvió ligeramente por las cosquillas.

—Lo estoy perfeccionado —aseguró la pequeña con un fingido aire de suficiencia que desarmó a Federer.

—Venga, ¡vamos a por ese helado! —zanjó Roger antes de agarrar a sus dos hijas y perderse entre el clásico bullicio del comedor de jugadores de un Grand Slam durante los días previos al arranque del torneo.

El juego de idiomas que Roger propuso a sus hijas no fue una ocurrencia al azar. Federer nació en un país con cuatro lenguas oficiales (alemán, francés, italiano y romanche). Su madre es sudafricana y su mujer tiene raíces eslovacas.

Recorrer ese camino, que es el viaje de su vida, ha ayudado al suizo a comprender que los idiomas son una llave para entender todos los rincones del planeta, para romper las barreras culturales al acercarse a las personas y para poder llegar más lejos profesionalmente en un mundo cada vez más competitivo.

Por eso, desde el nacimiento de sus hijas, Roger intentó que dominaran todos los idiomas posibles y que empezaran a hacerlo desde pequeñas, cuando el proceso de aprendizaje es más sencillo, según dicen los expertos. En este caso, en cuanto a dominar varias lenguas, más siempre es mejor.

Hace ocho años, el día a día de Federer cambió para siempre. La llegada de las gemelas al mundo volteó las prioridades del suizo y le obligó a enfrentarse al desafío de viajar por el circuito siendo padre, una condición que sepultó la etapa deportiva de muchos otros, y ahí están los libros de historia para demostrarlo con múltiples ejemplos. La ayuda de Mirka, su mujer, fue clave a la hora de sobrellevar holgadamente la nueva situación y un estímulo para lanzarse a tener otros dos hijos, también gemelos, en 2014.

El nacimiento de Leo y Lenny coincidió con la gran crisis de juego en la carrera del suizo. Federer ganó por última vez un grande en Wimbledon 2012, venciendo en la final a Murray. Estirar su propio récord de torneos del Grand Slam (diecisiete) supuso algo muy especial, pero los golpes que recibió desde entonces fueron abriendo profundas brechas en su aura de genio inmortal.

Tres veces acarició Roger un nuevo título grande y tres veces se quedó a medias. El suizo perdió dos finales de Wimbledon (2014 y 2015) y una en el Abierto de Estados Unidos (2015). En todas se enfrentó a Novak Djokovic, que por aquellos días era lo más parecido a un jugador de videojuego, y de todas salió derrotado. La sensación de impotencia que Federer acumuló se unió a otra más preocupante: la de estar dejando pasar trenes que quizá nunca más volverían a pasar.

Roger cometió la torpeza humana de hacerse preguntas que ya han sido resueltas, y empezó a cuestionarse qué habría pasado si hubiese podido ganar esos tres partidos ante Djokovic. Para empezar, tendría veinte grandes, una cantidad que suena bien escrita, leída, recitada o cantada en mitad de un concierto de rock. Para seguir, no estaría obligado a recuperar la confianza perdida en mitad de la tormenta. Y para terminar, y casi con total seguridad, su bajón de nivel sería inexistente, o al menos mucho menos severo.

Después de seguir con atención ese bache, Toni Nadal pensó que Federer no volvería a ganar nunca más un Grand Slam. El tío y entrenador del mejor

jugador español de siempre creyó que el suizo no sería capaz de reinventarse con treinta y cinco años, y menos aún en partidos al mejor de cinco mangas, donde hay que mantener el esfuerzo físico y la concentración durante más tiempo.

La opinión del técnico mallorquín fue compartida por muchas de las leyendas que comentan partidos por televisión desde el atril de analistas, que escriben columnas en los periódicos más importantes del mundo o que simplemente se dejan ver por los torneos y opinan sin tapujos cuando alguien les pregunta.

Casi todos se equivocaron.

Carlos Moyà fue uno de los que no se atrevió a enterrar a Federer. El ex número uno mundial aterrizó en Melbourne el lunes antes del comienzo del Abierto de Australia y casi no sufrió las consecuencias del *jet lag* porque consiguió adaptarse rápidamente a las diez horas de diferencia que hay entre Australia y España en el mes de enero. Tras pasar el control de inmigración y recoger las maletas, el mallorquín aprovechó la media hora de trayecto en coche desde el aeropuerto internacional Tullamarine hasta el hotel Crown Towers para revisar en internet el resultado de la exhibición que Nadal jugó esa tarde en Sídney ante Nick Kyrgios. Lo que se encontró no le alteró el pulso: una derrota de su nuevo pupilo frente al talentoso e imprevisible australiano.

La llegada de Moyà al equipo de Nadal se gestó en silencio a principios de diciembre en Singapur, durante la International Tennis Premier League (una serie de exhibiciones que se disputan a final del curso en distintas ciudades de Asia, y que mezclan en varios equipos a jugadores en activo con leyendas). Días antes del comienzo de la pretemporada, y completamente en silencio, se cerró la contratación del balear, un paso atrevido por el inmovilismo que ha caracterizado a Nadal durante su carrera con respecto a las piezas de su equipo.

En 2015, John McEnroe, quien fuera número uno del mundo y campeón de ocho grandes, le pidió a Nadal que despertase y contratase a un nuevo entrenador para recuperar el nivel que había perdido. Se atrevió a criticar a Toni Nadal e incluso se ofreció a ocupar ese puesto para el que reclamaba un nuevo ocupante. Rafa ignoró varias veces los consejos del estadounidense, respondiéndole con elegancia a través de las preguntas que le plantearon los periodistas, y siguió a lo suyo.

La petición de McEnroe se cumplió, aunque tardó casi dos años en hacerse realidad.

Moyà estaba jugando en Asia cuando recibió una llamada de teléfono que

no esperaba. Por motivos económicos, distintos problemas de contratos y patrocinadores, los promotores de la International Premier Tennis League (IPTL) se vieron obligados a tomar varias medidas, entre ellas la de reducir la gira de torneos y establecer un pequeño calendario por Tokio, Singapur y Hyderabad, tres ciudades muy distintas.

Difícilmente olvidará Carlos esos días en los que se puso al frente del desafío más grande de su carrera como entrenador, un reto que recibió de sopetón. Pese a ser muy buenos amigos, íntimos, el campeón de Roland-Garros en 1998 siempre pensó que Rafa terminaría su carrera con el mismo equipo que la empezó, que no introduciría ningún cambio, que dejaría la puerta cerrada a cal y canto.

Los que conocen a Nadal saben muy bien que el balear jamás aceptaría a un desconocido en su día a día. Ese es el motivo principal que destruyó el sueño de los aficionados de ver a una leyenda de la talla de McEnroe entrenando a Rafa en algún momento de su carrera. El mallorquín necesita confianza, que todo fluya con naturalidad, y eso es algo que solo puede darle la gente más cercana.

En ese sentido, Nadal es un caso único en comparación con el resto de sus grandes rivales. Federer, por ejemplo, no ha tenido problemas en cambiar varias veces de entrenadores y se ha rodeado de grandes campeones, como Stefan Edberg o Ivan Ljubičić, su técnico actual. También Djokovic, que primero buscó consejo en Boris Becker, luego rompió con su grupo de toda la vida tras más de una década juntos y finalmente contrató a Andre Agassi a mediados de 2017 para intentar dar un giro a su mala racha de resultados. Murray hizo lo mismo con Ivan Lendl, el hombre con el que ganó los títulos más importantes de su currículo.

Nadal no, Nadal se ha mantenido desde 2005 con su tío y Francis Roig como los dos únicos pilares de su plantel técnico.

Esa fue la razón del desconcierto que le provocó a Moyà la conversación telefónica que mantuvo con Toni Nadal desde la otra parte del mundo. Después de preguntarle un poco por su situación, el tío y entrenador del tenista le propuso incorporarse como técnico al equipo de trabajo de Rafa y formar parte activa de la academia de Manacor.

La oferta apareció en el momento justo, aunque cualquier momento es bueno para una proposición así.

Moyà acababa de romper su relación con Miloš Raonić. El canadiense fue el estreno de Carlos en el banquillo y el resultado no pudo ser mejor: el jugador

empezó el año siendo el número catorce del mundo y la terminó como número tres. Jugó además su primera final de Grand Slam en Wimbledon, que perdió ante Murray.

Antes de aceptar, Moyà habló con Rafa para zanjar su única preocupación, la que terminaría marcando el éxito o el fracaso. El técnico necesitaba saber si Nadal estaba dispuesto a todo para volver a ser competitivo. Por supuesto, *todo* es una palabra muy amplia que engloba cambios importantes. Sin embargo, lo que Carlos escuchó del tenista no le dejó ninguna duda de algo que repitió públicamente: si Rafa conseguía mantener la salud, si las lesiones le daban una tregua después de dos años de azotes constantes, estaría en posición de volver a luchar por los títulos más importantes del mundo y también de recuperar el número uno del mundo.

El aterrizaje de Moyà en el núcleo de Nadal fue suave. Tras compartir muchas horas en el circuito con todos los integrantes de su nuevo equipo, y siendo un amigo de la familia del tenista, Carlos no necesitó período de adaptación y desde el primer día fue uno más. Esa fue una de las razones por las que Rafa aceptó su entrada, porque contar con la ayuda de Moyà no significaba tener que modificar la convivencia.

La mayoría de las rutinas sí pasaron a ser distintas.

De entrada, Carlos planteó una forma de entrenar diferente que Rafa no discutió, pese a llevar toda la vida preparándose igual. Nadal siempre ha sido partidario de anclarse en el fondo de la pista y pelotear desde allí atrás durante largos períodos de tiempo, consiguiendo ajustar sus golpes y preparar con mucho ritmo la base de su juego. Moyà le propuso hacer entrenamientos más específicos, ayudarse de diversos ejercicios para trabajar aspectos concretos que necesitaba mejorar.

Algo tan sencillo como un cono de plástico pasó a formar parte de las sesiones de preparación de Rafa, que se encontró intentando derribar ese objeto en distintas partes de la cancha siguiendo las instrucciones de su nuevo técnico.

El entrenamiento específico es una metodología de trabajo que Moyà utilizó con éxito en su etapa con Raonić y que decidió trasladar a la nueva aventura con Nadal, logrando que el jugador aceptase con gusto probar nuevas formas de practicar y consiguiendo que incluso le pidiese entrenar así más adelante, cuando vio que funcionaba. Eso supuso una satisfacción personal para Carlos, una pequeña batalla ganada.

Durante esos inicios, primero en la pretemporada que hicieron en Manacor

y luego en la previa del Abierto de Australia en Melbourne, Moyà analizó e identificó muchas cosas que corregir, pero quizá la más llamativa fue la necesidad de rebajar el nivel de autoexigencia de Nadal en los entrenamientos.

El ex número uno del mundo partió de una base sencilla: es imposible arreglar algo si al más mínimo error te penalizas con dureza. Esa fue una línea de diálogo que Moyà trabajó mucho con Rafa, intentando que el tenista se olvidase del resultado para centrarse en la ejecución de los cambios que estaba intentando hacer en su juego, como casi siempre destinados a perseguir una agresividad mayor.

El martes previo a su debut en el primer Grand Slam de la temporada, mientras caía un sol de justicia, Nadal y Moyà tuvieron una rápida conversación en la pista número tres del torneo que reflejó perfectamente lo que es el primero y en lo que estaba intentando convertirle el segundo.

—¡Carlos! —gritó Nadal a Moyà desde el fondo de la pista tras un golpe de derecha muy ajustado—. ¿Ha sido buena o mala? —preguntó, haciendo referencia a si la bola había entrado o se había marchado fuera de los límites reglamentarios.

—Rafa, ¡da igual si ha sido buena o mala! —respondió Moyà, mientras se ayudaba con su raqueta para recoger dos pelotas del suelo.

—¿Buena o mala? —insistió Rafa.

—Piensa si está bien golpeada o no, lo demás da igual. Ya ajustarás y entrará. Lo importante es que esté bien jugada.

La dieta fue otra de las cosas en las que Moyà quiso hacer hincapié desde el comienzo. Nadal nunca ha sido un jugador especialmente preocupado por lo que comía. Dentro de la lógica de un deportista de élite, el mallorquín no se ha privado de tomar aceitunas, de beber Coca-Cola y de consumir chocolate. Otros jugadores, como Djokovic, cuidan al milímetro lo que comen porque están seguros de que la alimentación tiene una influencia positiva en la pista. Nadal no lo hacía, hasta la pretemporada de 2017.

Tomeu Salvà, uno de los mejores amigos del tenista y compañero de generación en el circuito (los dos despuntaron a la vez en Mallorca), lo presenció hace años. Un torneo, le regaló a Nadal multitud de chocolatinas de una marca que patrocinaba el evento. El balear, que desde pequeño ha perdido pie con el chocolate, se dio un auténtico festín y por la noche le costaba incluso respirar de lo pesado que se sentía. Rafa tenía partido al día siguiente y el estómago estaba a

punto de estallarle. Hay pocas sensaciones peores que competir con ese peso encima, así que el balear tomó una solución radical: seguir comiendo chocolate hasta vomitar para liberarse del empacho y jugar como si nada al día siguiente.

En 2015, casi dos décadas después de aquel plan ideado por un joven para salir inmune de su glotonería, Benito Pérez-Barbadillo, jefe de prensa del tenista, se escandalizó por cuestiones que también estaban relacionadas con la comida. Tras caer con Tomáš Berdych en los cuartos de final del Abierto de Australia en un partido mal jugado y peor competido, Nadal decidió ir con el coche oficial del torneo a un McDonald's cercano a tomarse una hamburguesa con patatas.

La escena del tenista pidiendo un Big Mac y Coca-Cola para llevar puede resultar difícil de imaginar incluso para las cabezas más creativas, pero es tan real como la cara que puso el trabajador del local al ver a la estrella de la raqueta al otro lado de la ventanilla.

Pérez-Barbadillo, que es de Jerez y tiene un paladar de oro, intentó hacer cambiar de opinión al jugador proponiéndole otras alternativas, recurriendo al recurso de utilizar restaurantes conocidos para provocar un giro de los acontecimientos. Nadal no cedió y esa noche de enero la derrota en Melbourne ante Berdych le supo a gloria barata, aunque gloria al fin y al cabo.

Al planificar 2017, Moyà terminó con la mayoría de esos excesos de un plumazo. Se acabaron los refrescos. Se acabaron las aceitunas. Se acabó el chocolate. Sin hacer grandes locuras, Nadal se comprometió a seguir una dieta equilibrada para bajar un poco de peso pensando en mantenerse físicamente impecable, en no lesionarse. Metido en la treintena, con todo lo que eso significa en lo que respecta a recuperación y desgaste, el balear entró en razón y le dio a la alimentación una importancia mayor que anteriormente.

La tercera gran aportación inicial de Moyà fue posiblemente la más importante. Con un optimismo a prueba de bombas, el entrenador contagió a Nadal y le convenció de que poniendo de su parte podía volver a ganar muchas de las cosas que llevaba tiempo sin conseguir. Poder es querer. Poder es querer. Poder es querer.

Una vez más, como confirmaron sus primeros triunfos en el torneo (6-3, 6-4 y 6-4 ante Florian Mayer, 6-3, 6-1 y 6-3 a Marcos Baghdatis y 4-6, 6-3, 6-7, 6-3 y 6-2 a Alexander Zverev) Carlos estaba en lo cierto.

El encuentro de tercera ronda ante Zverev fue el primer punto de inflexión de Nadal en el Abierto de Australia. El segundo llegó en semifinales, tras deshacerse en octavos de final de Gaël Monfils (6-3, 6-3, 4-6 y 6-4) y de Miloš

Raonić en cuartos (6-4, 7-6 y 6-4).

El partido de semifinales que Nadal le ganó a Dimitrov sobre la bocina (6-3, 5-7, 7-6, 6-7 y 6-4) supuso otro punto de inflexión en el torneo, y también uno de los mejores encuentros de todo 2017, y de lejos.

Rafa se marchó de la pista siendo consciente de que quizá el gran público se quedaría con otros enfrentamientos, que llegarían en los próximos meses, pero tuvo muy claro que el duelo ante el búlgaro merecía un lugar destacado en los resúmenes de final de año porque entre los dos habían construido una obra de arte, de una calidad tenística altísima.

La victoria de Federer ante Tomáš Berdych en la tercera ronda del Abierto de Australia fue el partido que empezó a levantar sospechas acerca del sorprendente nivel del suizo, quien se exhibió para reducir al checo por 6-2, 6-4 y 6-4 en poco menos de dos horas. Es cierto que Berdych siempre ha sido un contrario fácil para Federer, pero el tenis que desplegó el helvético aquella noche («me habría gustado estar entre el público para verlo», dijo su rival) no tuvo nada que ver con comodidades de ninguna clase. Lo de Federer frente a Berdych fue una explosión de tenis ratificada en octavos de final contra Kei Nishikori, al que también superó (6-7, 6-4, 6-1, 4-6 y 6-3) pese a tener en contra la mayoría de los pronósticos.

Ni los aficionados más fieles veían a Roger con opciones de superar la segunda semana del torneo después de pasarse seis meses parado y jugar en Melbourne su primer torneo oficial. En todo caso temían que ocurriese lo contrario, una derrota prematura que condicionase los meses siguientes.

Dejando que la raqueta hablase, Roger ganó 7-5, 3-6, 6-2 y 6-2 a Jürgen Melzer en su debut, superó luego 7-5, 6-3 y 7-6 a Noah Rubin y entonces empezó a escalar la montaña, ganando a Berdych y Nishikori.

Federer llegó al primer grande del curso como número dieciséis del mundo, un número que aumentó la dificultad de sus enfrentamientos desde pronto (los jugadores con mejor ranking evitan a los favoritos hasta las rondas finales) y que le colocó en peligro. Si el suizo hubiese caído en sus primeros encuentros, algo que no podía considerarse una opción descabellada, habría salido de entre los treinta primeros de la clasificación.

Roger no cayó en esos cruces iniciales y sin hacer ruido se plantó en la segunda semana de competición. Llegados a ese punto del torneo, ni Murray (eliminado sorpresivamente por Mischa Zverev, al que Federer venció en cuartos

por 6-1, 7-5 y 6-2) ni Djokovic (que cayó con Denis Istomin) estaban en el cuadro, por lo que se había abierto una interesante ventana para que la final fuese distinta a la que se había repetido con demasiada frecuencia en los últimos años.

La última prueba que Federer pasó en semifinales contra Stan Wawrinka —un partido decidido en el quinto set (7-5, 6-3, 1-6, 4-6 y 6-3)—, disparó la ilusión de la gente. Durante los días previos, el murmullo había sido inevitable ante la posibilidad de una final entre Rafa y Roger, una vuelta atrás, un viaje al pasado en el presente. El triunfo del suizo no pudo contener lo incontenible: nadie en Australia hablaba de otra cosa que no fuese el sueño de vivir una final entre Nadal y Federer.

Aunque las cosas, bien lo sabe Nadal, pueden cambiar de un día para otro y de forma inesperada.

«Llegué ayer, pero me parece que me voy a tener que ir mañana de vuelta a casa.»

Sebastià Nadal, el padre del tenista que lleva su apellido, pronunció esa frase en enero de 2012, en mitad de una preocupante crisis de dimensiones desconocidas. Tras aterrizar en Melbourne la noche anterior, Sebastià se levantó pronto, peleando con su cuerpo tras el viaje, y se fue al entrenamiento de su hijo, que seguía en pleno proceso de preparación del torneo antes de debutar dos días después.

Allí se encontró con algo inédito, y eso es mucho decir, porque a Nadal le ha pasado prácticamente de todo.

A Rafa se le quedó la pierna derecha bloqueada durante el entrenamiento, tiesa como un palo. El jugador no podía doblar la rodilla, no había forma de que la articulación hiciese su trabajo.

Las alarmas saltaron por todo lo alto. Maymò, fisioterapeuta de Nadal, le ayudó a llegar a su habitación y luego la organización del Abierto de Australia les facilitó el transporte para acudir al médico, que no supo encontrarle una explicación lógica al bloqueo de la pierna, aunque le aseguró que se le pasaría en unas horas.

Efectivamente, Nadal pudo empezar a doblar la rodilla esa misma noche y se tomó la posibilidad de debutar en el torneo como un regalo, porque un rato antes estaba seguro de que tendría que sacarse un billete de avión para volar de vuelta a Mallorca.

La oportunidad de competir en el primer grande del año llevó al tenista a hacer una promesa que su equipo recibió entre risas.

«Si gano el torneo me tiro al río haciendo el ángel», les dijo Nadal a los suyos, comprometiéndose a zambullirse en las aguas del Yarra en esa famosa posición acrobática, algo que nunca ocurrió, porque perdió con Djokovic un partido que pasó a la historia por ser la final más larga (cinco horas y cincuenta y tres minutos) en la historia de un Grand Slam.

Alguno se acordó entonces de otra promesa que Rafa realizó y cumplió con su padre en el pasado, al ganar su primer título en Roland-Garros en el año 2005. Como acordó con Sebastià, ambos subieron juntos una montaña en Mallorca para celebrar el trofeo de campeón, y eso que Nadal no es ni aficionado a las alturas, ni por supuesto a las escaladas.

Rafa tampoco es muy dado a los festejos simbólicos, al contrario que parte de su equipo, el núcleo más atrevido.

Sebastià, su padre; Benito, su jefe de prensa; y Jordi Robert, *Tuts*, su hombre de confianza en Nike, se han bañado en los ríos de las cuatro ciudades que albergan los torneos del Grand Slam después de que el mallorquín consiguiese la victoria final.

El Yarra de Melbourne, el Sena de París, el Támesis de Londres y el Hudson de Nueva York han visto cómo los tres se daban un chapuzón horas después de un triunfo de Rafa, que ha ganado una vez en el Abierto de Australia (2009), diez en Roland-Garros (2005, 2006, 2007, 2008, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014 y 2017), dos en Wimbledon (2008 y 2010) y tres en el Abierto de Estados Unidos (2010, 2013 y 2017).

El remojón en el Yarra fue más difícil de lo previsto. Después de que Nadal ganase a Federer la final en 2009, el grupo encaró a la mañana siguiente el salto al río australiano por la parte del acuario, donde el acceso es más fácil. Los tres salieron del hotel con un albornoz puesto, sin poder evitar llamar la atención de la gente.

Un hombre que estaba desayunando no se reprimió al ver la escena.

—¿Dónde vais? —preguntó a los tres individuos que corrían delante de sus ojos en batín de baño.

—¡A bañarnos! —respondió el trío casi al unísono.

—¿Estáis locos? ¡Es el río más contaminado del mundo! —insistió el hombre, intentando disuadirlos.

—¡Hay que hacerlo! —zanjaron ellos antes de meterse en el agua.

En 2017, ocho años después de aquel momento feliz, lo último que podían imaginarse esos tres hombres que se bañaron en el río Yarra para celebrar la victoria de Nadal en el Abierto de Australia ante Federer era que la final sería la misma que entonces. Aunque con un desenlace diferente.

Treinta minutos antes de las siete de la tarde, la hora que marca el comienzo de la final del Abierto de Australia de 2017, Toni Nadal rompió el silencio del vestuario con gritos en mallorquín que dieron paso a la última charla previa al partido.

—¡Recuerda que tienes que ser agresivo! —se arrancó el entrenador balear, de pie junto a un banco de madera—. Juégale bolas altas y profundas a su revés, pero no te encierres en esa táctica —prosiguió—. Sé valiente. Las oportunidades llegan, pero nunca sabes si van a volver.

El Toni Nadal que tomó la palabra en 2017 no tuvo que emplear un discurso tan extremo como el de 2009, cuando el entrenador se vio obligado a realizar un ejercicio de motivación increíble que terminó valiendo un título.

Lo que sucedió aquel día en el vestuario del Abierto de Australia se recuerda como una de las grandes obras del tío y técnico del tenista, una que representa la filosofía de trabajo que ha llevado a Rafa a lo más alto.

Nadal amaneció la mañana del domingo de la final de 2009 con el cuerpo roto. El mallorquín había jugado una maratón de 5h 14m en las semifinales del viernes contra Fernando Verdasco, al que terminó venciendo agónicamente.

Las secuelas no tardaron en manifestarse. Aunque el balear hizo todo lo que estuvo en su mano para recuperarse, siguiendo los consejos de los médicos, poco antes de jugar la final del torneo la situación era dramática: Rafa tenía vacío el depósito de energía.

Federer, su rival por la copa de campeón, preparó el encuentro sin rasguños, más descansado (jugó la noche del jueves su semifinal) y con un desgaste mucho menor (venció a Andy Roddick en tres sets). Lógicamente, y tras casi dos semanas compitiendo sin parar, la cantidad de fuerzas acumuladas no es un tema menor, ni mucho menos.

Rafa se mareó durante el calentamiento previo al partido. Le dolía todo, desde el hombro al gemelo. En esas condiciones, tieso como un palo, no se encontraba preparado para dar su cien por cien, ni siquiera para llegar al setenta.

Así iba a ser muy complicado ganar.

Toni Nadal paró el calentamiento y se llevó a su sobrino al vestuario.

—¡No puedo correr! —se quejó el tenista, con la cara hecha un cuadro.

—No me engañes ni te engañes a ti tampoco —le respondió su tío—. Todos podemos más, es simplemente una cuestión de motivación. ¿Qué harías si ahora mismo entrase alguien aquí, te apuntara con una pistola y te dijese que si dejas de correr te va a disparar? ¿No pararías de correr, verdad? No digas que no puedes. No va a bajar Dios a ayudarte, ni tu madre ni tu padre.

Cuando el mensaje empezó a calar un poco en la cabeza del tenista, Toni volvió a la carga recurriendo inesperadamente a la figura de Barack Obama, que el 20 de enero de ese 2009 había empezado su camino como presidente de los Estados Unidos.

El 4 de noviembre de 2008, Obama venció a John McCain en las elecciones generales con 365 votos electorales y se convirtió en el primer afroamericano en llegar a la Casa Blanca.

La campaña electoral de Obama giró en torno a una frase que terminó haciéndose famosa en todos los rincones del mundo. El *Yes we can* utilizado por el senador demócrata durante su ascenso a la presidencia de Estados Unidos resumió en tres sencillas palabras que no existen imposibles, por muy alta que sea la barrera.

Toni Nadal le dijo varias veces ese *Yes we can* de Obama a su sobrino en el vestuario y le instó a que se lo repitiera en cada descanso de la final, cuando vinieran momentos de fatiga.

El discurso del entrenador mallorquín, la forma de rescatar al tenista para hacerle creer, tuvo el efecto deseado.

Por la noche, abrazado al título de campeón tras aguantar 4 h 23m de paliza, Nadal celebró la victoria ante Federer y levantó al cielo de Melbourne su primer Grand Slam en pista dura. Sorprendentemente, y en contra de lo esperado, el español jugó la quinta manga más entero físicamente que el suizo y logró inclinar la balanza hacia su lado.

Tumbado sobre el cemento del Rod Laver Arena, Rafa concluyó que la amenaza de unos disparos que nunca existieron y el impulso del «*Yes we can*» de Obama habían hecho mucho por ayudarle a resucitar para hacer frente al cansancio de una pieza.

Una vez más, la demostración perfecta de que la mente puede abrir puertas que están cerradas para las manos más hábiles o los brazos más fuertes.

En 2017, Nadal escuchó las palabras de su tío vestido de tenista mientras terminaba de anudarse la cinta del pelo frente a un espejo que le devolvió una

imagen guerrera. Buscando concentración, el español se dio una ducha de agua fría, la misma de siempre antes de jugar un partido. Activó los músculos de su cuerpo corriendo entre las taquillas. Saltó con la raqueta en la mano hasta casi tocar el techo con la cabeza. Agarró los cascos y se puso música a todo volumen. Y todo eso no sirvió para nada porque sus nervios permanecieron descontrolados. Seis años después, Nadal estaba a media hora de volver a jugar una final de Grand Slam contra Federer.

A dos metros de distancia, el suizo escuchó trozos sueltos de la conversación que mantuvieron tío y sobrino, aunque no entendió nada. Federer estaba hablando con Ivan Ljubičić y Severin Lüthi, sus dos entrenadores, pero tampoco necesitó masticar mucho el asalto al título. La idea estaba bien clara; el plan, definido.

—No juegues contra él, simplemente pégale a la bola. Juega libre y ve a por tus tiros —le dijo Ljubičić antes de que el suizo se pusiese de pie para enfilar el pasillo que conecta los vestuarios con la pista del Rod Laver Arena.

Entonces, el tiempo se detuvo. Cinco minutos para el inicio de la final del Abierto de Australia, cinco minutos para que Nadal y Federer volviesen a enfrentarse en un partido de los que cambian el rumbo de la historia del tenis, cinco minutos para que el mundo entero viese nacer el primer día de la nueva era.

Los contrarios arrancaron la lucha por el título sin complejos, mientras la gente gritaba entusiasmada, histérica en los primeros compases del pulso de los pulsos, y los banquillos de los jugadores se removían por puro nerviosismo.

Contra lo esperado, la final estuvo en manos de Federer todo el tiempo, y fue Nadal quien tuvo que ir siempre a remolque. El suizo jugó más agresivo que nunca, acortando los intercambios y lanzándose a la yugular de su contrario con tiros más afilados que la hoja de una espada.

El desarrollo del partido siguió los pasos de la final de 2009, llegando hasta el quinto parcial, pero el desenlace del encuentro hizo saltar por los aires los paralelismos con el último cruce entre los dos rivales en Melbourne.

Federer ganó la primera manga, Nadal respondió haciendo suya la segunda, Federer se adelantó conquistando la tercera y Nadal mandó el partido al quinto set tras amarrar la cuarta.

Ahí, el mallorquín se adelantó con un claro 3-1 y entonces ocurrió lo que ningún guionista podría haber planificado mejor.

El suizo, acostumbrado a derrumbarse ante el español en situaciones de

presión como esa quinta manga decisiva, remontó el marcador elevando aún más su agresividad. Federer se lo jugó todo, para asombro de Nadal. Roger atacó en tromba, con la derecha y también con el revés.

Pasadas las tres horas, la final alcanzó su punto álgido.

Sobre la pista, en silencio absoluto, solo se escuchó el graznido de las habituales gaviotas de Melbourne y los gritos de Rafa tras golpear cada pelota. No se oyó a Roger, que forma parte de ese escaso grupo de tenistas que no emiten sonido alguno al ejecutar sus golpes, ni aunque estén sometidos a toda la presión imaginable.

Sin decir ni pío, solo apretando el puño tras cada buen punto, Federer pasó de estar 1-3 a dominar 5-3, propinándole un 4-0 parcial a Nadal tras romperle dos veces consecutivas el saque.

Increíble, Roger haciendo de Rafa.

El 6-4, 3-6, 6-1, 3-6 y 6-3 que reflejó el marcador cuando la final se terminó le pegó un pellizco al corazón de Federer, superviviente gracias a un tenis sin complejos, descarado y más directo que nunca para remontar a su máximo rival un cruce que tenía perdido.

En un fantástico *sprint* final, el suizo tumbó al español y lloró, lloró como un niño: su Grand Slam número dieciocho acababa de convertirse en el más especial de todos.

NO ES UN SUEÑO
DUBÁI Y ACAPULCO

El secreto de los más grandes está en seguir adelante sin detenerse nunca, pase lo que pase.

Tras caer con Federer, Nadal regresó de Melbourne la misma noche de la final. Su equipo consiguió encontrar plazas en un vuelo que salía a última hora y aprovecharon sin dudarlo un solo segundo para volver a casa cuanto antes tras más de un mes en las Antípodas.

Nada más aterrizar en Mallorca, Nadal anunció su baja en la eliminatoria de la Copa Davis entre España y Croacia, programada para el siguiente fin de semana en Osijek. La noticia no fue ninguna sorpresa después de los resultados que Rafa logró en Australia. Ángel Ruiz Cotorro, jefe de los servicios médicos de la Federación Española de Tenis y doctor de confianza de Nadal, dio su aprobación y Feliciano López sustituyó al balear en la convocatoria.

La noche del jueves 2 de febrero, varios usuarios del gimnasio de la academia de Rafa en Manacor tuvieron que pellizcarse para asegurarse de que seguían despiertos.

Tan solo tres días después de perder la final del Abierto de Australia, Nadal apareció por la sala de máquinas y se subió a una bicicleta elíptica para despertar sus músculos, con Rafael Maymò, su fisioterapeuta, dándole instrucciones a su lado.

Eso no fue todo, ni mucho menos.

Si alguna de las personas que estaban en el gimnasio aquella noche hubiesen madrugado al día siguiente, el *shock* habría sido total. A las nueve de la mañana, con un frío de los que asustan, Nadal apareció caminando con una capucha azul cubriéndole la cabeza y cargando su raquetero al hombro en dirección a la única pista cubierta que tiene en su academia.

¿Qué necesidad tenía el mallorquín de ponerse a entrenar apenas setenta y dos horas después de caer en la final contra Federer? ¿No podía darse un tiempo de vacaciones? ¿Un descanso merecido?

Por supuesto, esa es otra de las claves del éxito que Nadal ha cosechado durante toda su carrera. Cualquier otro habría desconectado tras un arranque espectacular de temporada, merecido el premio de olvidarse de la raqueta. Rafa no, Rafa no entiende de parar de trabajar cuando hay cosas que mejorar, como en su caso.

El mismo desgaste que le llevó a renunciar a jugar la Copa Davis también le obligó a modificar su calendario, descartando el torneo de Róterdam, en el que tenía previsto reaparecer después del Abierto de Australia. Así, a Nadal le quedó Acapulco en el horizonte cercano, donde regresaría a la competición para no detenerse ya, enlazando su presencia en México con la gira estadounidense de Indian Wells y Miami.

Al bajarse de Róterdam, Rafa empleó esos días en los que debería haber estado compitiendo para entrenarse, en recuperarse mentalmente de todo lo vivido en Australia y también en solucionar algunos asuntos pendientes en Mallorca.

El 15 de febrero, Rafa aprovechó para ir a Madrid y asistir al partido de la fase de grupos de la Champions League entre el Real Madrid y el Nápoles. Al aterrizar en Barajas se encontró con una sorpresa desagradable que volvió a demostrar que tiene una paciencia admirable, casi tanto como su garra dentro de la pista.

—Hola, Rafa. Buenas tardes, bienvenido —le dijo una periodista que le estaba esperando en la zona de llegadas mientras le ponía el micrófono al tenista en la boca.

—Hola, buenas tardes —respondió el mallorquín, sin dejar de caminar hacia la salida de la T1 mientras hacía rodar las ruedas de una pequeña maleta de viaje negra.

—¿Te puedes parar un segundito solo? —preguntó la reportera, andando de espaldas y sorteando varios obstáculos con una habilidad sorprendente—. ¿Vienes a ver el partido?

—Sí, entre otras cosas.

A Nadal empezó a cambiarle el semblante de la cara lentamente, como si ya hubiese adivinado que no saldría tan fácilmente de ese atraco a mano armada.

—Has venido rodeado de *tifosi*, no sé si te has fijado —cambió de tema su interlocutora—. La animación venía ahí delante.

—Ah, no, no me he enterado de nada. Yo vengo de Mallorca.

El jugador siguió avanzando mientras varios de los aficionados del Nápoles

que acaban de aterrizar en Madrid se dieron cuenta de su presencia y se lanzaron en cascada a por una fotografía con el tenista.

—¿Pronóstico para esta noche?

—Ninguno, esperemos que vaya bien y que ganemos.

—¿Qué te parece lo que pasó ayer con el Barça? —preguntó la periodista, haciendo referencia al 4-0 que el Paris Saint-Germain le endosó al Barcelona la noche anterior en el Parque de los Príncipes.

En ese momento, varios seguidores del Nápoles rodearon a Nadal para fotografiarse con él y la reportera perdió los nervios pensando que le estaban quitando la ocasión de hablar con el balear.

—Solo un segundo. ¿Me dejáis unas preguntitas? —insistió—. Rafa, ¿qué te pareció anoche lo del Barça?

A la vez que la periodista peleaba por no perder protagonismo, varios *tifosi* intentaron colgarle una bufanda del Nápoles a Nadal en el cuello.

—¡No! ¡No! —exclamó angustiada la mujer—. ¡Dejadme preguntar! ¡Por Dios!

—Si me dejas atender —la cortó el tenista.

—Rafa, ¿qué te pareció ayer el partido del Barça?

—Bueno, un mal día y los otros muy buenos. Cuando se unen estas dos cosas…, un desastre.

A pocos metros de la puerta de salida, el tenista siguió adelante mientras su hermana Maribel pasaba por la derecha mirando con asombro la persecución de la reportera.

—Me imagino que contento con los resultados de la Copa Davis.

—Sí, contento con todo. Ha sido un buen comienzo de año en general y evidentemente contento de que estemos en cuartos de final otra vez.

—La pena… —se arrancó de nuevo la periodista, sin poder terminar la frase.

—Bueno, ya vale, ya vale —zanjó Nadal, cansado de una entrevista sin pies ni cabeza.

Entonces, un hombre que había estado observando todo a la vez que también se dirigía a la salida entró a escena sin dudarlo.

—Párate tú un poquito —le dijo a la periodista, que se encontraba bloqueando el paso del jugador—. Párate y déjale pasar.

—Sí. Gracias Rafa, gracias.

Lejos de desistir y retirarse, la mujer le dio órdenes a su cámara para que

siguiese grabando a Nadal, mientras el jugador esperaba en la cola de los taxis. El tenista, que iba hablando con su hermana y firmando autógrafos a unos seguidores, se dio cuenta y dijo basta.

—¡Perdona! —le gritó Rafa enfadado—. ¡Ya vale!

El anonimato es algo que no existe para deportistas de élite como Nadal o Federer, que no pueden salir a la calle sin ser reconocidos automáticamente por la mayoría de las personas con las que se cruzan.

Actos cotidianos como ir al supermercado, echar gasolina, tomar un café o dar un paseo por un parque se convierten en una tremenda odisea por la cantidad de gente que solicita su atención.

Algo tan natural como ese anonimato, que disfrutan la mayoría de las personas, es un tesoro para tenistas como Rafa, observado en cualquier parte del planeta. Pese a que ha aprendido a llevar con normalidad las situaciones más extrañas, el tenista ha aceptado con resignación que en la época actual es imposible pasar desapercibido.

Es cierto que los *paparazzi* han dejado de existir prácticamente, pero los teléfonos inteligentes han provocado que cada persona se convierta en un potencial *paparazzi*, con la capacidad de hacer una foto de incógnito que en un segundo puede estar dando la vuelta al mundo en las redes sociales.

Es algo que a Rafa no le ha quedado más remedio que tolerar, como al resto de los grandes personajes públicos.

Una prueba de la importancia que tiene la falta de anonimato es lo que hizo Nadal en septiembre de 2016, algo tan sencillo como revelador. Como en Twitter y Facebook, dos de las redes sociales más importantes del mundo, Nadal tiene una cuenta en Instagram, que en los últimos tiempos ha ganado peso en detrimento de las primeras. En ella, el jugador sube fotos para mantener a sus aficionados actualizados, tanto de lo que hace cuando está compitiendo como de su día a día fuera de la pista.

Pero ese no es el único perfil de Instagram que tiene el jugador.

Rafa se abrió otra cuenta hace tres años, con el único objetivo de subir las fotos que le apeteciese sin tener que ser juzgado por la opinión pública. Apenas setenta seguidores ven lo que hace el tenista en ese otro perfil, posiblemente porque nadie sabe la auténtica identidad de la persona que gestiona la cuenta.

El ejemplo es perfecto para radiografiar cómo un deportista que lo ha ganado absolutamente todo, que si quisiera podría bañarse en éxito el resto de su vida, encontró la felicidad creando una cuenta de Instagram para usarla a su

antojo.

Rafa pasó la primera quincena de febrero en Manacor, mientras Federer se embarcaba en un viaje completamente inesperado.

Edward Michael Grylls, más conocido como *Bear Grylls*, se encontró con una propuesta inesperada a la que no pudo negarse. El británico, un famoso experto en aventura de supervivencia, contó con un invitado muy especial para su programa «Running Wild» de la cadena NBC.

Semanas después de ganar el título en el Abierto de Australia, Federer agarró la copa de campeón del torneo y se la llevó a los Alpes suizos junto a Grylls, paseando el título de campeón por parajes insólitos.

Esos días, Federer vivió pendiente de la copa de campeón, a la que llamó Norman, en referencia a lo que viene escrito en la placa del trofeo. Norman Brookes Challenge Cup, ese es el nombre completo, que se puso en honor de Norman Everard Brookes, un gran tenista australiano de comienzos del siglo xx.

Tras la aventura de los Alpes con Norman y Grylls, Roger se puso manos a la obra para regresar a la competición.

Quizá, Federer habría descartado volver a la pista poco tiempo después de ganar el Abierto de Australia si no se tratase del torneo de Dubái, una ciudad que Roger siente como suya.

Federer vive con su familia en una imponente mansión de tres plantas con vistas al lago de Zúrich, construida en Wollerau, en el cantón de Schwyz. La casa de Roger ocupa un total de quinientos metros cuadrados repartidos en seis habitaciones, una cúpula de cristal en el comedor, al lado de una espectacular chimenea, o una piscina en la terraza. Sin embargo, el suizo también posee un apartamento en el piso 50 de uno de los rascacielos más famosos de Dubái.

El edificio, conocido como Le Reve, está al lado del distrito Dubái Marina, en el corazón de una zona a la que llaman Nuevo Dubái por la cantidad de construcciones modernas que lo componen. Además, Dubái Marina se encuentra en torno a un canal artificial de casi cuatro kilómetros de longitud que ofrece acceso al mar desde sus dos extremos, por lo que se trata de una de las mejores partes de la ciudad.

Fernando Alonso, el piloto español de Fórmula 1, es uno de los vecinos de Roger en Le Reve, donde también residen otros deportistas famosos, que habitualmente se pierden entre las más de ciento sesenta tiendas del centro comercial que está a unos minutos a pie.

El apartamento de doscientos metros cuadrados que Federer posee allí le

sirve como campamento base para sus pretemporadas, además de irse a Dubái cuando le apetece cambiar de aires.

En diciembre, el suizo puede huir fácilmente del frío que hace en Suiza y entrenar en unas condiciones de calor muy similares a las que se encontrará días después en Australia, donde es verano cuando se disputa el primer Grand Slam del curso.

Poco a poco, Roger se fue involucrando emocionalmente con Dubái, hasta el punto de jugar el torneo de la ciudad en doce ocasiones —trece, contando la de 2017—, convirtiéndolo en una de las grandes paradas de su calendario, inalterable durante toda su carrera.

En cualquier caso, tras la conquista de Australia, Federer apareció en Dubái sin saber cómo le respondería su cuerpo al ser obligado a competir de forma tan seguida, toda una incógnita después de pasar tanto tiempo alejado de las pistas.

Lo primero que recordó Roger al entrar en el hotel Jumeirah Creekside fue la única vez que jugó con Nadal en Dubái. El recuerdo no fue espontáneo, estuvo provocado por la pregunta de uno de los miembros del torneo sobre el encuentro que Roger le ganó a Rafa en Melbourne semanas atrás.

Pese a que sucedió hace mucho tiempo, el recuerdo de Federer sobre el choque que disputó contra Nadal en Dubái seguía siendo muy nítido más de una década después.

En 2006, Nadal derrotó a Federer en la final de Dubái tras remontarle por 2-6, 6-4 y 6-4 en una hora y cincuenta y tres minutos de juego. Fue el punto final a una racha de dieciséis victorias consecutivas del suizo, que se había hecho con los trofeos de Doha y el Abierto de Australia en las primeras semanas del calendario, y la primera final que Rafa le ganó a Roger.

Traducido a la psicología deportiva, eso fue un puñetazo a la moral de su máximo rival, derrotado en tres de los primeros cuatro partidos de la rivalidad que comenzó a crearse con Nadal.

Aquel encuentro también supuso el segundo triunfo que Rafa le arrebató a Roger en pista rápida, el territorio que mejor se adapta a las características de juego del suizo. Con su victoria, Nadal demostró que reducir sus opciones de hacerlo bien a la tierra batida era un error considerable.

Aunque todavía era un tenista muy joven, de diecinueve años, su condición de número dos mundial y sus victorias contra Federer en las pistas rápidas de Miami (2004) y Dubái (2006) le auguraban un futuro prometedor más allá de la

tierra batida, donde ya había brillado ganando Roland-Garros una temporada atrás.

En su regreso a la competición, Federer debutó en Dubái venciendo al francés Benoît Paire por 6-1 y 6-3. Lo hizo como si fuera una de las mejores estrellas de rock de la historia, recibiendo honores del grado más alto por parte del gentío.

La reacción del público al ver al suizo por primera vez hizo temblar el suelo de la pista central del torneo de Dubái. Los aficionados, entusiasmados por el título que Roger le había ganado a Nadal en Melbourne, enloquecieron al tener la oportunidad de ver jugar al suizo en una pista muy familiar para él, en la que levantó siete veces el trofeo.

En 2017, Roger no lograría elevar a ocho la marca de conquistas en los Emiratos Árabes, sorprendido repentinamente cuando menos lo esperaba.

En su encuentro de segunda ronda, Federer tuvo tres puntos de partido en el *tie-break* del segundo set, llegó a mandar 5-2 en la tercera manga y dispuso luego de un 5-1 en el desempate decisivo. Todas esas ocasiones clarísimas se fueron al garete. Yevgueni Donskói, el número ciento dieciséis del mundo, acabó tirando la raqueta por los aires cuando sobrevivió a las mil adversidades del cruce, porque no se podía creer lo que acababa de conseguir.

El ruso inclinó 3-6, 7-6 y 7-6 a Federer en un extrañísimo enfrentamiento que estuvo cerca de perder. Fue el día más importante en la carrera de Donskói, y una jornada imposible de explicar con palabras para Roger, que no supo cómo analizar lo que había pasado en la pista cuando llegó al vestuario con su equipo.

Una vez pasadas las horas siguientes a la derrota, Federer no le dio demasiadas vueltas y se puso a pensar rápidamente en Indian Wells y Miami, los dos primeros Masters 1000 del calendario en los que tenía puestas unas expectativas muy altas.

Horas antes de que Federer se marchase de Dubái, Nadal debutó en Acapulco venciendo al alemán Mischa Zverev por 6-4 y 6-3. El balear jugó su primer encuentro después de la final del Abierto de Australia sin óxido competitivo, con un buen nivel de tenis, pero llevando un vendaje en la rodilla que encendió todas las alarmas.

La raíz del problema nació durante un entrenamiento previo, cuando Nadal se notó algo en la rodilla derecha a la altura del tendón rotuliano, donde históricamente ha sufrido muchas lesiones desde que abrió su etapa como profesional.

Carlos Moyà y Francis Roig, los dos entrenadores que acompañaron al balear a México, se acercaron al lado de Nadal, que paró la sesión inmediatamente para inspeccionarse la rodilla, realizando distintos movimientos y tocándose la articulación con la mano derecha, mientras Moyà señalaba esa misma zona con el marco de su raqueta.

La preocupación de Rafa fue evidente, como demostraron la palidez de su cara y los gestos que hizo.

El único deseo que Nadal le pidió a 2017 fue que la salud no le fallase, nada más. Después de una carrera marcada por las lesiones, y de sufrir el azote de esos problemas físicos en los dos últimos cursos, Rafa solo le pidió al año nuevo poder jugar libre de dolores que pudiesen limitar sus actuaciones.

En marzo, con el curso recién comenzado, ese aviso de la rodilla provocó sudores a Rafa, que por un momento se imaginó teniendo que cruzar otro calvario más que quizá esta vez habría sido imposible.

Lidiando con el fantasma de la rodilla, y vendado por protección y no por dolor, Nadal aplastó a Paolo Lorenzi por 6-1 y 6-1 en octavos de final y se impuso por 7-6 y 6-3 al japonés Yoshihito Nishioka en un cruce en el que ya no utilizó la venda en la rodilla, superado el pánico inicial de las primeras rondas a hacerse daño.

Ese viernes 3 de marzo, tras clasificarse para las semifinales, Nadal perdió su acreditación camino de la rueda de prensa. El suceso, que se resolvió a los pocos minutos cuando la credencial apareció al lado de su bolsa, no es novedoso, aunque refleja perfectamente que los despistes de Rafa no han cambiado con el paso del tiempo.

El mallorquín es una persona descuidada por naturaleza, que se va dejando cosas allí por donde pisa.

En 2005, al ganar su primer título en Acapulco a Albert Montañés, Nadal salió a toda pastilla del hotel Fairmont y se subió a un taxi para ir al aeropuerto porque perdía el vuelo. Francis Roig le acompañaba en el viaje, y ambos apremiaron al conductor para que se diese prisa, aunque el hombre no pudo hacer demasiado porque el tráfico era horrible, y el coche casi no podía avanzar entre el atasco que se extendía por varios kilómetros de distancia.

Benito Pérez-Barbadillo, en la actualidad jefe de prensa de Rafa, trabajaba en aquella época en la ATP y casualmente conocía al piloto al mando del vuelo que Nadal debía coger en el aeropuerto internacional de la Ciudad de México,

así que consiguió convencer al jefe de la tripulación para que esperasen al jugador.

Si eso hubiese pasado en 2017, a Pérez-Barbadillo no le habría costado nada lograr que el avión no despegase, pero en 2005 Nadal no era ni una milésima parte de lo conocido que es en la actualidad. Aun así, y gracias a tener una estrecha relación con el piloto, Benito pudo hacer que la aeronave aguantase hasta la llegada del tenista.

Ajenos a todo eso, en el interior del taxi las cosas no cambiaron demasiado porque el atasco mantuvo su fuerza casi todo el trayecto, hasta que finalmente el coche se abrió paso por la zona de salidas y sus ocupantes respiraron aliviados.

Nadal y Roig se bajaron del vehículo atropelladamente, recogieron las maletas y salieron pitando hacia el interior del aeropuerto sin darse cuenta de que dejaban, olvidado en el coche, el trofeo de campeón que Rafa había levantado horas antes.

Famoso por su forma de pera, aunque en realidad es un guaje, un fruto que se cultiva en México y cuyo cascarón se utilizaba hace muchos años para transportar agua, Nadal se dejó el título en el asiento del vehículo y la organización del torneo nunca supo nada, hasta que cuatro años más tarde el mallorquín lo contó en el periódico *Herald Sun*, respondiendo a la pregunta de un aficionado sobre si alguna vez se había dejado olvidado algo importante en uno de sus viajes.

Al enterarse por la prensa de lo que había sucedido, Raúl Zurutuza, director del torneo de Acapulco, ordenó hacer una réplica del trofeo para entregársela a Nadal, que tiempo después la recibió en Manacor y pudo recuperar algo muy valioso para él.

En las semifinales de 2017, Nadal se impuso por 6-1 y 6-2 a Marin Čilić y regresó así a una nueva final, la segunda de la temporada y la segunda consecutiva tras la de Australia. Por tanto, la oportunidad de quitarse la espinita de lo ocurrido en Melbourne apareció ante los ojos de Rafa, que, sin embargo, volvió a quedarse muy cerca.

Sam Querrey acabó con el español en la pelea por el título por 6-3 y 7-6, pero eso no evitó un pensamiento compartido por el mundo entero.

En marzo, dos meses después de empezar 2017, ya era imposible de ocultar: Rafa y Roger, la histórica pareja de rivales, había vuelto a la primera línea de batalla con tanto empuje como en los viejos tiempos.

TENIS EN EL PARAÍSO
INDIAN WELLS

Indian Wells es, hoy por hoy, el paraíso del tenis.

También es uno de los torneos favoritos de Roger. Y de Rafa. Y aunque ninguno de los dos lo recuerda con nitidez, allí fue donde se vieron las caras por vez primera en una pista de tenis. En 2004, cuando su rivalidad no estaba ni siquiera concebida, se midieron en un partido de dobles en el que Rafa y Tommy Robredo superaron a Roger y a su compatriota Yves Allegro por 5-7, 6-4 y 6-3. Indian Wells siempre podrá jactarse de haber acogido aquel momento al que los libros de historia han dado la espalda, ya que siempre se ha considerado que su primer duelo fue el disputado en Miami.

Ubicado en el Valle de Coachella y encuadrado dentro del condado de Riverside, la californiana ciudad de Indian Wells debe su fama internacional al tenis gracias al torneo que comenzó a llevar su nombre en 1976, tras haberse movido desde su localidad originaria en Tucson, Arizona. Aquel año el norteamericano Jimmy Connors se impuso a su compatriota Roscoe Tanner y, desde entonces, celebridades como Becker, Edberg, Courier, Navratilova, Seles, Chang, Graf, Sampras o Agassi inscribieron sus apellidos en el palmarés de uno de los torneos más prestigiosos del circuito. Fue la época dorada de Indian Wells.

En el contexto de la gira norteamericana de torneos de la categoría Masters 1000 que se disputan anualmente en la época primaveral, el evento de Indian Wells comenzó a quedar algo devaluado por el paso del tiempo. En la comparativa con la cita que se celebraba en Miami, el torneo de Palm Springs pasó a recibir menos valoración por parte de los jugadores, entrenadores y aficionados. Las instalaciones no se renovaban, las comodidades para los jugadores brillaban por su ausencia y muchas de las infraestructuras habían quedado obsoletas. Y, además, ¿quién podría competir con Miami?

Hasta que llegó Larry Ellison.

El famoso magnate de las comunicaciones, que cofundó Oracle en 1977 con una aportación de tan solo mil cuatrocientos dólares, siempre fue un apasionado amante del tenis. Su cercanía con el tenis y los tenistas, y el deseo por mejorar la economía de la zona le llevó a comprar en 2009 el torneo combinado por una cifra superior a los 70 millones de euros. Indian Wells siempre fue conocida en Estados Unidos por ser la ciudad con más millonarios por metro cuadrado de todo el país. Pero ninguno con tanto amor por el tenis como Ellison.

La fortuna de Larry Ellison está valorada en 59,3 billones de dólares, lo que le ha convertido a lo largo de la última década en uno de los hombres más poderosos e influyentes a nivel mundial. Dentro del sector tecnológico, tan solo pueden presumir de poseer una cuenta bancaria más boyante Bill Gates (Microsoft), Jeff Bezos (Amazon) y Mark Zuckerberg (Facebook). Y según Forbes, el indicador más fiable en el ámbito de los negocios y las fianzas, la fortuna de Larry Ellison sigue superando a la de magnates de la comunicación como Larry Page y Sergey Brin (fundadores de Google), Jack Ma (fundador y presidente de Alibaba), Steve Ballmer (exdirector ejecutivo de Microsoft y actual dueño de los New York Knicks).

Desde que Larry Ellison adquirió el torneo de Indian Wells, no escatimó en gastos con el objetivo de posicionarlo de nuevo como uno de los mejores del planeta. Dicho y hecho. En menos de una década el multimillonario logró que, de nuevo, su evento fuera catalogado por muchos como «el quinto Grand Slam» y se convirtiera durante cuatro años consecutivos en el ganador del ATP World Tour Masters 1000 Tournament of the Year, votado por los propios jugadores del circuito.

Además del tenis, el golf fue uno de los nexos de unión entre Rafa Nadal y Larry Ellison.

Palm Springs posee algunos de los más famosos campos de golf del mundo. Y uno de ellos pertenece a Ellison. En 2011 el fundador de Oracle invirtió 43 millones dólares en la compra del rancho Porcupine Creek Golf Club, dentro de cuyas propiedades se encontraba (según la prestigiosa revista *Golf Digest*) uno de los diez mejores campos de golf de toda California. Un campo que Rafa Nadal conoce a la perfección.

Además de una mansión de dieciséis habitaciones, Ellison construyó dentro de sus 249 acres de terreno ocho casas para sus invitados. Y en el mes de marzo una de ellas está reservada a nombre de Rafa Nadal. Las cien personas que

trabajan en las instalaciones del magnate tienen instrucciones claras de hacer que Rafa y su equipo se sientan mejor que en su propia casa. En la casa club, provista de todo tipo de lujos, pueden ordenar para comer lo que deseen.

Pero lo que valora Nadal por encima de todo es el golf. En este sentido, Rafa y su equipo saben apreciar las comodidades que quizá otros invitados del magnate no alcanzan a valorar. El campo, cuidado al detalle en cada uno de sus recovecos por los mejores jardineros; los palos, nuevos y de las mejores marcas…, ¡en cada hoyo! El objetivo es que cada uno de sus invitados pueda emplear los que considere convenientes según su nivel y su técnica. Nadal, que posee un hándicap de 2,8, propio de un profesional, se divierte cada vez que compite en los dieciocho hoyos del campo californiano, que acaba dominando a la perfección con el paso de los años.

—Voy a jugar al golf y si la cago en un hoyo me puedo hasta reír. Él no —afirma Marc López—. Rafa falla una y empieza a ver si ahora yo hago *birdie* y recupero el golpe que he perdido aquí porque el búnker… Y yo pensando: «¡Relájate!».

Nadal, que no pierde detalle de lo que sucede en el circuito de la Professional Golfers' Association (PGA) a través de la aplicación que tiene instalada en su *smartphone*, lamenta la ausencia de Tiger Woods en el circuito al mismo tiempo que advierte la progresión de Jon Rahm, un español que ha irrumpido en el circuito con una fuerza inusitada.

Rafa siempre ha pensado que a nivel profesional el golf tiene algunas cosas muy positivas en comparación con el deporte que él practica. En el tenis, cada día que sales a jugar puedes perder y finalizar tu participación en el torneo, algo que se hace complicado de sobrellevar mentalmente. En el golf, por el contrario, puedes tener un día malo, pero aún tienes la posibilidad de seguir jugando, recuperarte e incluso remontar durante los siguientes tres días de competición. Rafa piensa que el golf te permite además terminar un campeonato en tercera, cuarta o quinta posición, e irte con la sensación de haber cuajado un buen torneo. Pero en el tenis no, en el tenis si no levantas la copa acabas perdiendo, siendo el perdedor. Da igual si la derrota se ha producido en cuartos de final, semifinales o en la propia final: acabas siendo el perdedor. Otras reflexiones tienen que ver con el tiempo: aunque el golf exige una concentración extrema, el manacorí valora de manera muy positiva el tiempo que los golfistas pueden tomarse para preparar cada golpe. Criticado en numerosas ocasiones a lo largo de su carrera

por tomarse un tiempo excesivo en la pista de tenis a la hora de ejecutar su servicio, a Nadal le encanta no sentir esa presión en el campo de golf a la hora de materializar su *swing*.

Eso sí. Nadal es igual de competitivo jugando al tenis, al parchís o al golf.

—¿Cuántos golpes has hecho? —pregunta Rafa a Marc López.

—*Bogey* —responde su amigo.

—No, no. Has hecho doble *bogey* —asevera Nadal.

Aunque anecdótica, esta situación real define cómo Nadal presta atención a cada detalle del juego.

—Yo lo hago por hacer trampas, pero el tío está pendiente también de lo que tú haces. Él compite en todo y me parece bien, es la manera de mejorar. Por eso hace bien todo lo que hace —concluye Marc.

Pero no todo es golf en Indian Wells.

Ellison también construyó una pista de tenis de tierra batida y dos de superficie rápida, por lo que Nadal puede preparar el Masters 1000 en la propia finca de su amigo. Aunque la casa de Ellison está a tan solo catorce kilómetros del Indian Wells Tennis Garden, es difícil resistirse a la tentación de quedarse entrenando en «casa». Cuando Rafa Nadal llega a una de las pistas de Ellison con Francis Roig, se encuentran con unas instalaciones y facilidades únicas para tratarse de un entorno no profesional: botellas de agua, toallas de Roland-Garros, cremas para el sol, tiritas… No falta de nada en las pistas de Larry Ellison.

Además de garantizar mucho espectáculo en las pistas sobre las que se disputan los partidos del cuadro individual, Indian Wells también asegura diversión en la modalidad de dobles. Al tratarse de un torneo de casi dos semanas de duración, los mejores jugadores del ranking disponen de más días de descanso entre partidos y eso les permite simultanear ambas modalidades con el objetivo de mejorar sus destrezas en la volea y, por qué no, intentar conquistar un título de la categoría Masters 1000 en dobles.

En el año de su debut en el torneo californiano, Nadal probó fortuna con Tommy Robredo (2004), con el que llegó a alcanzar los cuartos de final. Tras ir rotando parejas en años sucesivos y disputar Indian Wells con Mijaíl Yuzhny (2006), Feliciano López (2007) y David Ferrer (2008), Rafa decidió unir sus fuerzas en 2009 con uno de sus mejores amigos, con el que ya había catado la victoria en Doha: Marc López.

Aunque en su primera puesta en escena conjunta en California los hermanos Bryan (por entonces, indiscutibles números uno del mundo) frenaron

su progresión en la segunda ronda, Rafa y Marc ya eran conscientes del tremendo potencial que podría conformar su matrimonio tenístico. Y no se equivocaban.

—Gracias a ti —le dijo Marc López a Rafa—. Todo lo que me está pasando es gracias a ti —continuó.

—¡No me hagas la pelota! —respondió un humilde Rafa, intentando quitar hierro a una conversación que le incomodaba mucho.

—La vida me ha ido muy bien, y en parte es gracias a ti —cerró la conversación López.

¿Cómo es que Marc López siente esa deuda deportiva con Rafa? ¿A qué se debe ese sentimiento de eterna gratitud? Capaz de ganar la Copa de Maestros con Granollers, Roland-Garros con Feliciano y un oro olímpico con Rafa, Marc ha demostrado sobradamente un talento desmedido que le vale ya para ser considerado uno de los mejores especialistas en dobles de la historia del tenis español. ¿Y aun así siente que le debe todo a Nadal?

—Hubo una época en que yo estaba cerca de dejar el tenis —confiesa el tenista barcelonés—. Después de intentarlo en individuales, estando muy cerca del top 100, perdí un poco el hilo. Me fui muy atrás en el ranking y perdí la ilusión de seguir jugando. Acabé 2008 muy mal en el ranking. Rafa siempre jugaba dobles con Tomeu Salvà, pero Tomeu decidió dejar el tenis. En aquel momento, Tomeu le dijo a Rafa que por qué no jugábamos juntos él y yo. Hablamos y me fui a Doha, y ganamos el torneo a los números uno del mundo en la final. Vi que los dobles no se me daban mal. En aquel momento seguí jugando individual y dobles. Gracias a los puntos de Doha pude jugar varios torneos y al año siguiente gané Indian Wells con Rafa. Me metí entre los treinta mejores y dejé el individual. Si Tomeu hubiese seguido jugando al tenis, y no hubiese jugado dobles con Rafa, no sé qué habría pasado. Pero aquí estoy.

En 2010, en su retorno a Palm Springs, Nadal y López vieron cómo el torneo los emparejaba en primera ronda con dos de los tenistas más en forma del circuito de dobles: Leander Paes y Lukáš Dlouhý. Sin miedo y sin ningún tipo de complejo, los españoles superaron el arduo escollo en el *super tie-break* decisivo (10-6). Tampoco fue sencillo doblegar a Feliciano y Verdasco en la segunda ronda, pero sin hacer demasiado ruido el manacorí y el barcelonés demostraron que el *feeling* que ambos tenían fuera de las pistas solidificaba y potenciaba la sinergia dentro de esta. Pocos días después, la sonrisa de los dos amigos se desbordó en la conclusión de su partido ante los dos mejores jugadores de dobles

del momento: su victoria ante Daniel Nestor y Nenad Zimonjić solo podía significar una cosa: ¡se habían convertido en los campeones de Indian Wells! Rafa, que ya por entonces poseía un palmarés envidiable, disfrutó aquel momento de una manera especial al ver a su amigo íntimo conquistar el título más importante de su carrera profesional hasta la fecha. Para Rafa, levantar un trofeo (¡y más en un Masters 1000!) era siempre especial, pero ver el rostro de extrema felicidad de Marc no tenía precio.

El idilio de Rafa con Marc y con Indian Wells se acrecentó en 2012, año en el que volvieron a conquistar el torneo tras derrotar en la final a los cañoneros Isner y Querrey.

Pero ¿qué sucedió en Palm Springs en 2011? ¿Por qué Marc López recuerda aquel torneo de una manera tan clara y nítida si no consiguieron levantar la copa? Aquella fue la primera vez que Marc se topó con la mirada de Roger Federer dentro de una pista de tenis.

Por aquel entonces, Rafa y Roger se habían visto las caras en veintidós ocasiones, muchas de ellas en finales de Grand Slam, Masters 1000 y ATP Finals. Pero para Marc la escenografía imponía respeto. Aunque Federer nunca había cosechado grandes resultados de dobles en Indian Wells, su palmarés ya registraba ocho títulos en la modalidad. Nadal y Federer ya se habían visto las caras en 2004, por aquel entonces el manacorí era un perfecto desconocido y el partido transcurrió sin focos y sin la lupa mediática que los perseguía en aquel duelo que iba a decidir en 2011 quién pasaba a la final del primer Masters 1000 del calendario.

Aunque han transcurrido siete años, Marc López sigue manteniendo muy vívidos en la memoria cada segundo y cada pensamiento de aquel día. Acostumbrado a disfrutar de la vida y del tenis con Nadal, no comprendía cómo podía causarle tanta presión enfrentarse a Federer, alguien por quien sentía un respeto y una admiración desmedida.

—Rafa me decía: «Tranquilo, que es una persona normal y corriente, como yo» —rememora con una mezcla de nostalgia y sonrojo.

El partido fue muy parejo, pero Marc recuerda cómo los nervios cobraron una cuota de protagonismo demasiado elevada.

—Afrontamos el partido como siempre, aunque era un enfrentamiento muy duro y especial. Federer y Wawrinka ya habían ganado los Juegos Olímpicos. Además, estaba el morbo de ver a Federer contra Rafa. Estaban ellos dos, estaba Wawrinka y yo me preguntaba: «¿Qué hago aquí?». Le tenía mucho respeto a la

hora de jugar. De verlo por la tele a sacar y saber que me restaría Federer… En 2011 yo jugaba dobles bien, pero no tenía tanta experiencia como ahora. No disfruté demasiado del partido porque tenía muchos nervios. Y nos ganaron.

Años después, en 2015, Indian Wells volvió a unir a Rafa y a Marc en una pista de dobles. Pero en aquella ocasión no como pareja, sino como enemigos. López había iniciado tres años antes una exitosa relación profesional con Marcel Granollers, con quien había logrado levantar en el O2 Arena el prestigioso título de la Copa de Maestros, el torneo que reúne a final del año a las ocho mejores parejas del mundo. Bautizados como los M&M, el mundo se había rendido a los nuevos «maestros» del tenis mundial.

—De tantos piques que teníamos, el tío se dejó la piel. Si llega a perder ese partido, yo todavía se lo estaría recordando —se ríe al recordarlo Marc.

Rafa era plenamente consciente que si Marc le ganaba aquel partido las alusiones serían constantes durante años. Los genes competitivos de Nadal no podían permitirse el desliz de una derrota contra su amigo. Había que ganar, y así se lo transmitió a su pareja Pablo Carreño.

—Cuando jugué contra Rafa me pasó un poco igual que cuando jugué contra Federer —confiesa humildemente Marc—, estás un poco acomplejado. Te impresiona tener a esta gente delante.

Si Marc, amigo íntimo de Rafa se siente así, ¿cómo se sentirán el resto de los jugadores del circuito al tener delante a tenistas como Federer y Nadal?

Seis años después, Marc y Rafa pondrían el colofón a uno de los momentos más conmovedores de los Juegos Olímpicos que se celebraron en Río de Janeiro el verano de 2016.

Nadal, tras haber sollozado como un niño con su cuerpo postrado completamente sobre la pista, se arrodilló sobre el cemento verde, elevando los brazos al cielo. Tras comprobar que su amigo continuaba tumbado boca arriba cubriendo con sus sudorosas manos un rostro que barruntaba lágrimas, se dirige corriendo a él para fundirse en un abrazo para la historia. A lo largo de su vida los dos amigos se habían dado infinitos abrazos. Pero nunca tumbados. Nunca tras haber ganado una medalla de oro. España, acostumbrada a ver hitos de sus grandes campeones, se rendía a la naturalidad de dos amigos que cumplían un nuevo sueño juntos, que sellaban con una nueva gesta un vínculo irrompible, un vínculo dorado. Esa historia de amistad fundida y moldeada por una pasión común llamada tenis ya no tenía vuelta atrás.

Aquella imagen de Rafa y Marc evocó a miles de amantes del tenis los

Juegos de Pekín, donde se vivieron escenas de similar calado, pero con protagonistas de diferente nacionalidad.

Ocho años atrás, y ataviados con una indumentaria roja similar a la de Rafa y Marc en Río, Federer y Wawrinka habían saltado a la pista para medirse en la final olímpica a los suecos Simon Aspelin y Thomas Johansson. Aunque los suizos consiguieron adjudicarse el segundo set, la tensión se incrementó cuando los suecos ganaron el tercero. Roger notaba la presión: quería ganar esa medalla de oro para su país y para su propia vitrina de trofeos. Lo tenía todo, pero le faltaba ganar Roland-Garros y tener una medalla olímpica. Los movimientos de sístole y diástole de su corazón se habían acelerado de manera creciente, casi incontrolable. Por eso, cuando cerró el partido con un potente servicio elevó su cuerpo como un resorte que bien podría haberle valido para competir en la prueba de salto de altura. No solo abrazó a Stan, ambos comenzaron a botar en la pista y terminaron por abrazarse tendidos en el suelo de la pista central del Beijing Tennis National Center celebrando la medalla de oro. Casi en la misma ubicación en la que caería tendido Nadal tras ganar al día siguiente la final olímpica individual ante Fernando González.

Aunque la modalidad de dobles también ha engarzado algunos momentos importantes de las carreras de Rafa y de Roger, el detonante inicial que tuvo lugar en 2004 en Indian Wells fue tan solo un prólogo de otros varios capítulos que se redactarían en el contexto de su rivalidad en la ciudad californiana. En el año 2012, Federer se impuso a Rafa en las semifinales para después acabar levantando su cuarto título en el Valle de Coachella mientras que en 2013 fue Rafa el que doblegó al suizo en cuartos de final para, posteriormente, coronarse por segunda vez en el primer Masters 1000 de la temporada.

En 2017, la historia se reescribía. Una vez más.

Tras el épico desenlace que tuvo lugar en el Abierto de Australia y que puso fin a más de un año y medio de sequía de enfrentamientos directos entre ambos, Indian Wells se convirtió en la segunda cita anual en la que coincidían ambas raquetas. Nadal, que en el mes de febrero renunció a jugar el torneo de Róterdam por el agotamiento físico derivado de la exigente gira australiana, llegó a California procedente de Acapulco mientras que Roger, aún dolido por su derrota en Dubái, preparó a conciencia lo que en el circuito tenístico se denomina como el «Sunshine Double», la gira de marzo que se compone de los Masters 1000 de Indian Wells y de Miami.

Pese a su título en Melbourne, Roger ingresaba en el torneo como noveno

cabeza de serie, mientras que Rafa lo hacía como quinto. A pesar de las innumerables plegarias de Tommy Haas, nuevo director del torneo e íntimo amigo de Federer, que oraba para que el español y el suizo no se enfrentaran hasta una hipotética final, el caprichoso sorteo dictaminó un posible encuentro prematuro entre ambos en los octavos de final.

Nadal, que había superado en las dos primeras rondas a Guido Pella y a Fernando Verdasco, repasaba mentalmente la final de Australia para intentar escudriñar la manera de hurgar en las flaquezas de un Federer que llegaba al encuentro del español sin haber cedido sets ante Stéphane Robert y Steve Johnson. A pesar de la elevadísima expectación generada en torno al trigésimo sexto partido de la rivalidad Nadal-Federer, el choque no tuvo nada que ver con el de Australia. Despojado de cualquier tipo de narrativa epopéyica, el partido discurría por los senderos perfectamente guionizados por el suizo. A pesar de portar siempre la armadura del orgullo y del coraje, las opciones de Rafa se resquebrajaban con el paso de los juegos gracias a las sutiles estocadas que Federer asestaba al español. Rafa, que no consiguió aprovechar la única bola de *break* de la que dispuso, se inclinó ante un rival muy superior, que acabó ganándole 6-2 y 6-3 en apenas sesenta y ocho minutos. Sin asomo alguno de renuencia, Nadal aceptó humildemente el resultado.

—Creo que Rafa no se estaba moviendo muy bien en la pista, le he visto un poco más lento de lo normal. Seguramente él nunca nos lo dirá, pero creo que le pasaba algo —reconoció Federer tras el encuentro.

Su aventura en la modalidad de dobles junto a Bernard Tomic también había expirado, por lo que a Nadal le tocaba despedirse de Indian Wells. Adiós a los campos de golf y a un oasis paradisiaco en mitad del desierto. Adiós a Larry Ellison y su acogedora y hospitalaria casa. Adiós a Roger. Más bien, hasta luego.

Alentado y encorajinado por su victoria ante Rafa y con el respiro que supuso la retirada de Kyrgios en los cuartos de final, Roger no dio ningún tipo de opción a Sock en semifinales y se plantó en el partido decisivo para luchar por el título contra un amigo: Stan Wawrinka.

A pesar de pequeñas erosiones en la relación deportiva (más mediáticas que otra cosa) entre los dos jugadores suizos, tanto Roger como Stan han sido siempre un ejemplo de cordialidad, compañerismo y amistad, dentro y fuera de las pistas. Su relación deportiva, cimentada en los Juegos Olímpicos de Pekín se estrechó aún más cuando ambos decidieron conjurarse en 2014 para pelear por la Copa Davis, un título imposible de alcanzar para Suiza sin el total compromiso

de los dos mejores tenistas masculinos de la historia del país. En la final del campeonato mundial por países, Stan y Roger jugaron un partido perfecto de dobles ante Gasquet y Benneteau, lo que propició que lo tuviera todo a su favor para rematar el fin de semana y erigirse nuevamente en héroe nacional, entregando al país helvético una merecida ensaladera. Es poco frecuente ver a Roger tumbarse en el suelo boca abajo tras ganar un punto de partido, pero aquel 23 de noviembre, Lille le vio rebozarse sobre la tierra batida. Aquella que con tanta amargura le había sazonado en años recientes, le regalaba esta vez una alegría desbordante. Las lágrimas brotaron de las comisuras de sus ojos cuando, abrazado a Stan y al resto del equipo, interiorizó la gesta conseguida: Suiza, un país de apenas ocho millones de personas, se había convertido en la primera potencia mundial del tenis.

Tanto en los Juegos Olímpicos como en la Copa Davis, Roger y Stan se miraban de igual a igual. Pero la realidad en la pista, cuando ambos tenían que medir sus fuerzas, era bien distinta. A lo largo de los veintidós enfrentamientos que habían jalonado su rivalidad, Stan solo había podido superar a Federer en tres ocasiones, y siempre sobre tierra batida. A pesar de la extrema igualdad que imperaba en partidos como los que habían jugado meses atrás en las semifinales de Australia (Federer le superó en cinco sets), el peso de la rivalidad se caía por los números. En Indian Wells las cifras y las estadísticas volvieron a refrendar lo ya presagiado y Federer cosechó la vigésima victoria de su carrera frente a Stan tras derrotarle 6-4, 7-5. En su discurso, durante la ceremonia de entrega de trofeos, Roger tuvo palabras de ánimo para su rival y amigo, y pronunció frases de agradecimiento para Larry Ellison y para Tommy Haas: «Ya tengo ganas de volver el año que viene para ver las nuevas mejoras del torneo».

En Indian Wells se cerraba otro episodio brillante para Roger Federer. Con tres torneos disputados y dos títulos en su mochila, el suizo ponía rumbo a Miami.

Ya echaba de menos Indian Wells, el paraíso del tenis.

DONDE EMPEZÓ TODO

MIAMI

Aunque lo hacen por separado, Rafa y Roger aterrizaron en el histórico Wilcox Field (actual aeropuerto de Miami) procedentes del Valle de Coachella en California donde acaban de disputar el BNP Paribas Open, conocido históricamente como el Masters 1000 de Indian Wells. En apenas tres meses de curso, y a pesar de sus meteóricos resultados, Nadal (quinto del ranking) y Federer (décimo) aún no habían tenido tiempo para hacerse sitio entre los cuatro mejores del mundo, lo que garantizaría no verse las caras al menos hasta las semifinales. Pero el caprichoso sorteo de Indian Wells tenía otros planes y los había emparejado en el cruce correspondiente a los octavos de final. En el trigésimo sexto duelo entre ambos, Federer doblegó a Rafa de manera contundente (6-2 y 6-3) en apenas sesenta y siete minutos de partido. Aquel envite no sería uno de los más recordados de su rivalidad, pero sí supondría un lingotazo de moral para Roger, que luego doblegó a Sock en semifinales y a Wawrinka en la final para conquistar así el vigésimo sexto Masters 1000 de su carrera.

Próxima parada, Miami.

Donde comenzó todo. O casi todo.

En el contexto de un circuito tenístico que da la vuelta al planeta llevando a los jugadores por ciudades colindantes con innumerables latitudes y longitudes del globo, la parada anual en Miami siempre es especial. Los paseos por el corazón del Downtown, Little Havana o South Beach o la pertinente visita y sesión de fotos en los murales de Wynwood Walls son citas obligadas para los jugadores que, gracias a su ranking, pueden disfrutar cada año de una de las capitales del ocio y del entretenimiento.

Poder ver en directo un partido de la NBA no es algo corriente (durante la gira tenística de verano por Cincinnati y el US Open la competición se encuentra «de vacaciones») y por eso son muchos los jugadores que no pierden la

oportunidad de acudir al American Airlines Arena para empaparse del *show* que protagonizan los Miami Heat cada vez que saltan al parqué del fastuoso estadio con capacidad para más de veinte mil personas.

Para Rafa y para Roger, Miami es algo más que una simple parada en el calendario. Es la ciudad donde comenzó todo. El lugar donde se forjaron los comienzos de una rivalidad de leyenda.

Ya han pasado trece años desde aquel caluroso marzo de 2004, pero ni Roger ni Rafa lo han olvidado. ¡Cómo borrarlo de la memoria!

El año 2004 no fue un año cualquiera y el primer partido individual entre ambos se produjo en un contexto difícilmente olvidable.

Tres días antes de las novenas elecciones generales desde la Transición, España experimenta el agudo dolor provocado por los brutales atentados del 11-M en el que terroristas de la yihad acabaron con la vida de 191 personas después de detonar bombas en cuatro trenes de cercanías de Madrid. El desconsuelo y la aflicción se mezclan con la incomprensión y el pésame. Rafa, que se pasa una parte importante del año compitiendo fuera de España, siempre está pendiente de la actualidad política, social y cultural de España. Y no es indiferente a uno de los episodios más crueles de nuestra historia.

En Suiza, mientras Joseph Deiss se convierte en el presidente de la Confederación, el país se lamenta por el fallecimiento de uno de los ciudadanos más ilustres de Genolier (cantón de Vaud). Aunque nacido en Londres, las actuaciones de Peter Ustinov en *Quo vadis* o *Espartaco* —que le habían reportado dos estatuillas en los Oscar, un Premio Emmy y un Globo de Oro— hacen que Suiza le acoja como un helvético más. Su interpretación de Nerón incendiando Roma por el simple capricho de componer una canción bajó la inspiración de sus llamas daría la vuelta al mundo y se convertiría en una escena mítica en la historia de la cinematografía mundial. Roger también es especialmente sensible a todo cuanto sucede en el país. Por aquel entonces no sería capaz de intuir que su nombre acabaría unido en los libros de historia a los de Francesco Borromini, Le Corbusier, Robert Frank o Carl Jung como uno de los suizos más relevantes de la historia de su país.

En Estados Unidos, John Kerry se acaba de convertir en el candidato demócrata a las elecciones presidenciales y *Million Dollar Baby* —el filme dirigido por Clint Eastwood— triunfa en una cartelera en la que también

destacan *El aviador* (Martin Scorsese) y *Los Increíbles* de Disney. Los Lakers de Phil Jackson y Kobe Bryant, campeones en tres de los últimos cuatro campeonatos, ilusionan y avanzan con paso firme en busca de un nuevo anillo.

Era marzo. Era 2004. Y España, Suiza y Estados Unidos iban a converger para propiciar un *Big Bang* deportivo de consecuencias irreversibles.

Con tan solo diecisiete años, Nadal llega a Miami acompañado de Jofre Porta, habitual entrenador de Carlos Moyà, que le acompaña en esa gira (Moyà esa semana tenía como entrenador a Joan Bosch). Rafa se disponía a participar en el quinto Masters 1000 de su carrera. Por aquel entonces, acumulaba tan solo diez partidos en torneos de esa categoría con un bagaje de seis victorias y cuatro derrotas, y buscaba mejorar las terceras rondas alcanzadas en Montecarlo y en Hamburgo. Aunque discreto y respetuoso, el musculoso chaval que jugaba con camiseta Nike sin mangas ya había llamado la atención del circuito un mes antes cuando derrotó a Štěpánek en la Copa Davis, otorgando a España el punto decisivo de la eliminatoria de primera ronda ante la República Checa en el Brno Exhibition Center.

El año 2004 se convirtió en una montaña rusa de sensaciones y Rafa entorna las puertas de su memoria desentumeciendo un nostálgico pasado que combina satisfacción deportiva con sinsabores físicos:

—Era 2004, yo estaba empezando y era un año importante para mí. Después de 2003 me había lesionado y en 2004 empecé jugando bien en Australia y sentía que estaba preparado para competir a un nivel más o menos bueno durante todo el año. Cuando me lesioné en Estoril por culpa de una fractura de estrés en el escafoides estaba el número diecisiete del año sin haber jugado ningún torneo en tierra, con lo cual las cosas iban por buen camino y el principio de año fue muy positivo. Después me lesioné y terminé el año el número cincuenta, igual que en 2003.

Y en el contexto de un arranque de temporada ilusionante, Rafa aterriza en Miami.

Sin el brillo y la presión derivada de los focos, Nadal entrena y compite observando cómo la atención mediática del Miami Herald, de Univisión o Telemundo recae sobre Federer, Roddick, Coria, Agassi y Moyà, todos ellos aún con vida en el torneo.

Exento de disputar la primera ronda, el español afrontó su primer duelo del torneo ante Goran Ivanišević, uno de los nombres más importantes de la década que transitaba por sus últimos meses en un circuito al que retornaba después de

una operación de hombro que le había apartado dos años de las pistas. El doble medallista olímpico en Barcelona 92 había conmovido al mundo en 2001 cuando conquistó Wimbledon, un torneo que no hubiera podido disputar de no ser por la invitación que le concedió el Grand Slam londinense. La tremenda carga emotiva de la final entre Ivanišević (que había perdido sus tres finales anteriores en Wimbledon) y Rafter se convirtió en todo un ejemplo de deportividad y respeto.

Pero el Ivanišević que llegó a discutir el número uno de Sampras en 1994, ya no era el mismo que aquel que saltaba a la pista para medirse a Rafa y el desgaste de su partido de primera ronda ante Escudé (6-4, 5-7, 7-6) había consumido todas sus baterías. Por eso, cuando Nadal le arrebató el primer set 6-4, el croata se acercó a la red para anunciarle que no podía más, que lo dejaba. Nadal estaba en la siguiente ronda. Cuatro meses después, Goran se retiraría definitivamente del tenis tras caer en la tercera ronda de Wimbledon ante Hewitt.

En el año 2004, los treinta y dos primeros cabezas de serie estaban exentos de disputar la primera ronda, por lo que Rafa se disponía a pujar por el acceso a los octavos de final habiendo jugado un set y consumido en pista treinta y seis minutos.

Así pues, y por primera vez en su incipiente carrera, Rafa se disponía a medir sus fuerzas con Roger Federer, el número uno del mundo y reciente campeón de Wimbledon, de la Copa de Maestros y del Abierto de Australia. Para apostillar su vigente supremacía, la semana anterior el helvético había conquistado el cetro de Indian Wells tras doblegar con una insultante facilidad a rivales de la talla de Andrei Pavel (6-1 y 6-1), Fernando González (6-3 y 6-2), Mardy Fish (6-4 y 6-1), Juan Ignacio Chela (6-2 y 6-1) o Tim Henman en la final (6-3 y 6-3). Tan solo le había puesto en apuros Andre Agassi, al que tuvo que remontar en las semifinales del evento californiano (4-6, 6-4 y 6-4).

Federer era el favorito indiscutible para coronarse a orillas de Cayo Vizcaíno, pero su debut ante Davydenko en Miami se convirtió en un purgatorio al que consiguió sobrevivir rozando una eliminación prematura (6-2, 3-6 y 7-5).

El siguiente reto del líder del circuito ATP era un joven zurdo que vestía camisetas sin mangas. ¿Qué recuerdos tiene Federer de aquel joven e impetuoso Nadal? Roger veía en Rafa a alguien tímido, pero muy respetuoso, a una persona amable que estaba siempre de acuerdo con todas sus ideas o propuestas. Muy alejado de la displicencia o de la soberbia, Rafa escucha, atiende y aprende. Sabe que es un recién llegado al circuito y que es momento de empaparse del

conocimiento y de la experiencia de los más veteranos. Y eso es algo que Roger valora. Hay jóvenes (quizá él mismo en algunos momentos del pasado) que adquieren actitudes cercanas al engreimiento y la petulancia una vez que alcanzan victorias valiosas a edades tempranas. Pero Nadal no es así.

Lo que aún no sabía Roger es que ese carácter afable, modesto y aparentemente inseguro fuera de la pista no era incompatible con una garra desmedida, una fuerza estentórea, una velocidad centelleante y una mentalidad granítica dentro de la cancha.

Aunque no haya viajado con él a Miami, Rafa llama a su tío Toni antes saltar a la pista. Su consejo, sus mensajes de aliento y sus opiniones son una brújula infalible que le han valido para crecer y desarrollarse tanto personal como profesionalmente.

En apenas una hora y diez minutos, el manacorí conseguía la primera victoria de su carrera ante un número uno del mundo tras superar a Federer 6-3 y 6-3. Un quiebre del servicio del suizo a comienzos del primer set y una rotura del saque de Federer en el 2-3 de la segunda manga fueron suficientes para resolver un duelo en el que Nadal se mostró intratable con su saque y con su *drive*. Tras haber sumado veintiocho victorias en sus veintinueve últimos partidos, Federer se vio eclipsado por un día. «Sabía que lo más importante era no dejarle hacer su juego. Si le dejas hacer su juego, te gana 6-1, 6-1 o 6-1, 6-2, como está sucediendo durante este año y como nunca había pasado en el tenis. Por tanto, desde el primer punto sabía que necesitaba dominar los intercambios, para impedirle que él hiciera su juego», afirmó el español inmediatamente después del partido a los estupefactos periodistas que se hallaban allí presentes.

Nadal había jugado sin miedo, sin temores, sin dudas y con un saque impecable: «Rocé la perfección porque jugué metido en la pista, dominando los intercambios y presionándole para que no pudiera hacer su juego. Y he sacado extremadamente bien hoy. Probablemente nunca haya sacado así en mi vida. Ahí estuvo la verdadera clave del partido», analizó Rafa pocos minutos después de conseguir la victoria. Las preguntas de los periodistas se suceden y, en un inglés todavía sin pulir, Nadal entremezcla dosis de felicidad con cantidades considerables de humildad y respeto a su rival.

Detrás de esa sólida victoria se esconde una previa marcada por ciertos temores. En la víspera del partido Nadal estaba preocupado. Pensaba que Roger podía endosarle un 6-1, 6-1 o un 6-1, 6-2. Sin embargo, la motivación por inclinar al número uno del mundo fue más fuerte que la preocupación y Rafa

entró a la pista con una mentalidad muy positiva. Jamás se le pasó por la cabeza afrontar el choque con la actitud de quien comienza el partido intentando llevarse tan solo un puñado de juegos.

Y no solo ganó un puñado de juegos. Ganó doce. Los suficientes y necesarios para acaparar, al día siguiente, los grandes titulares de la prensa deportiva en Miami. Rafa sentía que había jugado uno de los mejores partidos de su vida, pero a la vez su humildad le llevaba a ser consciente de que su rival no había desplegado su mejor nivel. Ante jugadores de ese calibre las oportunidades llegan y hay que saber aprovecharlas. Y él lo había hecho. Por eso, su felicidad es indescriptible.

Federer era el jugador más temido del momento, pero aquel 28 de marzo se topó con un alma sin miedo. Con alguien que sabía que, desplegando todas sus armas, era capaz de ganar a cualquiera. Y eso, en el tenis, es oro puro. Roger, que había visto frenada su racha de doce victorias consecutivas, no dudó en alabar las cualidades de su imberbe rival.

—Jugó muy agresivo y no pude mantener su ritmo. No solo juega duro y plano, también imprime mucho efecto y hace que la bola vaya muy alta, y hacer frente a eso es muy duro. Lo intenté como pude, pero no fue demasiado. Él consiguió golpes increíbles.

Aunque Rafa ya había captado la atención de los medios en España, su figura y su tenis eran aún poco conocidos en Estados Unidos. Por ello, muchos de los periodistas presentes en Miami le piden que se describa a sí mismo como jugador. Aquel día Rafa, con dieciocho años, se autodefinió con diecinueve palabras que le han servido como carta de presentación para el resto de su vida: «Cuando juego bien soy un tenista muy agresivo, con una buena derecha y gran espíritu de lucha en pista». Estas diecinueve palabras encierran una descripción que bien podría servir para resumir cualquier tesis doctoral o análisis sesudo sobre el juego de Nadal. La aseveración arranca con una hipótesis («cuando juego bien») que puede ser probada posteriormente con conclusiones basadas en hechos irrefutables. Las palabras *agresivo* y *lucha* sirven como compendio y sinopsis de un estilo y una manera de afrontar este deporte que está presente en el ADN de Nadal.

Con el paso de los años podría resultar chocante esta premonitoria descripción de un jugador al que, en los prolegómenos de su carrera, se le «etiquetó» como un jugador de tierra batida y al que injustamente no se le dio gran crédito en las superficies más rápidas hasta que se coronó en Wimbledon,

Australia o US Open. Rafa ya tenía claro en los albores de su camino profesional que no habría ni superficie, ni rival ni lesión ni obstáculo capaz de interponerse en sus objetivos.

«Definitivamente, tengo mucha más confianza esta temporada y sé que puedo competir a ese nivel. Que pertenezco al estrato más alto de jugadores. El año pasado estuve ganando mis partidos por pelear muy duro. Este año sucede lo mismo, pero también estoy ganando porque he elevado mi nivel y porque estoy convencido de que pertenezco a la élite», aseveró un Nadal que apenas había tenido tiempo para foguearse en los grandes escenarios del tenis planetario.

«Bueno, solo he jugado en Wimbledon, y llegué a la tercera ronda. En el US Open, y alcancé la segunda. Y después en Australia, donde perdí con Hewitt en tres sets. Solo necesito jugar en París, donde no he jugado antes. Y allí es diferente porque son pistas de tierra. Pero pienso que físicamente no soy un jugador tan limitado», cerraba el español.

Son estas últimas palabras las que hoy provocarían rostros cariacontecidos y circunspectos: ¿jugador limitado físicamente? ¿Rafa Nadal? ¿Quién le había acusado de tener carencias en esa faceta? ¿Por qué aquellas palabras defendiéndose de una supuesta limitación física? Aquel 28 de marzo de 2004 aquella frase pasó desapercibida. Durante los siguientes quince años acusar a Nadal de carencias físicas hubiera sido como criticar a Cervantes por escribir *El Quijote* o a Michael Jordan por no ser decisivo en momentos importantes. Una blasfemia en toda regla. Pero Rafa acababa de ganar a Roger, lo importante eran los éxitos y las fortalezas, no las debilidades que debía mejorar. Esa noche, el balear era el protagonista indiscutible en Miami.

—Este es un resultado que va a dar la vuelta al mundo. ¿Piensas que vas a tener colapsado el teléfono esta noche con llamadas y felicitaciones? —le interrogó un periodista.

—No creo, porque son las cuatro de la madrugada en España y todo el mundo está durmiendo. Mañana los periódicos no tendrán la noticia. Pero sí, quizá esté en internet y en el teletexto… Entonces empezaré a recibir llamadas.

El teletexto, ese sistema de información gratuito que podía ser consultado a través de la televisión, se convirtió en una fuente primaria de conocimiento a finales de los años ochenta y su período de mayor relevancia no decayó hasta que internet comenzó a ser accesible a todos los públicos. Nadal no se equivocaba del todo. El teletexto reflejaría su victoria, es cierto, pero con una gran demora. Al igual que medios digitales como elmundo.es, que no publicarían

la noticia procedente de las agencias hasta casi veinticuatro horas después de finalizado el encuentro. Su triunfo sobre Federer se convertiría en una de las noticias más relevantes de la jornada en los diarios generalistas. «Rafael Nadal tiene una edad, diecisiete años, en la que sus amigos coleccionan cromos y autógrafos de jugadores famosos. Él prefiere recopilar victorias sonadas sobre sus ídolos», rezaba el arranque de la crónica de tres columnas redactada por Domingo Pérez en *ABC*. Eso sí, la noticia fue publicada en el periódico del día 30, un día y medio después de la hazaña.

«¿Mi triunfo sobre Roger? —recuerda Rafa casi trece años después de tan señalada fecha—. Fue mi primera gran victoria. Tengo grandes recuerdos. En aquel momento no se podía imaginar, pero tampoco se podía imaginar que tendríamos la historia que hemos tenido detrás. Fue un comienzo de algo que supongo que quedará para el recuerdo de la historia de nuestro deporte y ojalá que signifique algo también para la historia del deporte en general.»

Federer, que con tan solo veintidós años había escalado hasta el primer escalafón del ranking mundial hacía apenas un mes, se había topado con su némesis, con el jugador que le provocaría más quebraderos de cabeza a lo largo de toda su carrera y con quien compartiría varios de los momentos más importantes de su vida. Sin saberlo, Rafa y Roger habían firmado en el Crandon Park Tennis Center el epílogo de uno de los libros más relevantes y con más efemérides de la historia del deporte.

Y un año después, la historia se repetía.

Miami 2005: mismo escenario, mismos rivales.

Diferente ronda.

Durante los últimos doce meses, Federer ha tenido la oportunidad de consolidar su liderazgo mundial conquistando dos nuevos Grand Slams en Wimbledon y en el US Open y cosechando su segunda Copa de Maestros. Doha y Dubái, Hamburgo, Halle, Gstaad, Toronto y Bangkok también son testigos de su innegable supremacía. E Indian Wells, su última conquista, es colonizado —al igual que el año anterior— en los días previos al Miami Open.

La historia se repite, pero Roger no acusa el cansancio ni el desgaste y atraviesa rondas como si de paredes de papel se tratara. Rochus, Zabaleta, Ančić y Henman se ven desbordados por Roger. Tampoco Andre Agassi puede hacerle frente y sucumbe ante el suizo en las semifinales en dos sets. Pero Federer no

está cómodo, no está tranquilo. Y observa de reojo cómo, por el otro lado del cuadro, su verdugo del año pasado progresa dejando en la cuneta a Schüttler, Verdasco, Ljubičić, Johansson y Ferrer, cediendo tan solo un set por el camino.

Roger sabe que, aunque en los últimos doce meses el ranking de Nadal apenas se ha alterado (tan solo ha ascendido cinco posiciones), su madurez, su juego y su físico son ya una auténtica bomba de relojería. Desde su primer duelo con Roger, jugadores con más galones en el circuito como Ljubičić, Cañas, Chela y Yuzhny habían mordido el polvo. Su primer título ATP en Sopot no pasó desapercibido, así como sus actuaciones en São Paulo y Acapulco, ni tampoco su capacidad parar ponerse la capa de héroe en la Copa Davis que España conquistó en Sevilla. Su victoria frente al número dos del mundo Andy Roddick en el segundo partido del viernes (Arrese apostó por él en vez de por Ferrero) empezó a conferirle y a dotarle de un prestigio y una autoridad impropios de alguien que apenas ha alcanzado la mayoría de edad. Y Federer era plenamente consciente.

La final del Miami 2005 estaba servida. El segundo capítulo de la rivalidad entre Federer y Nadal, también. Pero las cosas han cambiado. Ahora Roger conoce a Rafa. Y el suizo tiene un plan.

Federer llega en un gran momento de forma, pero sabe que debe imprimir más agresividad a su juego y tiene trazado un plan para bloquear el *spin* y las revoluciones de la derecha del manacorí. Sabe que controlar ese golpe de su rival va a ser fundamental y tiene confianza en que su veteranía le otorgue algo de ventaja en un partido disputado al mejor de cinco sets.

Con dieciocho años Rafa se ha convertido en el jugador más joven de la historia en alcanzar la final en Cayo Vizcaíno y ese domingo, 3 de abril de 2005, aspira a convertirse en el primer español en alzarse con el título. Ni Bruguera, que cayó ante Muster en 1997, ni Moyà, que perdió ante Agassi en el 2003, pudieron celebrar uno de los de los eventos más prestigiosos del circuito.

Y allí estaba él, Nadal, dispuesto a no claudicar y perpetuar su racha de quince victorias consecutivas labradas a base de títulos en São Paulo y Acapulco. «He jugado muy bien en Sudamérica y creo que ganar los últimos torneos ha sido importante para mi confianza —recuerda Rafa—. Aquí, empecé el torneo un poco nervioso contra Schüttler. Jugar el segundo partido con Verdasco no fue fácil, ya que venía de hacer un muy buen partido contra Roddick. Ante Ferrer no hice mi mejor tenis, pero creo que ante Ljubičić y Johansson sí que jugué buenos partidos. Solo intento jugar mi mejor tenis y pelear cada partido. Estoy muy contento con mi juego y mejorando cada día.»

En la previa de la final, se vive una situación cómica en la sala de conferencias de prensa cuando un periodista pregunta a Rafa si se le vendrá a la cabeza el partido del año pasado frente a Federer.

—Creo que cada partido es diferente. Este es un año distinto. Ahora tengo diecinueve… —afirma Rafa.

—¿Diecinueve? ¡Tienes dieciocho! —responde el periodista entre las risas de toda la sala.

Es un desliz, un lapsus quizá fruto de los nervios o del inglés. Pero Nadal también se ríe y reconoce que sí, que el año anterior tenía diecisiete cuando jugó ante Roger en Miami. Y sigue respondiendo a la prensa:

—Muchos jugadores, cuando están ante Federer, se intimidan al saltar a la pista —le comentan.

—Es normal, ¿no? Federer gana todos los partidos. Mañana espero que no juegue uno de sus mejores partidos. Y si no juega muy, muy bien, y yo juego uno de mis mejores partidos, creo que tengo una oportunidad. El año pasado yo jugué uno de los mejores partidos en mi carrera y él no. Federer es el número uno y si juega bien, él gana.

Aunque su nombre y sus apellidos son cada vez más conocidos en el globo terráqueo, hay quien aún se sorprende por la estética y la vestimenta de Rafa.

—¿Qué son exactamente los pantalones que llevas? ¿Son *pedal pushers*?[1]

—Me gustan estos pantalones, son cómodos, están bien. Jugaré con ellos todo el año.

—Pero ¿cómo los denominarías?

—Son pantalones piratas.

Esos pantalones piratas vuelven a irrumpir en la pista central del Miami Open para medirse a un Federer que busca revancha. Su rivalidad tan solo acaba de comenzar y en menos de un año ambos iban a pelear por un título.

La épica suele hacer, habitualmente, buenas migas con las grandes rivalidades. Y el segundo envite entre el español y el helvético en la final del torneo de Florida se iba a saldar con un choque de trenes cuyo desenlace pocos podrían haber imaginado cuando Nadal ganaba 6-2, 7-6 y dominaba 4-1 en el tercer set. Rafa estaba a dos juegos del título, mientras que Roger, para levantar la copa, tenía que ascender un auténtico Everest. Pero el oriundo de Basilea, gran amante de la montaña y buen conocedor de las rutas que bordean los Alpes suizos, se puso los crampones, asió el piolet con fuerza y comenzó a urdir una remontada que aún se recuerda en Cayo Vizcaíno.

En ese arduo camino en pos de la remontada sucede algo inesperado. En el tercer set, cuando todo parecía perdido, Roger logra equilibrar el marcador a cuatro juegos. Sueña con romper de nuevo el servicio de Rafa y disponerse luego a sacar para ganar el set. Pero sus opciones se desvanecen cuando un remate sencillo se le marcha lejos de la línea de fondo. Federer maldice. Federer pierde los papeles. Federer arroja su raqueta Wilson con violencia al centro de la pista. Sobre el pavimento verde botella que por entonces presidía íntegramente la pista central, emergen los nervios del campeón. «Federer rompió la raqueta. La verdad que es sorprendente verle tirar su raqueta, pero eso te hace pensar que está frustrado y por lo tanto estás más cerca de la victoria», afirmó Rafa en la rueda de prensa posterior al partido.

Pero no fue así. No hubo victoria aquella vez. Ante la comprensiva y nerviosa mirada de Mirka, Roger calma su incipiente ira y se seca el sudor con la muñequera blanca. Su porte, siempre elegante, y su templado maniquí, que esa semana viste una holgada camisa roja de mangas negras, se resisten a caer en la más profunda de las tentaciones. El suizo se sienta en la silla, mira al infinito y vuelve a la pista para arrebatarle a Rafa el *tie-break* y someterle posteriormente a una sesión de experiencia y veteranía. En tres horas y cuarenta y tres minutos, Roger culmina la machada y doblega a Nadal 2-6, 6-7, 7-6, 6-3 y 6-1.

Feliz y exhausto tras la victoria, Roger le cuenta a Mary Joe Fernández (exjugadora encargada de hacer las entrevistas a los ganadores en la pista) lo mucho que le ha costado sacar adelante el partido y le confiesa que había dado por perdido el encuentro. Mirando de reojo a Rafa, que guarda sus raquetas mientras él concede la entrevista, Federer regala una frase cuyo eco resonaría más allá de cuanto pudiera imaginar: «Creo que escucharemos hablar mucho de él en el futuro».

Y entonces, se produce una escena icónica, un momento para la posteridad. Rafa y Roger se sientan, silla con silla, y comentan el partido mientras esperan el arranque de la ceremonia de trofeos. Habitualmente los jugadores suelen aguardar en los lados opuestos de la silla, donde se ubican sus respectivos banquillos. Pero esta embrionaria rivalidad está inmaculada de celos y envidias. Y Rafa, dolido seguramente por lo cerca que ha estado del título (¡a dos puntos!) no tiene inconveniente en intercambiar impresiones con el mejor jugador del momento esgrimiendo una sonrisa sincera y humilde.

—Estoy feliz con mi tenis. He mejorado y creo que estoy jugando bien. Pero hoy ganaba dos sets a cero y 4-1, estaba 4-1, en el tercero. En el 4-3

disponía de un 0-30 y una derecha de Federer se marchó, pero el juez de silla la dio buena. Con 5-3 en el *tie-break* tiró una derecha a la línea. Por eso es el número uno, ¿no? Él ha ganado el partido y aunque estoy contento con mi tenis, no lo estoy por el resultado final.

¿Qué hubiera sido de la rivalidad entre Roger y Rafa si las finales de los Masters 1000 se hubieran mantenido al mejor de cinco sets? ¿Se hubiera perpetuado aún más la pelea en cada final? ¿En cada título? ¿Se podrían cuantificar un mayor número de desenlaces épicos? ¿Habría cambiado en algo la final de 2017, por ejemplo? Complicado saberlo. Imposible descifrar esta incógnita del pasado.

Lo que sí es cierto es que el Rafa de 2004 y 2005 no es el mismo que el de 2017. Nadal ha cambiado, ha madurado y se ha hecho a sí mismo como jugador y como persona: «A medida que Rafa fue creciendo fue adquiriendo una personalidad más fuerte y empezó a generar sus propias opiniones. Fue muy interesante ver cómo Rafa iba creciendo hasta ser el gran campeón que es hoy», valora Roger comparando el paso del tiempo en esos trece años.

Las casualidades vitales, esas que han enmarañado y llenado de coincidencias la vida de los deportistas, quisieron que en Miami 2017 el trigésimo octavo envite entre Roger y Rafa tuviera lugar en una nueva final, ¡la vigésima tercera entre ambos! Hubo épocas, especialmente entre 2006 y 2010, en las que todos los domingos Nadal y Federer pujaban por un título.

La rivalidad se convirtió en tradición. El antagonismo deportivo se transformó en hábito.

Si la narrativa de la final de Miami 2005 había sido escrita con un hilo argumental épico, la de 2017 no destacaría por haber reunido un especial dramatismo. Federer abortó las cuatro oportunidades de Rafa para hacer un *break* y resolvió con una autoridad imponente su servicio (87 por ciento de los puntos ganados con su primer saque). El resultado (6-3 y 6-4, en una hora y treinta y cinco minutos) otorgó al suizo su vigésimo sexto título de Masters 1000 y sirvió para entregarle su cuarta victoria consecutiva sobre Nadal (Basilea 2015, Melbourne, Indian Wells y Miami). Las distancias de la rivalidad se acortaban un poco y, del abultado balance de veintitrés victorias de Rafa por tan solo diez de Roger que figuraba desde 2014, se pasaba tras Miami 2017 a un maquillado veintitrés a catorce.

Los números no son tan relevantes. O quizá sí. Pero las vivencias y los recuerdos se siguen anteponiendo a las cifras. Y desde 2004 hasta 2017 la

montaña de vivencias no se ha erosionado, ha crecido. Tanto, que casi llega al cielo, al Olimpo donde residen las deidades deportivas del pasado. Roger y Rafa no necesitan mirar hacia detrás, aún les queda mucho para poder vivir de tiempos pretéritos.

La rivalidad continuaba donde todo había empezado. En Miami.

CASTILLOS DE ARENA
MONTECARLO Y BARCELONA

Benito Pérez-Barbadillo conoció a Rafa Nadal por casualidad, durante el año 2002, en el torneo de Mallorca. Un cóctel de circunstancias llevó a Pérez-Barbadillo a viajar a la isla, pese a que no entraba en su planificación inicial acudir a esa cita del calendario. Por aquella época, el actual jefe de prensa de Rafa trabajaba en el departamento de comunicación de la ATP, a la que entró en 1996, y se encargaba entre otras cosas de actuar como enlace entre los jugadores y los periodistas.

Rápidamente, Benito fue ascendiendo dentro del organigrama de mando de la ATP, ganando posiciones en el escalafón de poder, y se colocó al mismo nivel de responsabilidad que el italiano Nicola Arzani, con el que formó pareja laboral a lo largo de la mayoría de los torneos de la temporada durante bastante tiempo antes de abandonar ese trabajo y dejar en el cargo a Arzani en solitario.

Pérez-Barbadillo nació en Jerez, pero habla cuatro idiomas como si fuera nativo de cada uno de esos países en los que podría plantar cara a cualquier rival en un debate de política o economía. Tiene una facilidad espectacular para las lenguas y una capacidad fuera de lo común para saltar del inglés al italiano y luego del italiano al francés sin perder el hilo de la conversación.

Lógicamente, eso fue una ventaja para que Benito creciese a toda velocidad en la ATP, donde mantuvo muy buena relación con todos los tenistas españoles y sudamericanos, la consecuencia de compartir el mismo idioma materno y de contar con un carácter más o menos parecido.

La afinidad con los jugadores latinos fue la causa que precipitó el primer encuentro entre Benito y Rafa, aunque hubo algunas otras derivadas directamente de los estrechos lazos con tenistas hispanohablantes.

Gustavo Kuerten, tres veces campeón de Roland-Garros, en 1997, 2000 y 2001, reaparecía en la primavera de 2002 en Mallorca después de pasar un tiempo lesionado en la cadera y la espalda. Un gran número de periodistas brasileños se encontraban en Barcelona para cubrir el Gran Premio de Fórmula 1

de Montmeló, que tenía lugar una semana antes del torneo balear, y el anuncio de la vuelta de Kuerten cambió los planes de la mayoría, que retrasaron la vuelta a casa y se acercaron a la isla para contar en directo el regreso del jugador de tenis más importante en la historia de Brasil.

Por supuesto, a Pérez-Barbadillo le tocó viajar también a Mallorca para supervisar la gran afluencia de medios de comunicación que se habían acreditado en cascada, interesados en asistir a la primera rueda de prensa de Kuerten tras su reaparición y en poder tener unos minutos con el brasileño para hablar del calvario que había dejado atrás un solo año después de coronarse por última vez campeón en Roland-Garros.

Al llegar a Mallorca, repasando todas las tareas que tenía pendientes, Benito vio que la organización del torneo le había concedido una invitación a Nadal para disputar el cuadro final y no necesitó buscar información sobre el tenista porque ya había sido tema de conversación, y en dos situaciones diferentes.

Un periodista mallorquín le había hablado maravillas de Rafa a Pérez-Barbadillo cuando el tenista tenía doce años y empezaba a batir récords de precocidad en los torneos de todas las categorías inferiores.

—Hay un jugador de Manacor que va a ser un fenómeno —le dijo el reportero balear a Pérez-Barbadillo.

—¿Sí? —se interesó Benito, aunque estaba acostumbrado a escuchar avisos muy parecidos a ese varias veces al mes.

—Sí, se llama Rafa Nadal y es sobrino de Miguel Ángel, el jugador de fútbol del Barcelona y del Mallorca —añadió el periodista, dándole más datos de la joven promesa—. No le pierdas la pista porque va a ser muy bueno.

Casualidades de la vida, Pérez-Barbadillo se encontró con Miguel Ángel Nadal en el torneo de Kitzbühel semanas antes de conocer a Rafa en Mallorca y no pudo evitar confesarle lo que le habían contado sobre el pequeño tenista, pero el futbolista no quiso darle mucha importancia a su sobrino y se limitó a confirmarle que tenía buenas maneras, pero nada más.

Invitado por el torneo de Mallorca, Nadal jugó su primer partido en el circuito ATP el 29 de abril de 2002 contra el paraguayo Ramón Delgado, por aquel entonces número ochenta y uno del mundo. Con quince años, diez meses y veintiséis días, Rafa ganó por un doble 6-4 y estrenó su casillero de victorias como profesional.

Sentado en la grada, Pérez-Barbadillo descubrió a un niño delgaducho,

negro como el tizón y con el pelo cortado en forma de seta que se movía a una velocidad supersónica por la pista. Benito estaba acostumbrado a ver muchos partidos de tenis y que algo le causase sorpresa no era precisamente fácil, pero Nadal lo consiguió de primeras.

Casi sin saque, un golpe todavía en proceso de construcción, Rafa le ganó a Delgado, que acumulaba mucha experiencia en la élite, y se plantó en la segunda ronda del torneo sin despeinarse.

A Pérez-Barbadillo le llegaron varias peticiones de prensa para el joven tenista, algo previsible porque los periodistas de Mallorca estaban interesados en radiografiar el nacimiento de esa interesante joya local, por si en el futuro llegaba a convertirse en una realidad, poder decir que ellos habían estado presentes en su primer día grande.

—Oye, perdona, soy Benito, de la ATP —le dijo Pérez-Barbadillo a Nadal cuando fue a presentarse para explicarle sus obligaciones—. Tienes que hacer prensa. Hay varios medios de aquí que quieren hablar contigo.

—¿Qué? —respondió Rafa, como si un extraterrestre hubiese aparcado la nave a su lado y estuviese hablándole en un idioma completamente desconocido.

—Benito, le estás dando miedo al niño —intervino Giorgio Di Palermo, miembro del consejo ejecutivo de la ATP—. ¿Es que no ves que tiene solo quince años? —preguntó riendo el italiano.

—Perdón, perdón —se disculpó Pérez-Barbadillo antes de acompañar al joven mallorquín a sus compromisos con los medios de comunicación en la sala de prensa.

Con la obediencia propia de la edad, Rafa cumplió con lo que le dijo Benito y atendió a los periodistas para valorar su primera pequeña conquista antes de caer en la segunda ronda con el belga Olivier Rochus.

Tras el torneo, a Pérez-Barbadillo todavía le duraba la sensación de asombro por lo que había visto en Mallorca sin saber que un año más tarde su sorpresa se multiplicaría por diez en el torneo de Montecarlo.

Con dieciséis años, Nadal superó la fase previa y se ganó una plaza en el cuadro final del prestigioso Masters Series, categoría rebautizada en la actualidad como Masters 1000. Rafa no había sumado ninguna victoria más en el circuito ATP desde la que logró en Mallorca contra Delgado, pero eso no fue una barrera para derrotar a Karol Kučera, número cuarenta y nueve del mundo, por 6-1 y 6-2 en la primera ronda de Montecarlo.

La primera palabra que Nadal dijo tras salir de aquel partido fue *imposible*,

en referencia a su siguiente encuentro contra el español Albert Costa, vigente campeón de Roland-Garros. Los trabajadores de la ATP pensaron lo mismo, porque el jueves 17 de abril de 2003 se marcharon todos a la gala que la organización celebra anualmente en Montecarlo y dejaron a Costa jugando con Rafa en una pista central con muchos asientos libres.

Días antes, Pérez-Barbadillo había sido testigo de una escena que podría haber correspondido a alguna comedia de sobremesa. Benito fue a buscar a un jugador al vestuario para comunicarle un cambio de agenda y se encontró a un jovencísimo Richard Gasquet, por entonces uno de los talentos más prometedores del panorama mundial, sentado en una esquina, un poco superado por la situación de verse rodeado de campeones como Pete Sampras o Carlos Moyà, con los que compartía espacio.

El jerezano dejó atrás la puerta de entrada y entonces apareció de repente Nadal, saltando de un sillón a otro, dando brincos y gastándole bromas a Moyà.

En Andalucía, tierra de Pérez-Barbadillo, es habitual decir que alguien tiene un petardo en el culo para referirse con gracia a una persona que no puede estarse quieta. Esa fue exactamente la definición que se formó en la cabeza de Benito cuando vio que Nadal no se mantenía parado en el mismo lugar más de un minuto.

Dentro de la pista, y en la actualidad, a Rafa le sigue ocurriendo prácticamente lo mismo que a aquel joven frenético que iba de un lado a otro como un torbellino, el mismo que asaltó con fuerza la siguiente fase de la competición.

Habitualmente, la primavera de Montecarlo suele estar plagada de tardes frías cuando se marcha el sol, consecuencia directa de la cercanía del mar, y el día que Costa y Nadal se vieron las caras en la tercera ronda del torneo no fue una excepción.

El encuentro comenzó tarde y cuando los rivales llevaban unos minutos jugando el juez árbitro mandó encender las luces artificiales de la pista porque la visibilidad empezaba a ser muy reducida. Esa es una estampa extraña en Montecarlo, donde muy pocos partidos se juegan con los focos como testigos porque normalmente a las seis o siete de la tarde la jornada está acabada.

Costa comenzó el duelo con una ventaja de 3-1, imponiendo su condición de favorito desde el inicio. Lo que apuntaba a un choque tranquilo para el catalán se transformó en una sorpresa de Nadal, que remontó para ganar por 7-5 y 6-3 al número siete mundial, cuarto cabeza de serie en Montecarlo.

Los invitados a la gala de la ATP estaban atacando una deliciosa carne cuando alguien llegó con la noticia de que Rafa había derrotado al último campeón de Roland-Garros, su tercera victoria como profesional y la primera ante un jugador del top 10 de la clasificación.

La explosión de la telefonía móvil todavía no se había producido, así que el resultado saltó de un rincón a otro de viva voz.

—¡Nadal le ha ganado a Costa! —se escuchó en una de las mesas de la gala, en la que estaban sentados Benito Pérez-Barbadillo y Nicola Arzani.

—Sí, venga ya —respondió desde unas sillas más atrás otro de los directivos de la ATP.

—Que sí, de verdad —insistió la misma persona que había comunicado el resultado—. Mañana juega la tercera ronda contra Guillermo Coria.

La verdadera historia de Nadal con el torneo de Montecarlo empezó esa noche al ganar a Costa. Luego, durante los siguientes años, llegaron los títulos que dieron forma a su leyenda, pero el encuentro que se llevó ante el campeón de Roland-Garros de 2002 subrayó que tenía algo muy especial.

El tiempo confirmó la misma conclusión que Costa sacó tras la derrota. Al principio, cuando tomó la delantera en el marcador, el catalán creyó firmemente que la gente había exagerado al avisarle reiteradamente del peligro que entrañaba aquel adolescente, que le pareció bueno, aunque no para tanto. Pasados quince minutos, cuando Nadal ya había nivelado el cruce, Costa asimiló que ese niño que le derrotó terminaría siendo un jugador de los que marcan época.

En abril de 2017, cuando Rafa ya había escrito esas importantes páginas doradas de su vida, Roger Federer anunció lo que muchos sospechaban. Después de tres meses agotadores, con títulos en el Abierto de Australia, Indian Wells y Miami, el suizo renunció a jugar la gira europea de tierra batida compuesta por Montecarlo, Madrid y Roma, y dejó en el aire su presencia en Roland-Garros, del que meses más tarde también terminaría bajándose.

Las razones fueron dos, aunque solo hiciese pública la primera: descanso para su cuerpo y la figura de Nadal.

Muchos pueden pensar lo contrario, pero Roger terminará su carrera como un extraordinario jugador de tierra batida. Los números dicen que ha ganado doscientos catorce partidos y perdido sesenta y ocho (un 75,9 por ciento de triunfos) y sus once títulos en la superficie lo reafirman. El problema de Federer en tierra ha sido Nadal, el mismo que se han encontrado tantos otros desde 2005.

El español ha torturado al suizo sobre polvo de ladrillo con partidos y

derrotas muy dolorosas, incluyendo trece finales de las que Roger solo pudo ganar dos, en Hamburgo 2007 y Madrid 2009.

Por eso, es fácilmente entendible que la relación entre Federer y la tierra batida se haya enfriado tras cada nuevo desengaño, aunque también hay que ser justos con la realidad.

De entrada, la superficie siempre estuvo situada la última en la escala de preferencias del suizo porque no favorece nada su juego de ataque, al revés. La tierra batida premia a los que se sitúan por detrás de la línea de fondo para plantear intercambios larguísimos. Eso requiere un esfuerzo mental continuo, ir muchas veces al límite en el mismo encuentro, y no todas las cabezas están preparadas para soportarlo, ni todas quieren hacerlo.

No fue el caso de Federer, sobradamente cualificado para sufrir, pero poco afortunado al coincidir con Nadal en el mismo período de tiempo. Quizá, sin Rafa en activo, el suizo también habría impuesto su tiranía sobre tierra batida, pero compartir generación con el mejor jugador de siempre en esta superficie redujo severamente su palmarés.

Podría decirse que la rivalidad entre Rafa y Roger no existió cuando los dos se midieron en una pista de tierra, pero Federer le arrebató a Nadal un par de valiosas victorias en tierra batida que desmontan esa conclusión.

El 20 de mayo de 2007, Roger derrotó 2-6, 6-2 y 6-0 a Nadal en la final del torneo de Hamburgo y puso fin a una racha de ochenta y un partidos ganados consecutivamente por el español sobre tierra batida. Desde Valencia 2005, Rafa se había mantenido invencible en su superficie predilecta, conquistando trece torneos seguidos y alimentando una monstruosa marca que creció y creció hasta que Federer dijo basta en Hamburgo.

Esas ochenta y una victorias seguidas de Nadal en tierra son el ejemplo más claro de dominio de un jugador en toda la historia, porque nunca ha ocurrido nada igual, ni tan siquiera de cerca.

El otro triunfo del suizo ante Rafa llegó dos años más tarde del que consiguió en Hamburgo. En la final de torneo de Madrid, Roger acabó con Nadal por un doble 6-4, la antesala de su primer y único Roland-Garros.

Montecarlo, sin embargo, fue siempre una cuenta pendiente para el suizo porque Nadal le impidió celebrar el trofeo en tres ocasiones consecutivas. El español le ganó a su máximo rival las finales de 2006, 2007 y 2008, y Roger empezó a perder la fe en añadir a sus vitrinas la corona de campeón.

Inevitablemente, Nadal se frotó las manos al llegar a Montecarlo en 2017.

Solo Federer, casi en exclusiva, había podido frenar la dinámica ganadora del mallorquín en el arranque de temporada, apartándole del título en las finales del Abierto de Australia y Miami, y dejándole fuera en los octavos de Indian Wells.

Posiblemente, encontrarse a Federer en la gira de tierra no habría supuesto un gran problema para el español, al fin resguardado en su territorio predilecto, pero poder plantear la parte más importante del año sabiendo que Roger estaría en casa tampoco pudo considerarse una mala noticia.

Rafa aterrizó en el aeropuerto de Niza el 14 de abril y se montó en uno de los coches oficiales de la organización del torneo para recorrer los veintiocho kilómetros de distancia que hay hasta Montecarlo, un trayecto de algo más de media hora. Aunque existen varias carreteras para llegar, el conductor que llevó a Nadal y su equipo optó por elegir la Grande Corniche, que va por dentro de la montaña y está pegada a la costa, y que ofrece durante el recorrido unas vistas increíbles.

Los pequeños pueblos costeros de Villefranche, Èze sur Mer o Capd'Ail, la parte más famosa de la Costa Azul, dan vida a un paisaje hipnótico que roba las miradas de todos aquellos que van en coche hacia Montecarlo. Aunque haya estado muchas veces antes, incluyendo un año en sus vacaciones de noviembre, Rafa siempre se queda pegado a la ventanilla contemplando el incomparable marco, un reguero de paz como hay pocos en el mundo.

No es ningún secreto que al tenista mallorquín le apasiona el mar por encima de todas las cosas. Nadal no se imagina una vida lejos del agua, y esa es precisamente una de las razones que han llevado al jugador a mantener su residencia en Mallorca, donde puede disfrutar del Mediterráneo en toda su inmensidad.

Por eso, Rafa disfruta siempre muchísimo cuando llega el mes de abril y Montecarlo asoma en el calendario. Además de ser el primer torneo de tierra de la gira de tierra batida europea, lo que históricamente ha sido sinónimo de buenas noticias, el emplazamiento del reputado Monte-Carlo Country Club convierte cada entrenamiento y partido en un privilegio incomparable para los jugadores, y también para los espectadores que acuden a verlo en directo.

El histórico y selecto club que alberga el Masters 1000 de Montecarlo está a los pies de la montaña y bañado por la inmensidad de la Costa Azul, un enclave espectacular. La Rainiero III, que es la cancha central del torneo, ganaría

posiblemente año tras año el premio a la pista más bonita, si alguien se decidiese a hacer un certamen.

La Rainiero III también es otra de las pistas más importantes en la carrera de Rafa. Esas cuatro paredes, que han visto al mallorquín nacer, crecer y subir hasta tocar el cielo con la yema de los dedos, reúnen unas condiciones que se adaptan a las mil maravillas al particular juego de Nadal.

Al nivel del mar, como sucede en Montecarlo, el balear puede explotar los efectos de su famoso golpe de derecha combado, consiguiendo que la pelota bote muchísimo y complicándoles la vida a sus contrarios, sufridores directos de un *top spin* descomunal.

Aunque parezca un asunto sin importancia eso no es ninguna tontería.

Nadal aprovechó su primera tarde en Montecarlo para pasear al anochecer por el puerto de Hércules, que abarca un espacio de cuarenta hectáreas y proporciona un anclaje con capacidad para más de setecientas embarcaciones. Perderse entre los yates del puerto de Montecarlo es una de las aficiones preferidas de Nadal en Mónaco.

El puerto, elegido en 1995 como uno de los lugares del rodaje de la película *GoldenEye* de James Bond, es una de las postales más famosas y representativas de la ciudad.

La colección de yates que pueden verse atracados allí es digna de cualquiera de las mejores exposiciones del mundo, y bien lo sabe Nadal. El tenista tiene en propiedad un elegante MCY 76, del astillero italiano Monte Carlo Yachts, que usa para navegar cuando está en Mallorca, y es un amante de los barcos desde bien pequeño.

Esa es la razón por la que a Rafa siempre le ha gustado bajar hasta el puerto por las escaleras que están al lado de la reconocible curva del Gran Premio de Fórmula 1, caminar entre las calles llenas de yates y pararse a analizar los que más le llaman la atención sin estar pendiente del reloj.

Unos días después de relajarse en el puerto, Nadal vivió su estreno en Montecarlo con el agua al cuello. En su encuentro número cuatrocientos sobre tierra batida, otra huella de perdurabilidad, el balear se impuso 6-0, 5-7 y 6-3 a Kyle Edmund, pero el partido estuvo mucho rato fuera de su control. El tenis agresivo del británico, al que no le afectó nada perder el parcial inicial, desbordó al español con facilidad y le puso en muchos problemas.

Tras el sufrido pase a octavos de final, Rafa saboreó otro de sus momentos preferidos en el torneo.

La sala de prensa de Montecarlo está en la planta superior de un edificio ubicado a la espalda de uno de los fondos de la pista central. Hay que subir tres tramos de pequeños escalones de cuidado mármol para entrar en la zona de trabajo de los periodistas, que también es una de las más bellas del circuito porque los ventanales permiten apreciar de un vistazo, y desde las alturas, lo que ocurre en la pista central con el mar de fondo.

Es habitual que se formen atascos para asomar la cabeza y admirar unas vistas que parecen un cuadro en movimiento, pero cuando Rafa salió de su conferencia de prensa y se acercó a la ventana que está pegada al bar de prensa el grupo de personas que estaban allí plantadas se echó a un lado para que el balear apoyase los brazos en la barandilla y se dejase seducir por el espectáculo de la Riviera francesa en su máximo esplendor.

Justo en ese momento, un gigantesco barco estaba cruzando lentamente el mar por detrás de la pista. Al verlo, Rafa saltó automáticamente como un resorte.

—Es enorme —dijo Nadal, con la mirada perdida en el horizonte azul—. Qué locura, eh. Qué locura.

—Tiene que valer mucho dinero… —le respondió Benito Pérez-Barbadillo, que se acercó a la ventana y colocó su brazo derecho sobre la espalda del balear para tener una posición mejor.

—Son… Tienen que ser unos ciento cincuenta metros de eslora por lo menos —vaticinó el tenista, gesticulando con la mano para calcular el tamaño del barco—. ¡Qué pasada, Beni!

El set que le arrebató Edmund en su estreno en el torneo fue el único parcial que Nadal se dejó en el camino hacia la final de Montecarlo. Ni Alexander Zverev (6-1 y 6-1), ni Diego Schwartzman (6-4 y 6-4), ni David Goffin (6-3 y 6-1) pudieron hacerle cosquillas a Rafa, aunque el último partido contra el belga le provocó un escalofrío gigantesco.

Pocas veces a lo largo de su carrera una pista de tenis se ha vuelto en contra de Nadal de forma casi unánime porque lo habitual es que se deshagan en elogios hacia el tenista balear. Una de esas ocasiones sucedió la tarde del sábado 22 de abril de 2017 en el sexto juego de las semifinales de Montecarlo que Rafa disputó contra Goffin.

Los hechos ocurrieron rápido, pero esa no es una justificación válida para el error arbitral que lanzó a Nadal inesperadamente a los leones.

Tras un inicio de partido errático, una derecha del español se marchó fuera, el juez de línea la cantó mala y el español empezó a caminar hacia el otro lado

de la pista, preparándose para sacar con 2-4 en el marcador.

La aparición estelar de Cédric Mourier, juez de silla francés, lo cambió todo y abrió la puerta de la tormenta.

El árbitro bajó de su asiento a revisar la marca de la pelota, un palmo fuera, y rectificó la decisión de uno de sus líneas, asegurando que el bote de la pelota era otro distinto y que por tanto el tiro de Nadal había sido bueno. En consecuencia, Mourier mandó repetir el punto consiguiendo que Goffin explotase de rabia, y eso que el belga suele destacar por ser un jugador de los más comedidos del mundo.

Tras la intervención del árbitro, clave en el desarrollo del cruce, Goffin se evaporó mentalmente, encajando un 1-10 de parcial en juegos y despidiéndose del encuentro derrotado, pero con los aplausos de la grada que Nadal no recibió.

Durante más de una hora, el mallorquín tuvo que soportar injustamente los silbidos de la gente y cuando llegó al vestuario se defendió ante los suyos, acusado por los espectadores de una antideportividad que va contra los valores que siempre ha defendido a capa y espada.

—Si ocurre en mi lado y la veo buena se la doy —dijo Nadal—. ¡Lo he hecho muchas veces! Pero es que desde veinticinco metros no puedo ver eso —añadió el balear—. La reacción de la grada es extraña, pero Goffin sabe que yo no he hecho nada raro.

—No te preocupes, no has tenido la culpa —coincidió Toni Nadal, pese a que normalmente es el primero en ir a la contra y estar del lado de la crítica.

La noche antes de la final, Nadal y su equipo se reunieron para celebrar el cumpleaños de Carlos Costa, agente del tenista, en un ambiente de tranquilidad reconfortante.

Nadie podría haber dicho que ese tenista vestido de paisano que comió marisco mientras hablaba de fútbol fue el mismo que al día siguiente ganó a Albert Ramos por 6-1 y 6-3 para levantar su décima copa en Montecarlo, un récord que también le valió para desempatar y superar al argentino Guillermo Vilas en número de títulos sobre tierra batida, con cincuenta.

Por primera vez en su vida, Nadal llegó a la mágica cifra de diez coronas en un mismo torneo y las bromas acerca de dónde había aparcado su nave espacial volvieron a cobrar protagonismo.

Durante la ceremonia de trofeos, que se realizó sobre la pista minutos después de su victoria, el príncipe Alberto de Mónaco le dijo a Rafa que nadie podría superar lo que había hecho desde 2005, cuando ganó su primera copa de

campeón en Montecarlo y puso en marcha una meteórica serie de hazañas en el Principado que redondeó venciendo a Ramos en la final de 2017, sin más historia que el triunfo de Nadal.

Lo que Rafa sintió con la copa en sus manos fue algo más cercano a la satisfacción que a la liberación, aunque hubo un poco de todo después de no poder redondear en los cuatro meses anteriores su buen inicio de año con un trofeo.

Esa noche, y pese a haber conquistado su primer título de la temporada en Montecarlo, Nadal se fue a dormir con un enfado que le seguía durando a la mañana siguiente, cuando puso rumbo a Barcelona para participar en el torneo Conde de Godó.

Un gol de Leo Messi en el minuto noventa y dos había dado la victoria al Barcelona contra el Real Madrid en el clásico de fútbol por un marcador de tres a dos, poniendo al equipo blaugrana como líder de la Liga en el tramo decisivo del campeonato.

A Rafa, confeso seguidor del equipo blanco, no le hizo gracia ninguna y tardó un rato en recuperar el buen humor, el mismo que en aterrizar en el aeropuerto de El Prat de Barcelona para la siguiente cita del calendario.

Hubo una época en la que Nadal viajaba en coche desde Montecarlo hasta Barcelona para jugar el Conde de Godó. Como si se tratase de una rutina, el balear se acostumbró a ganar el título en Montecarlo el domingo por la tarde y salir hacia Barcelona minutos después, recorriendo el trayecto por la noche y llegando a España bien entrada la madrugada.

En los últimos años, el mallorquín optó por el avión, el mismo medio de transporte que eligió en 2017 para abandonar el aeropuerto de Niza y regresar al Real Club de Tenis Barcelona, del que forma parte desde hace mucho tiempo.

Allí tampoco se encontró a Roger.

Federer solo jugó una vez el Barcelona Open Banc Sabadell, pero el suizo todavía siente vergüenza cuando alguien le recuerda lo que hizo en uno de los torneos más antiguos del calendario.

Fue en la temporada 2000 cuando Roger decidió competir en la Ciudad Condal con la idea de prepararse bien para Roland-Garros porque las condiciones en Barcelona son muy similares a las que hay en París, pero el objetivo del suizo se esfumó pronto.

En la primera ronda, Sergi Bruguera, doble campeón de Roland-Garros, vapuleó a Federer con un marcador de 6-1 y 6-1 sin paliativos.

Con los años, Roger ha reconocido que aquel día le faltó el respeto a su contrario, dando por hecho que podría ganarle fácilmente al entrar en la pista. Preparando el encuentro, el suizo recordó que Sébastien Grosjean había pulverizado a Bruguera unos días atrás en los cuartos de final de Casablanca, propinándole un 6-0 y 6-0, y creyó que lo suyo sería pan comido.

Por eso, Federer pensó que ya tenía la victoria hecha y salió a jugar con un aire de suficiencia que pagó carísimo. Con las cámaras de televisión de Eurosport transmitiendo el partido en directo, Bruguera se llevó por delante al suizo en una derrota humillante, más por las formas que por el amplio resultado.

A diferencia de Nadal, que siempre ha mantenido una actitud impecable dentro y fuera de la pista, Federer tuvo momentos oscuros en el pasado, cuando era un alma rebelde que lanzaba improperios si las cosas le iban mal y rompía raquetas con mucha furia, sin importarle nada más que sacudirse ese veneno.

Durante su etapa de adolescente, Federer era tan poco profesional que incluso llegó a forzar la expulsión de uno de sus entrenamientos en la Federación Suiza. Eso fue lo que ocurrió un día en la escuela de tenis de Écublens, en el cantón de Vaud, como consecuencia de los malos modos que el helvético estaba exhibiendo.

—¿Estoy fuera? —le preguntó Roger en todo desafiante a uno de sus entrenadores cuando la advertencia había pasado a ser un castigo.

—No quiero verte más —contestó el técnico de la Federación, en tono cortante como el filo de una cuchilla.

—¡Perfecto! —celebró Roger, mientras iba a ducharse pensando ya en el autobús que le llevaría de vuelta a su casa.

Parece imposible que aquel Federer irascible y el Federer educado de la actualidad sean la misma persona, pero la metamorfosis que empezó a producirse en los Juegos Olímpicos de Sídney 2000 se culminó satisfactoriamente a lo largo de los meses siguientes.

En la cita olímpica que se celebró en Australia, y debido a las bajas que arrastraba el equipo suizo (Martina Hingis, Marc Rosset y Patty Schnyder), Roger compartió convocatoria con Miroslava Vavrinec, con la que hasta la fecha no había intercambiado más de cinco palabras seguidas durante los torneos del calendario.

En poco tiempo, la complicidad actuó como motor de una relación que comenzó con largas conversaciones en la Villa Olímpica y se formalizó con un beso de amor el último día de los Juegos Olímpicos.

Mirka, su nombre de pila, nació en Bojnice, una histórica ciudad de la antigua Checoslovaquia y pasó a ser suiza cuando adquirió la nacionalidad en 1997. Nunca llegó a rebasar en la clasificación la barrera de las setenta mejores del mundo, pero le puso las ganas que sus padres le inculcaron por la raqueta y se mantuvo algunos años en la élite hasta que una importante lesión en el pie puso fin a su carrera en Budapest, en el año 2002, y le abrió las puertas de una nueva y prometedora etapa.

La figura de Mirka fue clave en la aparición del Federer más calmado y sosegado, y también contribuyó al crecimiento comercial de Roger, hasta convertirle en una inagotable mina de lingotes de oro.

En noviembre de 2017, Federer se convirtió en el deportista con más ganancias de la historia, superando al golfista Tiger Woods. El suizo alcanzó una cifra cercana a los 93,5 millones de euros, ganados durante sus veinte años como profesional, y se quedó con el récord que hasta ese momento tenía en posesión el estadounidense.

Esa clasificación registró los ingresos obtenidos con una raqueta en la mano, con sus victorias dentro de la pista, pero no los logrados a través de los contratos con sus múltiples patrocinadores, en los que Mirka tuvo una importancia trascendental.

Tras dejar la raqueta, la mujer de Federer pasó a ser una especie de relaciones públicas del suizo, controlando al detalle todos los pasos del jugador. Desde la forma de vestir hasta el corte de pelo, pasando por la mayoría de sus entrevistas con los medios de comunicación, Mirka ocupó un espacio sin dueño en el equipo de Roger y cumplió con creces su cometido.

En 2017, mientras Nadal seguía sumando conquistas sobre tierra batida y Federer descansaba después de un insuperable inicio de temporada, el suizo había acabado por completo con la sombra de su versión más oscura y su salud comercial gozaba de un estado de forma excelente, en parte gracias a los consejos y la gestión de Mirka.

Tras Montecarlo, Nadal ganó el Conde de Godó sin ceder un solo set y sus cinco oponentes hasta la copa de campeón no alcanzaron ni a hacerle un insignificante arañazo.

Rogério Dutra Silva (6-1 y 6-2), Kevin Anderson (6-3 y 6-4), Hyeon Chung (7-6 y 6-2), Horacio Zeballos (6-3 y 6-4) y Dominic Thiem (6-4 y 6-1) dejaron paso para que el mallorquín levantase su décimo título en Barcelona, igualando

lo conseguido días atrás en el Principado de Mónaco y estableciendo en casa otra barrera prácticamente imposible de superar.

Esta vez, sin embargo, la victoria fue más especial que ninguna otra, y no tuvo nada que ver con el hecho de superar el enorme desafío de sumar diez trofeos y alcanzar el doble dígito por segunda semana consecutiva.

Días antes del comienzo del torneo, la organización del Conde de Godó anunció que la pista central pasaría a llamarse Rafa Nadal, algo que se venía barruntando desde que el español logró en París su noveno Roland-Garros. La junta directiva del Real Club de Tenis Barcelona presidida por Albert Agustí aprobó por unanimidad la decisión, una forma de venerar al tenista con un regalo de los que no se pueden cuantificar. Este tipo de decisiones y nombramientos suelen llegar tras la retirada de los jugadores, pero el Real Club de Tenis Barcelona pensó que Rafa Nadal se merecía jugar en activo en la pista Rafa Nadal. Albert Costa, director del torneo, fue el encargado de llamar a Carlos Costa, agente de Rafa y buen amigo desde años, para comunicarle las intenciones del torneo. De manera humilde y agradecida, Rafa aceptó sabiendo que aquello era algo que trascendería al futuro. Sus éxitos precedentes en Barcelona, donde había levantado nueve veces el pesado y prestigioso trofeo, le hacían sentirse orgulloso de que, un torneo histórico y de tanta tradición hubiera decidido ponerle nombre a su pista central. Nadal debutó en su pista el 26 de abril ganando al brasileño Dutra Silva y levantó al cielo de Barcelona la copa de vencedor el día 30 tras imponerse al austríaco Thiem. La sensación de jugar en un estadio bautizado en su honor le provocó sensaciones encontradas al español, pero le hizo una ilusión enorme, comparable a la de sus grandes títulos. Rafa no solo había ganado en Barcelona, en su pista y ante su público. También había ganado en su club, con el que le unía y le vinculaba una estrecha y familiar relación.

Esos fueron los pensamientos con los que Rafa se tiró a la piscina del club junto a los recogepelotas del torneo para cumplir con la tradición del ganador, que debe darse un chapuzón con los niños tras abandonar la pista. Ante la mirada de Manolo Santana y de numerosos miembros de la junta directiva del club, Rafa se desvistió de la parte superior y pidió a Carlos Costa que le guardase la chaqueta negra que llevaba puesta. Vestido tan solo con unos pantalones blancos y calcetines negros, cogió carrerilla y se sumergió de cabeza en una de las piscinas más emblemáticas de todo el circuito tenístico. Tras bucear hasta la

mitad de la piscina, Nadal disfrutó durante unos minutos con los niños recogepelotas, que con una ilusión desbordada felicitaban al campeón por su nueva gesta.

El español, en cualquier caso, no tuvo demasiado tiempo para festejos. En su cabeza estaba lo que acababa de pasar en Barcelona, pero también Madrid, la próxima parada del circuito.

UNA SEMANA MÁGICA
MADRID

Rafa pone rumbo a Madrid, otra de las fechas marcadas con una equis enorme en su calendario, dentro de la gira de tierra batida. Aunque lógicamente París se haya convertido en la ciudad más importante de su carrera tenística, Nadal siempre ha reconocido que a lo largo de los años nunca se ha sentido tan querido como en Madrid.

Han pasado ya catorce años desde que el balear pisara por vez primera vez el Tennis Masters Madrid (actual Mutua Madrid Open) en el año 2003. En la segunda edición del evento ATP, que por entonces se celebraba en el antiguo rocódromo del Recinto Ferial de la Casa de Campo sobre superficie dura, Manolo Santana concedió una invitación a Rafa Nadal, un joven chaval de diecisiete años del que le habían hablado maravillas. El sorteo quiso que Nadal debutase contra otro español, Àlex Corretja, con el que perdió 6-2, 3-6 y 6-4 en una dura batalla en la que dejó buenas sensaciones. El vencedor de ese duelo debía enfrentarse al número tres del mundo, puesto que por entonces ocupaba un suizo llamado Roger Federer.

Àlex Corretja, sin saberlo, había evitado el primer duelo de la mayor rivalidad tenística de todos los tiempos. Había evitado que el primer Nadal-Federer de la historia se celebrase en Madrid.

Con una humildad sobrecogedora y una juventud que irradiaba una cierta timidez, Rafa se dirigió a Manolo Santana tras perder su partido con el objeto de agradecerle educadamente haber podido disputar el evento gracias a su invitación.

—Lo siento mucho, Manolo, no he podido ganar.

—¡No tienes que sentirlo, has jugado muy bien! —le animó el director del torneo.

Entonces, Rafa formula una frase futurista plagada de optimismo:

—Manolo, no sé cuándo, pero algún día ganaré este torneo.

Rafa tan solo necesitó dos años para cumplir su promesa.

En octubre de 2005 su agónica y épica victoria contra Ljubičić en la final del Masters Series propició que el matrimonio entre Rafa y Madrid se hiciera realidad sin la necesidad de pasar por todas las etapas del noviazgo. Aquello fue una pedida de mano en toda regla. En la final disputada en el Madrid Arena, el balear se sobrepuso a un 3-6, 2-6 inicial en contra para acabar ganando 3-6, 2-6, 6-3, 6-4 y 7-6 y alzarse con su primera copa en la capital de España.

Nadal tiene muchos, muchísimos recuerdos de todos los torneos que ha disputado en Madrid, pero aquel partido sigue siendo su momento preferido. Conseguir remontar dos sets en contra en pista cubierta le brindó un estimulante impulso para el futuro. Rafa es consciente de lo importante que fue aquel apoyo del público y nunca pierde ocasión de agradecer los ánimos constantes e incondicionales que le brindan desde la grada en cada partido.

Invicto en su gira de tierra batida, a Rafa le toca afrontar un choque de envergadura colosal, un nuevo reto. Una piedra de toque para determinar su estado tenístico. En las semifinales del Mutua Madrid Open debía medirse a Novak Djokovic, un rival al que no conseguía ganar desde la final de Roland-Garros de 2014. En los últimos tres años el serbio había castigado a Rafa con siete victorias consecutivas, algunas de ellas en feudos que tradicionalmente habían sido propicios para el balear, como Montecarlo, Roma o París. En ese período de tiempo, Novak se convirtió en el segundo jugador de la historia capaz de doblegar a Nadal en Roland-Garros (solo lo había hecho Söderling en 2008) e invirtió incluso el balance de victorias y derrotas en el «cara a cara» particular entre ambos: del veintitrés al diecinueve favorable a Nadal, la balanza cayó a un veintiséis a veintitrés a favor de Novak.

Aunque la rivalidad entre Rafa y Roger ha trascendido las fronteras de lo puramente tenístico durante más de una década, los números reflejan que, en realidad, Nadal ha disputado más encuentros contra Djokovic que contra el propio Federer. Novak había sido el tenista más dominante del último trienio y así lo confirmaban las 223 semanas en las que había estado al frente del ranking ATP como número uno del mundo. Merced a un talento descomunal y a un insaciable espíritu de superación, tanto Novak Djokovic como Andy Murray consiguieron que el binomio Nadal-Federer mutase en una lucha de cuatro rivales conocida en el mundo del tenis como el «Big 4».

Aquella tarde del 13 de mayo Nadal no se enfrentaba a un rival cualquiera. Se medía a su bestia negra, que además defendía el cetro de campeón en Madrid. Una vez más, la Caja Mágica consiguió generar un ambiente propicio para que

Rafa ofreciese una excelsa versión de su tenis. Incapaz de hacer frente al Rey de la Tierra Batida, a Novak se le escapaba el partido como una escurridiza pastilla de jabón.

Aunque Rafa no evalúe previamente su propia reacción ante las victorias, el instinto natural de su vehemencia gesticular sirve como termómetro para enjuiciar su índice de felicidad ante los triunfos. En una postura y actitud de satisfacción extrema, Nadal se postra en cuclillas durante unos segundos para festejar con rostro de salvaje desahogo su pase a la final. Ni en la final de Montecarlo cuando superó a Ramos ni en la final de Barcelona cuando ganó a Thiem, Rafa había celebrado tanto una victoria. La Caja Mágica había servido de corolario a una sangría de derrotas ante el serbio que además habilitaban a Rafa para seguir confiando en su trabajo y en su juego.

Aunque ya conoce previamente el horario de la final, Nadal se dirige a Manolo Santana para sugerirle algo. Lo dice en tono humorístico y con una sonrisa que recorre todo su rostro. Rafa sabe de sobra que su petición es imposible, puesto que hay más de doce mil entradas vendidas para ese partido y 172 televisiones internacionales que no pueden alterar su programación. Pero está feliz por haber alcanzado una nueva final en Madrid y bromea con el director del torneo, que a la vez se ha convertido con el paso de los años en un buen amigo.

—Manolo, ¿no se podría cambiar el horario del partido?

Santana sonríe también, ya que conoce de sobra el motivo por el que Nadal le ha hecho ese comentario. Y es que, el domingo a las ocho de la tarde el Real Madrid jugaba un partido de Liga trascendental en la lucha por el campeonato. En el Santiago Bernabéu y ante el Sevilla, el conjunto de Zinédine Zidane necesitaba conseguir los tres puntos para rozar el título. Y Rafa no quería perdérselo por nada del mundo. ¡Ni Manolo! Ambos lamentan que la Liga haya comunicado hace pocos días que el Real Madrid-Sevilla se jugaría a las ocho. ¡Les iba a coincidir con la final! Unos días antes la organización del torneo había conseguido consensuar con los operadores televisivos adelantar el horario de la final del Mutua Madrid Open a las seis de la tarde (estaba previsto a las 18.30) para evitar la coincidencia horaria y no ver mermadas sus audiencias televisivas. Pero no era suficiente. Nadal sabía que, aunque terminase su partido muy rápido, tendría que esperar a la ceremonia de entrega de trofeos y el protocolo demandaba una rutina de una media hora, a la que habría que añadir el tiempo necesario para la atención a los medios de comunicación.

Rafa Nadal no es solo un aficionado del fútbol. Es más que eso. Rafa es un apasionado seguidor del Real Madrid que no se pierde ni un solo partido de su equipo. Esté donde esté. En cualquier parte del mundo, Rafa ve los partidos en televisión o los sigue a través de internet si tiene algún compromiso ineludible, algo que rara vez sucede cuando juega su equipo.

Nadal está pendiente del equipo cada día, sigue las lesiones, altas, bajas y mantiene contacto con diversos jugadores de la plantilla, con los que conserva una relación extraordinaria.

Para poder seguir al Real Madrid desde cualquier parte del planeta, Nasser Ghanim al-Khelaïfi, amigo del tenista y presidente de la empresa beIN Sports y del Paris Saint-Germain, pidió a uno de sus empleados algo que podría parecer ciencia ficción: que le instalase a Rafa una aplicación maestra en el teléfono para poder ver los partidos en todas las latitudes del mundo, sin importar las restricciones impuestas por la geolocalización de los derechos audiovisuales.

Ese regalo tiene mayor valor afectivo que algunos de los caros presentes con los que le han obsequiado a lo largo de su carrera, que han sido muchos e inimaginables.

Nadal y Al-Khelaïfi se cayeron muy bien desde el principio, cuando se conocieron en el torneo de Doha que se celebra la primera semana del calendario. Nasser, que también es el máximo mandatario de la federación de tenis de Catar, llegó a intentar ser profesional en el mundo de la raqueta, incluso superó la barrera de los mil mejores jugadores de la clasificación y defendió en cuarenta y tres ocasiones la bandera de su país en la Copa Davis. Luego lo dejó y encontró en los negocios la forma de hacer una brillante carrera, convirtiéndose en una de las cien personas más ricas de la actualidad.

La relación entre los dos nació hace más de una década y se ha ido alimentando durante todo este tiempo mediante dos temas de conversación principales: el tenis y el fútbol. Cuando Al-Khelaïfi le habló a Nadal de esa aplicación mágica que rompe cualquier limitación geográfica para ver todos los partidos de fútbol, y que únicamente necesita de una conexión decente a internet para funcionar, el tenista se quedó embobado y en un segundo pasó de la sorpresa por el descubrimiento al deseo de tener esa herramienta de beIN Sports a su alcance.

BeIN es una cadena de televisión de pago, filial del grupo Al Jazeera, que retransmite los eventos deportivos más destacados y que se ha hecho fuerte apostando por el fútbol. Poco a poco, el canal ha ido completando un proceso de

expansión por los países más importantes del mundo, consiguiendo los derechos de las principales ligas y estableciéndose como la casa de la Champions League, la joya del balompié. Por supuesto, España no se quedó fuera de los planes de la empresa y en el verano de 2015 beIN desembarcó en la península ibérica para convertirse en la referencia televisiva de todos los aficionados al fútbol.

Al-Khelaïfi es la mente que está detrás del grupo catarí y la persona que se ha encargado de dirigir con mano de hierro el proyecto de crecimiento del canal, que en la actualidad vive un momento dulce tras consolidarse en Europa. La aplicación que Nasser le regaló a Nadal para ver el fútbol en todas partes es un juguete insignificante para alguien con tanto poder, pero un invento alucinante por el que muchos seguidores del deporte estarían dispuestos a pagar bastante.

En los ajustes de cualquier iPhone, dentro del apartado dedicado a la batería, hay una opción para ver en qué gasta el usuario la energía del teléfono. A través de dos pestañas, una que refleja la actividad de las últimas veinticuatro horas y otra la de los últimos dos días, el teléfono muestra qué aplicaciones son las más utilizadas mediante una tabla de porcentajes. El invento que Nasser compartió con el tenista siempre está entre las cinco más utilizadas por Rafa y nunca desde su instalación ha abandonado ese podio.

Cuando está de gira por el mundo y hay fútbol, lo que suele ocurrir con una frecuencia altísima durante la temporada, Rafa prefiere salir a verlo fuera rodeándose de los suyos. Es también habitual que el mallorquín se reúna con tenistas españoles como Feliciano López, David Ferrer o Pablo Carreño para hacer más agradable la experiencia comentando los encuentros y abriendo la puerta a discusiones de fútbol.

Hay veces, sin embargo, en las que salir a ver un partido fuera no es posible, bien por incompatibilidad de horarios o de agenda. Entonces Nadal opta por elegir una de las dos opciones que le quedan: o conecta su iPhone a la televisión para ver a pantalla completa el encuentro a través de la aplicación que le regaló Nasser o lo sigue directamente en el teléfono, aunque esta última es una salida de emergencia para casos excepcionales.

La pasión de Federer por el fútbol no es comparable a la de Nadal, que a veces roza niveles altísimos, pero el suizo es muy seguidor del Basilea, el equipo de su ciudad natal, sigue los resultados regularmente, mantiene contacto con los jugadores de la plantilla y cuando está en casa suele acercarse siempre a St.

Jakob Park, el deslumbrante estadio del club (catalogado por la UEFA en el mismo nivel que otros campos muy prestigiosos, como Wembley o el Camp Nou), para ver desde la grada los partidos de su equipo.

Roger descubrió el amor por el fútbol durante el Mundial de Italia de 1990, cuando tenía nueve años. El suizo estaba disfrutando de unas vacaciones en familia por el país y se quedó impresionado al ver la reacción de la gente después de cada encuentro de la selección italiana, que fue avanzando en la competición y levantando muchas pasiones e ilusiones por todo el territorio. Federer no entendió por qué esas mismas personas lloraban por la calle después de que Italia perdiese en semifinales contra Argentina en una dramática tanda de penaltis.

Tiempo después el suizo recordó aquellos días en Italia y logró empatizar con lo que vio entre los aficionados locales, aunque en su caso fueron lágrimas de alegría.

La noche del 18 de septiembre de 2013, el Basilea ganó por 2-1 al Chelsea en Stamford Bridge el primer partido de la fase de grupos de la Champions League y Federer acabó saltando y gritando cuando el árbitro pitó el final, absolutamente fuera de sí.

Hasta el minuto 70, el equipo inglés mantenía el marcador controlado gracias a un gol de Oscar dos Santos Emboaba Júnior, deportivamente conocido como Oscar. Dos tantos del Basilea en los últimos diecinueve minutos, marcados por Mohamed Salah y Marco Streller, rubricaron una remontada histórica para el Basilea, que Roger saboreó con placer.

Hubo una época en la que Federer no apoyaba al Basilea, todo lo contrario. De niño, el suizo jugó de delantero en el Concordia, el equipo rival de la ciudad. Los numerosos enfrentamientos entre los dos conjuntos, y la presencia como defensa del Basilea de Marco Chiudinelli, su amigo y compañero después en el circuito de tenis, provocaron una inocente rivalidad que se terminó pronto porque a los doce años Federer tuvo que elegir entre el fútbol y el tenis, y el balón se quedó abandonado en un segundo plano. ¿El motivo principal? Federer odia perder. En un deporte individual dependes exclusivamente de ti mismo y de ser capaz de superar a tu rival, pero en el fútbol estás supeditado a la calidad y al talento de tus compañeros. Roger siempre se ha declarado un gran admirador de jugadores italianos como Roberto Baggio y de *Totò* Schillaci, pero también se ha confesado en el pasado un gran fan del tridente histórico del Real Madrid formado por Ronaldo, Figo y Zidane.

En 2015, Federer ganó el torneo de Estambul, que se disputaba en la semana previa al Mutua Madrid Open, lo que motivó que aterrizase en España el lunes y no pudiera comparecer en el tradicional Media Day. Para no desatender las peticiones de la prensa española, Roger aceptó conceder a su llegada un par de entrevistas con medios españoles, en un encuentro que tiene lugar en las oficinas del torneo, una ubicación por la que tan solo transitan miembros del *staff* de los departamentos de comercial, administración y dirección. Federer saluda amablemente al personal del torneo y se dirige a uno de ellos:

—¿Cómo se presentan los partidos de hoy?

Estupefacto, el empleado del torneo no sabe qué responder a uno de sus ídolos y Roger solo obtiene el silencio como respuesta.

—Me refiero a los partidos de la Champions. ¿Quiénes son los favoritos? —le interpela de nuevo Federer.

—¡Ah! ¡La Champions! ¡Pensaba que te referías al torneo de tenis!

—No, no, eso ya lo controlo —responde un divertido Roger. Lo que quería saber es si el Real Madrid es uno de los favoritos en el partido de vuelta contra el City o si el Atlético podrá ganar al Bayern.

El nivel de estupefacción del empleado del torneo es máximo, ¡ni recordaba que esa semana se jugaban los partidos de vuelta de las semifinales de la Champions! ¡Y Federer lo sabía perfectamente! Afortunadamente para él, la conversación se interrumpe cuando Nicola Arzani, de ATP, anuncia a Federer que los periodistas han llegado y que puede comenzar las entrevistas.

Aunque a lo largo de su vida el estadio que más ha visitado ha sido el St. Jakob Park, Federer también disfruta acudiendo a ver partidos de fútbol fuera de su país. Durante el Mutua Madrid Open, el torneo facilita a los jugadores la posibilidad de asistir a alguno de los encuentros que se disputan esa semana en alguno de los estadios de la capital. Al igual que futbolistas como Sergio Ramos, Cristiano Ronaldo, Antoine Griezmann, Lucas Vázquez, Luka Modrić, Saúl Ñíguez o Diego Godín acuden siempre que pueden a ver partidos de tenis a la Caja Mágica, los tenistas hacen lo propio con el fútbol cuando tienen oportunidad. Además de Rafa Nadal, Novak Djokovic ha acudido en diferentes ocasiones al palco del Santiago Bernabéu, estadio que han visitado también Garbiñe Muguruza, Stan Wawrinka, Nick Kyrgios o Martina Hingis, por ejemplo. Pero Roger, prefiriendo alejarse de los focos, decide acudir de manera

privada al estadio Vicente Calderón a presenciar un partido de la Liga. Acompañado por uno de los patrocinadores del torneo, Federer disfruta tranquilamente del partido de fútbol alejado de las cámaras y de los flashes.

Aunque en escalas muy diferentes (lo de Nadal va más allá de la pasión), el fútbol se ha convertido también en un vínculo de unión entre Rafa y Roger.

Con lo extremadamente competitivo que es Rafa y teniendo en cuenta su desmedida pasión por este deporte, ¿podría haber llegado a ser un futbolista de élite? Es complejo formular una hipótesis sin disponer de las variables adecuadas, pero pocas personas que conozcan las virtudes de Rafa se atreverían a desterrar su presunción de éxito en otros deportes. No obstante, la humildad va siempre por delante de la soberbia en el diccionario de registros verbales del balear:

—¿Que lo hacía bien jugando al fútbol? —se interpela a sí mismo Rafa—. Sí, incluso me habían subido de categoría y jugaba con gente mayor que yo. El problema es creerse la película: yo destacaba, pero jugaba en el Manacor, el equipo de mi pueblo. Mi pueblo es uno entre los miles y miles que hay en España. Y que luego yo haya hecho una carrera buena en el mundo del tenis no significa que hubiese sido bueno en otras cosas.

Incluso se ha barajado en numerosas ocasiones que Rafa pudiera tener la futura intención de presidir el Real Madrid, una pregunta que le formularon a comienzos de año y que resolvió de forma afirmativa.

—La pregunta fue: «¿Te gustaría ser presidente del Real Madrid?». Y yo dije que sí, claro. Esa es la realidad. De aquí a que lo pueda ser…, pues está muy lejos, y posiblemente no ocurra. Es como si me preguntan ahora si me gustaría ganar Wimbledon el año que viene. ¡Pues claro que me gustaría volver a ganarlo!

Rafa debía jugar la final del Mutua Madrid Open ante el mismo rival al que doblegó en Barcelona, Dominic Thiem. Un reto nada sencillo tal y como demostraban los resultados del austríaco de toda la semana.

Minutos antes del partido, con todo el público ya ubicado en sus asientos, algunos miembros de la organización se convierten en testigos de un momento muy singular. Nadal está concentrado en la sala de ocio de los jugadores preparándose para saltar a pista. Como si de un león enjaulado se tratase, Nadal salta, esprinta y pega raquetazos al aire, ensayando golpes de derecha y de revés.

Sus 185 centímetros de altura resultan intimidatorios cuando se ponen en acción en un espacio cerrado. Sus movimientos convulsionan la sala y se percibe una contenida tensión en el ambiente.

La mencionada sala de ocio se encuentra a pocos metros de los vestuarios y su ubicación permite que miembros de la organización y algún periodista curioso puedan observar lo que sucede en su interior.

El año anterior, esa misma sala había acogido una de las obsesiones de Rafa. Aunque el Mutua Madrid Open sea un evento acogedor y caluroso para Nadal, el listado de actividades y compromisos del balear se multiplica con respecto a cualquier otro torneo del año. Desde meses antes, su agente Carlos Costa ya tiene meticulosamente planificados los compromisos publicitarios con sus patrocinadores, que aprovechan las pocas semanas que Rafa pasa en España. Si a eso se le añaden las numerosas entrevistas con medios de comunicación, las visitas que recibe de amigos y conocidos, y el plan habitual de trabajo y entrenamientos, el resultado es estresante. Pero en aquella sala de ocio Rafa encuentra una vía de escape gracias al videojuego de Fórmula 1 con el que se entretiene diariamente. Apretando el pedal del acelerador, pisando el freno y girando el volante, Nadal se evade tomando las curvas de los principales circuitos del mundo con destreza y precisión. Adelantamientos, trazadas voraces, salidas de pista… El tenista se implica al máximo con ejercicios de repetición para buscar la excelencia también en un videojuego. Así es Rafa. Así es Nadal.

Transformarse en piloto de Fórmula 1 se convierte en una rutina hasta el día en el que pierde su partido de semifinales con Andy Murray tras haberse resentido de algunas molestias físicas en los días precedentes. Rafa se marchó de Madrid hacia Roma en 2016 con un cierto sabor amargo y con muchas inquietudes acerca del estado de su muñeca, que le obligaría un mes más tarde a retirarse prematuramente de Roland-Garros.

Pero el escenario de 2017 en Madrid presentaba otro aspecto. En plenitud de condiciones y tras haber culminado una semana de ensueño con victorias ante Fognini, Kyrgios, Goffin y Djokovic, Nadal se presenta ante su afición como gran favorito para levantar el Ion Tiriac Trophy. El preciado trofeo, que contiene treinta y tres diamantes, es en realidad una gran joya compuesta por noventa y seis piezas montadas manualmente, cuyo valor en el mercado podría alcanzar los dos millones de euros. Los campeones del torneo se llevan una réplica, pero una ley no escrita dice que si alguien gana el título tres veces consecutivas estará en su derecho de llevarse el trofeo original a su casa. Nadal estuvo cerca de

conseguirlo tras ganar las finales de 2013 y 2014, pero Murray lo impidió al ganarle en la final de 2015. Aunque no se trate del original (como en la mayoría de los torneos), Rafa quiere apropiarse del trofeo para que reluzca en el museo de la Rafa Nadal Academy.

Pese a que quince días antes Nadal había superado a Thiem con nitidez, la Caja Mágica asistió a toda una lección de desparpajo y valentía por parte del austríaco, que hasta llegó a disponer de un punto para adjudicarse en el *tie-break* del primer set. Arropado por una grada llena a reventar, el cuádruple campeón en Madrid solventó las vicisitudes de la primera manga e intensificó su nivel cuando Thiem le puso en serios aprietos en el tramo final del segundo set.

Tras dos horas y dieciocho minutos de intensa refriega, Rafa conecta un revés paralelo que le habilita para subir a la red. Allí, a orillas de la malla que divide cada lado de la pista, Nadal para el tiempo y conecta una volea con la que deja muerta la pelota Dunlop. Thiem esprinta, pero su velocidad punta no es suficiente y desiste de su empeño. El español ha vuelto a superarle. Rafa es, de nuevo, el Duque de la Villa de Madrid.

Nadal se lleva las manos a su conmovido rostro, postra las rodillas en tierra y posa sus brazos y su cabeza sobre la tierra batida madrileña. El flujo emocional se desborda en una celebración sin precedentes en lo que va de temporada. La presión de jugar en casa y la posibilidad de cosechar el trigésimo título de Masters 1000 en su carrera sobredimensionan la magnitud del logro alcanzado. Tras levantarse del suelo, Rafa recibe la felicitación de Thiem y eleva su mirada al cielo de Madrid, elevando sus brazos al infinito.

Toni Nadal, Carlos Moyà, Carlos Costa y todo el equipo del balear combinan abrazos y aplausos que rezuman felicidad desbordada desde el box ubicado en una de las esquinas de la pista. Rafa acaba de conquistar su quinto cetro en Madrid y suma su tercer título de 2017, equilibrando la balanza de finales perdidas en la temporada (Melbourne, Acapulco y Miami). De esa manera igualaba también a Federer en número de torneos ganados en el año natural.

Finalizada la entrega de trofeos, Rafa se dispone a realizar las protocolarias fotografías de grupo exhibiendo el Ion Tiriac Trophy con los recogepelotas, pisteros y jueces de silla del torneo.

—Rafa, ya vamos ganando 2-0 al Sevilla —le dice un miembro de la organización del torneo a Nadal.

—Sí, goles de Nacho y Cristiano —responde Rafa.

La estupefacción es inevitable. ¿En qué momento ha tenido Rafa la oportunidad de ver el resultado? ¿Cómo se ha enterado? La única opción es que, en los minutos previos a la ceremonia, haya extraído de su raquetero su teléfono móvil para consultar la aplicación de la Liga que tiene descargada en su *smartphone*.

El partido ante Thiem ha durado dos horas y dieciocho minutos. Eso significa que, si todo va bien, Rafa podría ver la segunda parte del partido.

Al llegar al vestuario, Nadal se encuentra con una agradable sorpresa. Durante su partido, la organización del torneo había traído una televisión de cincuenta y una pulgadas y había habilitado el espacio moviendo algunos sillones para que el manacorí pudiera disfrutar de la segunda parte del partido con una relativa calma y rodeado de la mejor compañía.

Rafa, al que siempre vienen a ver en Madrid buenos amigos de otras profesiones y deportes, disfruta de la segunda parte del partido acompañado de dos amigos muy especiales. Uno es Raúl González Blanco, excapitán del Real Madrid y una de las leyendas del equipo blanco. El otro es el propio Manolo Santana, cuyo madridismo se hizo universal en 1966 cuando logró la hazaña de conquistar Wimbledon con el escudo del Real Madrid cosido en su camiseta. Aquella muestra de madridismo, que podría haber supuesto una irregularidad, dio la vuelta al mundo y el escudo del equipo de Chamartín apareció en todos los noticieros cuando Santana levantó la Copa y besó la mano (fuera del protocolo) a la duquesa de Kent.

Nadal, Manolo y Raúl, acompañados por todo el equipo de Rafa, no pierden detalle del Real Madrid-Sevilla en los asientos más cercanos a la televisión. Aunque no todos se alegran con las victorias del equipo entrenado por Zidane (Carlos Costa, Rafael Maymò o Carlos Moyà son aficionados del Barcelona), todos se suman al visionado del partido.

Fuera del vestuario, los medios de comunicación nacionales e internacionales aguardan a que la organización del torneo anuncie el horario de la rueda de prensa del campeón. Pero el campeón no está para responder preguntas aún. El campeón está ocupado.

Aunque Cristiano anota el 2-0, Jovetić acorta distancias para prolongar el sufrimiento tanto en el Bernabéu como en el vestuario de la Caja Mágica. Tan solo llegaría la tranquilidad con el tercer gol del Real Madrid, anotado por Cristiano Ronaldo gracias a un zurdazo que entra por la escuadra para regocijo de Rafa, Raúl y Manolo. La fiesta termina con el cuarto gol: 4-1 anotado por

Kroos. El Real Madrid seguía dependiendo de sí mismo para ganar la Liga. La felicidad es completa. Santana se alegra por el Real Madrid y también por Rafa. Con una disimulada sonrisa disfrazada de nostalgia, un cansado Santana mira de reojo a Rafa y recuerda aquel «Manolo, no sé cuándo, pero algún día ganaré este torneo». Nadal nunca dejaba de sorprenderle.

«La rueda de prensa de Rafa Nadal comenzará en unos instantes», se anuncia por la megafonía del centro de prensa. Rafa, que tiene en su ADN un grandísimo respeto por la profesión periodística (aunque la puntualidad no sea uno de sus fuertes) sale del vestuario y, acompañado por Benito Pérez-Barbadillo, su jefe de prensa, y Nicola Arzani, uno de los miembros del *staff* de ATP con los que mejor relación mantiene, pone rumbo a la sala de conferencias de prensa.

Rafa se sienta mientras, desde las paredes de la sala, Roger Federer le observa con espíritu reflexivo a través de los cuadros que plasman sus triunfos en Madrid en 2006, 2009 y 2012. También le observa Santana, sentado en la silla en la que siempre se ubica durante las ruedas de prensa. No es una silla cualquiera. Es la silla de Manolo Santana.

—Voy a cada torneo tratando de dar lo mejor de mí, siendo consciente de que, si se hacen bien las cosas, como llevo haciendo este año, tendré confianza y seguridad en mí mismo —analiza sosegadamente Rafa—. Las cosas están saliendo muy bien y estoy muy feliz. Están siendo unas semanas muy emocionantes. Hoy es día de estar satisfecho. De ser feliz. Tengo el trofeo.

Que Nadal es uno de los jugadores preferidos por el público en todos los torneos del mundo no necesita constatación alguna. Es algo que se aprecia con un simple vistazo a las gradas, incluso durante sus entrenamientos. Pero el balear es también uno de los más queridos por los directores y por los integrantes del *staff* de los eventos.

—Creo que somos unos privilegiados —expone Nadal ante más de un centenar de periodistas—. Hay muchos lugares que pagarían muchísimo dinero por tener un torneo como el que tenemos aquí. Debemos estar satisfechos, valorarlo y cuidarlo. Creo que la aportación de la ciudad es decisiva a la hora de tener un torneo de esta categoría en nuestro país. Es verdad que la ciudad seguro que hace un esfuerzo para que eso ocurra, pero creo que el retorno, no solo promocional sino también económico (a nivel de impuestos, hoteles, etc.) es

mayor a la aportación. Hay que agradecer a Madrid y a todos los patrocinadores que también son de Madrid el apoyo que dan y ojalá que podamos cuidar este torneo porque hoy somos un torneo referencia a nivel mundial.

Rafa acaba de manifestar públicamente su apoyo sin fisuras al Mutua Madrid Open. Lo ha hecho suyo. Aunque el evento esté apoyado por patrocinadores que son competencia directa de sus propios *sponsors*, Rafa es capaz de mirar más allá y valorar el evento por encima de otros intereses. El de Madrid no es un torneo cualquiera para el español y así lo demuestran sus palabras de sincero cariño.

—Es uno de los torneos más grandes del mundo sin ninguna duda. Después de los Grand Slams hay muy pocos por delante de este. Tenemos que cuidarlo y ojalá que la ciudad, la Comunidad y los *sponsors* sigan apoyando este deporte para que el torneo no ciña su éxito a una época en la que están triunfando muchos españoles, sino que se convierta en un evento social, que creo que ya lo es, y se consolide también cuando no haya tantos españoles triunfando.

Tras unas últimas entrevistas para las televisiones oficiales del evento, Rafa concluye su jornada dominical feliz y con la satisfacción de quien sabe que ha cumplido con la palabra dada.

Nadal ha consumado en Madrid la promesa que le hizo a Santana.

Por quinta vez.

INMORTAL
ROMA

Nadie podría pensar que la mejor pasta de Roma se puede encontrar en el número 79 de vicolo Scavolino, a dos minutos a pie de la Fontana di Trevi, uno de los mayores puntos turísticos de la ciudad. Tampoco Rafa Nadal, que descubrió el restaurante Le Tamerici por casualidad cuando uno de los dueños se acercó a Benito Pérez-Barbadillo, su jefe de prensa, en la zona de jugadores del torneo de Roma y le habló del lugar, sugiriéndole que lo probasen una noche para darle una oportunidad.

Nadal también es una persona de costumbres fuera de la pista. Eso quiere decir que si el tenista encuentra un sitio que le gusta para comer en cualquiera de las ciudades del mundo por las que se mueve es muy posible que repita la visita, y varias veces.

En la actualidad, Le Tamerici es uno de los lugares favoritos de Nadal y también un pequeño museo de su paso por las distintas ediciones del torneo de Roma, que en 2017 ascendieron a nueve.

Giovanni Cappelli, responsable y chef del restaurante, se ha convertido en amigo del tenista y durante todos estos años ha ido recopilando una colección de camisetas y zapatillas que tiene expuestas en las paredes del local, otorgándole un inconfundible aroma tenístico que envuelve a todos los clientes durante las comidas.

Además, Cappelli instauró sin pensarlo una particular tradición que le otorga un sello todavía más distintivo a su segunda casa. Cada año, Giovanni ha ido pidiéndole a Rafa que le firmase una servilleta de tela blanca usada, casi siempre en su última noche en la ciudad, para añadirla al resto de objetos personales del jugador y colgarla como un tesoro más.

Le Tamerici es pequeño y está frecuentado en su mayoría por italianos, lo que quiere decir que se come muy bien, y ese es un termómetro que no falla. Giovanni ofrece un trato exquisito basado en los detalles que complementa con una oferta gastronómica de primer nivel. A Nadal le encanta la espectacular

pasta que cocina Cappelli, pero también la lubina a la sal, el rombo al horno o el marisco crudo, tres especialidades que le vuelven loco como buen amante del pescado.

El chef siempre tiene margen para sorprender al tenista con platos que se saca de la manga, como una degustación de aceites de oliva, una pasta al dente con hojas de albahaca o una *panna cotta* que nubla los sentidos.

Al principio, y como gesto de deferencia, Giovanni invitaba a comer a Rafa en cada una de sus cenas, pero el tenista puso como condición pagarle la cuenta si quería verle de vuelta por el restaurante. Las bromas que los dos hicieron sobre el tema seguían vivas en 2017, cuando Nadal le pidió que le enviase una noche la comida al hotel y luego le mandó una nota de voz a través de la aplicación telefónica WhatsApp para decirle lo que le debía entre carcajadas.

La primera vez que Cappelli salió al rescate de Rafa, llevándole la cena a su hotel, el tenista se lo agradeció poniendo un mensaje en su cuenta de Facebook, donde acumula millones y millones de seguidores.

En 2014, Nadal había ganado su partido de segunda ronda del torneo contra Gilles Simon y cuando llegó a su habitación con la intención de pedir algo antes de dormir se encontró con que la cocina estaba cerrada.

La solución que le dio Giovanni fue inmejorable. Cerca de la una de la madrugada, el chef le preparó un plato de su pasta favorita y se la hizo llegar hasta el hotel en el que el balear se alojaba.

Junto al Foro Itálico, el lugar donde se celebra el torneo, Le Tamerici es de los pocos sitios de Roma que tienen la presencia asegurada de Nadal año tras año, aunque hay muchos rincones de la ciudad a los que el balear intenta volver siempre que puede, si su apretada agenda le concede una tregua.

Roger Federer también tiene una relación muy buena con el dueño de otro de los grandes restaurantes de Roma.

La Taverna Trilussa se encuentra en la via del Politeama y es un sitio típicamente romano que durante el torneo se llena cada noche de jugadores acompañados de sus familiares.

Maurizio Trilussa, el propietario, cultiva su propia verdura, la pasta y los productos del campo que luego sirve en el restaurante. A Federer le atrajo esa particular forma de mimar los alimentos y confirmó que sus expectativas estaban justificadas cuando probó por primera vez la comida de la Taverna, pero lo que terminó de enamorar a Roger fue la *mozzarella*, una de las especialidades de la cocina.

Tiempo después, cuando Roger y Maurizio habían congeniado, Trilussa se plantó por sorpresa, y sin dudarlo, en la casa de Federer en Suiza para llevarle un poco de esa *mozzarella*, un detalle que el tenista no supo bien cómo agradecerle.

Una de las películas favoritas de Rafa es *Gladiator*, el famoso largometraje dirigido por Ridley Scott y protagonizado por Russell Crowe que ayudó al resurgir del cine épico histórico en el año 2000. *Gladiator* se ambienta en el corazón de la antigua Roma, así que el Coliseo es uno de los nombres que Nadal tiene mentalmente apuntado para escaparse si aparece la oportunidad de hacerlo.

La belleza de la Ciudad Eterna convierte en imposible la tarea de hacer una clasificación con los mejores lugares de Roma, pero Nadal se quedaría sin ninguna duda con la inmensidad del Vaticano, la belleza de Piazza di Spagna y el encanto de la Fontana di Trevi al anochecer, a la que suele ir caminando por las callejuelas del centro de la ciudad.

Nadal llegó a Roma exhausto, como no podía ser de otra manera después de ganar consecutivamente los torneos de Montecarlo, Barcelona y Madrid. Nadie se atrevió a decirle al tenista que renunciase a jugar en el Foro Itálico, pero quizá habría sido la decisión más sensata teniendo en cuenta el cansancio mental y físico que el mallorquín acumulaba cuando el lunes por la mañana aterrizó en la capital de Italia.

La noche anterior, el domingo, Rafa había derrotado a Dominic Thiem en la Caja Mágica para conquistar su tercer trofeo seguido de la temporada en Madrid. Casi sin tiempo, apenas unas horas para descansar, el balear se subió a un avión y sin darse cuenta se marchó a entrenar con Marc López a la pista número cinco en una sesión suave, planeada para tocar un poco la pelota sin ninguna intención más.

De esos entrenamientos hay varios durante el año, casi siempre en mitad de una gira exigente, y lo que se intenta es el que jugador practique dos o tres marchas por debajo de lo habitual, con la idea de rebajar la tensión competitiva.

Normalmente, esos entrenos terminan con algún tipo de juego, como el que Nadal y su equipo plantearon aquella tarde en Roma. La diferencia es que ni el mallorquín ni los suyos entienden cómo se puede jugar a algo sin intentar ganar, así que la diversión tardó poco en transformarse en competición.

Rafa colocó una silla verde en uno de los fondos de la pista y a continuación se situó al lado de la red con una pelota de tenis con el objetivo de golpearla con el pie para intentar colarla entre las dos patas de madera del

asiento.

En el primer lanzamiento, el tenista bajó mucho la velocidad del impacto para ganar precisión y las quejas no tardaron en llegar.

—¡Eso no es un *chut*! —exclamó Toni Nadal abriéndose de brazos ante la mirada de una veintena de aficionados, que estaban en la grada esperando para conseguir un autógrafo del tenista—. ¡Le has pegado a dos por hora, hombre! ¡Hay que disparar fuerte!

—No seas llorón —respondió Rafa, mientras le pasaba la bola a su tío, con los demás miembros de su equipo esperando el turno de probar suerte antes de enfilar el camino hacia los vestuarios.

El Foro Itálico es un enclave de otra época al que cada temporada viajan los jugadores para disputar el torneo.

Situado a las afueras de Roma, su construcción tuvo lugar entre la década de 1928 y 1938, y el diseño final está considerado como una preeminente obra de la arquitectura fascista italiana de Benito Mussolini.

El Foro Itálico está compuesto por el estadio olímpico de Roma, el Stadio dei Marmi y el Stadio del Nuoto, además del centro de tenis, la sede del torneo que Nadal ha hecho suyo en siete ocasiones, más que nadie jamás.

Roma es el quinto Masters 1000 de la temporada, y si por algo destaca es por el gran ambiente que se forma durante toda la semana de competición. Además de todos los espectadores adultos que se dan cita alrededor de las raquetas, es habitual ver a cientos de niños correteando por las amplias calles del torneo, poblando las gradas de piedra de las pistas exteriores o haciendo cola junto a la puerta de salida de los jugadores para intentar pescar una foto.

El peso histórico del torneo está cimentado en su antigüedad, porque se celebra desde antes de la llegada de la era abierta (1968), y en los nombres de los campeones que han ganado el título.

El legendario Rod Laver, Björn Borg, Yannick Noah, Ivan Lendl, Mats Wilander, Pete Sampras, Marcelo Ríos, Gustavo Kuerten o Andre Agassi se habían hecho con el título antes de que Nadal, Novak Djokovic y Andy Murray se unieran a esa distinguida lista de triunfadores.

Por tanto, es una realidad que la mayoría de los mejores tenistas de todos los tiempos han inscrito su nombre como campeones de Roma.

Federer es el que destaca entre la minoría de leyendas que nunca han reinado en el Foro Itálico.

Como en el resto de los torneos de la gira europea de tierra batida, Rafa

caminó por las entrañas del club sabiendo que no se encontraría con Roger, todavía en pleno período de descanso, pero los enormes cuadros colgados en la zona de jugadores de Roma pusieron en marcha la máquina del tiempo mientras el balear dejaba su bolsa para ir a comer.

Rafa y Roger jugaron la tarde del 14 de mayo de 2006 en la final de Roma uno de los mejores partidos de su rivalidad, el encuentro que debió darle a Federer el título, el que terminó de sentar las bases de lo que vendría en el futuro y el que separó a los aficionados del mundo del tenis en dos bandos, según el estilo de cada uno de los jugadores.

Hubo muchos que se sintieron identificados con la garra, la pasión y el esfuerzo de Nadal, y hubo muchos otros que se vieron reflejados en la elegancia, la técnica y la facilidad para jugar al tenis de Federer.

A lo largo del tiempo, y con cada nuevo choque entre el español y el suizo, esos bandos fueron acogiendo nuevos adeptos hasta crear dos aficiones totalmente separadas, algo que no había sucedido jamás en la historia del tenis, al menos hasta ese punto de polarización.

Algunos expertos estudiaron el fenómeno y lo compararon acertadamente con las hinchadas de dos equipos de fútbol rivales, aunque sin el fanatismo extremo que muchas veces se ve en el mundo del balompié.

En Roma 2006, Nadal ganó 6-7, 7-6, 6-4, 2-6 y 7-6 a Federer en un maratón de más de cinco horas que el suizo tuvo a tiro, porque primero estuvo 4-1 en el quinto set y luego dispuso de dos bolas de partido, al resto, con 6-5 y 15-40. Roger no aprovechó ninguna de esas ocasiones, enviando un par de derechas sencillas fuera de los límites reglamentarios en ese juego clave que le podría haber dado el título, y se encontró de frente con la reacción del español.

Rafa, que en los momentos complicados se animó dando saltos de tres metros y cerrando el puño con fuerza, aguantó lo impensable, una paliza física que habría consumido a cualquier otro jugador.

Incluso Toni Nadal pensó que su sobrino no resistiría tras sumar cincuenta y dos partidos seguidos conquistados en tierra, un desgaste que no fue determinante a la hora de la verdad.

—Que la final sea corta, porque si no lo es no vas a tener ninguna opción —le avisó Toni en el vestuario, antes de que Rafa saliese a la pista para demostrarle que estaba completamente equivocado.

—Gracias por los ánimos —se despidió el tenista, levantando una ceja, remarcando el tono irónico de su respuesta.

Perder aquel partido le hizo daño a Federer y abrió la primera brecha mental con Rafa, que se había impuesto en cinco de los seis precedentes, creándole a su oponente una percepción de inferioridad importante, acrecentada en los siguientes meses.

En Roma, el suizo jugó bien, muy bien, y pudo imponer su tenis durante buena parte del encuentro. Tan cómodo se sentía Roger, en tal estado de forma, que se atrevió a subir a la red continuamente, en más de ochenta ocasiones, cuando la tierra batida no es precisamente una superficie que invite a acabar los puntos en la cinta.

Rafa anuló a Federer con un patrón de juego que le daría muchas alegrías en casi todos los duelos de la primera década de la rivalidad entre ambos.

La repetición de su derecha alta de zurdo sobre el revés a una mano de Federer provocó el fallo de este, por pura asfixia, o consiguiendo orillar al suizo para rematar el punto en la otra esquina de la pista.

Con diecinueve años, la victoria de Nadal fue otra muestra de fortaleza ante su máximo rival y le permitió empatar el récord del argentino Guillermo Vilas en la Era Open, con cincuenta y tres partidos consecutivos ganados sobre tierra batida.

A Rafa le pareció casi un milagro, porque aquellos días la derrota le rondaba la cabeza antes de cada torneo, como un equilibrista que lleva demasiado rato caminando por la cuerda floja y ve la caída hacia el abismo cada vez más cerca.

Un año más tarde, el mundo vería un nuevo enfrentamiento entre Rafa y Roger, pero esta vez en el cuadro de dobles. Ni el español ni el suizo suelen jugar la modalidad por parejas, así que las opciones de encontrarse son muy reducidas. Por eso, cuando el sorteo deparó un encuentro entre ambos en la primera ronda del torneo italiano los espectadores se agolparon horas antes en la pista Pietrangeli para seguir el desarrollo del cruce, muchos de ellos incluso de pie.

La Pietrangeli es una obra de arte convertida en pista de tenis. Hace unas temporadas que perdió la condición de estadio principal del torneo de Roma, pero su encanto sigue siendo mucho mayor que el de cualquier otra pista del recinto. Rodeada por los característicos pinos de la zona, y vigilada por un grupo de esculturas de la época imperial, la cancha está hundida varios metros en el suelo y sus ovaladas tribunas de mármol retrotraen a los aficionados que se sientan en ellas a días de emperadores y leones.

Nadal formó pareja con Carlos Moyà y Federer con Stan Wawrinka, un dobles espectacular por el nivel de los cuatro participantes en individuales. Los españoles vencieron 6-4 y 7-6 a los suizos, que tuvieron algún pequeño resquicio para colarse en el partido. Cuando la derrota ya era un hecho, Roger bromeó diciendo que no podía ganarle a Rafa ni con ayuda.

Algo de razón tenía el suizo, aunque seguramente habría agradecido esa ayuda en el otro encuentro que jugó contra Nadal en Roma, en la final de 2013.

Inesperadamente, Federer se plantó en el partido decisivo cuando nadie le esperaba y allí se encontró con Nadal para disputar la final número veinte entre ambos.

Rafa ganó aquel encuentro por una paliza de 6-1 y 6-3 a un Federer al que ya dominaba por 19-10 el cara a cara, el mismo Federer que escuchó a un espectador recordarle que habían pagado un precio muy alto por la entrada y el mismo que se marchó del estadio con la cabeza hundida entre los hombros sesenta y nueve minutos después de salir esperanzado por llevarse el triunfo.

Tres intercambios de golpes le bastaron al suizo para darse cuenta de que ganarle a Nadal iba a ser imposible. El español desbordó a su contrario con una intensidad infernal para la que Federer no tuvo respuesta. El suizo, que solo sumó treinta y seis puntos en la final, parecía una marioneta en manos de su titiritero.

El 16 de mayo de 2017 por la mañana, cuando habían pasado más de tres años de aquel cruce, Nadal entró en la sala de prensa del torneo de Roma y lo primero que hizo fue darle dos besos a Linda S. Christensen, a la que no veía desde hacía semanas.

El detalle puede parecer insignificante, pero representa de maravilla el cuidado que pone el tenista en cada una de sus acciones.

Linda trabaja en ASAP Sports, una empresa contratada por la mayoría de los torneos del circuito para transcribir las conferencias de prensa de los jugadores con precisión y rapidez. La transcripción se envía luego por correo electrónico a los medios de comunicación que están acreditados y también se imprime para ponerla a disposición de los periodistas.

Analizándola muy por encima, su vida se resume en hacer un calendario tan exigente como el de los tenistas, de ciudad en ciudad, para luego pasarse los días sentada en una silla junto a la mesa donde hablan los protagonistas, poniendo sus palabras por escrito a través de una máquina especial, que llama la atención por ser pequeña y por contar con un pedal incorporado en la parte inferior.

Es un trabajo agotador por la cantidad de ratos muertos a los que transcriptores como Linda deben hacer frente a lo largo de una jornada, aunque está más que recompensado con un buen sueldo y una posición laboral estable.

Las transcripciones de ASAP son el tesoro más valioso de los periodistas, que se han acostumbrado a tener en la bandeja de entrada del correo todo lo que ha dicho un tenista en rueda prensa nada más salir de la sala de conferencias o a consultarlo en la hoja de papel que pueden encontrar a escasos metros de su escritorio.

Los trabajadores de ASAP están acostumbrados a convivir con los tenistas casi a diario, porque suelen alojarse en los mismos hoteles, comer en los mismos restaurantes de los torneos y verse las caras durante las ruedas de prensa. Eso no quiere decir que sean amigos, ni mucho menos, pero es normal que la relación con los jugadores sea fluida y cercana.

Rafa es el ejemplo ideal de cómo cuidar esa relación con personas a las que ve a diario. Un saludo, dos besos y unas palabras agradables son habituales cuando el mallorquín llega por primera vez a la sala de conferencias de un torneo, habitualmente en la previa, antes de debutar, y el día que se marcha, bien con el título de campeón bajo el brazo o bien eliminado.

Acostumbrada a ver de todo en un mundo complicado, Linda siempre ha agradecido los pequeños guiños de Rafa diciendo maravillas del mallorquín a todo el que le pregunta cómo son los tenistas alejados de las cámaras de televisión.

Jaime Morrocco también trabaja en ASAP, pero a él le ha tocado encontrarse con la cruz de la moneda. A diferencia de Linda, que tiene un buen feeling con Nadal desde hace bastante tiempo, Jaime no ha conseguido hallar esa sintonía con Federer, otro de los que más veces se encuentra con los transcriptores en una sala de prensa. A Morrocco, que a menudo comenta que Roger le parece demasiado perfecto para ser real, le llama sobre todo la atención que el suizo nunca se detenga a saludar, aunque lógicamente sabe de sobra quiénes son las personas que registran por escrito sus ruedas de prensa

Nadal no tuvo problemas para alcanzar los cuartos de final en Roma. En su primer encuentro, Nicolás Almagro se retiró con 0-3 en el marcador después de quedarse clavado en la rodilla izquierda y dejó al balear clasificado para octavos, donde Rafa se impuso al estadounidense Jack Sock por 6-3 y 6-4.

La primera derrota del año sobre tierra batida llegó en el siguiente partido, en el que se midió en cuartos de final contra el austríaco Thiem unos días

después de haberle ganado en Madrid. Rafa afrontó el encuentro con una fatiga mental de la que pronto se contagiaron sus músculos, haciéndole ser lento y torpe en sus movimientos.

Thiem salió decidido a ser más agresivo que en Madrid, aprovechando además que la pista central de Roma tiene menos espacio por detrás y por los lados que la de la Caja Mágica. Esa táctica del austríaco, unida a la falta de chispa de Nadal, le aupó para dejar fuera de combate al máximo favorito al título por 6-4 y 6-3, poniendo fin a una racha de diecisiete victorias consecutivas de Rafa sobre tierra batida.

Lejos de ver la derrota como un problema, el balear encontró en su eliminación de Roma la vía para disfrutar de cuatro días seguidos en Manacor antes de asaltar Roland-Garros.

Nadal llevaba muchas semanas seguidas bajo presión, muchos encuentros ganados y muchos títulos celebrados. La victoria de Thiem le abrió la puerta para estar con su familia en casa, para irse con sus amigos a jugar al golf y para salir a pescar aprovechando que el buen tiempo había llegado a la isla.

Aterrizar en París con una derrota en el torneo previo no le causó ni un momento de inquietud, porque Nadal sabía que estaba más que preparado para ganar la Copa de los Mosqueteros.

UN REY SOBRE LA TIERRA (I)
PARÍS

El Meliá Royal Alma es un buen hotel de cuatro estrellas situado en el corazón de París, pero no aparece en ninguna de las guías de alojamientos lujosos que un viajero común suele consultar para soñar con hospedarse en lugares fuera del alcance de la mayoría de los bolsillos.

A Rafa Nadal le importa bien poco que el hotel no tenga la grandiosidad del Plaza Athénée, el nivel del Ritz o la fama del Crillon, donde Roger Federer suele descansar en sus visitas a París. El Alma se mantiene como una elección fija para el tenista cada mes de mayo, cuando Roland-Garros capitaliza la atención del calendario. Ubicado en el número 35 de la rue Jean Goujon, una calle tan pequeñita como coqueta, el hotel es principalmente valorado por dos cosas: la atención del personal, que habla castellano casi en su mayoría, y la ubicación, a poca distancia caminando de los preciosos Campos Elíseos.

Nadal se quedó en el Alma por primera vez en 2005, durante su participación inaugural en Roland-Garros, y ha ido repitiendo año tras año. Es cierto que el mallorquín no cree mucho en la suerte, pero también lo es que suele mantener las mismas rutinas si en el pasado le han funcionado. Rafa ganó el segundo Grand Slam de la temporada aquel año y la comodidad de la que disfrutó durante sus tres semanas en el Alma le hicieron volver siempre hasta convertirlo en una de las fortalezas más importantes de su carrera.

Sin lugar a dudas, ese hotel ha visto la mayor colección de sonrisas del jugador, los momentos de felicidad más intensos, pero también el dolor más profundo que ha experimentado nunca. A las puertas del Alma llegó Nadal llorando la tarde del 27 de mayo de 2016, después de retirarse de Roland-Garros como consecuencia de una lesión en la vaina cubital posterior de la muñeca izquierda que le apartó de jugar la tercera ronda del torneo contra Marcel Granollers y que despidió sus opciones de reconquistar la Copa de los Mosqueteros.

Aunque públicamente nunca lo admitió, Nadal se sentía preparado para asaltar un título que no ganó en 2015, la temporada más dura de su vida como tenista. Ese curso, el mallorquín reconoció sentir ansiedad y naturalizó la leyenda de su privilegiada cabeza, posiblemente la mejor que ha visto la historia del deporte. La fuerza mental que había permanecido inalterable durante tanto tiempo se desvaneció de un plumazo. Rafa padeció nervios dentro de la pista. No supo cómo controlar la respiración. Sus emociones se volvieron indomables. Y la confianza, que es la única llave para acabar con la utopía, se le escurrió entre las manos a toda velocidad.

Ni tan siquiera la tierra batida, la superficie sobre la que ha construido su leyenda, le ayudó a tomar un poco de aire. Esa temporada Nadal no ganó un solo título en la gira de tierra batida europea, faltando a sus habituales citas con los trofeos de Montecarlo, Barcelona, Madrid, Roma y París, y confirmando que estaba en una novedosa crisis de dimensiones desconocidas.

Por eso, Nadal afrontó Roland-Garros en 2016 con más ganas que nunca tras haber perdido en los cuartos de 2015 contra Novak Djokovic, algo lógico y previsible después de ver su progresión durante los meses anteriores del año. La lesión en la muñeca, que terminaría condicionando el resto de su temporada, le cerró de golpe la reconquista del trono en París.

Nadal pasó las noches previas a su estreno en Roland-Garros 2017 devorando series como un crítico al que se le ha echado encima la fecha límite para enviar su crónica. «El patrón del mal», una telenovela colombiana de ciento trece episodios que retrata la vida de Pablo Escobar, fue la principal distracción del español antes de ir a dormir esos días de primavera en París. Tras acabar «Narcos», e interesado por los hechos que se cuentan en el drama criminal de la plataforma Netflix, Rafa se encontró con una de las series más vistas en la historia de la televisión colombiana y decidió darle una oportunidad.

«El patrón del mal», basada en el libro *La parábola de Pablo* de Alonso Salazar, periodista y exalcalde de Medellín, mezcla documentos periodísticos y testimonios reales con algunos relatos ficticios para radiografiar la vida de Pablo Escobar, fundador y máximo líder del cartel de Medellín. Las andanzas del reconocido narcotraficante componen la estructura vertebral del relato, que profundiza en el imperio criminal del colombiano y repasa su ascenso, consolidación y posterior caída, con el tiroteo que acabó con su vida en un tejado de Antioquia a los cuarenta y cuatro años.

La huella que dejó la serie de Escobar en Nadal perduró en el tiempo y se

trasladó a su día a día, porque el tenista empezó a utilizar en tono divertido palabras como *mijo* o *patrón*, dos expresiones habituales en la historia del colombiano.

En esas fechas, sin embargo, Escobar no fue el único rostro que Nadal vio en su MacBook Pro antes de descansar. «Suits», un drama estadounidense sobre dos abogados que resuelven casos al tiempo que mantienen a salvo un secreto que afecta a uno de ellos, y «Juego de tronos», la reputada fantasía medieval inspirada en la serie de novelas de *Canción de hielo y fuego*, compartieron espacio con «El patrón del mal» en el ordenador del tenista.

Desde la primera temporada, «Juego de tronos» se ganó un hueco en el corazón de Rafa, que se enganchó a la serie de ficción de George R. R. Martin atraído por el factor de imprevisibilidad que va de la mano de una trama donde no hay intocables porque nadie está a salvo de la muerte.

De todos los personajes de *Juego de tronos*, un universo enorme y diverso, Nadal empatizó rápidamente con Tyrion Lannister, uno de los personajes más populares de la serie. Conocido como Gnomo o Mediohombre, Tyrion es un enano de una de las familias más ricas y poderosas de la historia.

Peter Dinklage, el estadounidense que interpreta al personaje, ganó en 2011 el Premio Emmy a mejor actor de reparto en una serie dramática y luego el Globo de Oro en la misma categoría. Además, fue nominado para el Emmy en cuatro ocasiones más (2012, 2013, 2014 y 2016) por su fantástica encarnación de Tyrion y su capacidad para representar el espíritu de supervivencia del enano.

Eso fue lo que más le gustó a Rafa de Tyrion, al que desde la segunda temporada distinguió como uno de los mayores supervivientes de «Juego de tronos». El espíritu batallador del jugador conjugó de maravilla con una de las habilidades más destacadas del enano, capaz de esquivar su final pese a coquetear con la muerte en situaciones muy peliagudas de las que salió airoso.

Esas noches de mayo, Rafa vibró tanto con algunas de las escenas de la serie que los huéspedes próximos a su habitación en el Alma se preguntaron qué estaba ocurriendo allí dentro.

Marc López, uno de los mejores jugadores de dobles del mundo y amigo íntimo de Nadal, sabe que dormir con Rafa equivale a terminar enganchado a la serie que el balear esté siguiendo en ese momento, y no hay otra salida.

El mallorquín ha cambiado algunas cosas en su vida con el paso del tiempo, pero hay otras que se mantienen inalterables y la rutina antes de cerrar los ojos es una de ellas.

Nadal se va a dormir siempre viendo una película o una serie, y no utiliza auriculares, por lo que el sonido sale a toda pastilla por los altavoces del ordenador y si alguien comparte habitación con él termina interesándose por lo que está pasando en la pantalla, hasta el punto de engancharse a la trama.

A Marc le ha sucedido en muchas ocasiones, la más reciente en los pasados Juegos Olímpicos de Río de Janeiro de 2016, en los que compartió cuarto con Nadal en la Villa Olímpica. Mientras que David Ferrer, Roberto Bautista y Albert Ramos se marchaban a dormir a las diez de la noche, Rafa y Marc se quedaban viendo películas hasta la una de la madrugada y comentando los capítulos.

Habitualmente, Federer no suele ver series hasta esas horas porque es una persona a la que le gusta irse a dormir pronto, pero el suizo también ha pasado épocas en las que estaba realmente pendiente de algunas como «Lost» («Perdidos»), «Prison Break», «Entourage» («El séquito») o «Héroes».

De esas cuatro, que son algunas de las favoritas de Roger, los misterios de la isla de «Lost» mantuvieron en tensión al suizo durante las seis temporadas que duran las vivencias de los supervivientes a la catástrofe aérea del vuelo 815 de Oceanic Airlines, que acaban perdidos en una isla donde ocurren cosas muy extrañas.

Como a Nadal, las series ayudan a Federer a relajarse para dormir, pero nunca han formado parte de alguna de las victorias más importantes del suizo.

La noche del 10 de junio de 2012 Rafa no podía conciliar el sueño. La final de Roland-Garros se había suspendido hasta el lunes como consecuencia de la lluvia, dejando al español con el marcador favorable (6-4, 6-3, 2-6, 1-2 y saque de su rival), pero con Novak Djokovic protagonizando una remontada que amenazaba con arrebatarle el título de campeón.

La situación estaba en un punto crítico para el español.

Algo que distingue a Federer y Djokovic, los dos máximos rivales que ha tenido Rafa en su carrera, es el respeto de sus entornos. Minutos después del aplazamiento del partido, Srdjan Djokovic, padre del tenista serbio, invitó a todo el que pasó por la sala de jugadores de Roland-Garros a botellas de champán. Fue la forma de celebrar que su hijo le había dado la vuelta a una final que comenzó muy empinada, aunque todavía no hubiese culminado la hazaña con la victoria ante el balear.

A Nadal, que se había ido del club diciéndole a su equipo que la copa terminaría en manos de su contrario, estuvo cerca de explotarle la cabeza.

No hubo forma de que el tenista apaciguase los nervios que le estaban royendo el estómago en su habitación. Se acercaba la medianoche y Rafa no se tranquilizó, sus pensamientos siguieron apuntando en dirección a Djokovic y a la remontada de una final que tenía ganada hasta que comenzó a llover y la tierra batida se convirtió en barro, dando alas al juego de su contrario.

En un intento desesperado por calmarse, Nadal abrió su ordenador, empezó a buscar algo para ver y encontró «Dragon Ball» («Bola de dragón»), la exitosa serie de dibujos inspirada en el *manga* de Akira Toriyama.

De pequeño, Rafa la había visto tres veces, del primer capítulo al último, pero le dio igual y se puso en manos de las aventuras de Son Goku para conseguir templarse y borrar de su mente la raqueta, las pelotas y la cara de Djokovic.

Casualmente, el efecto que tuvo «Dragon Ball» en Nadal fue muy valioso: el tenista consiguió detener la maquinaria de la inquietud, durmió un poco en mitad de la tormenta emocional que tenía a su alrededor y cuando salió la mañana siguiente a jugar con Djokovic logró frenar la reacción del serbio, ganarle 6-4, 6-3, 2-6 y 7-5, y celebrar su séptimo trofeo en la catedral de la tierra, con el que superó los seis de Björn Borg para quedarse en la primera posición histórica de ganadores del torneo.

Años más tarde, las series que Nadal fue consumiendo durante el Roland-Garros de 2017 se convirtieron rápidamente en temas de conversación con su equipo. Durante las comidas, en los viajes en coche o en algunos de los muchos ratos muertos que el tenista tiene cuando está compitiendo en un torneo. Más de uno terminó cayendo en la tentación de ver «Narcos», al menos para no quedarse fuera de las recurrentes conversaciones sobre Escobar y compañía.

Uno de los integrantes de ese equipo es Rafael Maymò, al que todos conocen cariñosamente como *Titín*. Su papel en el grupo de trabajo de Nadal es el de fisioterapeuta, pero Maymò es mucho más que eso, es la mano derecha del tenista, su confidente, su psicólogo y también su consejero. Si Rafa tuviese que contarle un secreto a una sola persona de su equipo, si tuviese que elegir entre todos los que le acompañan, Maymò sería sin ninguna duda el elegido.

El fisioterapeuta, sin embargo, tiene una costumbre muy peculiar, extrañísima, que para algunos podría llegar a rozar lo enfermizo. Maymò apunta absolutamente todo lo que Nadal hace. Al principio, cuando los teléfonos móviles todavía no eran inteligentes, lo hacía a mano, empleando una pequeña libreta que llevaba a todas partes y sustituyéndola por otra cuando ya no le

quedaban más páginas en blanco. Hace unos años cambió el papel por el iPhone, donde registra las actividades más insospechadas del jugador sin que la mayoría tengan impacto alguno en el desarrollo de su función, que es la de cuidar el cuerpo del balear.

¿Cuántos entrenamientos realizó Rafa en 2016? Maymò tiene la respuesta. ¿Cuántas entrevistas hizo Nadal en enero? Maymò lo sabe, y también para qué medios, con qué periodistas y cuánto tiempo empleó en cada una. ¿Se ha tropezado alguna vez el tenista en mitad de un partido del último torneo que ha jugado? Maymò lo tiene apuntado, si es que ha ocurrido.

Poco a poco, con una paciencia de orfebre, Maymò ha construido una enciclopedia del día a día de Nadal durante la última década. Su precio es tan difícil de calcular como el acceso a esa información, que el fisioterapeuta guarda bajo llave en su teléfono móvil.

Cualquier aficionado de Nadal pagaría una fortuna por tener en su poder esos documentos, algo que no ocurrirá en ningún caso, porque Maymò no tiene previsto venderlos.

El archivo de Maymò no tiene agujeros negros porque el fisioterapeuta es la única persona del equipo de Nadal que hace el mismo calendario que el tenista, como si fuera su sombra. Toni Nadal, Carlos Moyà y Francis Roig, sus entrenadores, se reparten los torneos y van turnándose en las distintas giras del año. Carlos Costa, su agente, acude a las grandes citas o puntualmente a ciudades donde el jugador tiene algún compromiso publicitario. Ni siquiera Benito Pérez-Barbadillo, su jefe de prensa, está en todos los lugares donde juega Rafa. Solo Maymò, que acompaña siempre a Rafa, hace los mismos kilómetros que el balear.

Por supuesto, Maymò estaba al lado de Nadal el primer día que el tenista pisó Roland-Garros en 2017. Fue el jueves de la semana previa, tres días antes de debutar en el torneo. El equipo del tenista consideró que Rafa había jugado mucho y muy bien anteriormente, por lo que no necesitaba llegar con demasiada antelación a París ni realizar grandes ajustes en su tenis. A veces, cuando se viene de una dinámica tan positiva, el trabajo pasa por mantener y consolidar lo adquirido en lugar de buscar otros ajustes que puedan desequilibrar esa base tan importante.

Nadal aterrizó en la capital francesa el miércoles por la noche y se marchó al corazón de París para asistir a un acto de Richard Mille, la exclusiva marca de relojes que luce en la muñeca desde 2010. Al evento también acudió Alexander

Zverev, el joven alemán al que muchos han señalado como el relevo natural de Rafa y Roger, que en 2016 pasó a ser otro de los embajadores de la firma.

Zverev tiene los golpes necesarios, pero también el carácter para soñar con ocupar algún día el hueco que dejen Nadal y Federer cuando se retiren. El alemán, sin embargo, peca muchas veces de querer ir demasiado rápido, de correr más de la cuenta, y su asociación con Richard Mille es un buen ejemplo.

La firma de relojes carísimos, exclusivos y complejos, ofreció a Zverev pasar a formar parte de su reducida familia, entregándole siempre un modelo que ya había llevado Nadal en la muñeca, dejando así todas las novedades para el mallorquín, como principal emblema de la marca.

Zverev aceptó la proposición, pero comentó varias veces en su círculo más íntimo que no le hacía ninguna gracia ser el segundo plato. Que el alemán, un recién llegado a este mundo, pudiese llegar a pensar en estar al mismo nivel publicitario que Nadal, uno de los mejores de la historia, define perfectamente la peligrosa ambición que lleva por dentro.

Aquella noche, mientras Zverev asumía su papel secundario, Nadal recibió el nuevo reloj que llevaría durante Roland-Garros. Decorado con los colores de la bandera de España, con una caja a rayas muy llamativa y una pulsera amarilla, el tenista presentó en sociedad un Tourbillon con chasis monocasco de carbono TPT de extrema resistencia. Una prohibitiva edición limitada de cincuenta unidades con un precio cercano a los ochocientos mil euros que le acompañaría en el asalto a la décima Copa de los Mosqueteros.

La calma que el español demostró en el evento, las bromas que hizo durante el cóctel con los importantes invitados que acudieron a la llamada de Richard Mille, empezó a desaparecer a la mañana siguiente cuando cruzó por primera vez las puertas de Roland-Garros y se esfumaron por completo el día del sorteo del cuadro, una jornada que siempre provoca la aparición de los primeros cosquilleos, a pesar de que muchos se empeñen en negarlo.

Mientras el azar entraba en acción, Nadal se entrenaba en la Philippe-Chatrier, la pista central de Roland-Garros y la más importante de su carrera. A unos metros de distancia, Djokovic y Garbiñe Muguruza, los vigentes campeones, participaban en la ceremonia que marca el punto de partida de cualquier torneo.

Rafa se enteró de lo que le había preparado el destino jugando un set de entrenamiento con David Goffin y no le desagradó, aunque no le prestó demasiada atención. A Toni Nadal y Carlos Moyà, dos de sus entrenadores,

tampoco les pareció un camino excesivamente difícil, sabiendo lógicamente que luego hay muchos otros factores que pueden intervenir en un torneo tan largo y exigente.

Dos circunstancias provocaron que los periodistas redoblaran sus preguntas sobre el favoritismo de Rafa a la Copa de los Mosqueteros en su primera rueda de prensa en el torneo, horas después de finalizar su segunda jornada de entrenamientos. La primera, la racha ganadora que traía Nadal de los torneos anteriores sobre tierra batida; la segunda, la poca dificultad del cuadro después del sorteo.

De repente, Nadal volvió a tener la sensación de estar siendo observado y escrutado por mil ojos.

—Bueno, de nuevo eres el máximo candidato al título —se arrancó un periodista con marcado acento británico—. ¿Cómo te sientes, Rafa?

—Para mí lo único importante es llegar aquí y jugar bien —respondió el tenista mientras jugueteaba con una botella de agua, uno de sus gestos habituales en cada rueda de prensa—. No importa si alguien cree que soy el mayor candidato o no. Tengo que jugar y la única manera de tener oportunidades es hacerlo bien, estar sano y tener la actitud correcta en cada entrenamiento y en cada partido —insistió Nadal, levantando una ceja según fue hablando más y más—. Esa es la única manera de intentar conseguir una victoria aquí. Vosotros os vais a centrar en escribir las cosas que tenéis que escribir, pero realmente eso no me importa mucho.

Por mucho que intentó aislarse, el número diez permaneció pegado a Nadal como si se tratase de una parte más de su cuerpo. No todos los días se tiene la oportunidad de ganar diez veces el mismo Grand Slam, siendo además el principal favorito para lograrlo. Semanas atrás, Rafa había alcanzado esa cifra en Montecarlo y Barcelona, pero la dificultad de llegar al doble dígito en París no es ni de lejos comparable, aunque los otros sean dos torneos muy exigentes.

Los triunfos de Rafa en París han malacostumbrado al aficionado, convirtiendo lo extraordinario en rutinario y restándole valor a un rosario de gestas espectaculares, pero dentro del vestuario muchos se preguntaron aquellos días si el jugador que paseaba por allí no era un extraterrestre.

Carlos Moyà ganó una vez Roland-Garros en toda su carrera, en el año 1998, a Àlex Corretja. Por eso mismo, el mallorquín fue el primero en avisar de que difícilmente alguien podría estar en posición de ganar diez veces el torneo

cuando los periodistas le preguntaron repetidamente por la hazaña que Nadal tenía a tiro.

En esas entrevistas, el ex número uno del mundo también apeló a la prudencia. Aunque el nombre de Rafa estuvo en boca de todos, no solo de la prensa, Moyà intentó hacer ver que la realidad era otra distinta porque las cosas se pueden torcer en un mal día, aunque el mallorquín no había tenido prácticamente ninguno así desde que comenzó su temporada en el torneo de Brisbane.

De puertas hacia dentro, Moyà también empleó ese discurso con Nadal, insistiendo en el exitoso tópico de ir partido a partido, pero se esforzó además en transmitirle otro mensaje en el que los jugadores no suelen reparar.

—Tienes que ponerte en la piel del rival —le dijo Carlos a Rafa un día, cuando los dos estaban camino de la ducha después de exprimirse en la pista.

—¿En la piel del rival? —replicó Nadal.

—Sí. Tienes que tratar de sentir lo que está sintiendo el otro —respondió Moyà, consciente de que cuando un tenista está en activo solo se preocupa de lo suyo, sin ser capaz de mirar al otro lado de la red—. Por ejemplo, el otro día estabas incómodo porque la bola volaba mucho, ¿no?

—Sí, complicado hacer daño así —afirmó Nadal.

—Pues imagínate cómo se encontraba tu oponente con ese viento y el efecto que le das tú a la bola —zanjó el entrenador, que con esa táctica trató de aumentar la confianza de Rafa, algo que le funcionó de maravilla en su etapa en el banquillo con Miloš Raonić.

El viernes del sorteo del cuadro, Nadal se marchó por la noche a cenar con los suyos a L’Atelier, que es un maravilloso restaurante situado a pocos metros de su hotel, y el sábado a primera hora retomó en la plaza de toros la puesta a punto para su debut en el torneo.

La pista número uno de Roland-Garros tiene un significado muy especial para Rafa. Aunque nadie se ha atrevido a dar el paso de ponerle ese nombre, todo el mundo la conoce como la plaza de toros por su forma circular. Es una cancha cercana, intensa y vibrante, con el público de las primeras filas sentado a pocos metros de los jugadores. Hay quien dice que es la mejor pista del mundo para ver tenis, porque se pueden apreciar las gotas de sudor cayendo por el rostro de los competidores, porque se pueden oler la tensión y el miedo en un punto de

break y porque las posibilidades de que un espectador se lleve un pelotazo son muy altas, algo que muchos aficionados consideran un privilegio y no un fastidio.

Nadal consiguió su primera victoria en Roland-Garros un 23 de mayo de 2005. Fue en la plaza de toros, una pista que nunca volvió a pisar en competición, ante el alemán Lars Burgsmüller por 6-1, 7-6 y 6-1.

Nadie podría imaginar entonces que el mallorquín regresaría en 2017 con la histórica opción de sumar su décima Copa de los Mosqueteros. Si alguien hubiese apostado a que Rafa iba a ganar nueve veces Roland-Garros se habría bañado en oro, pero no hay adivino en el mundo que piense en quimeras de esa dimensión.

Burgsmüller jugó aquel partido ante Nadal en París escuchando hasta la saciedad que se enfrentaba a un adolescente sin límites que podría marcar época en la tierra batida de París. El alemán y Rafa se habían visto las caras en 2004, en Indian Wells, así que a Burgsmüller no le sorprendió ninguna de las habilidades que exhibió aquel tenista con camiseta sin mangas y pantalón pirata.

Rafa hizo lo que mejor hacía en sus comienzos: llegar a todas las bolas gracias a su rapidez de piernas, devolviendo tiros desde posiciones incómodas, obligar a Burgsmüller a ganarle intercambios eternos y golpear con una dureza impresionante la pelota con su derecha, un golpe suficiente para ganar partidos.

En 2017, ejerciendo como médico en un hospital después de retirarse, Burgsmüller vio en un informativo de televisión la llegada de Nadal a Roland-Garros y no pudo evitar sentir un poco de orgullo. En su momento le dolió la derrota con Rafa, como a cualquiera, pero la perspectiva del tiempo le hizo sentirse especial por haber sido el primero de una larga lista de rivales que formaron parte de la historia de Nadal en París, que empezó más tarde de lo previsto.

Nadal no disputó Roland-Garros júnior porque estaba terminando cuarto de Secundaria y sus padres le habían insistido en la importancia de acabar esa etapa formativa. Al mallorquín le coincidía el torneo con los exámenes finales y la elección estuvo siempre clara, así que no pudo probarse en la competición que reúne a las mejores promesas del mundo.

Tiempo más tarde, ya convertido en profesional, dos lesiones retrasaron su estreno en el segundo Grand Slam de la temporada. En 2003 fue culpa de una fisura en el codo derecho, que se hizo al caerse entrenando en Manacor, y en

2004 consecuencia de una rotura por estrés en el talón del pie izquierdo, provocada en el torneo de Estoril durante un partido que le ganó a Richard Gasquet en tres apretadas mangas.

Carlos Costa, agente del tenista, convenció a Rafa para ir a visitar Roland-Garros en 2004. Fueron solo dos días, pero el catalán pensó que sería muy bueno que Nadal se familiarizase con el entorno y que descubriese el encanto de la pista Philippe-Chatrier, que ambos contemplaron desde la parte más alta de la grada.

Costa ya había dejado atrás su preocupación por que Gasquet, la otra referencia del momento, viniera haciendo mejores resultados que Nadal, pero igualmente consideró interesante que el balear se empapase de lo que se respira en el Bosque de Bolonia cada vez que mayo llega a sus últimos días.

A regañadientes, porque a Carlos le costó un poco convencer al jugador de hacer el viaje, Nadal se montó en un avión con sus dos muletas y se paseó con ellas por el corazón del torneo, que visitó mientras se lo comía con los ojos acompañado de su agente y con la aparición inesperada de Carlos Moyà, un anfitrión de excepción.

—¿Sabes por qué no he podido jugar todavía aquí? —le preguntó Nadal a Costa, mientras los dos caminaban por las calles de Roland-Garros sin que nadie interrumpiese la conversación, algo impensable cuando regresó en 2017 como una de las estrellas más importantes del mundo del deporte.

—¿Por qué? —respondió el agente del tenista, a caballo entre la sorpresa y la expectación.

—Porque no me tocaba, Carlos, porque no era mi momento —aseguró Rafa, con un tono reflexivo que su acompañante no esperaba encontrar en un adolescente de dieciséis años—. Voy a hacer cosas grandes cuando pueda jugar por primera vez este torneo —le avisó Nadal—. Algún día lo ganaré.

El 5 de junio de 2005, Rafa escaló hasta uno de los palcos de la pista Philippe-Chatrier para abrazarse con su equipo después de derrotar 6-7, 6-3, 6-1 y 7-5 a Mariano Puerta y conseguir su primer título de campeón de Roland-Garros.

Con diecinueve años recién cumplidos, y pese a que todos los especialistas le habían colgado el favoritismo sobre los hombros, la victoria no dejó de ser algo extraordinario.

—¡Te dije que la liaría! —le gritó el tenista a Costa cuando le tocó el turno de chocarle la mano en la grada, con una fina lágrima cayéndole por el rostro.

—¡Y la has liado! —respondió el agente, incapaz de imaginar que el significado de esa palabra se quedaría ridículamente insignificante con todo lo que Nadal lograría después.

Los minutos siguientes al primer Roland-Garros de Nadal transcurrieron con normalidad para el tenista, aunque los acontecimientos que se vivieron junto a las puertas del vestuario pueden considerarse como excepcionales.

Rafa bajó las escaleras bebiéndose una lata de Pepsi, que terminó rodando por el suelo, y mantuvo una pequeña conversación con Jaime Lissavetzky, por aquel entonces el Secretario de Estado para el Deporte en el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero.

Luego, y aún vestido con la camiseta sin mangas de color verde y los pantalones piratas blancos que había usado en el encuentro contra Puerta, el tenista se sentó en un banco de madera junto a la Copa de los Mosqueteros, mientras su equipo continuaba recordando detalles del partido.

Dos invitados muy especiales se acercaron entonces a felicitar a Rafa y terminaron haciéndose una foto con él.

Guillermo Vilas, uno de los mejores jugadores de la historia sobre tierra batida, y Gustavo Kuerten, ex número uno del mundo y tres veces campeón de Roland-Garros (1997, 2000 y 2001), estuvieron un rato con Nadal y acabaron inmortalizándose con el campeón, posiblemente sin llegar a sospechar ni por un momento el valor que tendría esa fotografía una década más tarde.

Tampoco lo adivinó Mats Wilander, que después de la visita de Vilas y Kuerten se acercó para pedirle una foto a Nadal junto al trofeo.

Casualmente, esa imagen fue la de un relevo.

Wilander había sido el último en ganar Roland-Garros el año de su debut en el torneo (1982), hasta que apareció Rafa para quitarle el honor como novato de oro. Las diferencias eran evidentes, saltaban a la vista, aunque había algo imposible de ocultar.

El sueco acabó siendo tres veces campeón en París (1982, 1985 y 1988) y la historia de Nadal estaba en pañales, pero en el ambiente ya podía intuirse que aquel joven de Manacor estaba destinado a romper la historia.

Aunque nadie, ni Vilas, ni Kuerten, ni Wilander, ni incluso el propio Nadal, tenían una imaginación tan poderosa para poder anticipar aquella tarde del 5 de junio de 2005 el nacimiento del mejor tenista de todos los tiempos sobre tierra batida.

UN REY SOBRE LA TIERRA (II)
PARÍS

Nadal se acordó de sus inicios en Roland-Garros cuando pisó la plaza de toros el sábado previo a su estreno en el torneo para entrenarse con Lucas Pouille ante la mirada de casi cuatro mil personas, congregadas en la cancha número uno durante el tradicional día de los niños. Pese a los abrasadores rayos de sol que cayeron a fuego sobre la grada, la respuesta de la gente fue increíble y desbordó las expectativas más optimistas de seguridad, que pasó unos momentos de verdadero apuro cuando Rafa abandonó la pista y un centenar de personas se le echaron encima buscando un autógrafo.

La avalancha descontrolada obligó a los guardaespaldas a pedir calma mientras el tenista llegaba corriendo a la zona de jugadores, donde pudo respirar aliviado después del agobio de verse rodeado por un montón de manos que le solicitaban una firma como premio a dos horas de espera soportando temperaturas muy elevadas.

—¡Ha sido tremendo! —le dijo Ángel Ruiz Cotorro, su médico de confianza, en la terraza del restaurante mientras agitaba las manos para apoyar sus nerviosas palabras.

—Ángel, lo he visto negro, ¡eh! —le respondió el jugador riendo antes de poner rumbo a la ducha, cargando con una bolsa azul en el hombro derecho y con la espalda empapada en sudor.

Al igual que siempre, y pese al tremendo barullo que se formó en un momento, Nadal correspondió e intentó satisfacer a todos los aficionados que pudo. Lo cierto es que es algo imposible de medir, pero Rafa encabeza con total seguridad la clasificación de jugadores que regalan más firmas y fotografías a los fanes a lo largo del año sin que las circunstancias del momento importen lo más mínimo.

La atención y el cuidado de Nadal con sus seguidores se ha mantenido inalterable con la llegada del éxito, algo que no siempre suele ser así. Rafa firma autógrafos paseando por la calle en su tiempo libre, tras un entrenamiento,

comiendo en cualquier restaurante del mundo y también al abandonar la pista después de perder un partido, de largo la situación que más sigue sorprendiendo a cualquiera que lo ve por televisión o en directo.

¿Se pararía Cristiano Ronaldo a firmar camisetas después de perder un partido con el Real Madrid? ¿Lo haría Leo Messi? ¿Y alguna de las grandes estrellas de la NBA? ¿Y de otros deportes? Gane o pierda, Nadal lo hace, aunque posiblemente lo último que le apetezca sea coger un rotulador y estampar su firma en todo tipo de objetos tras caer eliminado dolorosamente de un Grand Slam.

Después de una derrota, estando en caliente, hay jugadores que agachan la cabeza y se aíslan de todo lo que ocurre fuera de los límites de su cuerpo, incluso necesitan un tiempo para hablar con las personas de su equipo porque el enfado les dura un buen rato. Hay otros que saben escapar rápidamente de lo que ha ocurrido dentro de la pista y separar la competición del resto de cosas de la vida, aunque por dentro estén muy fastidiados.

Rafa está en ese segundo grupo y Roger Federer se encuentra en el término medio. Por ejemplo, el suizo se detiene a firmar autógrafos algunas veces tras caer eliminado y otras no lo hace, pero su atención con los aficionados es igual de exquisita que la de su máximo rival. Como Nadal, Federer ha sabido devolverle a la gente un poco del cariño que le han demostrado en cada rincón del planeta, consciente de que los aficionados han representado una parte fundamental en su carrera.

Muchos podrían decir que Rafa y Roger actúan de cara a la galería, pensando en que su imagen pública podría ser todavía mejor si las cámaras captan las multitudinarias firmas de autógrafos que realizan casi a diario.

La realidad, sin embargo, es bien distinta, porque esa misma atención que demuestran en público no cambia un ápice en el ámbito privado.

Durante el Abierto de Estados Unidos de 2015, Nadal tuvo un detalle de enorme significado que pasó inadvertido para todos, lo que le otorga aún más valor a lo que hizo. Antes del torneo, Rafa le había prometido a un periodista español que le regalaría algo firmado para que su padre llevase mejor la recuperación de una operación importante a la que se había sometido semanas atrás y que había puesto en peligro el viaje del reportero a Nueva York.

El periodista agradeció el ofrecimiento y aceptó encantado, aunque el regalo no llegó en los días siguientes porque el balear entró en la feroz dinámica de la competición, el reportero no le recordó lo que le había prometido y las

rondas del torneo fueron pasando sin que Rafa le diese nada.

Entonces, el periodista pensó lo que habría pensado cualquier persona corriente: que el jugador se había olvidado de él, lógico y normal con todas las cosas que tiene un deportista de élite en la cabeza.

La madrugada del 5 de septiembre de 2015 Nadal sufrió una dolorosa e inesperada derrota ante el italiano Fabio Fognini, que eliminó 3-6, 4-6, 6-4, 6-3 y 6-4 al español de la tercera ronda del US Open y consiguió lo que nadie antes: remontar un 0-2 en sets a Rafa en Grand Slam y terminar con una impresionante marca de 151 victorias y ninguna derrota que el balear atesoraba tras ganar los dos primeros parciales en torneos de la máxima exigencia.

Nadal salió de la pista Arthur Ashe absolutamente abatido y cuando encaró el camino hacia el vestuario miró al techo con los ojos vidriosos y se le escapó un resoplido de impotencia, la primera herida tras perder un encuentro de los que escuecen en el alma durante mucho tiempo.

A marchas forzadas, casi de forma atropellada, el periodista acabó de escribir su crónica, la mandó por correo electrónico para que la publicasen en la redacción en España y se sentó a esperar en el suelo de la puerta de la sala de prensa del US Open, que está a unos veinte metros de los vestuarios de los jugadores.

Cerca de las tres de la mañana, Rafa apareció por el pasillo para ir a su encuentro con la prensa con las zapatillas negras que llevó en el partido envueltas en una de las camisetas que también lució contra Fognini.

—Toma, para tu padre —le dijo el jugador al periodista, que no supo cómo reaccionar ante lo que estaba pasando—. Si quieres que te las firme deberemos encontrar un permanente blanco porque el negro es un poco difícil de pintar.

—C… Cla… Claro —acertó a decir tartamudeando su interlocutor, fuera de juego al ver que Nadal se había acordado de su promesa pese a que hacía menos de media hora que acababa de caer eliminado del torneo, y de la peor forma posible.

—¡Esto es increíble! —gritó por detrás Benito Pérez-Barbadillo, el jefe de prensa del jugador—. ¡Este tío es increíble! —repitió, también alucinado por el gesto de Rafa en un momento tan duro—. Alucinante.

A la vez que Nadal finalizaba su entrenamiento con Pouille en la plaza de toros realizando unos ejercicios de puntería con el saque, la puerta de uno de los despachos de la zona noble del torneo se abría dando por finalizada una reunión entre los directivos más importantes de Roland-Garros.

De aquel encuentro salió una decisión que sorprendió a muchos, entre ellos a los miembros del equipo del español.

La organización del torneo optó por colocar el debut de Novak Djokovic en la Philippe-Chatrier, la central de Roland-Garros, y mandó a Nadal a la Suzanne Lenglen, la segunda pista en importancia del torneo. Hay argumentos para defender casi cualquier postura imaginable, pero relegar a una cancha menor el estreno de un jugador que ha ganado nueve veces el título es una decisión difícil de entender, se mire como se mire.

La presión del francés Benoît Paire, el rival del español en la primera ronda, tuvo mucha influencia para sacar a Nadal de la central. Paire pidió que el encuentro se disputase en la Suzanne Lenglen con la intención de evitar jugar en el reino de Nadal, que es la Philippe-Chatrier, y la organización le concedió ese deseo por ser local, aunque lógicamente ninguno de los directivos del torneo dio explicaciones de nada y la prensa tampoco las necesitó porque estuvo en todo momento claro por qué ocurrieron así las cosas.

Antes de jugar, el francés ya asimiló que sus opciones de victoria eran ínfimas, pero intentó explotar al máximo todos los recursos que tuvo al alcance de la mano. Paire es un jugador tan talentoso como irregular, la tierra batida no es su mejor superficie, pero sus oportunidades de ganar a Nadal en la Suzanne Lenglen eran ligeramente superiores a las de hacerlo en la Philippe-Chatrier.

Nadie sabe explotar mejor que Nadal las cualidades de la pista central de Roland-Garros, en la que podría jugar con los ojos cerrados. El mallorquín aprovecha como ningún otro tenista los espacios que tiene la cancha a los lados y también por detrás, y consigue que sus rivales pierdan la referencia y se sitúen en posiciones muy favorables para Rafa, colocándose en lugares que son pan comido para el balear.

Sin darse cuenta, muchos acaban acorralados contra los fondos de la pista, pegados a la valla publicitaria, y cuando quieren ganar metros hacia delante es imposible porque Nadal ya ha tomado el control del partido. La sensación de estar perdido se multiplica si además es la primera vez que un tenista compite en la Philippe-Chatrier, pagando la novatada contra el más listo de la clase.

Carlos Moyà, entrenador de Nadal, reconoció esos días que si tuviese que poner su vida en juego lo haría apostando por el triunfo de Rafa en la central de Roland-Garros. El que fue número uno del mundo vivió en primera persona lo que se siente al jugar contra su pupilo en la Philippe-Chatrier. Fue en los cuartos

de final de 2007, Nadal ganó 6-4, 6-3 y 6-0, y Moyà acabó sepultado en la trampa de la pista, pese a que la conocía muy bien, como no podía ser de otra manera tras ganar la Copa de los Mosqueteros en 1998.

Al jugar fuera de la Philippe-Chatrier, a Paire no le sucedió lo mismo que a Moyà, pero le sirvió de poco conseguir que la organización de Roland-Garros le concediese el deseo de enfrentarse a Rafa en la Suzanne Lenglen. Nadal ganó al francés por 6-1, 6-4 y 6-1, pero lo más emocionante del partido ocurrió antes de que los oponentes empezasen a discutir el triunfo porque con la bola en juego la historia se redujo a un mero trámite que llevó la firma del español.

Mientras la gente tomaba asiento para ver el espectáculo, el *speaker* del torneo presentó a Nadal recordando sus nueve conquistas anteriores en Roland-Garros y casi se quedó sin aire cuando llegó al final, tan larga se le hizo la introducción. Los aficionados fueron incrementando la fuerza de los aplausos según la retahíla de títulos iba avanzando, hasta que se pusieron en pie para recibir al mallorquín con una ovación que habría emocionado a una piedra.

Esperando en el túnel para salir a jugar, los nervios de Rafa aumentaron escuchando el calor de la grada y por un instante la cabeza del español retrocedió hasta otro momento en el que la inquietud tomó las riendas de la razón, aunque aquella vez también estaba acompañada del pánico.

En 2005, el año de su debut en el torneo, Rafa le tenía mucho miedo a Roland-Garros porque las expectativas estaban situadas en el escalón más alto de todos.

El español llegó al torneo convertido en el primer menor de veinte años con títulos en una misma temporada desde Andre Agassi en 1988, y estrenó la condición de top 5 en la clasificación, siendo el más joven en formar parte de ese grupo desde Michael Chang en 1989.

Antes de Roland-Garros, Nadal había ganado los trofeos en São Paulo, Acapulco, Montecarlo, Barcelona y Roma. Esa carta de presentación le convertía lógicamente en uno de los favoritos al título en París, aunque desde su entorno pidieran mucha calma porque nadie podía adivinar cómo reaccionaría Rafa ante esa novedosa presión de ser el principal candidato a la victoria en un torneo del Grand Slam, y menos aún con dieciocho años.

Nadal ganó sus dos primeros encuentros en París a Lars Burgsmüller y Xavier Malisse sin problemas, con la calma de un veterano, y sus miedos se materializaron en la figura de Richard Gasquet, el rival al que tendría que medirse en la tercera ronda.

El torneo y los medios de comunicación publicitaron el cruce como un choque entre los dos talentos más importantes del mundo. El partido, bautizado como la final del mañana, despertó una atención inusitada, reuniendo en las tribunas a leyendas de la raqueta de la talla de Guillermo Vilas junto a otras personalidades importantes, como Michel Platini, por aquel entonces vicepresidente de la Fédération Internationale de Football Association (FIFA).

En un ambiente infernal, parecido al de una eliminatoria de Copa Davis, casi quince mil gargantas se desgañitaron animando en vano a Gasquet durante la hora y cuarenta y nueve minutos que duró el duelo. En su segunda aparición en la Philippe-Chatrier, Nadal dejó muda a la pista central de Roland-Garros al derrotar 6-4, 6-3 y 6-2 al francés y se liberó de toda la tensión acumulada antes del enfrentamiento con un oponente que había calcado sus pasos por las categorías inferiores, provocando un tira y afloja entre ambos para ver quién de los dos llegaba más lejos.

En mayo de 2017, durante Roland-Garros, ese debate estaba más que zanjado porque el cara a cara entre Nadal y Gasquet era de catorce a cero a favor del español, que contaba con un palmarés infinitamente superior al del francés, que se quedó a medio camino entre lo que apuntaba y lo que después logró cuando se convirtió en profesional.

Tras imponerse a Paire en el debut, Nadal avanzó como un rodillo por el cuadro del torneo, abriéndose paso a puñetazo limpio. De vuelta a la pista central, Robin Haase se llevó una paliza en la segunda ronda (6-1, 6-4 y 6-3), aunque ese marcador fue una broma comparado con el correctivo que sufrió Nikoloz Basilashvili en la tercera.

El georgiano tuvo el dudoso honor de ser el protagonista de la victoria más contundente del español en los 244 partidos que había disputado hasta la fecha en un torneo del Grand Slam.

Rafa ganó a Basilashvili por 6-0, 6-1 y 6-0, llegó a octavos de final sin un solo rasguño y sus rivales ya empezaban a asumir que nadie podría hacerle hincar la rodilla en París.

Posiblemente fue una casualidad, pero el día anterior Bernard Giudicelli, el presidente de la Federación Francesa de Tenis, había anunciado que Roland-Garros levantaría una estatua en un futuro a corto plazo para homenajear a Nadal por su trayectoria en el torneo.

La impecable victoria de Rafa contra Basilashvili supuso la confirmación simbólica de que aceptaba encantado el regalo del torneo y le permitió meter los

dos pies en la segunda semana de competición, atisbando ya un poco más de cerca el objetivo de volver a ganar la Copa de los Mosqueteros.

El 3 de junio de 2017 fue un día ajetreado y redondo para Nadal. Ese sábado, el tenista cumplió treinta y un años, y lo celebró de buena mañana, entrenando durante hora y media con el francés Guillaume Rufin en la pista número cuatro de Roland-Garros. Nada más entrar por la puerta de la cancha, Rafa escuchó a la grada cantarle a coro para felicitarle el cumpleaños.

Esa fue la primera de muchas. Durante toda la jornada, Rafa tuvo que dar las gracias continuamente ante un aluvión de felicitaciones, que le llegaron en persona, a través de sus dos teléfonos móviles o en forma de mensajes en las redes sociales.

La primera tarta del día llegó pronto, un rato después del entrenamiento con Rufin.

Amal el-Khouloudi trabaja en la Federación Francesa de Tenis y se ocupa de la atención a los jugadores en Roland-Garros y en el Masters 1000 de París-Bercy, que suele celebrarse a finales del mes de octubre durante la gira europea de pista cubierta. La francesa habla varios idiomas, entre ellos un castellano que supera el notable alto y que ha facilitado su relación con los tenistas españoles, y tiene un trato cercano con Rafa y su equipo que se ha ido alimentando durante todos estos años.

Amal peleó por deshacer un nudo de su garganta cuando Nadal se retiró de Roland-Garros en 2016 por la lesión de la muñeca derecha. Aquella tarde, muchos de los trabajadores del torneo hicieron un pasillo para despedir al español entre aplausos y Amal vio muy cerca la pena y el dolor en la cara de Rafa. Por eso, cuando en 2017 Nadal celebró su treinta y un cumpleaños en el torneo, lo que significó que su candidatura al trofeo seguía intacta, la francesa se quitó el mal sabor de boca del curso anterior.

A mediodía, el *staff* de Roland-Garros, incluyendo por supuesto a Amal, le preparó una tarta a Rafa para festejar su aniversario. Antes de que el mallorquín se marchase al hotel, los trabajadores del torneo se citaron con él en la zona de atención a los tenistas y felicitaron a Nadal, que sopló las velas, repartió champán y se hizo una foto con todo el grupo mientras a su lado se iniciaba una conversación sobre la final de la Champions entre la Juventus y el Real Madrid, programada en Cardiff para esa misma noche.

—¿A quién pondrá Zidane de inicio en la delantera? —preguntó a Nadal el francés Guy Forget, ex número cuatro del mundo y en la actualidad director del

torneo de París-Bercy, justo antes de subirse en un coche para ir a descansar.

—Jugará con… Benzema, Cristiano, Isco, Modrić y Kroos —enumeró de memoria Rafa, con la cabeza puesta en el partido.

—¡No está mal! —respondió riendo Forget—. Sobre el papel no está nada mal —repitió el francés antes de desearle suerte al tenista para el resto del torneo y ver cómo se iba acompañado de Carlos Moyà, haciendo bromas por el camino.

Los cumpleaños de Nadal en París siempre han sido especiales, pero ninguno podrá a superar al del 3 de junio de 2005, cuando Rafa dejó atrás los dieciocho años para adentrarse en los diecinueve y se hizo un autorregalo gigante.

A las 18.29 horas, el balear salió a la pista central de Roland-Garros para jugar con Federer las semifinales del torneo parisino y pasadas las nueve de la noche era oficial que el español disputaría su primera final de Grand Slam. La Philippe-Chatrier vio cómo un Nadal de diecinueve años recién cumplidos inclinaba por 6-4, 4-6, 6-4 y 6-3 a un Federer de veintitrés, que acabó pidiéndole sin éxito al juez de silla que suspendiese el partido por falta de luz.

El choque nació envuelto por una paz impensable en la actualidad, un aroma de pura inocencia. El día antes de jugar las semifinales, la ATP consiguió reunir a Federer y Nadal para una icónica foto que cobraría más valor con el paso del tiempo porque no se repitió nunca más.

Nicola Arzani y Benito Pérez-Barbadillo, que por entonces trabaja con los rectores del tenis masculino, lograron convencer a los entornos de ambos jugadores para promocionar el partido con una foto única. Fue fácil, porque ni Federer era el gran Federer, ni Nadal había comenzado su despegue. La foto de Nadal y Federer con las banderas de España y Suiza ejerció como la perfecta presentación de un pulso cargado de significado.

El desarrollo del partido, el primer gran capítulo de la rivalidad entre los dos contrarios, estuvo marcado por la tranquilidad, más allá de los gritos airados del suizo y las celebraciones vigorosas del español.

La realidad es que Roger empezó mal y terminó mal. Solo una reacción en la mitad del encuentro le permitió salvarse de una derrota en tres sets ante un Rafa agresivo, descarado y dominador de la situación en casi todo momento.

—Lo siento por ti —se disculpó tímidamente Nadal en la red, casi sin mirar a Federer a los ojos cuando los dos se saludaron después del partido.

—No, no. Has jugado muy bien —respondió el suizo, tan diplomático como siempre—. Buena suerte para la final y buena suerte también para el futuro.

Posiblemente, el suizo no quiso hacer de adivino aquella tarde al darle la mano a su oponente, pero ese futuro cargado de suerte que le deseó a Nadal fue tremendamente desfavorable para sus propios intereses.

Federer jugó contra el español cuatro ocasiones más en Roland-Garros, y las cuatro acabaron de la misma manera: con una derrota, en las finales de 2006, 2007, 2008 y 2011. Especialmente dolorosa fue la de 2008, que Rafa se llevó por 6-1, 6-3 y 6-0 en la tercera mayor paliza de la era abierta (se contabiliza desde 1968) en una final del Grand Slam.

Carlos Pérez-Barbadillo nació el 2 de junio de 2009, dos días después de que Nadal perdiese su primer partido en Roland-Garros. El mediano de los tres hijos de Benito Pérez-Barbadillo, el jefe de prensa del tenista balear, vino al mundo en unas circunstancias inesperadas porque su padre no tuvo que estar pendiente de lo que pasaba con Rafa en París, cuando todo hacía pensar que trabajaría desde el hospital.

Contra todo pronóstico, Benito pudo olvidarse por completo del trabajo porque por primera vez en su carrera Nadal había caído en Roland-Garros. El sueco Robin Söderling le superó 6-2, 6-7, 6-4 y 7-6 en los octavos de final y puso fin a una racha de treinta y un partidos seguidos, ganados por el mallorquín que le valieron un total de cuatro títulos en París.

Fue un día plomizo, de nubes bajas y pellizcos de un aire primaveral helado. Söderling compitió a mazazo limpio y Nadal no encontró soluciones para frenar al sueco, que de golpe ganador en golpe ganador desmitificó la leyenda de Rafa sobre tierra batida y se abrió de brazos en una celebración que estuvo horas dando vueltas por todas las televisiones del mundo.

Ocho años más tarde, y después de vengarse del sueco ganándole la final en 2010, Rafa estaba clasificado para jugar los octavos de final de Roland-Garros contra Roberto Bautista y Söderling llevaba retirado más de cinco temporadas, consecuencia de una extraña mononucleosis que primero le apartó del circuito temporalmente y luego le obligó a despedirse definitivamente de la élite.

Para entonces, Carlos, el hijo de Benito que nació dos días después de la victoria del sueco sobre el español en París, ya había tenido tiempo de ver algunos de los triunfos de Rafa en directo, de hacer buenas migas con el jugador y de poder presumir en su colegio de ser un conocido del tenista.

La noche del cumpleaños del mallorquín, minutos antes de que arrancase la final de la Champions, Carlos habló por teléfono con Rafa para felicitarle, una conversación que sería el sueño de cualquier niño del planeta.

—¡Carlitos! —gritó cariñosamente Nadal a través del teléfono de su padre.

—¡Feliz cumpleaños, Rafa! —dijo el pequeño, y como el iPhone de Pérez-Barbadillo estaba puesto en altavoz su voz se coló por todos los rincones de la habitación del hotel Meliá Alma que el equipo de Nadal había preparado para ver la final, con bebida y comida.

—Gracias, gracias. Hoy vas con la Juve tú, ¿eh? —continuó el tenista, intentando buscarle las cosquillas a Carlos.

—¡No! ¡No! —se revolvió el pequeño—. ¡Yo con el Madrid! —reconoció riendo el niño antes de colgar para ponerse a ver también la final.

En Cardiff, Cristiano Ronaldo anotó el primer gol de la final a los veinte minutos de partido y Mario Mandžukić empató siete minutos más tarde. Automáticamente, Nadal les pidió a los suyos que pusieran el aire acondicionado, que las manías ya daban igual porque no habían funcionado en el arranque del encuentro.

Aunque parezca mentira, el tenista mantuvo la habitación sin aclimatar en el comienzo del partido por un tema de superstición. No hay explicación racional, pero algo le decía a Nadal que con el aire acondicionado apagado el Real Madrid se mantendría invulnerable ante la Juventus.

Por supuesto, las supersticiones no son un tema menor para Nadal.

El español es reconocido mundialmente por todos sus éxitos, pero sus manías han llegado a ser objeto de estudio por muchos y ni el propio mallorquín sabría decir cuántas tiene en total, porque son muchísimas.

Entrar a la pista con una raqueta en la mano cuando lo normal es llevarlas en el raquetero, quitarse la chaqueta dando saltos y mirando siempre hacia la grada, hacer esperar a su oponente y al juez de silla en la red antes de comenzar el encuentro, correr dando pasos largos hacia la línea de fondo para iniciar el calentamiento, alinear una botella de agua y otra de bebida energética a los pies de su banquillo, siempre en la misma posición y con la etiqueta de la marca mirando al frente, no pisar las líneas de la cancha entre los puntos, dejar pasar primero a su contrario en los descansos que hay al cambiar de lado y el colofón, que es el rosario de tics que Nadal saca a la luz al ir a poner la pelota en juego con su servicio.

Dentro de su mecánica de saque, lo que los técnicos llaman el armado del golpe, se podrían incluir todas las cosas que hace Nadal antes de impactar la bola. Por este orden, el español se limpia el sudor de la frente con la muñequera,

se coloca el pelo en el lado derecho, luego en el izquierdo, se acomoda los calzoncillos, bota la pelota y finalmente ejecuta el servicio.

Nadal siempre ha defendido que no son manías ni supersticiones, simplemente una generosa serie de rutinas que le ayudan a mantener la concentración durante sus partidos. El balear ha encontrado en esos rituales la forma de no salirse del carril, de mantener la cabeza ocupada y no pensar demasiado.

Un día, Rafa fue al cine con Toni Nadal a ver *Mejor imposible* (James L. Brooks, 1997). Jack Nicholson interpreta el papel de Melvin Udall, un famoso escritor de novelas románticas que padece un trastorno obsesivo compulsivo, que lo convierte en una persona de trato difícil para el resto de la sociedad.

—El protagonista es un maniático que no veas, ¡eh! —le dijo Nadal a su tío al salir de la sala después de ver la película.

—No más que tú, Rafael —respondió el entrenador del balear, que había malgastado mucho tiempo en los inicios del jugador intentando quitarle esa retahíla de manías.

—¡Yo no soy maniático, Toni! Si quieres, no lo hago —aseguró Nadal, aunque los dos sabían que a la hora de la verdad esa promesa quedaría en nada.

El palmarés que Rafa ha levantado desde que aterrizó en el circuito en 2002 viene a decir que no le ha ido demasiado mal siguiendo esa hoja de ruta en cada duelo que ha disputado.

En ese sentido, Federer es mucho menos complicado que Nadal. Lógicamente, el suizo tiene algunas manías, como colocar una toalla para sentarse en los descansos de sus partidos e incluso recubrir con más toallas los reposabrazos. Obviamente, son muy pocas y por supuesto están alejadas de un divertido rumor con el que se relacionó al suizo tiempo atrás. Alguien dijo que Roger estaba obsesionado con el número ocho, y que por eso llevaba siempre ocho raquetas y ocho botellas de agua en su bolsa. Además, la leyenda se engordó asegurando que en el calentamiento previo a un encuentro Federer intentaba no volverse al vestuario sin haber conectado ocho saques directos. Fue el propio suizo quien le cortó las alas a la mentira en Australia, negando entre risas esa inexistente relación con el número ocho.

Aquel sábado 3 de junio de 2017, el Real Madrid terminó ganando la final de la Champions con un segundo gol de Ronaldo, uno de Casemiro y otro de Marco Asensio. Nadal lo celebró en la habitación de su hotel con Sebastià, su

padre; Ana María, su madre; Maribel, su hermana; Mery, su pareja; Carlos Costa, su agente; y Benito Pérez-Barbadillo, su agente.

Los festejos, en cualquier caso, duraron muy poco porque al día siguiente el mallorquín se jugaba el pase a cuartos de Roland-Garros y descansar bien era una cuestión innegociable.

En octavos de final, Nadal regresó a la Suzanne Lenglen y ganó a Bautista sin problemas por 6-1, 6-2 y 6-2. Otra vez, como en las rondas anteriores, lo más interesante del partido estuvo fuera del resultado, de nuevo un paseo para el mallorquín.

Carlos Ramos, el juez de silla del partido, sancionó a Nadal al comienzo del cruce (con 3-1 y 30-30) por sobrepasar el tiempo permitido entre punto y punto, que son veinte segundos en torneos del Grand Slam. Esa es una estadística que el español suele liderar al final de cada temporada porque es de los jugadores que más tiempo consume para pasar de un intercambio a otro, como también le ocurre a Novak Djokovic.

Al sentarse en el banquillo durante el descanso posterior a la sanción, Rafa y Ramos se enzarzaron en una previsible discusión.

—Contigo no puedo coger la toalla, con los otros quizá sí, pero contigo no —explotó Nadal, mirando al juez de silla con una ceja levantada.

—Rafa… —intentó defenderse el árbitro, inclinándose con el cuerpo hacia donde estaba el jugador.

—He terminado un punto largo, voleo, voy a por toalla y me pitas *warning*. Entonces, ¿qué hago? ¿Voy corriendo? —siguió el tenista.

—¿Me dejas explicarme? —preguntó Ramos con tono calmado.

—Sí, claro —le animó Nadal.

—Has sobrepasado por bastantes segundos el tiempo permitido —recordó el árbitro, siempre sin perder los nervios.

—Sí, claro. Pues me vas a tener que pitar muchos *warnings* durante todo el partido —respondió Nadal, levantándose de su asiento para volver a jugar—. Total, pítalos, porque no me vas a pitar más.

Federer ha tenido otros problemas durante su carrera, pero consumir más tiempo del permitido no ha sido jamás uno de ellos. Mientras que Nadal cierra cada temporada con múltiples sanciones por rebasar los segundos permitidos entre saque y saque, el suizo no suele tener ni una multa en ese apartado del expediente disciplinario.

Las enormes diferencias de ambos a la hora de entender el juego tienen un

impacto directo en esa estadística. Federer apuesta siempre por un tenis rápido y directo, por correr más que las manecillas del reloj hasta ahogar a sus oponentes en ese tren de alta velocidad. Nadal, no; Nadal busca que sus encuentros se desarrollen a fuego lento y necesita un período de recuperación más largo porque habitualmente los puntos de sus partidos se deciden en intercambios largos y disputados, uno de sus sellos más representativos.

Para llegar a las semifinales de Roland-Garros, Nadal no necesitó acabar su encuentro de cuartos porque Pablo Carreño se retiró cuando el mallorquín ganaba 6-2 y 2-0. El gijonés, debutante en esa ronda, sufrió una lesión en el abdominal izquierdo y abandonó la Philippe-Chatrier entre lágrimas, dejando a Rafa clasificado para buscar una plaza en la gran final contra Dominic Thiem.

Las horas previas al cruce estuvieron marcadas por la lluvia, que retuvo a los jugadores en el interior del club durante muchísimo rato hasta acabar posponiendo el partido para el día siguiente sin que se hubiese jugado un solo minuto.

En esas condiciones, cada uno llevó la espera como pudo. Carreño dando continuos paseos por el restaurante, y hablando con su familia a cada rato, y Rafa con su pasatiempo favorito cuando está compitiendo en un torneo.

Hace casi tres años que Nadal y los suyos se aficionaron a pasar las horas muertas enfrascados en intensas partidas de parchís. Aunque es originario de la India, el juego de mesa se hizo muy popular en España tiempo atrás y comenzó a vivir una segunda juventud con la llegada de las tabletas, como también le sucedió a la oca, al Monopoly o al Trivial, enterrados por las nuevas tecnologías y revividos poco después por esas mismas tecnologías.

Al parchís se juega sobre un tablero con un dado y cuatro fichas para cada uno de los jugadores. La victoria es para el primero de los participantes que consigue llevar sus fichas desde la casilla de salida hasta la meta, pudiendo comerse por el camino las de los rivales y creando así encarnizadas disputas.

Al principio, Nadal jugaba al parchís en el iPad, pero decidió abandonarlo porque concluyó que la versión digital del juego permitía hacer trampas, en parte por la aleatoriedad del sistema, en parte por la picaresca de los participantes para aprovechar los vacíos de la tecnología.

Por eso, Rafa empezó a cargar con un tablero de madera para jugar partidas tradicionales, de las originales de toda la vida.

Marc López, doblista y uno de los mejores amigos del mallorquín, no entiende la obsesión que Rafa tiene con el parchís. Al principio, el catalán

contemplaba el fenómeno con asombro. Marc había formado parte de las partidas de cartas bajo las reglas del King, un popular juego que se puso de moda a finales de los 90, y posteriormente de los largos enfrentamientos a la PlayStation, pero el parchís no despertó en el catalán ningún tipo de seducción.

De torneo en torneo, Marc vio cómo Rafa, Toni Nadal, Carlos Moyà y Rafael Maymò formaban un cuarteto fijo para retarse al parchís, creando una clasificación anual y apuntando el resultado de cada partida para llevar la cuenta del ranking. Cualquier momento era bueno para jugar, aunque normalmente aprovechaban tras las comidas y en las horas anteriores a los partidos del tenista balear.

En las zonas de jugadores de todo el mundo, la imagen del reconocible raquetero de Nadal con un tablero de parchís a su lado se hizo habitual para cualquiera que pasara por allí. O la de Toni Nadal con ese mismo tablero debajo del brazo, corriendo a la llamada de una partida improvisada. O la de Moyà, el más impuntual de los cuatro, siendo reclamado a grito pelado para un duelo programado con antelación.

López, al que no le gusta perder a nada, se considera una persona competitiva, pero no al nivel de Nadal. El catalán estuvo presente en algunas de las partidas de videoconsola que se hicieron famosas en el vestuario por todo lo que arrastraron, como las numerosas apuestas comprometidas que cumplieron los perdedores, incluyendo las flexiones en calzoncillos junto a los mostradores de recepción en los hoteles más prestigiosos del mundo.

En esos enfrentamientos de PlayStation, y llevado por un gen ganador arrollador como pocos han existido en la historia, Nadal terminó lanzando algún mando por la ventana después de caer derrotado a manos de sus contrincantes. En prevención de que eso sucediera, el grupo se curó en salud con una decisión inteligente: llevar mandos de sobra en la maleta porque sabían que alguno acabaría arrojado al vacío, y así evitaban tener que salir a comprar uno de recambio.

En 2017, Nadal había cambiado las partidas de PlayStation por el parchís, sin lanzar ningún tablero por la ventana, pero el espíritu competitivo se mantenía intacto, o incluso más afilado que años atrás.

El austríaco Thiem comprobó que eso continuaba siendo así en las semifinales de Roland-Garros. Semanas atrás, en cuartos de final del torneo de Roma, Thiem se había impuesto a un Nadal mentalmente desfondado por el

esfuerzo de los primeros meses de la temporada. Por tanto, el austríaco encaró las semifinales en París convencido de que podía repetir de nuevo el triunfo y alcanzar su primera final de Grand Slam.

Hace tiempo que muchos especialistas han señalado a Thiem como el relevo natural de Nadal sobre tierra batida porque sus condiciones para jugar sobre la superficie más lenta del circuito son ideales. Lo que ocurrió el viernes 9 de junio de 2017 en la pista Philippe-Chatrier demostró la distancia que todavía existe entre ambos e indicó que ese anunciado reemplazo aún deberá esperar un poco.

Nadal se clasificó para jugar la final de Roland-Garros ante Stan Wawrinka tras destruir por 6-3, 6-4 y 6-0 a un Thiem que parecía un juguete en manos de un león. El austríaco no tuvo nunca ni la más mínima opción de poner en aprietos al balear, intratable a lomos de su mejor versión.

Llegados a ese punto, pocos en Roland-Garros creyeron posible una derrota de Rafa en la final. Wawrinka fue uno de esos valientes, aunque la realidad terminase poniendo las cosas en su sitio con el aplastante peso de la lógica como argumento vertebrador.

El entorno de Nadal aumentó considerablemente el sábado antes de la final. A los habituales que se fueron incorporando durante la segunda semana, entre los que se encontraban el futbolista Fernando Llorente con su esposa y su hijo, también se unieron Pau Gasol, el jugador de los San Antonio Spurs; Francis Roig, otro de los entrenadores del tenista; o Giovanni Cappelli, dueño del restaurante Le Tamerici de Roma, uno de los favoritos de Nadal.

Los más cercanos al jugador intentaron rebajar el clima festivo que se creó alrededor de Rafa en las horas previas al partido ante Wawrinka por un motivo evidente: perderle el respeto al contrario teniendo tan cerca el objetivo habría sido un error de principiante para alguien que jamás ha cometido esa clase de traspiés.

UN REY SOBRE LA TIERRA (III)
PARÍS

Toni Nadal es el mejor entrenador de la historia del tenis.

Mirando los títulos, no hay otro técnico que haya llevado a su pupilo a reunir tantos trofeos como el balear. Por eso, cuando la mañana del 11 de febrero de 2017 se hizo público que el entrenador mallorquín dejaría de viajar con Rafa Nadal en 2018, poniendo fin a una de las parejas más famosas del mundo del tenis, el sentimiento general fue de pánico mezclado con incertidumbre.

La gran mayoría pensaba que ambos llegarían de la mano al último capítulo de la aventura que iniciaron juntos, pero el técnico quiso dar un paso al lado para centrarse en la formación de los jóvenes en la academia de su sobrino, desde el siguiente curso dirigido por las manos de Carlos Moyà y Francis Roig.

La cabeza de Toni trabajó a marchas forzadas las horas después de desvelar la noticia, plagada de vivencias y recuerdos que afloraron de golpe.

Fue Toni quien le tiró las primeras bolas a Rafa en la pista número dos del Club Tenis Manacor sobre una pista de cemento cuando el pequeño Nadal acababa de cumplir los tres años de edad.

Fue Toni el que vio que ese niño tenía algo especial, algo que le sorprendió y que le llevó a abandonar su trabajo de entrenador en el club para dedicarse en exclusiva a la carrera de su sobrino, por aquel entonces toda una incógnita.

Fue Toni el que escuchó repetidamente las dudas de Nadal, indeciso cuando le llegó la hora de elegir entre el fútbol y el tenis.

Fue Toni el encargado de formar a Rafa como tenista, aunque también como persona, inculcándole los valores por los que luego sería alabado en el mundo entero y que le darían la admiración de la mayoría de sus contrarios.

Fue Toni el que elaboró un sistema de juego a medida para Nadal, convenciéndole de renunciar a pegar todos los tiros a dos manos y a abandonar su condición de diestro natural para golpear la derecha con la mano izquierda, obteniendo una importante ventaja sobre sus rivales.

Fue Toni el que pasó horas y horas entrenando con Rafa en Manacor, apretándole en la pista para inculcarle el esfuerzo como única vía hacia los objetivos que se marcaría posteriormente.

Fue Toni el que estuvo al lado de Nadal cuando el tenista arrasó en todas las categorías inferiores, primero de Baleares, después de España y luego de Europa.

Fue Toni el que se frotó los ojos al ver la meteórica evolución de su sobrino, que con diez años se entrenaba en el Centro de Tenis de Tecnificación de las Islas Baleares y terminaba esa misma temporada convertido en campeón de España alevín; con once se imponía en el torneo de Auray, en Francia; con doce asombraba en el Campeonato de España infantil; y con catorce ya estaba jugando en los circuitos satélites, rampa de lanzamiento hacia el profesionalismo.

Fue Toni el que fomentó el sentido de la responsabilidad, la capacidad de aguante y la autoexigencia en Rafa, el que no le permitió justificaciones o excusas, el que siempre le señaló primero como culpable frente a la mayoría de los problemas para obligarle a buscar soluciones, incluso sin tener la responsabilidad.

Fue Toni el que engañó a Nadal como quiso, haciéndole creer que había jugado en el Milán bajo el nombre de Natali, que tenía varios Tours de Francia conquistados encima de una vespa y que como era mago podía hacer llover si quería para detener uno de sus partidos.

Fue Toni el que vio a Rafa ganar su primer título ATP en Sopot, su primer Masters 1000 en Montecarlo y su primer Grand Slam en Roland-Garros.

Fue Toni el que ideó una nueva forma de entrenar para combatir las lesiones que aparecieron pronto en la carrera de su sobrino, amenazando incluso con una retirada prematura.

Fue Toni el que estuvo desde el primer momento en un equipo que fue engordando con el paso del tiempo y la llegada del éxito.

Y fue Toni el que en febrero se prometió decir hasta luego a final de temporada, cerrando una etapa de veintisiete años entrenando a Nadal con más de setenta títulos como recompensa.

La noche antes de la final de Roland-Garros, Rafa se despertó varias veces durante la madrugada, pero Toni tampoco pudo dormir con la placidez de cualquier otro día. El motivo del desvelo, sin embargo, era distinto. Mientras que el jugador estaba inquieto por el partido, donde se jugaba sumar su décimo título

y volver a levantar un Grand Slam casi tres años después, el entrenador no paraba de pelearse contra una sensación de melancolía que apareció antes de lo esperado.

La final de Roland-Garros empezó con un punto ganado por Nadal al saque y terminó de la misma forma, aunque al resto.

Wawrinka solo tuvo opciones de hacer algo en los juegos iniciales del primer set, cuando Rafa todavía no se había despegado de encima los peligrosos nervios con los que asaltó su último camino hacia el título de campeón.

¿Hay nervios antes de jugar una final de Roland-Garros aunque ya se hayan disputado nueve anteriormente? Los hay, y muchos.

¿Y dudas? Por supuesto que también.

La charla que Rafa mantuvo con Toni, Carlos Moyà y Francis Roig, sus tres entrenadores, un rato antes de salir a buscar el trofeo es el mejor ejemplo para entender que ni siquiera los mejores están a salvo de padecer vértigo en los momentos más delicados.

—Él no ha perdido ninguna final grande, nosotros hemos ganado las nueve que hemos jugado en París —recordó Toni, mientras su sobrino apuraba la puesta en marcha realizando movimientos para activar todos los músculos de su cuerpo—. Muchas veces queremos hacer raíces cuadradas en una pista de tenis y no da para tanto. Es pegarle bien con el *drive*, pegarle bien con el revés y evitar que Wawrinka se coloque en posiciones cómodas.

—Solo queda un partido más —dijo Moyà, apostando por echar la vista atrás para recordar todo lo recorrido hasta la final—. Posiblemente es el más complicado, pero estás preparado para esta batalla —insistió el ex número uno del mundo.

—Seguro que Wawrinka va a salir agresivo, pero dentro de una lógica —opinó Roig, que llegó a París el viernes para ver la semifinal contra Dominic Thiem y lógicamente se quedó hasta el último día—. No puede salir a jugarse todos los tiros porque es un tenis que no existe.

Pese a ser clara y concisa, la conversación de sus técnicos entró por los oídos de Nadal convertida en ruido. Envuelto en su habitual proceso de concentración, colocándose la cinta del pelo frente al espejo, el balear se vio a sí mismo como un tenista en un fantástico momento de forma, pero ni mucho menos invulnerable, una palabra con la que jamás se ha sentido identificado en ningún momento de su carrera.

Ese mismo cristal del vestuario le devolvió a Roger Federer una imagen

muy pálida de su rostro el mediodía del 7 de abril de 2009.

El suizo estaba a pocos minutos de salir a jugar la final en Roland-Garros, el único de los cuatro torneos del Grand Slam que le faltaba por conquistar, y por primera vez iba a hacerlo sin tener a Nadal como rival al otro lado de la red. Después de tres finales perdidas contra el español, en 2006, 2007 y 2008, Roger se medía al sueco Robin Söderling, verdugo de Rafa en octavos de final.

Al fin, la oportunidad de sumar la Copa de los Mosqueteros a un palmarés impresionante se encontraba al alcance de su mano, sin Rafa entrometiéndose, pero el ataque de pánico que Federer sufrió durante los instantes previos a la final superó a cualquier otro que hubiese tenido hasta entonces.

La calma llegó para Roger cuando la bola echó a volar en el torneo y dejó a su mente en libertad.

Un rato más tarde de ese primer punto, Federer ganó 6-1, 7-6 y 6-4 a Söderling, se hizo con el título de Roland-Garros, uniéndose a Fred Perry, Don Budge, Rod Laver, Roy Emerson y Andre Agassi como el sexto tenista de la historia capaz de reinar en todos los grandes, y se arrodilló sobre la tierra batida que tantos dolores de cabeza le había provocado.

En Manacor, a muchos kilómetros de París, a Nadal se le saltaron las lágrimas viendo esa escena por televisión, y fueron lágrimas de alegría.

Hay personas que jamás lo entenderán, pero la rivalidad entre Rafa y Roger se caracteriza por ser tan fiera dentro de la pista como calmada fuera de ella. Que Nadal se emocionase aquella tarde viendo a Federer plantar finalmente la bandera en su territorio sagrado de Roland-Garros es la prueba más fehaciente de ello.

El domingo 11 de junio de 2017 fue Federer el que vio en su casa la final entre Nadal y Wawrinka, previendo lo que sucedería.

Nada más salir a la Philippe-Chatrier, con el corazón desbocado como un purasangre por los cariñosos aplausos del público francés, Rafa miró al lugar donde siempre se sienta su equipo, a la derecha del palco de autoridades, y se encontró allí a todo el séquito de Wawrinka.

El suizo, con mejor ranking que el español en el momento de realizarse el sorteo del cuadro, pudo elegir ubicación gracias a estar por encima en la clasificación y mandó a los suyos tomar posiciones en el lado favorito de su contrario.

A Rafa se le olvidó pronto que todo su grupo estaba colocado en una parte de la tribuna diferente a donde habían estado en los otros partidos del torneo.

Con la pelota en juego, Nadal siguió dos premisas claras para ganarle a Wawrinka. La primera, poner al suizo a correr hacia los lugares más recónditos de la pista buscando sus fallos, algo más sencillo de lograr en movimiento. La segunda, cargar la mayoría de sus tiros sobre el revés a una mano de Wawrinka, una táctica que el español suele emplear ante oponentes que ejecutan ese golpe a una mano.

El plan funcionó y el nivel de crucero de Rafa hizo que la confianza de Wawrinka se rompiese en mil pedazos muy pronto. A mitad del segundo set, con la final de cara, el español vio cómo el suizo destrozaba una raqueta contra el suelo después de mandar fuera un golpe que buscaba superar a Rafa en la red.

El gesto de impotencia de Wawrinka fue una manera de sacar bandera blanca, lo que terminó haciendo en el último punto de la final cuando se le ocurrió intentar una extraña dejada a bote pronto desde la línea de fondo que le entregó el triunfo al español.

Con ese error, Nadal ganó 6-2, 6-3 y 6-1 al suizo e inmediatamente se dejó caer sobre la tierra, abierto de brazos, para celebrar algo que iba a pasar antes o después. La victoria de Rafa en París le convirtió en el segundo mejor jugador de la historia, superando a Pete Sampras con quince grandes y colocándose a tres de los dieciocho de Federer.

Como casi siempre, el último episodio de la leyenda fue también el más importante, y eso quedó reflejado inmediatamente después del último punto.

La organización de Roland-Garros quiso tener tres detalles importantes en la décima victoria de Nadal en el torneo, que se llevaron a cabo durante la ceremonia de entrega de trofeos.

Primero, la grada formó un enorme mosaico con pancartas para rendirse al español, que pudo leer un «Bravo Rafa» junto a un enorme 10 en referencia a sus 10 Copas de los Mosqueteros en el torneo.

Segundo, Roland-Garros decidió hacerle entrega de una réplica exacta del trofeo con el lema «Décima Rafael Nadal», un gesto inédito hasta ahora con cualquier vencedor.

Y tercero, Toni Nadal fue el encargado de aparecer por sorpresa en la pista para darle a su sobrino un título muy especial, rompiendo con cualquier protocolo visto anteriormente.

Esa noche de verano, París se preparó para vivir una gran fiesta de

celebración, que acabó siendo moderada. Rafa terminó tarde de atender a la prensa en Roland-Garros, cumpliendo con las peticiones de los medios escritos, las radios y las televisiones, y llegó a cenar a un salón reservado en el hotel Intercontinental una hora después de lo previsto.

El grupo de invitados del tenista estuvo compuesto por familiares y amigos, además de algunos patrocinadores, y contó también con la presencia de Juan Carlos I, que por la tarde estuvo siguiendo la victoria de Nadal en el palco de autoridades de la pista Philippe Chatrier.

La cena fue lenta, como se preveía, y tras los postres muchos de los asistentes se trasladaron hasta Le Matignon, un restaurante que está cerca de los Campos Elíseos y que con la madrugada se transforma en discoteca.

El estrés de un torneo mentalmente agotador, pese a que ganó el título sin dejarse un solo set por el camino, desconectó a Rafa de planes a los que siendo un adolescente no habría renunciado.

Con treinta y un años, Nadal terminó de cenar, se pegó un par de bailes y se fue al hotel a descansar. Eran las cuatro de la mañana cuando el jugador se metió en la cama y cerró los ojos para irse a dormir sin pensar en la reconquista de Roland-Garros por primera vez en mucho tiempo.

La Copa de los Mosqueteros, el título de sus amores, de largo el más importante de toda su carrera, estaba descansando a su lado.

LA HIERBA ES SUIZA
LONDRES

Por primera vez en cuatro años, Rafa Nadal se sentía preparado para volver a ganar Wimbledon.

Hay dos tipos de jugadores, los que no tienen problemas en reconocer que son favoritos a conquistar un título y los que evitan ponerse esa etiqueta, aunque sea más que evidente que la llevan colgando. Por una cuestión meramente educacional, el español pertenece al segundo grupo, y jamás diría que es el máximo candidato a hacerse con un torneo.

Pero sentirse preparado es otra historia.

Cuando Rafa habla de encontrarse capacitado para pelear por todo, una frase que suele utilizar con bastante frecuencia, significa que cosas grandes esperan a la vuelta de la esquina.

Por ejemplo, antes de jugar su primer Roland-Garros en 2005, y pese a ser un novato, Nadal se sentía preparado para levantar la Copa de los Mosqueteros, que fue exactamente lo que hizo.

Al llegar a Wimbledon, un torneo que le vio alcanzar cinco finales consecutivas (2006, 2007, 2008, 2010 y 2011; no jugó 2009 por lesión) y llevarse dos coronas (2008 y 2010), las sensaciones eran muy positivas y el optimismo invitaba a soñar con una reconquista.

Como alternativa, Rafa decidió aprovechar las instalaciones del Mallorca Open en Santa Ponsa para diseñar su puesta a punto. Poder disponer de pistas de hierba cerca de Manacor supuso un incentivo a la hora de calendarizar una hoja de ruta tan incierta como ambiciosa.

A nivel mediático, los prolíficos triunfos de Nadal sobre polvo de ladrillo opacaron en parte la gran capacidad histórica de Rafa para adaptarse a la hierba. Etiquetado internacionalmente con todo merecimiento como *The King of clay*, Nadal se convirtió también en el mejor tenista español de la historia sobre una superficie que siempre había resultado esquiva para sus predecesores en el circuito.

A excepción de Manolo Santana, que tuvo que irse a vivir a Irlanda para aprender a desenvolverse sobre pasto, y de Conchita Martínez, nadie había conseguido poner en su pasaporte el sello de campeón en Wimbledon. El estilo de juego requerido para afrontar semejante reto difería por completo de los cánones tenísticos de la escuela española, cuyo ADN terrícola era inconfundible. Los españoles, temidos mundialmente en París se convertían en rivales dóciles al aterrizar en Londres y muchos jugadores buscaban asilo en otros torneos menores para evitar abultadas y sonrojantes derrotas sobre la hierba inglesa.

Aún encorsetado con el precinto de la inocencia juvenil, un joven Nadal se encontró con Carlos Moyà en el Real Club Tenis de Barcelona durante la celebración del torneo Conde de Godó. Ávido de conocimiento, y gracias a la confianza existente entre ambos, Rafa interrogó a Carlos por su calendario de los próximos meses.

—¿No vas a Wimbledon? —le preguntó un perplejo Nadal.

—No.

—¿Y tú quieres ser número uno? No lo entiendo.

Moyà, que a esas alturas ya había conquistado Roland-Garros, alcanzado la final del Abierto de Australia y las semifinales del US Open, no se detuvo a razonar con Rafa los motivos de la decisión, basada en los malos resultados de sus seis apariciones en Wimbledon, donde había conseguido sumar solo cuatro victorias en seis años en los que jamás consiguió superar dos rondas consecutivas. Con una sonrisa mezclada de ironía y de cierta condescendencia, Moyà prefirió que fuera el futuro el que enseñara a aquel descarado joven la lección.

¿Qué sentido tenía explicarle a Rafa el suplicio que suponía pelear en un campo de batalla sin las armas adecuadas y sin la preparación idónea? Ya me entenderá cuando comience a jugar en hierba, pensó el mallorquín, que no otorgó mayor trascendencia al comentario.

Un lustro después, Nadal llegó a su primera final de Wimbledon.

No solo no sería la última, sino que la relación entre Nadal y Wimbledon acabaría escenificando algunos de los pasajes más épicos de la historia del deporte.

Los ecos del pasado reverberaron en la mente de Federer cuando el suizo desentumeció su memoria al ser interrogado por la prensa sobre su favoritismo en el torneo. Su extenso palmarés sobre hierba justificaba su estatus de tercer

cabeza de serie, rango otorgado por la particular aritmética que concede Wimbledon a los especialistas.

El complejo sistema de Wimbledon suma los puntos del ranking antes del arranque del torneo, añade el 100% de esos puntos ganados en torneos de hierba en el último año y el 75% de los mismos conquistados en la mejor prueba sobre césped disputada en los últimos 12 meses de la temporada.

Consciente de que los recuerdos de sus siete títulos en Londres no le valdrían de mucho a la hora de encarar un nuevo asalto a la corona, Roger fantaseó de nuevo con aquella posibilidad. Su estado de forma era impecable y las dudas, avivadas por la victoria que le arrebató Tommy Haas en su debut en Stuttgart, habían quedado disipadas con su octavo cetro en Halle, conseguido solo unos días atrás ante Alexander Zverev.

A pesar de haber cumplido ya 36 años, Roger se encontraba físicamente perfecto. En el último mes y medio había contemplado a través de la televisión los éxitos de Nadal en Montecarlo, Barcelona, Madrid y París, algo que le ayudó a reafirmar que su decisión de mantener limpio el calendario de torneos en esa fase del año era la decisión adecuada. Solo de pensar en el tremendo rompecabezas que hubiese sido encontrarse con Rafa en tierra batida le generaba dolores de cabeza. Aunque Roger leyó en los medios que su decisión de saltarse la gira de tierra estaba meditada desde el arranque del año, él sabía que esta determinación la tomó más avanzado el año, cuando ganó en Indian Wells y se vio capaz de ganar también en Miami. Fue en mitad de la gira americana donde supo realmente que no tenía sentido desgastarse innecesariamente en los torneos venideros, y que debía conservar cada gramo de esfuerzo para lograr su objetivo más ilusionante: conquistar Wimbledon una vez más, el lugar de sus amores.

La atrevida jugada de ajedrez de Roger, reduciendo abruptamente su calendario, tenía sus riesgos. La decisión de zigzaguear a su antojo por el circuito alterando el orden natural de las giras y seleccionando los torneos con una metódica precisión constituyó un nuevo reto para Roger y generó una expectación inusitada.

Incluso el propio Rafa tenía dudas sobre el hipotético resultado de aquella decisión.

¿Por qué? Porque no es fiesta cada semana, como el español le hizo saber a un reducido grupo de periodistas el día después de ganar Roland-Garros, mientras surcaban en barco las aguas del río Sena. Esa frase era la perfecta formulación de algo que pensaban muchos jugadores en activo, y también

muchas de las leyendas del tenis. Estar seis meses fuera del circuito y ganar en Australia, pasa una vez. Pero repetir la jugada y ausentarse de la competición en abril, mayo y junio para intentar ser el mejor en julio… Era algo que solo podía estar al alcance de Roger, pero tenía muchísimos riesgos.

Antes de debutar en Wimbledon, Nadal pudo disfrutar tres días de la práctica del golf en Londres aprovechando los ratos libres de algunas tardes en la semana previa al torneo, pero una vez arrancada la competición vive, respira y sueña con tenis y con la hierba londinense.

Acostumbrados a alojarse cada semana en un hotel diferente mientras recorren el mundo, los jugadores viven cada año una experiencia diferente cuando llega Wimbledon. Los torneos suelen llegar a acuerdos con hoteles cercanos a sus instalaciones deportivas para albergar allí a los deportistas, pero en el caso de este Grand Slam lo relativo al alojamiento es muy diferente. Perteneciente al municipio de Merton, el distrito urbano de Wimbledon se encuentra en la periferia londinense, conocida por sus zonas verdes, campos de golf y extensos parques como el Wimbledon Common o el Richardson Evans Memorial Playing Fields.

Su lejanía con respecto al centro de la ciudad y la ausencia de grandes complejos hoteleros en las inmediaciones del torneo obligaron a Wimbledon a adoptar una política diferente a la de otros eventos y desde hace décadas, en vez de ofrecer un hotel, pagan una cantidad diaria a los jugadores para que se alojen donde quieran.

La hospitalidad del vecindario y la gran pasión existente por el tenis en esa zona de Inglaterra hizo que los jugadores comenzasen a alquilar habitaciones a los dueños de las casas circundantes al torneo, algo que se ha convertido en toda una tradición. Hay tenistas que llevan años alojándose en las mismas casas y han generado grandes amistades con sus propietarios, que acaban yendo al torneo a animarles como si fueran sus propios familiares.

En el caso de Nadal las necesidades son más grandes, ya que el equipo es amplio y hace falta alquilar una casita en la que puedan convivir todos los integrantes y familiares. Ubicada en las cercanías de Windsor Avenue (a unos veinte minutos caminando al torneo), el coqueto hogar tenía una planta baja compuesta por un recibidor muy amplio, una cocina grande tipo americano y un salón espacioso, dejando para la planta superior las habitaciones en las que vivían Rafa, su tío Toni con su mujer y sus tres hijos, Carlos Costa, Benito Pérez-Barbadillo, Francis Roig y Rafael Maymò.

Aunque la mayor parte del día lo pasan en el club, por la noche se ha convertido en costumbre cenar todos juntos en casa, donde Rafa ha dado siempre buenas muestras de su talento culinario. Un día, ya sumergidos en pleno torneo, Nadal tuvo que salir de casa a comprar algunos refrescos en un supermercado cercano. No es esta una práctica poco habitual en Rafa, acostumbrado a hacer la compra en Manacor cuando está en casa, pero sí es una imagen que no deja de impactar a los respetuosos vecinos.

Rafa entró en un pequeño local de TESCO, una de las cadenas de supermercados minoristas más importantes del Reino Unido, con el objeto de llevarse seis latas de Coca Cola Light. A diferencia de la mayoría de los supermercados españoles, en los locales de TESCO Express se ha impuesto el pago mediante autoservicio que ha reemplazado a los tradicionales cajeros. En un primer intento, Rafa procedió al escaneado de los productos, sin respuesta por parte de la máquina. Un aficionado, al advertir la presencia del balear, se ofreció a ayudar al doble campeón de Wimbledon. Rafa accedió inmediatamente y, agradecido, aceptó el auxilio entre risas.

Otra costumbre que ni Rafa ni su familia dejan de cumplir a rajatabla es la visita a Cambio de Tercio, uno de los restaurantes españoles más famosos de la ciudad.

Abel Lusa llegó a Londres en 1993, pasó dos años trabajando en el mundo de la hostelería y en 1995 dio el paso de levantar el telón de su propio negocio, abriendo Cambio de Tercio en el número 163 de Old Brompton Road, en el corazón del barrio de Chelsea.

El lugar, que irradia encanto antes de cruzar la puerta, se ha convertido en un punto de referencia para los amantes de la buena gastronomía, atrayendo a personalidades de todos los ámbitos. Actores como Robert De Niro o Hugh Grant, futbolistas de la talla de Fernando Torres o Juan Mata o cantantes como Kylie Minogue y Julio Iglesias, se han sentado a comer en Cambio de Tercio, premiado en numerosas ocasiones por la crítica británica.

Como no podía ser de otra forma, Nadal lleva muchos años acudiendo al restaurante cuando llega la época de Wimbledon (verano) y de la Copa de Maestros (noviembre) para disfrutar de las croquetas, la tortilla, las patatas bravas o el pulpo a la brasa, que son algunas de las muchas especialidades de la carta. El tenista, que se siente como en casa entre esas cuatro paredes, ha arrastrado a los suyos a Cambio de Tercio, pero a veces también ha ido acompañado de invitados ilustres, como el mismísimo Juan Carlos I.

El trato cercano que Abel ofrece a todos sus clientes, sin hacer distinciones entre uno de los mejores jugadores de tenis de la historia o un comensal anónimo, y las reiteradas visitas de Rafa al restaurante provocaron que rápidamente naciera una amistad entre el propietario y el tenista, hasta el punto de que Lusa se convierte en un integrante más del palco del mallorquín durante Wimbledon, al que suele acudir con su familia.

Desde el 95, Abel ha dado de comer a distintas generaciones de tenistas españoles y muchos de ellos han elegido Cambio de Tercio para celebrar algunas victorias importantes. El propietario del restaurante, que cuando se embarcó en su aventura gastronómica ya era un apasionado del deporte de la raqueta, ha tenido la suerte de disfrutar de los éxitos españoles desde bien cerca, incluyendo por supuesto los de Nadal.

Por eso, Abel recuerda con nitidez la primera vez que Rafa apareció por Cambio de Tercio, cuando tenía solo diecisiete años.

Fue en 2003, Juan Carlos Ferrero acababa de ganar Roland-Garros y aquellos días ya se escuchaba con fuerza que el sobrino del futbolista Miguel Ángel Nadal apuntaba maneras en una pista de tenis.

Esa noche el restaurante estaba abarrotado de tenistas, pero Nadal cenó en la terraza, en una mesa para cuatro en la que también estaban sus padres y Toni Nadal.

Jordi Vilaró, entrenador de Félix Mantilla en aquel momento, avisó a Abel de lo bueno que sería ese adolescente que tenía sentado fuera y le dio unas entradas para que al día siguiente fuese a ver el debut de Mantilla en el torneo.

Lusa acudió a Wimbledon pronto, acompañado por Alberto Criado, el chef de Cambio de Tercio, y para hacer tiempo mientras Mantilla comenzaba a jugar decidió irse a la pista número trece, donde Rafa se estrenaba contra Mario Ančić.

No fue solo el primer encuentro de Nadal en Wimbledon, fue el primer encuentro de Nadal en un Grand Slam. Y, para sorpresa de muchos que no sabían lo que estaba por venir, acabó con una victoria del español, que en ningún momento acusó síntomas de presión.

Caminando entre la multitud de vuelta al vestuario, Rafa se encontró con dos personas que querían saludarle y felicitarle por el triunfo. Abel y Alberto, los mismos que habían estado atendiéndole en Cambio de Tercio, le dieron la enhorabuena por el triunfo.

Al tenista le hizo mucha ilusión y allí comenzaron a formarse unos lazos que a día de hoy son de hierro.

Hasta que el prestigioso torneo de Queen’s cambió de fecha, Nadal mantenía una tradición que fue ganando peso con el paso del tiempo: celebrar sus victorias de Roland-Garros en Cambio de Tercio la noche siguiente de coronarse en París.

Sin tiempo para respirar, el español solía viajar el lunes a primera hora en tren desde la capital francesa hasta Londres para participar en Queen’s, su forma de adaptarse a la hierba con el objetivo de preparar Wimbledon.

La fiesta en Cambio de Tercio era familiar, un poco de paz entre conocidos.

La reunión variaba poco. El tenista se unía a Rafael Maymò, Francis Roig, Benito Pérez-Barbadillo, Abel y su mujer Fernanda. Algunas veces, Feliciano López era otro de los invitados, como amigo del mallorquín y habitual del torneo de Queen’s.

En plena vorágine de una nueva victoria en Roland-Garros, Abel veía al jugador levantarse constantemente de la mesa para atender a las radios españolas, que el día después de la victoria contaban con la presencia del balear en directo.

Rafa ganó a Novak Djokovic el título de Queen’s en 2008, antes de hacer lo propio en Wimbledon con Federer. Y Cambio de Tercio fue testigo de una escena tan inédita como curiosa.

La noche antes del partido decisivo, Rafa fue a cenar a la casa de Abel y Djokovic tuvo la misma idea. En consecuencia, los dos tenistas que se iban a jugar el título de Queen’s cenaron a pocos de metros de distancia, bajo el techo de un restaurante que podría contar maravillas si hablase.

Una de las anécdotas que guarda Lusa con más cariño está relacionada con Nadal y… con De Niro. Una tarde, al volver al restaurante tras pasar el día viendo tenis en Wimbledon, varios de los trabajadores del local informaron a Abel de que el famosísimo De Niro iría esa noche a cenar a Cambio de Tercio, aprovechando que se alojaba en un hotel cercano. Al propietario le entraron sudores fríos, aunque la visita del actor estadounidense era como cumplir un sueño de toda la vida.

Al principio, a Abel le costó encontrarse cómodo sirviendo a De Niro, pero cuando la cena estaba llegando al final todo cambió para bien.

—Señor De Niro, ¿a usted le gusta el tenis? —le preguntó Lusa, agarrándose a un recuerdo de hace meses—. Le vi sentado en el palco de Djokovic en el US Open.

—Sí, sí, me gusta —concedió el actor.

—Pues esta noche viene a cenar Rafa Nadal, el tenista español —prosiguió Abel, a sabiendas de que el balear tenía mesa reservada.

—¿De verdad? Me gustaría conocerle.

En ese momento, Abel buscó el teléfono de Pérez-Barbadillo en la agenda y le contó la situación para que se dieran prisa.

Poco después, Nadal y los suyos aparecieron por la puerta de Cambio de Tercio y Abel hizo de maestro de ceremonias, presentándole al tenista a De Niro. Desde entonces, Lusa siempre bromea diciendo que uno de los mayores logros de su carrera ha sido presentarle a Rafa Nadal a Robert De Niro.

Mientras la prensa internacional y los aficionados se relamían con la posibilidad de que Federer y Nadal pudieran protagonizar un nuevo duelo en la final del torneo de Wimbledon en 2017, Toni Nadal y Francis Roig decidieron tomar algunas precauciones por si eso ocurría.

Después de que Rafa superase las dos primeras rondas ante el australiano John Millman (6-1, 6-3 y 6-2) y contra el norteamericano Donald Young (6-4, 6-2 y 7-5) sin ceder un solo set, Toni y Francis llevaron a cabo un plan para frenar al suizo. Así, los dos entrenadores comenzaron a diseñar una parte de los entrenamientos pensando en cómo superar los escollos que podría suponer un nuevo choque contra Federer, idea que se cocinó del todo cuando Rafa doblegó al ruso Karen Khachanov (6-1, 6-4 y 7-6) en la tercera ronda.

Toni y Francis querían hacer los deberes con tiempo y, tras las derrotas de Melbourne, Indian Wells y Miami, sumada a la de Basilea en 2015, entendían que adelantar algo de trabajo mejoraría la nota de un posible examen final que no querían volver a suspender.

Completamente ajeno a la finalidad buscada por sus dos entrenadores, Nadal ejecutó con partisana eficacia todos los ejercicios propuestos por su tío y por Francis. Intentar colocarse más adelante para devolver los saques contrarios, coger la iniciativa al resto con su derecha y variar las direcciones en los dos primeros intercambios se convirtieron en una constante dentro de las sesiones de entrenamiento.

Incapaces de ocultar sus planes durante más tiempo a Rafa, Toni y Francis decidieron confesarle sus verdaderas y clandestinas intenciones. La reacción de su pupilo fue, en parte, la esperada. Al conocer que la finalidad de los ejercicios que había estado practicando tenían el foco puesto en superar a Federer en una hipotética final, el curtido rostro de Nadal reflejó lo que verbalizaría a las pocas décimas de segundo.

—No quiero oír hablar del tema, me quedan tres partidos hasta llegar a un posible enfrentamiento contra Federer.

Nadal, claro, tenía razón.

En un encuentro épico de casi cinco horas de duración, el luxemburgués Gilles Müller arrebató a Rafa la posibilidad de seguir avanzando en el torneo y soñar con esa nueva e hipotética final con Federer. El choque de octavos de final empezó torcido cuando Rafa se disponía a salir a la pista uno. Con el partido a punto de arrancar, Nadal sufrió un percance tan inesperado como doloroso. El exacerbado ímpetu del balear a la hora de llevar a cabo su tradicional calentamiento incluye siempre saltos de notable elevación y Rafa, sin advertir que la sala no gozaba de la altura necesaria para la práctica de sus ejercicios, se golpeó de manera enérgica con del marco de una puerta.

El golpeo fue seco y el sonido inconfundible.

Sorprendido por la resonancia, Müller se dio la vuelta e inmediatamente interpretó la situación preocupándose por el que iba a ser su adversario en apenas unos segundos. Nadal, rápidamente recuperado de la sorpresa, y articulando una estoica reacción consiguió rehacerse para devolverle a Müller una sonrisa. «Estoy bien», le recalcó el español mientras cogía del suelo su raquetero y su mochila para dirigirse ya a la pista.

La derrota se produjo en un maratoniano duelo que acabó convirtiéndose en uno de los partidos más palpitantes de todo el torneo. Con el marcador final de 6-3, 6-4, 3-6, 4-6 y 15-13, Nadal decía adiós a Londres y hasta luego a la posibilidad de reconquistar el trono.

Alentado por esta noticia, Federer, que previamente se había deshecho de Aleksandr Dolgopólov (6-3, 3-0 y abandono del ucraniano), Dušan Lajović (7-6, 6-3 y 6-2) y Mischa Zverev (7-6, 6-4 y 6-4), superó a Dimitrov en octavos de final (6-4, 6-2 y 6-4), a Miloš Raonić en cuartos (6-4, 6-2 y 7-6) y conoció que Novak Djokovic había tenido que retirarse de su partido ante Tomáš Berdych por culpa de una lesión en la muñeca. Aunque el jugador checo siempre es un peligro sobre superficies rápidas, la amenaza de Novak le había quitado el sueño en los días previos y su ausencia en la penúltima ronda del torneo le aliviaba de cierta presión.

Tal y como barruntaban las quinielas, Roger superó a Berdych (7-6, 7-6 y 6-4) y se clasificó para la final sin haber cedido un solo set. Su felicidad no podía ser mayor, ¡había disputado dos torneos de Grand Slam ese año y había llegado a las dos finales! Impresionante.

En la víspera de su undécima aparición en una final de Wimbledon, Roger repasó mentalmente todas y cada una de sus actuaciones, suscitando en su memoria una mezcolanza que combinaba pequeñas amarguras con algunos de los momentos más felices de su carrera.

En aquella mágica pista había logrado su primer Grand Slam en 2003 y en ese mismo escenario había levantado su último gran título en 2012, antes de la sequía de cuatro años que frenó meses atrás en Melbourne. Y allí estaba de nuevo, intentando levantar su octavo cetro en Londres. Lejos de tratar de buscar sótanos en los que esconder sus malos momentos en Wimbledon, Roger también rememoró con madurez el que fue denominado el mejor partido de todos los tiempos.

La final de Wimbledon de 2008, en la que cayó ante un Rafa que consiguió frenar su inmaculada trayectoria de 65 victorias consecutivas sobre hierba.

Aunque el tiempo difumina ciertos recuerdos, Federer aún retiene detalles que se han encargado de refrescarle los medios de comunicación, los vídeos de YouTube y los reportajes y documentales realizados sobre aquel lluvioso y épico partido. Federer recuerda cómo, tras el primer parón por culpa de la lluvia, ambos jugadores retornaron a la pista para continuar un duelo que ya había sufrido retrasos por culpa de las adversas condiciones meteorológicas. Entonces, al volver a pisar la Centre Court, Roger levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Manolo Santana.

Aunque el suizo sabía que en aquel partido no gozaba del apoyo incondicional del gran pionero del tenis español, su relación con el que fuera campeón de Wimbledon en 1966 era inmejorable. El suizo, conocedor de la comprensible predilección que Manolo sentía por Rafa, admiraba profundamente el legado de Santana y valoraba su trato siempre cariñoso y respetuoso. De hecho, Roger podía jactarse de mantener una buena relación con Santana, al que conocía antes incluso que el propio Rafa.

El nostálgico goteo de recuerdos fluía condenado a repetirse una y otra vez, y no solo para el suizo. Todos los que presenciaron la histórica final guardan con mimo los momentos de una tarde que empezó con Nadal arrasando y que Federer apretó hasta que la noche se cerró sobre la pista central del torneo, con una aparición estelar de la lluvia en el tercer parcial y una segunda en pleno desenlace del quinto set.

Esa segunda interrupción fue un guantazo directo a la moral de Toni Nadal, como un sopapo sordo.

Con 2-2 en el quinto set, la final de Wimbledon 2008 se volvió a parar y el entrenador balear llegó al vestuario convencido de que el título se les escaparía por tercer año consecutivo, tras dejarlo marchar en 2006 y 2007.

En esta ocasión, además, sería aún más doloroso porque Nadal se había colocado dos sets arriba (6-4 y 6-4), llegando a disponer de dos puntos de campeonato en el desempate del cuarto parcial, que Federer anuló de milagro para devolver la igualdad (6-7 y 6-7) a un pulso tremendo.

—Tranquilo, no voy a perder —le dijo Rafa a Toni nada más verle, inalterable pese a la reacción del suizo—. A lo mejor me gana él, pero yo no perderé. Y si me gana, el año que viene volveré.

La seguridad de su sobrino sorprendió a Toni, que durante toda la vida le había insistido al tenista en la importancia de ganar Wimbledon si quería ser especial y diferenciarse de los otros.

¿Cuántos españoles figuraban en el palmarés de Roland-Garros? Muchos. ¿Y en el de Wimbledon? Solo Manolo Santana en categoría masculina.

Por tanto, las razones que llevaron a Toni a persuadir a Rafa estuvieron bien claras desde el principio.

Con todo igualado, el encuentro en un suspiro, Rafa y Roger jugaron de tú a tú hasta rebasar la frontera del 7-7 en la quinta manga.

El aliento contenido de la grada estuvo más que justificado. Lo que Nadal y Federer hicieron sobre la hierba de Wimbledon no fue jugar al tenis con raquetas, fue una guerra de voluntades que se llevó el más fuerte.

En 2008, y después de haber perdido dos finales en el torneo que siempre soñó ganar, el más fuerte fue Nadal, coronado como campeón de Wimbledon tras destronar a un jugador que parecía invencible sobre hierba.

Todo sucedió una década antes de aquel partido. Roger se había proclamado campeón del torneo de Wimbledon júnior, lo que le había servido para hacerse un hueco en los titulares de la prensa suiza y para recibir la atención del seleccionador de Copa Davis, Stephane Oberer, que tomó la decisión de llevarse al joven tenista a una eliminatoria.

Oberer estaba convencido de que aquel talentoso pero desordenado jugador se convertiría en algún momento en uno de los fijos de sus convocatorias. Pero aún le faltaba mucho tiempo para eso, pensaba. Primero debía domar su rebelde temperamento y encontrar la manera de disciplinar y preceptuar su descomunal

patrimonio tenístico. Se lo llevaría para acompañar al equipo helvético en su eliminatoria ante España para hacer de *sparring* y que fuera acostumbrándose al ambiente del equipo, conociendo así la competición desde dentro.

Roger ascendió la empinada cuesta por la que se accede a las pistas del Club de Tenis La Coruña, engalanado para uno de los momentos más importantes de su historia. Fundado en 1966, el club contaba por entonces con once pistas de tierra batida, un frontón y una pista de mini tenis. Sus 38.000 metros cuadrados eran la envidia de todas las instalaciones de Galicia y, aunque los suizos estaban habituados a disfrutar de clubes históricos como el Tennis Club Geneva, en Ginebra, supieron valorar la calidad de las pistas ubicadas en San Pedro de Nós.

Santana, por entonces capitán del equipo español de Copa Davis, decidió convocar a Àlex Corretja, Carlos Moyà, Julián Alonso y Javier Sánchez Vicario para afrontar los cuartos de final del grupo mundial. Tres meses antes Corretja y Moyà habían solventado una eliminatoria complicadísima en Brasil en la que Gustavo Kuerten, Fernando Meligeni y un clima ensordecedor les habían puesto en serios apuros. Así pues, Santana había decidido apostar por llevarse el mismo equipo a La Coruña. En el mes de julio, en casa, sobre tierra batida y al nivel del mar, España era muy favorita para derrotar a una suiza liderada por Marc Rosset, cuya popularidad era muy grande en España, merced al oro olímpico arrebatado a Jordi Arrese en los Juegos Olímpicos de Barcelona.

La jornada del 16 de julio de 1998 era calurosa y Santana decidió ir también a pegarse una ducha al vestuario tras dar por finalizada la jornada de entrenamientos. Mientras los integrantes del equipo español abandonaban la pista para irse a los vestuarios, Manolo escuchó el inconfundible sonido de un rítmico peloteo en una pista aledaña y tomó la decisión de dirigirse allí para ver quién estaba jugando con el objetivo de espiar algo en lo que estuvieran trabajando los suizos. En una primera instancia, el campeón de cuatro torneos del Grand Slam se sintió defraudado, ya que no vio en la pista ni a Rosset, ni a Heuberger, ni a Manta ni a Bastl, los cuatro integrantes del equipo suizo. Entonces, Santana quedó hipnotizado por lo que estaba viendo: aquel jugador no formaba parte del equipo titular suizo, ¡pero tenía un talento extraordinario! Manolo se sentó en la pequeña grada de cemento y decidió quedarse viendo al jugador reserva que hacía las veces de *sparring* del conjunto helvético para saludarle al final de su entrenamiento.

—Hola, soy Manolo Santana, quería felicitarte por lo bien que juegas.

Aunque Manolo no conocía a Roger, Federer ya había sido informado de quién era el capitán español. Como campeón de Wimbledon júnior, sintió gran admiración hacia el español, que había sido capaz de coronarse campeón de un Grand Slam sobre hierba en un país de eminente tradición de tierra batida. A Federer le contaron cómo Santana (campeón de Roland-Garros) se le había metido en la cabeza conquistar Wimbledon y que para ello había decidido irse a vivir a Londres para aprender a jugar en hierba —por aquel entonces el US Open y el Abierto de Australia también se jugaban en esa superficie—. Fruto de aquel aprendizaje, primero asaltó Nueva York y después hizo lo propio en la Catedral del tenis, donde superó a Dennis Ralston (6-4, 11-9 y 6-4) en una trepidante final. Roger, que siempre ha admirado a las leyendas de su deporte, se quedó asombrado con aquella historia.

—Muchas gracias —respondió un tímido Roger.

Desde entonces, siempre que Federer y Santana se cruzan en el Mutua Madrid Open o en cualquier torneo del mundo se saludan afectuosamente y recuerdan cómo se conocieron en La Coruña, donde Suiza acabó sucumbiendo ante España gracias a un impecable fin de semana de Corretja y de Moyà.

Una década después de aquel día, y con 12 grandes en su palmarés, Roger le sostuvo la mirada a Manolo. En la grada, el único jugador español capaz de haber conquistado Wimbledon hasta la fecha. Enfrente, su más duro rival, intentando recoger la herencia de Santana en la hierba londinense.

Con el milimétrico rigor de un cronógrafo suizo, el tiempo se detuvo de nuevo un 16 de julio. De 1998 a 2017. De La Coruña a Londres. 29 años después de conocerse y casi una década después de la histórica final que le arrebató Rafa, allí estaban de nuevo. La extraordinaria precisión histórica hizo que sus miradas volvieran a cruzarse. Manolo deseaba de corazón que Roger conquistara su octavo cetro en Londres.

Federer castigó a Čilić desde el comienzo en un partido en el que demostró una autoridad aplastante. Su majestuoso tenis era inaccesible para el croata, cuyo gesto crispado, respiración entrecortada y cabizbajo rostro reflejaban una dolorosa y frustrante impotencia. Con las manos cubriendo sus ojos vidriosos, Čilić se sentó en el banquillo para desahogar su amargo dolor. No podía competir. Había llegado hasta la final de Wimbledon y no tenía la oportunidad ni de peleársela a Roger.

El croata estaba lesionado.

Comprensivo, Federer compitió la recta final del encuentro sin apretar el

puño y cerró la victoria (6-3, 6-1 y 6-4) con un saque directo, marca de la casa y la forma ideal de ganar uno de los títulos más importantes del mundo.

Una celebración comedida, reflejo del poco desgaste que le supuso conquistar Wimbledon de nuevo, presentó al suizo como ganador del tercer Grand Slam de la temporada, que le sirvió para desempatar con el británico William Renshaw y el estadounidense Pete Sampras, ambos con siete trofeos en el templo de la hierba.

El lunes por la mañana, pocas horas después de hacerse con su octavo Wimbledon, Federer apareció por la sala de prensa del All England Tennis Club con cara de sueño, la señal de que había dormido muy poco.

—Os pido disculpas, he mezclado bebidas diferentes —se arrancó Roger, desatando las risas de los periodistas y naturalizando la leyenda inmortal que agrandó sobre la pista central de Wimbledon el domingo.

Federer, aunque no lo parezca, también es humano. Como todos los demás.

UNO Y DOS
CANADÁ Y CINCINNATI

Rafael Nadal murió el 7 de septiembre de 2015.

A los ochenta y seis años, el abuelo paterno del tenista mallorquín falleció días después de que su nieto cayese en la tercera ronda del Abierto de Estados Unidos contra el italiano Fabio Fognini.

Por eso, y afortunadamente, Rafa estaba en casa cuando ocurrió todo, aunque no suele ser lo habitual.

La muerte es uno de los temas que más preocupa a deportistas como los tenistas, que se pasan todo el año viajando de un lado para otro y están siempre lejos de los suyos. Encontrarse en la otra punta del mundo en el momento del fallecimiento de un ser querido es un golpe difícil de asumir, sobre todo porque en la mayoría de esas ocasiones regresar a tiempo no es ni un escenario posible ni tampoco asumible.

En aquel caso, lo normal habría sido que Rafa hubiese estado todavía jugando el US Open en Nueva York, pero la prematura eliminación ante Fognini le permitió compartir el dolor con sus allegados en unos días muy complicados para toda la familia.

El abuelo del tenista había desarrollado una importante carrera musical por la que fue reconocido con distintos galardones y homenajes, entre ellos la Medalla de Honor y Gratitud del Consell de Mallorca por su carrera profesional, destacando en ella la creación de los coros del Teatro Principal de Palma.

Aunque se llamaba Rafael, esa brillante trayectoria en el mundo de la música le llevó a ganarse el apodo de *Beethoven*, por el que era popularmente conocido en casi todos los rincones de Manacor.

El particular homenaje que Nadal le rindió a su abuelo tardó un poco en llegar, pero sin ninguna duda la espera mereció la pena.

El viernes 22 de abril de 2016, Rafa cumplió uno de sus sueños más grandes cuando un yate de veintitrés metros de eslora de la firma Monte Carlo Yachts entró para quedarse en el Club Nàutic Porto Cristo. Tras mucho pensarlo,

después de darle infinidad de vueltas, el tenista se compró una embarcación de más de tres millones de euros, el regalo más valioso que se ha hecho nunca.

A los primeros curiosos que vieron el yate les llamó poderosamente la atención el nombre del barco. *Beethoven*, se podía leer en unas elegantes letras grises situadas sobre la zona de la popa. Luego, con el paso de los meses, el misterio quedó resuelto cuando Nadal desveló que lo había bautizado así en memoria de su abuelo fallecido.

La forma de mantener vivo el recuerdo de una de las personas más importantes de su vida no pudo ser más especial que ponerle *Beethoven* al barco, asegurando que el inexorable futuro no borraría la huella que el músico dejó en vida.

Nadal decidió que ese yate sería suyo en septiembre del año anterior, unos días después de que su abuelo falleciese, durante el salón náutico de Cannes al que asistió con María Francisca Perelló, su pareja.

En la Costa Azul, la pareja conoció a fondo las bondades de la embarcación, que se fabrica bajo pedido en Monfalcone, Italia. Rafa y Mery tuvieron ocasión de descubrir numerosos barcos en Cannes, pero el MCY 76 se ganó pronto el corazón del tenista, con mucha diferencia respecto al resto de opciones disponibles.

Nadal eligió ese yate porque consideró que era el idóneo para el tipo de vida que le gusta realizar a bordo. La amplitud del barco, tanto interior como exterior, le permitiría dar cabida a una gran cantidad de invitados, una condición fundamental.

A Rafa le encanta rodearse de gente y contar con un barco preparado para ello era un aspecto básico a la hora de la elección.

Algunos pueden preguntarse por la pasión de Rafa por el agua, pero es un asunto sin mucho misterio. El mar siempre ha formado parte de la vida de Nadal, y de forma muy intensa.

Hace muchos años, Sebastià Nadal, el padre del tenista, acostumbraba a salir al mar con su hijo en un pequeño barquito que tenía en propiedad. Juntos pasaban las horas en el agua, pescando, nadando o buceando. Así, Rafa creció en contacto permanente con un medio que se convirtió en una parte fundamental de su vida, y que actualmente le sirve como vía de escape cuando regresa a Mallorca después de varias semanas compitiendo.

Es difícil que alguien pueda encontrar a Nadal en el mar, un refugio recóndito y móvil donde halla una paz fundamental para encarar con fuerza sus

siguientes compromisos.

Si la primera casa de Nadal es la que tiene en Porto Cristo, la segunda es el *Beethoven*. El tenista pasa muchas noches en el barco cuando sale a navegar, pero también lo hace estando en Mallorca. Por ejemplo, Rafa utilizó el yate como campamento base durante finales del mes de junio, cuando después de ganar Roland-Garros renunció a jugar en Queen's y preparó Wimbledon sobre la hierba de las pistas del torneo de Mallorca.

El campeonato femenino, que tiene lugar en la isla desde el año 2016, se celebra en Santa Ponsa, a más de una hora en coche de la casa de Rafa. Como el balear tenía pensado entrenarse allí durante varios días, y como recorrer cada mañana esa distancia era completamente inviable, Nadal atracó su yate en Port Adriano, a menos de diez minutos de las pistas, y vivió temporalmente en el barco.

Cada día, el balear se levantó, se dio un baño en el mar a primera hora de la mañana, se montó en su Ferrari 458 Italia de color blanco, estacionado en el aparcamiento del puerto, y fue a entrenarse muy temprano a Santa Ponsa con la idea de aprovechar luego el resto de la jornada a bordo del *Beethoven*, casi siempre en compañía.

El búlgaro Grigor Dimitrov fue uno de los que disfrutó del barco de Nadal durante el verano de 2017.

Daniel Vallverdú, el entrenador de Dimitrov, intentó ser tenista profesional antes de cumplir la mayoría de edad, formándose deportivamente en la academia Sánchez-Casal de Barcelona durante casi tres años. El venezolano, de ascendencia española, hizo muy buenas migas en la Ciudad Condal con Andy Murray, además de con otros jugadores españoles que también entrenaban a las órdenes del equipo técnico de Emilio Sánchez Vicario y Sergio Casal.

En 2009, y tras pelear contra unos resultados que no estaban a la altura de lo esperado, Vallverdú tuvo que tomar la decisión de pasar por el quirófano, enfrentándose a un período de recuperación de más de ocho meses de duración. Una llamada de Murray, que acababa de romper con su entrenador Miles Maclagan, lo cambió todo. El británico le propuso acompañarle a un par de torneos como técnico, la prueba fue todo un éxito y Vallverdú terminó dejando su carrera como tenista para centrarse en la nueva etapa como entrenador que acababa de descubrir.

El Vallverdú jugador siempre destacó por su marcada capacidad analítica. Era habitual ver al venezolano discutiendo con algunos entrenadores sobre la

forma de jugar de sus rivales, a los que estudiaba de arriba a abajo para identificar sus virtudes y defectos. Precisamente, fue esa cualidad distintiva la que le ayudó luego a convertirse en un técnico de renombre, pasando por los banquillos de Murray, Tomáš Berdych y finalmente Dimitrov.

Aprovechando la buena relación que le une con Nadal, Vallverdú le preguntó si había alguna posibilidad de ir a entrenar a finales de julio a Manacor para preparar la gira estadounidense de pista rápida compuesta por los torneos de Canadá, Cincinnati y el Abierto de los Estados Unidos.

Vallverdú pensó que a Dimitrov le vendría bien pasar un tiempo con Rafa, y no solo intercambiando golpes en la cancha de tenis.

Sin dudarlo, el balear aceptó encantado y acogió a Dimitrov en su academia durante una semana, encontrando en el búlgaro una buena pareja de entrenamientos para ponerse a tono, pensando en el exigente verano estadounidense que tenía por delante.

El Dimitrov que se encontró Rafa fue un Dimitrov en su punto más dulce, como demostraría poco tiempo después, y lo que el búlgaro aprendió en la academia junto a Nadal le sirvió para terminar de apuntalar unas bases muy sólidas que soportaron el éxito sin venirse abajo.

Desde bien joven, y hasta hace muy poco, a Dimitrov le persiguió la eterna comparación con Federer por las similitudes estéticas que tienen los dos a la hora de jugar. Ambos poseen movimientos casi calcados en el saque, al pegar la pelota con la derecha o al hacerlo con el revés, que ejecutan a una mano.

Un experimento tan sencillo como tremendamente revelador es reproducir un vídeo de Federer jugando un partido al lado de uno de Dimitrov y apreciar el nivel de parecidos que existe entre el suizo y el búlgaro.

Rápidamente, los medios de comunicación bautizaron a Dimitrov como *Baby Federer*, y eso fue lo peor que pudo pasarle a un tenista con un talento único y descomunal, pero indudablemente a mucha distancia de uno de los mejores de la historia.

Aunque tuvo algunos buenos resultados, Dimitrov se perdió por el camino. Dentro de la pista no supo encontrar su identidad y fuera de ella le prestó demasiada atención a cosas que no facilitaron su anunciado despegue.

La llegada de Vallverdú a su cuerpo técnico fue el paso más importante para comenzar a convertirse en un tenista temible, listo para conseguir todas las cosas importantes que muchos analistas habían vaticinado.

La realidad es que la semana que Dimitrov pasó con Nadal en Manacor le

sirvió para acumular en las piernas entrenamientos de gran nivel, pero también para ver cómo se comporta Rafa en su día a día cuando no tiene una raqueta en la mano. La faceta privada del español, la vida que no captan las cámaras, tiene una influencia muy importante en lo que después el público admira por la televisión, y Dimitrov se empapó de todo eso con la facilidad de una esponja recién estrenada.

Bajo los rayos de sol del verano, el búlgaro sudó como nunca, preguntándose cuando pararían de darle a la pelota, en qué momento tendrían una tregua. La cultura del esfuerzo de Nadal no sorprendió a Dimitrov, que conocía de sobra cómo se las gasta el español en los entrenamientos, pero sí le hizo contagiarse de ese afán por darlo todo practicando para luego recoger los frutos en la competición.

En el tiempo libre, Rafa llevó al búlgaro a conocer algunos de los rincones de la isla, invitándole a subir a su barco y descubriéndole las maravillas de Mallorca, que en julio y agosto ganan fuerza por el encanto de unas noches de verano inigualables.

Esos momentos que los dos compartieron juntos le enseñaron a Dimitrov la naturalidad con la que Rafa lleva la fama, que en realidad no es tal cuando se refugia del mundo en Manacor porque allí es uno más.

Posiblemente, que Dimitrov terminase luego la temporada 2017 como número tres del mundo, solo por detrás de Nadal y Federer, no tuvo que ver con la positiva influencia del español. Tampoco que ganase su primer Masters 1000 en Cincinnati y la Copa de Maestros en Londres, el título más grande de su carrera.

Lo que está claro es que Dimitrov ya venía haciendo muy bien las cosas en los primeros meses de la temporada, pero estrechar lazos con Nadal repercutió claramente en ese proceso que culminó en la segunda mitad del curso.

Mientras Nadal y Dimitrov preparaban los torneos estadounidenses de verano en Mallorca, Federer debatía internamente sobre su futuro inmediato a muchos kilómetros de distancia.

Después de ganar Wimbledon, la primera idea de Roger fue tomarse otro descanso largo como el de la gira de tierra batida para llegar fresco al Abierto de Estados Unidos, el último Grand Slam del curso.

El suizo, que históricamente ha jugado muy bien en Cincinnati, como confirman los siete títulos que ha logrado a lo largo de su carrera, pensó que sería una buena idea renunciar a competir en Canadá y enlazar el séptimo

Masters 1000 de la temporada con la cita de Nueva York. Las condiciones de las pistas de Cincinnati, muy rápidas, siempre han potenciado el juego de Roger, así que la elección estaba muy clara.

¿Por qué ir a desgastarse a Canadá si en Cincinnati podría encontrar todas las facilidades del mundo?

Todo ese plan se desbarató rápidamente cuando Andy Murray anunció que necesitaba parar de jugar para recuperarse de una lesión en la cadera que llevaba meses arrastrando y renunció oficialmente a defender el número uno del mundo, que en los últimos tiempos había podido mantener a duras penas frente al firme empuje de Rafa y Roger.

Federer dejó de ser número uno el 4 de noviembre de 2012, estableciendo un nuevo récord de permanencia en lo más alto de la clasificación con trescientas dos semanas. Nunca lo llegó a reconocer, pero el suizo entendió que se estaba despidiendo para siempre de la cima del ranking cuando cedió su posición a Novak Djokovic.

El paso de los años fue demostrándole a Federer que tenía razón, que ese contador fijado en trescientas dos semanas no se pondría en marcha de nuevo y se mantendría quieto en el mismo número para siempre.

Hasta que 2017 trajo de vuelta la mejor versión del suizo, que antes del verano ya había sumado cinco títulos, dos de ellos del Grand Slam, optando claramente, y contra todo pronóstico, a recuperar la primera plaza de la tabla.

La posibilidad de volver a lo más alto de la clasificación lanzó a Federer a romper por primera vez en toda la temporada su medido plan de actuación, haciendo un esfuerzo extra con el que en principio no contaba.

Quizá, a la larga, fue un error, aunque el suizo nunca se arrepintió de llevar a cabo su apuesta.

Roger podría haberse mantenido firme, descansar y enlazar Cincinnati con el US Open. Eso, posiblemente, habría significado decir adiós definitivamente a la opción de reconquistar el número uno porque Nadal le llevaba una pequeña ventaja en la clasificación y el español tenía previsto jugar los dos Masters 1000 previos al Abierto de Estados Unidos, por lo que tenía más posibilidades de llegar primero a la meta.

Así que Federer no lo dudó y se atrevió a viajar a Canadá para intentar arañarle puntos a Rafa en la pelea por la cima del ranking, pese a que eso pudiese suponerle un desgaste extra que su cuerpo no tolerase bien en mitad de la gira estadounidense.

Curiosamente, Montreal es uno de los lugares que nunca ha visto levantar el trofeo de campeón a Federer. El suizo ganó dos veces el Masters 1000 de Canadá, que alterna su sede cada año entre las ciudades de Montreal y Toronto, pero conquistó ambos títulos en Toronto y nunca en Montreal, donde su mejor resultado fue la final de 2007 que perdió con Novak Djokovic.

En Montreal, en pleno 2017, Federer cumplió treinta y seis años el martes 8 de agosto y el miércoles debutó en el torneo aplastando al canadiense Peter Polansky, ciento dieciséis del mundo, por un claro 6-2 y 6-1 en tan solo cincuenta y tres minutos de partido. Fue una victoria apabullante con la que celebró su paso a la segunda parte de la treintena, iniciando el camino hacia los cuarenta.

El cumpleaños de Roger, en cualquier caso, fue algo más que un día para soplar las velas.

Profesional desde 1998, Federer llegó a los treinta y seis años en un momento cumbre, con treinta y tres partidos jugados en 2017, y treinta y uno de ellos ganados. Hasta Montreal, Roger solo había caído en Dubái ante Yevgueny Donskói y en Halle contra Tommy Haas. El resto de las veces que saltó a una pista se volvió al vestuario con el triunfo en las manos.

Además de redefinir su estilo de juego, volviéndose todavía más agresivo, la gestión del calendario fue una de las razones que permitió a Federer cosechar esa racha casi inmaculada de resultados. Sano, sin dolores en el cuerpo ni lesiones a la vista, Roger pudo desplegar su mejor versión cada vez que salió a competir y así se convirtió en una máquina de ganar prácticamente invencible, a excepción de los dos tropezones que tuvo en los meses previos.

Pero las cosas cambiaron en Canadá.

Los síntomas iniciales de que algo no marchaba bien llegaron en octavos de final, en el encuentro que el suizo jugó contra David Ferrer. Federer aterrizó en el cruce con un cara a cara de 16-0 ante el español, todo un golpe mental antes de salir a pista. Cuando una rivalidad está tan inclinada hacia un lado como esa, cuando la diferencia entre dos tenistas es tan grande, cada nuevo partido nace condicionado irremediablemente por los recuerdos del pasado. Es imposible enfrentarse a un rival teniendo este bagaje a favor y no sentirse favorito.

Los primeros minutos de Roger en el duelo frente a Ferrer destaparon lo que luego terminaría siendo una confirmación. Federer empezó a sentir molestias en la espalda que condicionaron su puesta en escena, afectándole a la

movilidad y también a la toma de decisiones. El suizo se las arregló para ganarle el partido a Ferrer por 4-6, 6-4 y 6-2, pero la imagen que transmitió fue la de un jugador debilitado.

Con esos problemas físicos presentes, lo que ocurrió unas horas después le dio alas a Federer para ser un poco positivo y mirar casi sin barreras al objetivo del número uno.

Esa misma noche, Nadal se despidió del torneo al perder contra el sorprendente Denis Shapovalov. El canadiense, de dieciocho años y ciento cuarenta y tres del mundo, noqueó al mallorquín por 3-6, 6-4 y 7-6 en un choque que la grada vivió como una auténtica fiesta.

Nadal había arrasado en su estreno al croata Borna Ćorić por 6-1 y 6-2, dando señales de una adaptación perfecta a la pista rápida después de varios meses sin pisarla, pero el frenazo que sufrió con Shapovalov rebajó considerablemente la euforia.

No puede decirse que Rafa jugase mal ese partido, o que la presión de alcanzar el número uno le afectase. Shapovalov firmó un encuentro a la altura de los grandes, con descaro, valentía y muchas agallas. Nadal se vio sorprendido por todo eso, y la balanza cayó hacia el lado de su oponente por unos detalles muy pequeños.

La gente, entusiasmada al ver a uno de los suyos plantearle cara a un campeón como Rafa, encendió rápidamente el duelo con gritos, cánticos y aplausos para darle una valiosa energía a Shapovalov, que se nutrió de ese ambiente en los momentos más críticos del partido.

Eliminado en octavos, Nadal se marchó de Montreal cabizbajo, sin el número uno y dejando la puerta abierta de par en par para que Federer lo recuperase en Cincinnati, condicionado a realizar antes una buena actuación en Canadá.

Francis Roig, el entrenador que acompañó al mallorquín en la gira estadounidense previa al US Open, encajó la derrota con normalidad, entendiendo que Rafa podría haber ganado perfectamente porque estuvo muy cerca, pero sin dejar de reconocer que Shapovalov puso todo lo necesario para merecer un triunfo de los que cambian la dirección de una carrera, y más en etapas primerizas como las del canadiense.

Lidiando con la lesión de la espalda, que nunca llegó a confesar padecer cuando los periodistas le preguntaron, Federer derrotó por 6-4 y 6-4 a Roberto Bautista en cuartos de final y a Robin Haase por 6-3 y 7-6 en semifinales. Pese a

todo, el suizo había conseguido clasificarse para pelear por el título en la gran final contra Alexander Zverev, cumpliendo con su parte y dándole un bocado a Nadal en la clasificación, a falta de confirmarlo con el trofeo de vencedor.

Zverev no dejó que eso ocurriese.

El alemán, en un ejercicio de superioridad, aprovechó las evidentes carencias físicas de Federer y se llevó el trofeo, inclinando al suizo por un marcador de 6-3 y 6-4 y levantando su segundo Masters 1000 de la temporada después de hacerse con el de Roma meses antes.

Ante el primer gran contrario que tuvo en el torneo, un oponente de la máxima exigencia, Roger no pudo hacer demasiado, muy limitado en los desplazamientos e impreciso en la toma de decisiones.

Las consecuencias del esfuerzo que realizó Federer tardaron muy poco en hacerse públicas, apenas doce horas. Tras perder la final de Montreal, Roger renunció a jugar en Cincinnati y convirtió automáticamente a Nadal en el nuevo número uno mundial. Esta vez, todo el sacrificio realizado no sirvió para nada.

Rafa se enteró de las buenas noticias camino de un entrenamiento para preparar su estreno ante Richard Gasquet.

Andre Silva, el director del torneo de Cincinnati, fue el encargado de comunicarle a Nadal que el número uno sería suyo a la finalización del torneo, incluso perdiendo en su debut. Silva conoció a primera hora de la mañana la baja de Federer, que con la renuncia dejó vía libre para que el mallorquín ocupase la cima de la clasificación por primera vez desde el 6 de julio de 2014.

Rafa sufrió una inundación de sensaciones mezcladas, entre las que estaban la alegría, el orgullo y la satisfacción.

Volver a ser número uno a los treinta y un años, después de todo lo que había pasado en las dos últimas temporadas, era la mejor forma de demostrarse a sí mismo que trabajando con mucha fe no existían imposibles de ninguna clase.

Con el uno asegurado, listo para iniciar el lunes 21 de agosto su semana número 142 al frente de la clasificación, el mallorquín debutó en Cincinnati ganando por 6-3 y 6-4 a Gasquet en un encuentro más complicado de lo que reflejó el marcador, sin imaginarse lo que ocurriría al día siguiente, algo que le quitaría el aliento y le dejaría absolutamente consternado.

La ciudad de Cincinnati amaneció el 17 de agosto rota en dos por los atentados de la Rambla de Barcelona, el atropello masivo que cometieron varios miembros del Estado Islámico sobre las cinco de la tarde utilizando una furgoneta que recorrió quinientos treinta metros en la zona central del paseo.

A esa hora, las once de la mañana en Ohio, algunos madrugadores habían comenzado ya a jugar los partidos de la jornada, otros entrenaban y la gran mayoría se dirigía al club en los coches oficiales del torneo.

Al principio, la información llegó como una sacudida eléctrica a través de los teléfonos móviles. El desconcierto que provocó la noticia se amplificó por la impotencia de la distancia. La cifra de muertos, fijada finalmente en quince, fue ascendiendo a la vez que también crecía la de los heridos, que acabaron siendo ciento treinta y uno.

Los tenistas se lanzaron en tropel a comunicarse con los que estaban en Barcelona para ver si todo estaba bien, si habían salido ilesos del atentado.

En mitad del desconcierto, Nadal se pasó un buen rato sentado frente a uno de los ordenadores de la zona de jugadores del torneo, consultando las últimas noticias que iban llegando desde Barcelona. Sin quitar los ojos de la pantalla, el balear fue intercambiando opiniones con todos los que entraban y salían, interesándose por el estado de las familias de muchos de los afectados.

La respuesta que obtuvo fue siempre positiva, porque afortunadamente ninguno de los que estaban en Cincinnati tuvieron que lamentar tener a un herido en la masacre perpetrada en la Rambla, que por la noche siguió en Cambrils.

Ese jueves, Rafa no pudo disputar su encuentro de octavos de final con Albert Ramos porque la lluvia lo impidió, convocando a los dos rivales para el día siguiente y obligando al ganador a volver a pista ese mismo día para jugar también los cuartos de final.

Nadal ganó a Ramos el viernes por 7-6 y 6-2, pero jugando un partido muy malo. El resultado no se hizo esperar y fue más que previsible: por la noche, el australiano Nick Kyrgios venció a Rafa por 6-2 y 7-5, le despidió en cuartos de final y le mandó a Nueva York para preparar el US Open con una derrota de las que duelen, pero con un regalo bajo el brazo ganado a pulso.

Tres días después, Nadal se convirtió en el número uno del mundo por cuarta ocasión en su carrera.

EL SONIDO DE LA VICTORIA
NUEVA YORK

Aunque todas las etapas del calendario son singulares y tienen su atractivo, el US Open es, sin duda, uno de los torneos más especiales de la temporada para los jugadores. Nueva York es una ciudad eléctrica, viva, excitante y con una infinidad de posibilidades culturales, de ocio y gastronomía. La ciudad más poblada de Estados Unidos y la segunda mayor concentración urbana de todo el continente intimida con sus deslumbrantes rascacielos a los jugadores jóvenes que la visitan por vez primera. No es el caso de Rafa, que lleva disputando el torneo desde 2003. Ni tampoco el de Roger, que visitó la Gran Manzana diecisiete años de manera consecutiva hasta que su lesión le impidió en 2016 disputar por primera vez en su carrera el torneo neoyorquino.

La semana previa al US Open algunos jugadores tienen una agenda muy apretada en la que combinan sus entrenamientos con numerosas acciones comerciales vinculadas, o bien a sus propios patrocinadores, o bien a los del torneo. Por el orden temporal en el que está ubicado en el calendario, el Abierto de Estados Unidos es el último Grand Slam de la temporada, un momento crucial del año en el que los jugadores, además del prestigio que de manera inherente otorga ganar partidos en Flushing Meadows, intentan conseguir un gran montante de puntos que les ayuden a afrontar el tramo final del curso y a lograr un impulso en el ranking.

La combinación entre los objetivos deportivos y las ganas de disfrutar de la ciudad propicia que los tenistas, acostumbrados a una monótona rutina de competición, combinen largas horas de entrenamiento y gimnasio con alguna fiesta en una terraza *rooftop* o alguna escapada que sirva para escrutar alguna de las centelleantes oportunidades que ofrece Manhattan.

Además, el torneo pone a disposición de los jugadores un servicio de ayuda para conseguir entradas para algunos de los mejores espectáculos de Broadway. *El rey león*, *Chicago*, *Cats*, *Aladdin*, *El fantasma de la Ópera* o *Wicked* son

algunos de los musicales más demandados por los tenistas o por sus entrenadores, preparadores físicos y fisioterapeutas.

Roger Federer se baja de una furgoneta Mercedes en el aparcamiento de jugadores del US Open, donde es recibido por Eric Butorac, exjugador de dobles y nuevo director de operaciones del torneo. Entre las funciones de Butorac está la de mantener una estrecha relación con los jugadores para que a estos no les falte de nada durante el evento. A pesar de su cargo directivo, Butorac se siente algo nervioso e intimidado: dar la bienvenida a Roger era algo muy especial.

—¡Bienvenido, Roger! —Sonríe con gesto nervioso Butorac.

Federer percibe la inquietud de Eric y asume la responsabilidad de la conversación, haciendo que incluso parezca que es el jugador el que recibe al directivo.

—¡Aún no he visto el estadio cubierto! —exclama Roger mirando al cielo de la Arthur Ashe—. El año pasado me perdí el torneo y tampoco he podido ver en persona la nueva pista Grandstand… ¡Me siento como un jugador júnior! —continúa Federer—. Llevaba mucho tiempo sin venir a Nueva York y es emocionante estar de vuelta. Ya sabes que me encanta jugar aquí y espero prepararme bien para el torneo esta semana y estar listo para el lunes.

—Hablo en nombre de todo el torneo si te digo que espero que pases muy buenas… ¡tres semanas! —le replica Butorac sonriente.

—¡Ojalá que así sea!

Las palabras de Butorac son una manera más que directa de decirle que para el US Open sería fantástico que alcanzase la final.

Ajenos al torneo que arrancará en cinco días, los transeúntes de todo el planeta que visitan las cercanías de la catedral de St. Patrick y el Rockefeller Center frenan en seco al ver en la calle a la persona que está presente en la ciudad a través de centenares de carteles y pantallas luminosas.

—¡Es Rafa Nadal!

—Pero ¿ese no jugaba al tenis?

—¿Qué hace Nadal jugando al bádminton?

Los comentarios de los estupefactos viandantes no son fruto de un espejismo. Efectivamente, Rafa Nadal, vestido con pantalones vaqueros, camisa azul y unos mocasines, desempeña un papel deportivo poco habitual. Está empuñando una raqueta de bádminton.

De repente, se hace el silencio. Los mocasines de Rafa resbalan sobre la moqueta azul y el español cae de bruces en el suelo. Durante unas centésimas de segundo, las cabezas de los presentes orquestan elucubraciones de lo menos halagüeño. ¿Se lesionaría Nadal jugando al bádminton? ¿Podría un percance tan desafortunado provocarle algún tipo de daño físico? El infortunio sería mayúsculo, teniendo en cuenta la inminencia de uno de los mayores torneos del año.

No hay tiempo para más divagaciones, y al girar la cabeza y ponerse de nuevo en pie, es una enorme sonrisa la que emerge de la cara de Nadal. El español contagia las risas y se gana de nuevo el aplauso y el ánimo del público. Rafa continúa jugando al bádminton en la improvisada pista ubicada en Madison Avenue.

Ahora bien, ¿qué hace Rafael Nadal jugando al bádminton en Nueva York?

Al igual que en otros Grand Slams, el US Open no impone a los jugadores alojarse en hoteles oficiales, sino que da un dinero por noche a cada tenista con el objetivo de que ellos lo empleen a su gusto, hospedándose donde elijan. Para muchos hoteles neoyorquinos, albergar a celebridades se ha convertido en una notable herramienta de *marketing* y por ese motivo durante el US Open ceden habitaciones a tenistas o les hacen un precio muy especial a cambio de algún tipo de acción promocional, ya sea de manera presencial o a través de las redes sociales.

El Lotte New York Palace, en una propuesta ciertamente llamativa, había conseguido que Rafa Nadal y Venus Williams disputasen un ameno partido de bádminton al que también se sumarían con posterioridad otros tenistas como Nick Kyrgios, Eugénie Bouchard o los hermanos Zverev (Alexander y Mischa).

En la previa del torneo Rafa también recibió un regalo muy especial de otro de sus patrocinadores. Fue en su visita al nuevo *showroom* que Grupo Cosentino inauguró en Manhattan cuando Santiago Alfonso, vicepresidente de marketing y comunicación, le entregó una enorme tarta con un «uno», como felicitación por su nuevo ascenso al trono del tenis mundial.

Y es que, muchos años después, Nadal se disponía a disputar un Grand Slam como principal cabeza de serie. La prensa internacional especulaba con la apasionante lucha que él y Federer mantendrían en Nueva York por acabar el torneo como número uno y se especulaba sin miramientos sobre una final entre el español y el suizo que, posición en el ranking al margen, eran los tenistas más en forma del circuito.

Los sueños y ambiciones de los aficionados neoyorquinos eran aún menos ambiciosos que los de los periodistas. No les importaba que el duelo entre dos de los mejores jugadores de la historia fuera en la final o en las semifinales, ¡lo que querían era ver por primera vez un partido entre Nadal y Federer en Nueva York!

A diferencia de Melbourne, París o Londres, la historia, la cabalística y una sucesión de carambolas habían evitado que Nadal y Federer se vieran las caras en la Arthur Ashe. En cinco ocasiones Rafa y Roger habían medido sus fuerzas en Roland-Garros, tres veces en Wimbledon y otras tres veces en el Open de Australia. Pero nunca en el US Open. Los organizadores, que tantas veces se habían maldecido en el pasado por esta aciaga casuística, ahora se frotaban las manos. ¡Este año podrían tener por fin un Nadal-Federer en Nueva York!

En un evento ciertamente novedoso, el sorteo del cuadro que debe definir los emparejamientos del torneo se celebra por vez primera en plena calle, en el distrito de South Street Seaport. Acompañada por Angelique Kerber y por Marin Čilić, la CEO de la United States Tennis Association (USTA) da comienzo a la ceremonia en una soleada mañana marcada por la incertidumbre. ¿Irían Nadal y Federer por diferentes lados del cuadro? ¿Quién tendría un camino más arduo en el torneo? ¿Quiénes serían sus primeros rivales? El público que se ha congregado en uno de los barrios más históricos de la ciudad no solo respira a mar, también comienza a respirar tenis.

A poco más de quince kilómetros del sorteo, Rafa Nadal entrena en la Arthur Ashe con Grigor Dimitrov preparando su debut en el torneo. Ajeno a todo, el número uno del mundo imprime una gran intensidad a la pelota en un entrenamiento de elevada intensidad. En las primeras filas de la grada Rafa Maymò, Jordi Robert *Tuts*, Benito Pérez-Barbadillo, Carlos Costa y Sebastià Nadal miran con un ojo a la pista y con el otro sus teléfonos móviles, con los que siguen atentamente el sorteo.

La noticia impacta de manera simultánea en South Street Seaport y en la Arthur Ashe, ¡Nadal y Federer están en el mismo lado del cuadro! Es decir, que podrían jugar en unas hipotéticas semifinales, pero jamás en la soñada final del torneo. Rafa no se distrae por el sorteo y, ajeno a todo, sigue entrenando y dominando a un Dimitrov que venía de ganar en Cincinnati. Desde hace años, los compañeros de entrenamientos de Nadal saben de la dureza que supone calentar con el manacorí. ¡No se relaja ni un segundo! Así pueden atestiguarlo en Nueva York Fernando Verdasco, Tomáš Berdych, Lucas Pouille, David Goffin y Pablo Carreño. Contra todos ellos entrenó y jugó partidos cortos a un set y a

todos les ganó con cierto margen en el marcador. Esa exigencia que siempre se autoimpone Rafa y que tan bien ha sabido inculcarle Toni es parte del éxito cosechado a través de su carrera: los torneos se ganan tanto en la pista de competición, como en la pista de entrenamiento. Dimitrov lo ha experimentado recientemente, ya que decidió preparar la gira norteamericana con Rafa en su academia en Manacor. ¡Y no le había ido mal! Pocos días después de ese pequeño *stage* con Nadal, Grigor había conquistado el título más importante de su carrera deportiva levantando un Masters 1000.

Tras finalizar el entrenamiento con Dimitrov, Rafa Maymò comparte el resultado del sorteo del cuadro con Toni Nadal, Carlos Moyà y con el propio Rafa, que conoce a su primer rival sentado en la silla de la pista. Su primer escollo sería Dušan Lajović, jugador serbio entrenado por un español, José Perlas.

De manera simultánea, Roger Federer recibe la misma noticia y conoce que tendrá que abrir su participación en el torneo ante un joven talentoso al que ya conoce bien: Frances Tiafoe.

Nadal había preparado a conciencia su asalto al torneo neoyorquino, pero en su estreno se encontró con un factor con el que no había contado.

A Rafa le encanta la energía especial que transmite la pista central del US Open y siempre ha agradecido el apoyo del público de Nueva York, pero los acordes y notas que siempre ha concatenado de manera armoniosamente impetuosa la Arthur Ashe han pasado de ser un concierto de *rock* para convertirse en un festival de *heavy metal*. ¿Uno de los motivos principales? El nuevo e impresionante techo que cubre la pista más grande del mundo ha convertido la descomunal instalación en una tremenda caja de resonancia que multiplica cada sonido proveniente de las gradas.

Pero ¿qué es lo que genera tanto ruido? ¿No es el tenis un deporte silencioso en el que se respeta escrupulosamente un sepulcral silencio durante los puntos? Este interrogante, que recibiría un rotundo «sí» en cualquier torneo del mundo, no resulta válido para el Abierto de Estados Unidos, un evento cuyo público baraja otros cánones a la hora de asistir a un evento deportivo. El escenario y el ambiente de los partidos que transcurren durante este Grand Slam tienen cierta similitud con los encuentros de la NBA. Durante los puntos, el público come *pizza*, perritos calientes, sándwiches y bebe refrescos de dimensiones oceánicas. Incluso en los anillos superiores se permite que los espectadores puedan entrar y salir del estadio sin necesidad de esperar a la pausa

de los juegos impares en la que descansan los jugadores. Como si de una fogosa corriente de agua que fluye por los rápidos de un río se tratara, los comentarios, susurros y gritos de ánimo o admiración se suceden sin interrupción durante los partidos. El estadio tiene vida propia y las 23.700 personas destilan al unísono pasión, emoción y tensión. Así es la Arthur Ashe.

Durante el partido ante Lajović, a Rafa le sucedió algo insólito. Nadal no podía escuchar cómo la pelota impactaba en la raqueta del serbio, por lo que le resultaba imposible valorar de manera precisa con qué fuerza o con qué efecto le venía de vuelta el esférico. Aunque pudiera pensarse lo contrario, los tenistas profesionales necesitan tanto del tacto y de la visión como del oído para calibrar valores que podrían parecer innecesarios para los profanos de este deporte. Nadal sabe que el sonido y el ritmo van unidos y para poder encontrar una combinación de ambas se necesita algo de silencio. El ejemplo que pone Nadal es el del golf, el otro deporte que practica con mayor asiduidad: no es lo mismo golpear una bola de golf con unos auriculares puestos, ya que sin escuchar el impacto no es posible saber si has tocado o «sentido» bien la bola.

El sentir de Rafa es compartido también por los integrantes de su banquillo.

—Tanto ruido me produce dolor de cabeza —expone un sorprendido Toni Nadal—. Es un murmullo constante y es difícil que los jugadores puedan concentrarse bien. Como entrenador siempre le he dado mucha importancia al sonido del golpe. Me gusta fijarme en cómo suena la pelota de un jugador.

—Hay ruido, no se escucha la pelota —confirmó Carlos Moyà—. El sonido de la bola es muy importante. Entiendo que los que no hayan jugado nunca quizá no lo comprendan, pero notas el impacto, la fuerza, el efecto…, son mínimos detalles que tenemos siempre y que se echan de menos cuando te los quitan.

Federer se sobrepone también al ensordecedor ambiente que registra la sesión nocturna, pero sufre para batir a Frances Tiafoe en cinco sets, y padece lo indecible para remontar su segundo choque ante Mijaíl Yuzhny.

¿Quién dijo que el US Open iba a ser un paseo?

Rafa Nadal toma asiento en la última fila de la furgoneta que debe trasladarle a su hotel. A pesar de haber ganado a Taro Daniel en cuatro sets, su cara no refleja una desbordante felicidad.

El desplazamiento de Flushing Meadows hasta Manhattan es ciertamente complejo por el tiempo que se necesita para atravesar la ciudad. El tramo de diez millas se convierte a diario en una yincana constante en la que los conductores del torneo deben tratar de sortear atascos, obras y accidentes. Es raro el día en el

que el transporte dure menos de cuarenta minutos. Para evitar que el equipo entero vaya desperdigado en varios vehículos, el torneo pone a disposición de Rafa una furgoneta de tres filas para que todos los integrantes puedan hacer los viajes juntos. Ese día la cara de Rafa no se corresponde con el estatus que le confiere haber pasado de ronda.

De forma inesperada, dos viejos e inesperados fantasmas del pasado habían emergido en su tenis: los nervios y la ansiedad.

Aunque los aficionados tienden a alabar primero las portentosas cualidades físicas de Rafa Nadal, los expertos, analistas y compañeros de profesión siempre han destacado que las aptitudes y actitudes mentales del manacorí han sido su mejor virtud. Su cuerpo, como el de todos, genera un mecanismo que se activa en la cercanía de momentos importantes, decisivos o trascendentales. Y Nadal, como todo ser humano, también padece de ese proceso de activación fisiológica llamado nervios. El problema reside cuando esos nervios se descontrolan de manera cotidiana y se transforman en ansiedad, algo que le pasó factura en 2015 cuando concatenó algunas derrotas como las de Doha (contra Berrer), en Australia (contra Berdych), en Río de Janeiro, Barcelona y Nueva York (todas contra Fognini) o quizá la más sonada en Londres (contra Dustin Brown).

Nadal desecha la posibilidad de acudir a un psicólogo. Cree que la ayuda de un profesional o especialista puede llegar a ser muy importante para una persona, siempre y cuando sea utilizada para cuestiones de importancia. El tenis, piensa Rafa, no es más que un juego, al fin y al cabo. Y aunque respete que otros compañeros suyos requieran de esta ayuda, él cree que hay cosas más importantes en esta vida que ganar o perder un partido.

Rafa era consciente de que estaba jugando con nervios en momentos importantes, algo que no le había sucedido en toda su trayectoria profesional. Hasta 2015 Nadal siempre había sido un perfecto domador de sus propias emociones y sentimientos, pero un obstáculo se interponía entre su cabeza y su raqueta. De buenas a primeras, uno de los mejores jugadores de la historia había perdido la confianza en sus golpes y en sus movimientos. Sin capacidad para controlar la respiración o para domesticar sus pulsaciones, el español pierde su habitual clarividencia en la toma de decisiones y comete errores antaño impropios de su tenis. A pesar de tener catorce Grand Slam y más títulos acumulados que la mayoría del top 100 juntos, Nadal siente que puede perder partidos que antes nunca se le escaparían.

Pero es Rafa. Más fuerte que los nervios. Más fuerte que la ansiedad.

Se propuso solucionar el problema. Y, como si de Hércules capturando a Cerbero o al toro de Creta se tratase, emprendió un viaje hacia su interior para jugar y ganar uno de sus partidos más importantes. Nadal superó una de las lesiones más sustanciales que puede atravesar un deportista: una lesión mental.

Al ganar la batalla, Rafa se hizo más fuerte aún. Pero aquel viejo y mordaz adversario reapareció dos años después para intentar plantear una nueva batalla en pleno US Open 2017.

Al igual que hiciera en marzo de 2015, Nadal reconoce su problema abiertamente. Los nervios habían vuelto a poblar su cabeza y a extenderse por los cordajes de su Babolat.

Ahora bien, ¿cuáles eran los motivos? ¡Si Rafa era el número uno del mundo y uno de los candidatos al título!

Las causas de un fenómeno mental de repercusiones somáticas no son nunca sencillas de escrutar. A veces, el cerebro es capaz de confundirnos con elucubraciones laberínticas fuera del alcance de los mejores psicólogos. Nadal venía de perder de manera sorpresiva ante Denis Shapovalov en los octavos de final de Montreal y de sucumbir frente a Kyrgios en los cuartos de Cincinnati. Los entrenamientos estaban funcionando a la perfección, pero su mente comienza a escudriñar con posibles resultados negativos la competición oficial. Otro detonante lo desencadena algo que, *a priori*, debería resultar más estimulante que dañino: Nadal ostenta por primera vez en tres años el estatus de número uno del mundo, pero Roger Federer le pisa los talones. En la sala de conferencias de prensa, una letanía de preguntas sobre el liderato del ranking mundial se apilan en la mente del balear. Y eso no ayuda a contener los volcánicos nervios generados por el temor de la pérdida de su privilegiado *statu quo*. El condimento que acaba de aderezar la amalgama de sentimientos no es otro que el del favoritismo que se le otorga en el US Open. La explosividad de sus victorias en territorios como Montecarlo, Barcelona, Madrid o Roland-Garros y su posición de prestigio le habían disparado en las apuestas como el nombre destinado a conquistar Flushing Meadows por tercera vez en su carrera. En las primeras horas del torneo nombres propios como los de Zverev, Dimitrov, Čilić y Berdych protagonizan derrotas inesperadas, lo que allana un poco más un camino en el que no figuraban ya ni Andy Murray (retirado pocas horas antes de arrancar el torneo) ni los lesionados Djokovic, Wawrinka, Nishikori o Raonić. El cerebro de Rafa, alimentado por la presión mediática y la lógica del tenis, discurre que todo lo que no sea alcanzar como mínimo las semifinales será un

varapalo, una oportunidad perdida para agrandar su ya extenso palmarés. Es una presión autoimpuesta, una exigencia que alimenta a un voraz competidor al que vuelven a surgirle los nervios en la pista. La ansiedad estaba de vuelta.

Federer tampoco estaba exento de problemas. Tras superar sin muchos apuros a Feliciano López, Roger sobresaltó a los espectadores reclamando las asistencias médicas durante su partido contra Philipp Kohlschreiber. Las dolencias que arrastraba en la espalda habían vuelto a incomodarle, impidiéndole desarrollar su mejor tenis. Si bien antaño el vigoroso y atlético cuerpo del suizo fue capaz de convertirse en un forajido de las dolencias físicas, el paso de los años damnificó su currículo muscular igualándole con el resto de los mortales. Sí, a Federer también le dolían cosas. Sí, Roger también se lesionaba. Aunque tras el partido bromeó diciendo que se encontraba bien y que tan solo necesitaba un masaje en los glúteos y en la espalda, su rostro reflejaba otra realidad: si su físico no le respondía con una precisión exhaustiva, tendría muy complicado superar a Juan Martín Del Potro en los cuartos de final del torneo.

Los peores presagios del helvético se transfiguraron en un rival al que él mismo había bautizado días antes como «Juan Martín del THORtro», en referencia al poderío con el que golpeaba la pelota el jugador argentino, al que equiparó a través de un divertido y viral vídeo con el personaje de la industria Marvel. En el transcurso del duelo entre Federer y Del Potro el tandilense convirtió su raqueta Wilson en el martillo del superhéroe y dios nórdico de la mitología griega. Cometiendo algunos fallos inverosímiles en el *tie-break* del tercer set, Federer deja escapar oportunidades que su rival aprovecha con la percusión incesante de sus estruendosos golpeos.

Federer había caído eliminado. La historia, de nuevo pejiguera e irreverente, iba a privar a Nueva York del partido más anhelado de su historia. Un año más, se quedarían sin el esperado Federer-Nadal que los otros Grand Slam habían acogido con asiduidad.

Lejos de alegrarse o confiarse en exceso, Nadal se prepara a conciencia para el partido de semifinales. De nada valdría la contundente exhibición de poderío mostrada ante Dolgopólov y Rublev si luego palidecía ante Del Potro.

En el arranque de la penúltima ronda del torneo, Del Potro se lleva el primer set 6-4. Y entonces, se desata la tormenta perfecta en Nueva York. Los adjetivos *increíble*, *espectacular*, *formidable* y *mágico* resbalan de los labios de Fernando Ruiz y Àlex Corretja en la retransmisión que realizan para Eurosport a los aficionados españoles. Rafa Nadal endosa un 6-0 al argentino en uno de los

mejores ratos de tenis que se le recuerdan al español (y esto son palabras mayores). La fiesta acaba redondeándose con un 6-3 y 6-2 adicional que ubica a Rafa en la gran final del torneo.

—Rafa, hay un debate mundial, ¿tu camiseta es rosa o naranja?

La pregunta pilla descolocado a un Rafa absorto aún en las fuertes emociones que acababa de vivir en la pista. La pregunta se la hace Àlex Corretja, que, al ver tan feliz a su entrevistado, se atrevió a formularle una cuestión que había pasado de ser una anécdota a convertirse en cuestión de Estado en las retransmisiones de Eurosport.

—Es entre fucsia y rosa —responde un exultante Nadal entre risas.

Aunque la marca que le viste (Nike) había publicado en su web que la camiseta con la que Nadal vestía en las sesiones diurnas era de tonalidad «coral», la discusión aún no estaba del todo zanjada, ya que las redes sociales seguían debatiéndose entre el rosa, el naranja y el salmón. Fin del debate.

A continuación, Rafa jugaría la final del US Open 2017 con la camiseta negra de las sesiones nocturnas.

—Otro gol de Messi, ya lleva dos.

Rafa Nadal camina por los pasillos del USTA Billie Jean King National Tennis Centre mientras contempla a través de la *app* de la Liga en su teléfono móvil cómo transcurre el partido del Barcelona. El campeonato nacional ha comenzado en España y el Real Madrid no pudo pasar del empate ante el Valencia en la segunda jornada. Un traspié del conjunto blaugrana equilibraría la balanza, pero el apetito de Messi es insaciable. Nadal levanta la cabeza de su teléfono y prosigue con su jornada en la víspera de la final que deberá disputar ante Kevin Anderson, jugador sudafricano que derrotó a Pablo Carreño en semifinales.

La expectación desborda lo común y la Arthur Ashe se engalana de nuevo para presenciar el desenlace del torneo masculino, que arranca con el tradicional *God Bless America* cantado por Corey Hawkins, que además de saltar a la fama como actor en la serie «The Walking Dead», ha sido nominado a un Premio Tony. A pesar de tratarse del mayor partido de su carrera, Anderson no se siente intimidado por el caleidoscopio de flashes provenientes de la grada y es capaz de catalizar sus nervios y exigir a su rival.

Lejos de frenar el vertiginoso ritmo que él mismo se ha autoimpuesto, Nadal ni decelera ni se confía. Sus hechuras de líder no se dejan someter por la autocomplacencia e imprime aún más ritmo en el segundo set.

En el año 2014, precisamente tras ganar el US Open, Nadal voló de Nueva York a Madrid para incorporarse a la concentración del equipo español de Copa Davis. Aunque el desgaste físico y mental de Rafa era considerable, quiso cumplir con la palabra dada y ayudar al equipo en la eliminatoria ante Ucrania que debía disputarse en la Caja Mágica. Nadie hubiera criticado a Rafa por haber descansado esa semana, pero apostó por dar continuidad a la palabra dada y defender una vez más a su país en un torneo que ya había ganado en cuatro ocasiones. En el primer día de competición Rafa no mostró signo alguno de fatiga ante Sergiy Stakhovsky al que endosó un apabullante 6-0 en el primer set. En los inicios del segundo, cuando iba 3-0 por delante con dos breaks en su haber, Nadal se sentó en el banquillo al lado de Àlex Corretja y se dirigió al capitán español: «Si ves que me relajo, me lo dices, ¿eh?». La estupefacción de Àlex fue mayúscula. ¿Acababa de decirle eso Nadal? ¡Pero si iba ganando 6-0 y 3-0 con un nivel de tenis vertiginoso y sin atisbo alguno de relajación! ¿Qué podía decirle Corretja? ¡Su partido era perfecto! ¿Habían abducido los extraterrestres a un humano y lo habían convertido en Rafa? Nadal acabaría imponiéndose 6-0, 6-0 y 6-4.

Aquel día en Nueva York Nadal tampoco iba a adocenarse. Estaba en juego un título de Grand Slam y no quería que un circunstancial paréntesis de relajación revitalizase las opciones de Kevin Anderson. La tenaz e intensa pelea finalizó cuando, al igual que en el Mutua Madrid Open, Rafa subió a la red tras un saque abierto ejecutado audazmente al revés de Anderson. Gracias a una ingrávida volea, el mundo volvió a paralizarse. Rafa levantó los brazos y acompañó su profunda mirada de infinita felicidad de un mensaje fácilmente desencriptable: ¡había conquistado Nueva York por tercera vez!

En la ceremonia de entrega de trofeos, Rafa se acuerda de las víctimas del terremoto que ha azotado México, así como de todas las familias afectadas por el huracán *Irma*, que había castigado con dureza tanto Florida como numerosos países caribeños. Acto seguido, Nadal mira a su rival, al que también dedica unas sentidas palabras:

—Has tenido muchas lesiones y has vuelto. Tienes una gran familia, un gran equipo y un gran padre, ¡con el que he jugado al golf en Wimbledon!

El golf ya había hecho acto de presencia cuando, en el arranque del partido, las cámaras habían advertido un invitado muy especial en el banquillo de Nadal. Se trataba de Tiger Woods, que también había estado apoyando al español en las semifinales del torneo. Tampoco se lo quisieron perder estrellas de Hollywood

como Hilary Swank, John Turturro o Matt Dillon, el magnate Rupert Murdoch, el empresario Bill Gates o las leyendas del tenis Manolo Santana y Stefan Edberg.

Tras la ceremonia del torneo, Rafa acude con su trofeo al set de televisión de ESPN y a continuación al de Eurosport. Allí entrega a los presentadores la camiseta conmemorativa de Nike por haber conquistado dieciséis Grand Slam que había preparado su amigo *Tuts*. Todo el peso de una leyenda en una camiseta. Su felicidad no puede ser más grande al comprobar que miles le están esperando en la explanada central del recinto, justo detrás de los platós de televisión, para felicitarle una vez más. Rafa comienza las entrevistas, ¡pero el clamor del público le impide escuchar al presentador!

Tras las merecidas celebraciones con todo su equipo, Nadal se marchó del US Open con el cariño de todo un país, pero también con 9.465 puntos en su haber, lo que le permitía ampliar las diferencias con su inmediato perseguidor, Roger Federer, que abandonó Nueva York con 7.505. La pelea por los títulos de Grand Slam sufriría un receso de cinco meses, pero la carrera por concluir el año como número uno del mundo seguía viva.

Rafa tenía ante sí el reto más complicado, el de afrontar la parte de la temporada en la que las superficies adquieren una mayor velocidad, emergen los estadios cubiertos y los torneos se adaptan peor a su estilo de juego. Federer tenía todo a su favor para disolver a base de títulos la diferencia de puntos. Pero a Rafa le motivan los retos. El desafío de superar adversidades es ya una constante en su vida. ¿Por qué no podría mantener el nivel y seguir levantando copas en 2017?

Nueva York se quedó sin el soñado Nadal-Federer. Pero constató al menos que la rivalidad entre ambos estaba efervescente, en su estado de máxima ebullición.

SIEMPRE HAY UNA PRIMERA VEZ
PRAGA

«Todo comenzó hace mucho tiempo con un chaval de Manacor que llegó a Miami y me ganó en nuestro primer partido cuando yo era número uno del mundo. Entonces pensé que quizá podría llegar a ganar Roland-Garros algún día, pero no pensé que podría conseguirlo diez veces. Su carrera ha sido absolutamente increíble y es fantástico tenerle en nuestro equipo. Quiero dar la bienvenida a Rafa Nadal.»

Con este escueto pero sentido discurso, Federer presentó a Nadal en la gala inaugural de la Laver Cup celebrada en Praga en el mes de septiembre, tan solo dos semanas después de que Rafa acumulara en su palmarés su decimosexto Grand Slam en Nueva York. Engalanado con un elegante esmoquin y con una sobria y refinada pajarita, el jugador suizo presentaba al mundo al jugador que, por unos días, iba a ser su compañero de equipo. Por vez primera en su carrera, la rivalidad labrada a costa de lances y disputas infinitas se harían a un lado para dar paso a un escenario nunca antes conocido.

Un torneo nuevo, con un formato diferente y en el que además iban a estar presentes Rafa y Roger. La rivalidad adquiría matices inéditos.

La Laver Cup se había presentado en verano de 2016 cuando una de las grandes leyendas del tenis, Rod Laver, acompañado de Nadal, Federer, McEnroe y Borg presentaron al mundo esta novedosa y sorprendente competición. Durante siglos, el tenis —criticado a menudo por su inmovilismo— ha destacado por el carácter individualista de su circuito y son muy pocas semanas al año en las que los jugadores tienen la oportunidad de competir en equipo representando a sus países. La Copa Davis (evento masculino), la FedCup (evento femenino) y la Hopman Cup (torneo mixto) son excepciones en un calendario marcado por torneos en los que importa más el *yo* que el *nosotros*.

Por eso, cuando se planteó que el torneo estaba concebido para que el Team Europe jugase contra el Team World, pocos creyeron en el éxito del evento. Muchos jugadores, exjugadores, miembros de los diferentes organismos del tenis

y analistas de los medios tacharon el torneo de «exhibición» y auguraron el prematuro fracaso de un formato encapsulado en mitad de un calendario muy exigente.

Desconocían muchos por aquella época que el propio Federer había trabajado duro en este torneo involucrando a su mánager de toda la vida, Tony Godsick, y a su empresa TENIS8 para garantizar su éxito de la mano de la USTA (la federación estadounidense de tenis) y Tennis Australia (la federación australiana). Para ello se había elegido cuidadosamente un país con mucha tradición tenística (República Checa) y un escenario capaz de acoger un evento de gran magnitud (el O2 Arena de Praga).

Cada uno de los dos equipos de la Laver Cup estaría compuesto por un capitán, un vicecapitán, seis jugadores y un suplente. Según dictaba la normativa de la competición, los cuatro mejores jugadores del ranking ATP de cada continente lograron su plaza directamente el lunes posterior a Wimbledon, mientras que los dos jugadores restantes fueron elegidos por los capitanes el lunes posterior al US Open. En un año marcado por las lesiones de Djokovic, Murray y Wawrinka, en el equipo europeo lograron plaza directa Rafa Nadal, Roger Federer, Marin Čilić y Alexander Zverev, mientras que las invitaciones de Borg recayeron en Thiem y en Tomáš Berdych, que ejercería de local en Praga, ciudad que albergaría la primera edición del torneo. Por parte del Team World, lograron su clasificación inmediata para la Laver Cup: John Isner, Sam Querrey, Nick Kyrgios y Jack Sock. Las lesiones de Juan Martin Del Potro y Miloš Raonić propiciaron que los jóvenes Denis Shapovalov y Frances Tiafoe pudieran acceder al torneo mediante la invitación de John McEnroe.

Rafa y Roger son dos animales deportivos, que individualmente han ganado todo y que se disponen a vivir una semana especial juntos. Ambos aterrizan en Praga como número uno y dos del mundo.

«Su temporada está siendo bastante buena. Estoy muy contento por su nivel. Obviamente está siendo una temporada de ensueño para él tras ganar su décimo Roland-Garros, creo que nos dejó a todos impresionados la manera en la que consiguió ganar en París por décima vez. Por supuesto, su inicio de temporada fue muy bueno en Australia y luego lo ha mantenido. Ganar el US Open le ha dado mucha confianza y eso nos va a venir muy bien en la Laver Cup. Para ser número uno tienes que jugar muy bien, pero también tienen que alinearse las cosas en el momento adecuado. Y él estaba ahí. ¿Si me ha sorprendido que haya vuelto a ser el número uno? Quizá un poco, pero solo

porque este año estábamos en su academia los dos lesionados sin saber hacia dónde se dirigían nuestras carreras. —De nuevo resuenan en la mente de Roger los recuerdos de la academia y emergen las agoreras incógnitas que videntes y pitonisas profetizaron acerca de sus futuros—. Pero no, al final no me sorprende que haya vuelto así, ganando Roland-Garros y otro Grand Slam y que se haya metido en la lucha por ser número uno. Pero ser número uno es una historia diferente. Estoy muy impresionado y muy feliz por él.»

La prensa internacional especula sobre el espíritu de la competición y se genera un debate en torno al carácter de la Laver Cup. ¿Se trata de una exhibición? ¿Es un torneo oficial con visos de asentarse en el calendario? Nadal lo deja muy claro desde el comienzo: «Estamos aquí para dar lo mejor de nosotros mismos, ¿no? Me he levantado hoy a las 4.00 de la mañana para entrenar. En una exhibición no me entreno antes de jugar. Estamos aquí para ganar, no para jugar un partido amistoso. Queremos jugar con pasión defendiendo nuestro continente. Creo que tenemos un gran equipo y queremos hacerlo bien. Veremos si somos capaces de ganar».

La versión tenística de la Ryder Cup se celebraría en tres días (viernes 22, sábado 23 y domingo 24 de septiembre) y en cada una de las jornadas se juegan cuatro partidos (tres individuales y uno de dobles). El formato de los encuentros sería al mejor de tres sets reemplazándose el set decisivo por un *super tie-break* a diez puntos. El objetivo era mantener la emoción hasta el final y por ello las victorias de la primera jornada valían un punto, las del segundo día dos puntos y las del domingo tres puntos. Es decir, que se repartirían un total de veinticuatro puntos, por lo que se proclamaría vencedor de la Laver Cup el equipo que llegase antes a los trece puntos. La normativa también contemplaba que podría darse un empate a puntos tras la conclusión de los doce partidos y, en ese caso, el título se decidiría en un partido de dobles disputado a tan solo un set.

Normas aparte, la novedad era ver a Nadal y Federer juntos en el equipo europeo. El público deseaba contemplarlos ya en acción y ellos mismos aguardaban esas nuevas emociones como primerizos. «Estoy feliz de poder compartir unos días con él y con el resto de los jugadores que tenemos. Es una sensación bonita, importante y sinceramente, creo que es bueno que convivamos esas situaciones juntos», confiesa Roger en la víspera del evento.

La fría mañana del viernes 22 de septiembre empezó a calentarse dentro del imperial O2 Arena con la presentación inicial de los equipos y con la victoria de Marin Čilić, que venció a Frances Tiafoe otorgando a Europa el primer punto de

la competición.

La primera escena icónica del evento se produce en el transcurso del segundo partido, que enfrenta a Thiem con Isner. Rafa sale catapultado de su asiento para dirigirse al banquillo en el que Borg y Thiem conversan en el descanso del 6-5 en el segundo set. El austríaco está viviendo momentos complicados ante Isner y acaba de salvar una pelota de partido en contra. Nadal, que pocos meses antes ha tenido que lidiar con Thiem en partidos tan trascendentales como las finales de Barcelona, Madrid, los cuartos de final de Roma o las semifinales de Roland-Garros, no duda ni un segundo en ir a darle su apoyo y prestarle consejos para resolver su partido. Pocos minutos antes había sido Roger el que había hecho lo propio. Sus genes competitivos y su espíritu de equipo son innegables. La sabiduría y la experiencia adquiridas en la pista a través de lustros se convierten en un bien común cuando se trata de jugar en equipo. Thiem, que agradece y valora el apoyo, acaba ganando su partido y dándole a Europa el segundo punto del torneo.

«Estaban ahí animándome, lo que ha sido increíblemente agradable. Creo que ha sido una gran experiencia para mí y para el resto de mis compañeros ver a estas dos leyendas. Tienen los dos un gran espíritu de equipo. Hemos visto cómo nos apoyaban desde el banquillo tanto en el primer partido como en el mío. Y cuando han bajado a mi banquillo ha sido increíble. Ha sido un gran estímulo saber que estaban ahí animándome», explicó un orgulloso y agradecido Thiem.

Finalizada la primera jornada con un liderazgo contundente por parte del equipo europeo, el segundo día de competición avanza con un nuevo rosario de puntos para el conjunto liderado por Björn Borg, que incluye la cómoda victoria de Federer sobre Querrey y el ajustado triunfo de Nadal sobre Sock. Y por fin llega la hora, el momento más esperado de la Laver Cup y de los últimos meses. Por primera vez en su carrera, Rafa Nadal y Roger Federer iban a compartir una pista de tenis como compañeros y no como rivales. A lo largo de la última década, el español y el suizo se han visto en la pista con motivo de contextos muy variopintos: han jugado partidos oficiales, pero también han jugado exhibiciones y colaborado en infinidad de ocasiones con motivo de causas solidarias.

En 2010, cuando ambos eran número uno y dos del mundo, Nadal viajó a Suiza para medirse a Federer en un partido cuyo objetivo era recaudar fondos para la Roger Federer Foundation for Africa y luchar contra la pobreza infantil en países como Sudáfrica o Tanzania. Acto seguido, el suizo devolvió la visita al

español y ambos jugaron en la Caja Mágica el partido benéfico «Unidos por la infancia». En su listado de duelos conjuntos en exhibiciones fue muy sonada «La batalla de las superficies», en la que Nadal y Federer disputaron en 2007 un partido con la mitad de la pista compuesta de hierba y la otra mitad de tierra batida. Aunque una década después de aquel singular duelo el resultado pueda ser lo de menos, por aquel entonces fue muy comentada la apretada victoria de Nadal 7-5, 4-6 y 7-6. Ninguno de los dos se tomaba las exhibiciones a broma. Los dos competían. Los dos jugaban para ganar.

—He jugado partidos solidarios con él en los que hemos estado muy relajados y felices recaudando fondos —explica Roger—. En esos momentos uno de los objetivos también es pasarlo muy bien. Hemos hecho muchas cosas juntos, he conocido a su familia o he acudido el año pasado a su academia, todos ellos momentos en los que estamos muy relajados. Es decir, que conozco a Rafa desde hace mucho y le he visto en su lado más relajado. Pero también le he visto en equipo y puedo decir que es un fantástico jugador de equipo.

Y es que en Praga todo iba a ser distinto. Desterrada la palabra *exhibición* del glosario de términos de la Laver Cup, Nadal y Federer se disponían a recorrer de la mano un camino nunca antes transitado por ambos: jugar un partido de dobles juntos. Por vez primera en la rivalidad entre ambos, tocaba desligarse de conceptos tan cotidianos como *tú* y *yo, vencedor* y *vencido, campeón* y *finalista*. La situación requería interiorizar una nueva palabra: *equipo*.

—Jugar con Rafa no es del todo nuevo —reconoce Roger antes del partido—. Para ser sincero, creo que lo completamente nuevo será estar en el mismo lado de la pista en un partido de dobles que va a ser ultracompetitivo. Ese va a ser el verdadero cambio. Nadal siempre piensa primero en el equipo y en sus miembros, y eso es maravilloso. Tiene una gran energía y un buen equilibrio. Por eso creo que su éxito es tan longevo. Tiene mucha intensidad cuando salta a la pista y una vez que la cámara le enfoca, se transforma. Ahora mismo le veo muy relajado y creo que yo me siento igual. Creo que es la única manera de manejar esta situación. Es una alegría tenerle al lado y, para ser honesto, estoy feliz de que juguemos juntos en el mismo equipo.

El partido, con el que ambos llevan ilusionados desde hace más de un año, era ya inminente y ambos sabían que la única escalera que les conduciría hacia la victoria debía construirse con una compenetración basada en la confianza en el compañero que ese día tendrían en el mismo lado de la pista.

Pocos minutos antes de saltar a la pista, Nadal y Federer se reúnen con los capitanes de Europa Björn Borg y Thomas Enqvist. A lo largo de unos pocos minutos de conversación, grabada por la organización del torneo y que se convierte en viral en pocos minutos, ambos jugadores debaten sobre la táctica y estrategia a seguir en el partido. El vídeo de la reunión, que comienza a dar la vuelta al mundo por lo extraordinario del diálogo (en el tenis masculino jamás se muestran este tipo de escenas con entrenadores y compañeros), se acaba convirtiendo en un pequeño debate acerca de cómo plantear el duelo que debe enfrentar a Rafa y a Roger contra Sock y Querrey. La pregunta vital que planea en el meeting es quién debe jugar a la derecha y quién a la izquierda. En el argot tenístico, el interrogante se formula de una manera diferente: quién debe jugar en el lado del *deuce* y quién debe hacerlo en el lado de la *ventaja*. Sentado en la zona presidencial de la sencilla mesa blanca ubicada en el centro del salón de jugadores del equipo europeo, Björn Borg inicia la conversación diciendo a Rafa y Roger que tiene muchas ganas de verles jugar juntos, aunque nunca hayan unido fuerzas en el mismo lado de la pista.

—Tú juegas bien en individuales y yo no soy malo. Vamos a ver si lo hacemos bien en dobles —bromea Rafa para romper el hielo.

—A mí me gusta cuando los zurdos juegan en el lado de la *ventaja*. Tendría que cambiar —le dice Roger a Borg—. ¿Y a ti?

—Sí, a mí también —responde el capitán europeo.

—Rafa tendría que cambiar de lado con respecto a ayer —la jornada anterior había jugado el dobles con Berdych ubicado en el lado del *deuce*—, pero ya sabe lo que es jugar en ambas zonas —contextualiza el suizo.

—Sí, creo que Rafa puede jugar en los dos sitios —sostiene Borg.

—¡Y yo también! —responde Federer.

—La verdad es que no me importa mucho dónde jugar —prosigue Rafa—. Es verdad que estoy un poco más acostumbrado a jugar en el lado del *deuce*, pero creo que podemos jugar bien también si en esta ocasión juego en el lado de la *ventaja*. ¡Probemos así! ¿Tú estás de acuerdo con jugar a la derecha? —acaba preguntando Rafa a Roger.

—He jugado más veces en el *deuce* a lo largo de mi carrera, pero en pistas rápidas también lo he hecho en la *ventaja* —responde el suizo.

—Veo importante que cubramos bien la zona del medio de la pista y que hablemos sobre quién de los dos pega a la pelota, ya que irá a nuestro revés —apostilla el español.

—¡Sí! ¡Para que no vayamos a la vez y nos choquemos! —responde riéndose Roger.

—¡Y que no nos lesionemos! —replica Rafa.

—¡Lesiones no, por favor! —vuelve a sonreír el suizo.

Las risas y el ambiente distendido generan un clímax único. Los cuatro interlocutores parecen haberse olvidado de la presencia de una cámara y continúan debatiendo la táctica que van a seguir. Una vez decidido en qué zona va a jugar cada uno, toca abordar qué estrategia deben asumir cuando toque sacar y restar.

—¿Qué quieres que haga cuándo tú restes? —pregunta Federer—. ¿Prefieres que suba a la red o que me quede en el fondo?

—Prefiero que te quedes en el fondo de la pista. De esa manera, yo, cuando reste, puedo hacerlo a ambos lados —responde Nadal—. Y si tiro la pelota al jugador que está en la red tendrá que hacer una gran volea si quiere ganarnos el punto. Y cuando tú saques, ¿qué prefieres que hagamos? ¿Me quedo en mi sitio o me voy cruzando?

—Podemos ir viendo cómo nos sentimos —se explica el suizo—. Ir evaluando cómo estamos sacando, restando y tomar decisiones sobre la marcha para decidir si te cambias de lado al volear o si jugamos en formación australiana. —Es esta una jugada típica del dobles que se emplea para no revelar la posición del jugador que volea y desconcentrar al rival.

—Sí, para mí también es clave ser impredecibles. Tanto Querrey como Sock le pegan muy fuerte a la pelota y saben cómo hacerlo bien, por lo que va a ser complicado. Por eso hay que moverse y jugar con la energía correcta.

—Sí, va a haber un gran ambiente y tenemos que mostrarles que queremos ganar.

—Cierto, ¡y además es un punto importante dentro del torneo! Si se dan bien los partidos de esta tarde podríamos obtener una buena ventaja —añade Rafa.

—Va a ser un partido muy reñido, porque además ellos sacan muy bien. Así que hay que involucrar al público, hay que jugar muy bien como equipo y a dar el máximo

—¡Suena bien! —contestan al unísono tanto Roger como Borg.

—¡Sí, suena todo genial, pero ahora hay que ponerlo en práctica! *Let's do it!* —cierra Rafa.

La reunión se disuelve entre risas y Rafa, Roger, Borg y Thomas se

predisponen a vivir uno de los momentos más especiales de la historia reciente del tenis.

El magnetismo se percibe en todos y cada uno de los rincones del O2 Arena. La entrada a pista de dos de las grandes leyendas del deporte levanta de sus asientos a los diecisiete mil espectadores que abarrotan el estadio checo. Semanas, meses, años (¡lustros!) de espera convierten ese instante en mágico. Los relojes del tenis detienen sus agujas a las 21.12, momento en el que se produce un eclipse jamás visto en el universo del deporte. Serios, concentrados y con paso firme, Nadal y Federer se adentran en una selva de flashes, aplausos y juegos de luces. Aunque son sabedores de la importancia del momento y conscientes de que la imagen está dando la vuelta al mundo, el español y el helvético no olvidan la dificultad del reto y se ponen manos a la obra.

Tras el titubeante inicio (Nadal y Federer encajan el primer juego en blanco con Sock al servicio), el engranaje empieza a funcionar y la maquinaria que ensambla a las dos mejores raquetas del planeta asume el mando de un primer set que se acaban adjudicando por 6-4. Aunque jamás hayan disputado un partido juntos, se percibe un *feeling* especial entre ambos. Rafa y Roger celebran cada acierto del compañero y se animan cuando uno de los dos comete algún error.

El público, aunque mayoritariamente checo, reúne también aficionados venidos de todas las partes del planeta para presenciar el evento. Todas las grandes televisiones del planeta están emitiendo el partido: ESPN y Tennis Channel en América y Oceanía; Fox Sports en Asia; Super Sport y beIn Sports en Oriente Medio y Canal + en África. En Europa, no hay país que no esté dando en directo el evento: Eurosport, Sky Sports, Super Tennis o Teledeporte son solo algunos de los canales que están retransmitiendo el partido de dobles con Nadal y Federer de protagonistas.

El primer set ha finalizado y, aunque lo normal sería que parte del público se levantase para adquirir una bebida, una *pizza* o algo para cenar, nadie abandona su asiento en el O2 Arena. Perderse un par de juegos en un partido histórico (y puede que irrepetible) se considera inviable.

En la segunda manga, Rafa y Roger no encuentran la fórmula para frenar el devastador saque de Querrey y Sock, que convierten el 93 por ciento de los puntos en los que arrancan con primer servicio. Un contundente 6-1 de la dupla americana abocaba al partido al decisivo *super tie-break* final. La inquietud incauta parte del O2 Arena. La indefectible devoción que siente el público por el

español y el suizo provoca un gemido interior entre los espectadores: ¿de verdad podían perder Rafa y Roger en su primer partido juntos? La balanza del optimismo decrece cuando se contraponen los temores de una derrota que tendría un eco mundial. Los flashes empiezan a rociar también a los americanos, transgresores en una fiesta en la que no partían como invitados principales.

Comienza el desenlace del partido y un buen saque de Rafa, unido a un notable resto del balear que no consigue devolver Sock ponen el 2-0 inicial para los europeos. Berdych, Thiem, Zverev y Čilić no cesan de animar desde el banquillo a sus compañeros. Saben que están siendo testigos de un partido memorable en el que juegan un papel relevante como actores secundarios. Otras dos voleas de Nadal sumadas a una doble falta de Jack Sock relanzan las opciones del equipo europeo que, en un parpadeo, se pone con 8-1 en el marcador. La tensión competitiva de Rafa es un cable de alimentación que nutre de energía a Roger y que sirve de carburante y estímulo al público y al banquillo.

Después de una hora y dieciocho minutos, Rafa y Roger se ponen en situación de ganar el partido, pero Nadal destierra un resto fuera de la pista y los europeos pierden su primer *match ball*. Federer se acerca al español y le da dos golpecitos en el hombro consiguiendo sacarle una sonrisa a Rafa. El campo electromagnético motivacional que gratina el pabellón deriva en un clímax indescriptible cuando Federer despliega su potencia conectando tres golpes consecutivos que ponen en jaque a los americanos. Sam Querrey no consigue devolver el último latigazo del suizo. ¡Victoria! *«Game, set and match for Europe»*, clama el juez de silla mientras Rafa y Roger se abrazan antes de saludar a todos sus compañeros. El marcador final (6-4, 1-6 y 10-5) quedará plasmado de manera imperecedera en la historia de estos dos colosos del deporte.

Finalizado el encuentro, Rafa y Roger se convierten en actores de una nueva escena inédita en sus carreras: la de protagonizar tras un partido una rueda de prensa conjunta ante los medios de comunicación. Acostumbrados a verlos transitar por separado, uno como ganador y otro como perdedor, resulta ciertamente insólito que compartan impresiones y sonrisas.

—Siempre que estemos en activo seremos rivales —declara Federer—. Gracias a Dios o por desgracia, después de hoy volveremos a ser rivales, pero esto ha sido algo muy especial. Ha sido un auténtico placer compartir el mismo

lado de la pista con Rafa. Ha sido genial saber que podía confiar en él en los grandes momentos, ver cómo toma las decisiones y también su forma de pensar. Me voy a quedar con estos recuerdos para toda la vida —admite sincero.

El tono festivo no desaparece en ningún momento y se incrementa con las respuestas irónicas de Rafa y Roger cuando un periodista les pregunta si tras retirarse como profesionales se plantearían seguir jugando el circuito solo en la modalidad de dobles.

—Es una gran idea —afirma Roger de manera irónica—. Rafa, ¿te vendrías a vivir conmigo a Suiza? ¡Así podríamos jugar juntos en los próximos Juegos Olímpicos! O mejor, ¡podría hacerme español!

Rafa no consigue reprimir una contagiosa risa que se extiende por la sala de conferencias de prensa.

—Puedo confirmar que no seguiré jugando dobles tras retirarme en individuales —cierra el tema Roger.

—Pues si tú no te animas, ¡yo tampoco! —responde con cierta comicidad Nadal.

—¡Perdón por acabar con tus expectativas sobre este tema! —le dice Roger a Rafa mientras estira su brazo para agarrar el hombro del balear—. No es una buena idea, ¿no?

—¡No!

—Bueno, siempre podríamos hacerlo por ti —le dice Roger al periodista italiano—. ¡Pero solo durante cinco años!

—¡Incluso podríamos ir a Italia! —cierra Rafa con más risas de los medios de comunicación.

Aunque el ambiente distendido sigue vigente, Nadal adopta un tono serio a la hora de abordar el desenlace de la competición.

—Si no ganamos los primeros partidos de mañana, nuestros rivales van a coger energías extras. Son jóvenes y su juego se adapta a esta pista, así que podríamos llegar a encontrarnos con problemas. Estamos 9-3 arriba en el marcador, pero todos los partidos están siendo ajustados —declara solemnemente Rafa.

—Yo solo quiero acabar levantando el trofeo con Rafa y con el resto del equipo. Es un trofeo precioso y lo tenemos al alcance de la mano —concluye el suizo con rostro ilusionado.

Finalizada la comparecencia ante los medios internacionales, Nadal se queda para responder las preguntas en castellano que le formulan los periodistas

españoles. Y Roger, en vez de marcharse, se queda a su lado.

—Todos los ingredientes estaban en su sitio para que el partido fuera inolvidable y así ha sido —se arranca Rafa—. Ha sido un encuentro único, muy especial. He jugado con alguien que he tenido toda mi vida enfrente. Evidentemente, todo ha sido muy bonito. Tanto la preparación como el instante de salir a la pista. Sabía que era un momento especial dentro de nuestra historia como rivales, que es muy larga. Hemos podido hablar bastante antes del partido sobre cómo jugaríamos y luego hemos conseguido adaptarnos muy bien. Queríamos tener la actitud y la energía que necesitábamos para ganar. Y lo hemos logrado.

Mientras habla Rafa, Federer empieza a echarse hacia atrás en su silla y una sonrisa inicial precede a unas risas incontrolables. Federer pierde la compostura y es incapaz de contener la risa. Nadal, contagiado, no entiende nada.

—¿Qué pasa? —le pregunta Rafa a un desternillado Roger.

Sin poder reprimir las carcajadas, Federer le responde en mitad de su jolgorio:

—¡No sabía que hablabas tan rápido en español!

Estupefacto, Rafa sigue sonriendo mientras termina su comparecencia en castellano.

—¿Te veo ahora en el vestuario? —pregunta Roger a Rafa.

—¡No! ¡Nos vemos mañana, que hoy ya te tengo muy visto! —se despide entre risas Nadal.

Así finalizó un día histórico para Nadal, para Federer y para el mundo del tenis. El día en el que, por vez primera, el español y el suizo conjugaron su talento para afrontar un partido como compañeros y no como rivales.

Aunque el sábado haya sido memorable, el torneo no ha finalizado y aún aguardan emociones fuertes para la última jornada de la competición en la Laver Cup.

El domingo amanece pronto para Praga y en la tempranera conferencia de prensa matinal de los dos capitanes salta la sorpresa. Cuando todos creían que Nadal había terminado su participación en la competición (había disputado ya un partido individual y dos de dobles) Björn Borg anunció que el balear jugaría el tercer choque del día frente a John Isner. *A priori*, si las cosas iban bien, ese partido podría otorgar el título al Team Europe.

La jornada no arrancó bien para el equipo europeo con la derrota de la pareja de dobles conformada por Berdych y Čilić, que sucumbieron ante Sock e

Isner. A continuación, Alexander Zverev doblegó a Sam Querrey por lo que (tal y como se preveía) todo quedaba en manos de Nadal. Si Rafa ganaba a Isner, Europa sería campeona del torneo.

Aunque el número uno desplegó una gran versión de su tenis, aquel día en Praga se encontró con un pletórico Isner. El norteamericano no le había ganado en ninguno de los seis encuentros precedentes entre ambos, pero ese día no mostró fisuras en su juego y acabó imponiéndose al balear 7-5 y 7-6. La competición estaba viva. El banquillo del Team World se desmelenaba. En un fin de semana en el que todo parecía estar a favor de los europeos, la Laver Cup podía teñirse de rojo. Si Kyrgios derrotaba a Federer, la competición estaría empatada y todo se decidiría en un decisivo partido de dobles. La tensión se percibía en las gradas y en los banquillos. El ambiente comenzaba a ser eléctrico y las dudas se amontonaban en el seno del O2 Arena. ¿Sería capaz el Team World de protagonizar una remontada histórica? Los amantes del golf empezaron a rememorar lo sucedido en 2012 en Medinah (Chicago) cuando el equipo europeo capitaneado por José María Olazábal logró voltear por primera vez en la historia cuatro puntos de desventaja en un domingo inolvidable.

Todo quedaba en manos de Roger. Y de Kyrgios.

El suizo, ejemplar prototípico de la elegancia en el tenis, se medía con un joven y talentoso australiano, que combinaba grandes torneos con actuaciones díscolas que bordeaban la polémica constante. Los dos choques entre ambos habían sido frenéticos, ya que Kyrgios logró una apretada victoria sobre Roger en el Mutua Madrid Open 2015 (6-7, 7-6 y 7-6), mientras que el helvético le había doblegado en Miami pocos meses antes de la Laver Cup (7-6, 6-7 y 7-6).

El presentimiento se convirtió en certeza cuando Kyrgios aprovechó la única bola de *break* de la que dispuso para superar a Roger y arrebatarle el primer set 6-4. Cuando la tragedia se cocinaba en el Team Europe apareció Nadal en el banquillo. Rafa, que debía atender a los medios de comunicación tras su derrota ante Isner, solicitó a la organización que le dejasen saltarse la rueda de prensa. Tras ducharse, no quería perderse ni un minuto más del partido de Federer. Su compañero y amigo estaba en apuros. Y él quería apoyarle. Desde el banquillo, Rafa acentúa aún más su compromiso con el equipo y con la competición. Sus constantes ánimos y jaleos a Roger (¡incluso al público!) no dejan indiferente a nadie y el estadio se convierte en una olla hirviendo a punto de despresurizarse.

Roger batalla en la pista. Rafa lo hace desde el banquillo.

Con pertinaz vehemencia, Nadal sigue sacando el puño mientras Federer y Kyrgios llegan al desenlace del segundo set. Bajo una presión casi agonizante, el suizo toma las riendas del *tie-break*. Con 3-1 arriba en el marcador, el campeón de diecinueve Grand Slam gana un reñido intercambio y su garganta despide un «*Come on!*», que paraliza al estadio. Pocas veces se ha visto a Federer en ese estado de excitación. El frenesí se ha apoderado de su raqueta y con ese atípico ímpetu logra adjudicarse el *tie-break* por un apretado 8-6 para igualar el partido. Como una exhalación, Rafa celebra el punto, salta de su asiento y se ubica a la altura de la pista para recibir a Roger y felicitarle por ese último set. Se chocan la mano con agresividad y ahora es Nadal el que le dirige un nuevo enfervorizado *«Come on!»*.

Pero la batalla no ha terminado. El partido entre Federer y Kyrgios aún debía resolverse en un *super tie-break* (un *tie-break* a diez puntos) que decidirá si el Team Europe sale vencedor o si, por el contrario, el Team World podría agotar una última bala para perpetuar sus anhelos de remontada.

El oriundo de Canberra vuelve a desnudarse de la presión y consigue que Federer se sitúe al borde de un escarpado precipicio. Es 9-8 para el australiano. O lo que es lo mismo, pelota de partido. Kyrgios domina durante todo el punto, pero acaba pagando cara su agresividad golpeando una pelota que se marcha por detrás de la línea de fondo. Se salva de la caída Federer. El precipicio tendrá que esperar.

El empuje y los ánimos que le llegan desde el banquillo otorgan a Federer la fuerza necesaria para emprender el desenlace del envite. Un pequeño *sprint* le permite colocarse 10-9, ubicándose así a un punto del título. Cual maestro en el arte de la esgrima, Roger reprime el ataque inicial de Kyrgios en el último asalto e inicia un cuerpo a cuerpo. Revés contra revés. Florete contra florete. El empuje de Federer le permite ejecutar la estocada definitiva y obliga a Nick a fallar una pelota que se queda en la red. *Touché*! 11-9. ¡La Laver Cup es para Europa!

Entonces, se desata la locura.

Roger eleva los brazos en señal de triunfo esgrimiendo una sonrisa imperecedera. De manera simultánea, Rafa corre desde el banquillo hasta llegar a su compañero y salta para abrazarse a Roger. Federer le sujeta en brazos. El mundo se para. Los fotógrafos captan la imagen y se regocijan sabedores de que han desenterrado un cofre lleno de lingotes de oro. Esa es la instantánea del fin de semana. Es la imagen deportiva del mes, y quién sabe si acabará siendo la

fotografía tenística que mejor ilustre la temporada. Nunca antes Rafa y Roger se habían abrazado así. Nunca antes habían celebrado un éxito conjunto de forma tan gozosa.

La sed inquebrantable de victoria impide que la cordura reine en la pista y todos los integrantes del equipo europeo hacen una piña alrededor de Rafa y Roger para celebrar el título de campeones. «Ver las caras de felicidad de todos al conseguir el último punto me ha hecho tener la misma sensación que al ganar algunos de los partidos más grandes de mi vida —sostiene Federer—. Ha sido como un cuento de hadas para nosotros.»

El contraste lo definen las lágrimas de Kyrgios. Desconsolado y abatido, el australiano siente que ha desperdiciado una gran oportunidad y llora como ninguna vez se le había visto antes sobre una pista de tenis.

Las celebraciones de Rafa y Roger con el resto del equipo comienzan en la pista durante la ceremonia de entrega de trofeos y se prolongan en el vestuario. Enfervorizado, Federer rellena la copa con champán y empieza a dar de beber a todos los integrantes del Team Europe. Nadal no se lo piensa, agarra la Laver Cup por las dos asas y da un trago de cuatro segundos al espumoso Moët & Chandon que se encuentra en su interior. Desternillados, Čilić, Thiem y Berdych no pueden contener las risas. La fiesta es absoluta. Hasta Borg, fiel arquetipo de la formalidad y solemnidad, rompe su protocolo particular para sumarse a los festejos. El mundo observa perplejo cómo el entrador del equipo europeo (¡ex número uno del mundo!) celebra la Laver Cup con más ímpetu que los once Grand Slam que cosechó en su carrera.

Finalizada la fiesta, los componentes del equipo se dirigen a la sala de conferencias de prensa para hablar con los medios por última vez. Federer se sienta al fondo de la mesa, Čilić se ubica a continuación y Nadal se pone al lado del croata. Con la mano pegada a su boca para que la prensa no pueda leerle los labios, Rafa le dice algo a un Roger que estaba bebiendo agua. Federer se atraganta de la risa y tiene que darse la vuelta en la silla para que el agua no salga disparada de su boca hacia los periodistas.

—Hemos tenido un poco de suerte al final del torneo —se arranca Nadal.

—¿Suerte? ¿Qué quieres decir con eso? —le replica un bromista Federer, consciente de las dificultades que tuvo que pasar para ganar su último partido—. ¡He visto nervioso hasta a Björn! —continúa entre risas Roger—. ¡Eso sí que ha sido una completa sorpresa para mí! ¿Por qué estabas nervioso? —le pregunta directamente al sueco mientras Rafa se desternilla en su silla.

—¿Y la fiesta? —pregunta un periodista—. ¿Qué haréis para celebrarlo?

—Esta noche nos iremos a cenar los integrantes del equipo que puedan venir —le responde Federer.

—Por si a alguno le interesa, me tengo que ir a jugar a China —replica inmediatamente Zverev suscitando las risas del resto del equipo.

—¡Nos vamos contigo! —le responden entre risas sus compañeros.

Aunque los integrantes del Team Europe son seis, todas las preguntas recaen en Rafa y Roger.

—Esperamos haber dejado un legado detrás. Se lo merecen los jugadores y las leyendas de este deporte. Y los jugadores del futuro también merecen tener una plataforma así para jugar al tenis —afirma Roger.

—Pusimos todo lo que teníamos para ganar este trofeo. Espero que el evento siga adelante y que las nuevas generaciones se comprometan tanto como lo hemos hecho nosotros este fin de semana —le sigue Nadal—. Ahora, vamos a continuar con la vida habitual del circuito, pero por supuesto, la Laver Cup va a estar en nuestras cabezas durante los próximos años. Quizá haya sido una de las mejores semanas de la temporada.

La firme sentencia del manacorí es una diáfana declaración de intenciones. La Laver Cup ha anunciado esa misma mañana que en 2018 el torneo se disputaría en Chicago. Más concretamente, en el United Center, pabellón con capacidad para más de veinte mil personas en el que compiten habitualmente los Chicago Bulls en la NBA y los Chicago Blackhawks en la NHL.

Apurado, Rafa busca con la mirada a los periodistas españoles y se dirige a ellos para disculparse. Debe marcharse muy rápido para llegar a tiempo al aeropuerto internacional de Praga Václav Havel y no perder el avión. Amablemente, pide que le «liberen» del final de la rueda de prensa. Acto seguido, se dirige a Roger para despedirse tras un fin de semana inolvidable. Lamentablemente, Rafa no puede quedarse a la cena final y así se lo hace saber a su compañero y lugarteniente durante la última semana.

—Me despido, Roger, nos vemos pronto —le dice Rafa a Roger amagando un abrazo.

—No, no, espérame. Ahora voy al vestuario y nos despedimos allí con calma.

Despojado de los atrezos de una rivalidad marcada a fuego, Roger y Rafa han cimentado en Praga los pilares de una competición que tiene visos de perpetuarse en el tiempo. La Laver Cup además ha servido de argamasa para

mantener unida una relación que, cada vez más, se va perpetuando fuera de las pistas. Acabaron 2016 sentados en una silla conversando sobre el futuro en la academia de Nadal y en esa misma posición se encuentran en Praga, casi un año después. Hablando, bromeando, riendo. Viviendo la vida.

Pero la vida sigue. Y el circuito también.

Próxima parada, Asia.

對手
PEKÍN Y SHANGHÁI

—Tengo una llamada perdida del rey.

Esas llamativas e inusuales seis palabras las pronunció Rafa Nadal con toda la naturalidad del mundo, como si nada, durante la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro de 2016, mientras la delegación española esperaba en el pabellón anexo al emblemático estadio de Maracaná para salir a desfilar, pero podría haber sido en cualquier otro momento.

La relación entre Nadal y Juan Carlos I siempre ha sido muy buena, realmente estrecha. El rey emérito ha asistido en directo a algunas de las victorias más importantes del jugador, ha compartido con él agradables veladas en varias ciudades del mundo e incluso le ha prestado su apoyo en momentos difíciles.

El 10 de agosto de 2012, Rafa se encontraba en su casa de Porto Cristo, aunque debería haber estado jugando la gira americana de pista dura, cuando recibió una llamada del rey.

Una rotura parcial del tendón rotuliano y una hoffitis en la rodilla izquierda habían obligado al mallorquín a renunciar a los Juegos Olímpicos de Londres, en los que iba a ejercer como abanderado del equipo español, y le mantenían apartado de la competición.

Aprovechando que estaba en Palma de Mallorca, Juan Carlos I quiso invitar al tenista a cenar para animarle personalmente, y en poco tiempo montó la reunión en el restaurante Flanigan, un clásico de Puerto Portals del que Rafa es cliente habitual.

A la mesa se sentaron el rey, Nadal y su pareja María Francisca Perelló y algunos amigos del jugador mientras los extranjeros habituales de la zona alucinaban por el despliegue de seguridad que se formó para que la cena transcurriese con total normalidad.

Muchas de las anécdotas que se recordaron aquella noche estuvieron relacionadas con partidos del español que Juan Carlos I presenció *in situ*, en lugares como Madrid, París o Londres.

Donde nunca estuvo el rey fue en la gira asiática, compuesta por los torneos de Pekín y Shanghái.

En 2017, Nadal participó en esas dos pruebas del calendario con el objetivo de sumar todos los puntos posibles para terminar la temporada como número uno del mundo, algo que ya había logrado en 2008, 2010 y 2013. Después de conquistar el Abierto de Estados Unidos, su segundo Grand Slam del año, Rafa abrió una importante ventaja con Roger Federer, su inmediato perseguidor en la clasificación, y dio un importante paso para cerrar el curso en la cima del ranking.

Con esa meta voló Rafa a Asia, mientras Roger se tomaba un pequeño descanso y se centraba en prepararse para el Masters 1000 de Shanghái, la única cita que tenía pensado jugar en esa parte del calendario.

Pekín es una ciudad que le trae muy buenos recuerdos a Nadal, algunos de ellos relacionados con ese número uno del mundo. En 2008, Rafa se colgó la medalla de oro individual en los Juegos Olímpicos que se disputaron en la capital de China. A pesar del cansancio físico que arrastraba tras una primera mitad de temporada agotadora, con títulos consecutivos en Roland-Garros y Wimbledon, el español le ganó la final al chileno Fernando González por 6-3, 7-6 y 6-3, y al día siguiente subió a lo más alto de la clasificación por primera vez en su carrera.

El 18 de agosto de 2008, Nadal se convirtió en el nuevo jefe del circuito, relevando a Federer tras una persecución larguísima. El suizo asaltó la primera plaza el 2 de febrero de 2004 y la mantuvo durante 237 semanas consecutivas, dominando con puño de hierro a todos los rivales que intentaron arrebatarle el trono del ranking. Solo la irrupción de Nadal en la élite comenzó a inquietar el reinado de Federer, que vio cómo el mallorquín se asentaba rápidamente en el número dos para echarle el aliento en el cogote, aunque el suizo pudo mantener a su rival a raya durante bastante tiempo.

En el torneo de Pekín, Nadal se pasó los días repitiéndole a los suyos lo sorprendido que estaba por *Stranger Things*, una serie estadounidense de ciencia ficción coproducida y distribuida por Netflix. El grupo formado por Francis Roig, uno de los entrenadores del balear, Rafael Maymò, su fisioterapeuta, y Tomeu Salvà, su mejor amigo, escucharon hasta la saciedad que *Stranger Things*

era la serie definitiva, una definición que utilizó Rafa para referirse a la historia de Will Byers, un niño de doce años desaparecido misteriosamente en el condado de Hawkins (Indiana).

Stranger Things fue una de las tantas series que Nadal vio durante 2017 para rellenar tiempos muertos, aunque en Pekín aprovechó también la presencia de Tomeu para jugar al billar, que es otro de sus pasatiempos favoritos. Quizá por eso sorprende que una persona como Rafa, que no puede estar más de un minuto sin hacer nada, se siente a ver una serie sin tener que reprimir el impulso de levantarse y ponerse en movimiento.

La mayoría de las veces, Nadal y Tomeu formaron pareja en el billar para enfrentarse a Francis y Anabel Medina, por aquel entonces entrenadora de la letona Jelena Ostapenko. La valenciana estaba también en Pekín porque su jugadora se encontraba disputando el torneo y de vez en cuando se unió al equipo de Rafa en la zona de jugadores.

Jugando al billar, Francis es el mejor de los cuatro con diferencia, pero en una de las partidas falló un tiro sencillo que dio la victoria a Rafa y Tomeu. Cualquiera que viese la celebración de Nadal podría haber pensado que el balear acababa de conseguir un título más para su inmenso palmarés, pero no, ni mucho menos.

La altísima competitividad de Rafa le hace tomarse cada cosa que hace como si le fuera la vida en ello.

Las discusiones entre Rafa y Marc López, jugador de dobles y otro de sus mejores amigos, son famosas en el circuito, y sobre todo en el círculo más cercano del balear. Da igual el tema, porque a veces la intención de ambos es simplemente debatir por lo que sea: fútbol, política o la nacionalidad de una mosca que pase por delante. El problema de estos enfrentamientos verbales es que López es muy tozudo. Normalmente el final es siempre similar, y acaba con Rafa bajando los brazos por puro cansancio.

—Ya me has ganado. Ahora, déjame tranquilo —le dijo un día Nadal después de una conversación un poco acalorada.

—Vale, vale. Ya te he ganado —repitió Marc, con aire triunfante para meter los dedos en la llaga.

—Marc, de verdad, he apagado el wifi. Ahora mismo estoy «en modo avión». Puedes hablar lo que quieras que no te estoy haciendo caso.

Al margen de los Juegos Olímpicos de 2008, Nadal se proclamó campeón en Pekín en la temporada 2005. Las pistas del torneo no son precisamente lentas,

pero el español ha sabido siempre adaptarse bien a las condiciones de juego para conseguir históricamente buenos resultados.

Normalmente, la gira asiática es un tramo complicado de la temporada. Después del Abierto de Estados Unidos, el último grande del curso, los jugadores sufren inevitablemente un bajón y a la mayoría se le hace muy cuesta arriba los meses restantes, pese a que quedan muchos torneos que ponen en juego un jugoso botín de puntos.

A Nadal siempre le ha costado jugar los últimos meses del año, pero por otros motivos. El español suele llegar al *sprint* final justo de fuerzas, castigado físicamente tras realizar un importante esfuerzo en los primeros meses de cada curso. Esa circunstancia, unida a que gran parte de los torneos suelen jugarse bajo techo, han llevado a Rafa a sufrir muchas veces en la gira asiática, así como en el resto de los eventos de la recta final del calendario.

En 2017, el debut en Pekín de Rafa podría haber supuesto un ejemplo más de esas dificultades que ha tenido para jugar en Asia, pero el español salvó un encuentro imposible con la garra que le caracteriza. Nadal venció por 4-6, 7-6 y 7-5 a Lucas Pouille un duelo en el que necesitó salvar dos bolas de partido en la segunda manga, estando completamente al límite.

El cruce nació marcado por un importante precedente. La última vez que el español y el francés se habían visto las caras fue en el Abierto de Estados Unidos de 2016, y Pouille inclinó a Rafa en el *tie-break* decisivo del quinto set, siendo capaz de ir siempre por delante ante Nadal, que se marchó derrotado del último Grand Slam de la temporada.

El siguiente choque, que fue en Pekín, transcurrió con total normalidad por una razón muy sencilla: Nadal no posee ningún tipo de espíritu de revancha, ni en situaciones que quizá sí lo merecerían. El mallorquín jamás afrontaría un encuentro con ánimo de desquitarse de una derrota pasada, y contra Pouille no ocurrió de forma distinta.

El balear siguió avanzando en el torneo, derrotando a Karen Khachanov en octavos de final (6-3 y 6-3), a John Isner en cuartos (6-4 y 7-6), a Grigor Dimitrov en semifinales (6-3, 4-6 y 6-1) y al australiano Nick Kyrgios en la final, por un claro 6-2 y 6-1, para levantar el sexto título de campeón de la temporada.

A lo largo de su carrera, Rafa ha usado cada año el tren de alta velocidad Jinghu, que en menos de cinco horas conecta Pekín y Shanghái, las dos ciudades más grandes de China. La línea de ferrocarril tiene más de mil trescientos

kilómetros de largo y se terminó de construir en el año 2010, aunque no fue hasta 2011 cuando comenzó a usarse.

Acostumbrado a ir siempre en avión, un medio de transporte del que termina agotado al final de cada temporada, Nadal se convirtió en usuario de ese tren de alta velocidad para llegar todos los años desde Pekín hasta Shanghái, pero en 2017 se vio obligado a cambiar de planes porque no había plazas en los horarios que el tenista necesitaba.

En Shanghái ocurrió algo que tiempo atrás sería impensable: una cena entre los mejores jugadores del mundo, planeada fuera de cualquier acto oficial.

Mr. & Mrs. Bund es el restaurante favorito de Federer en la ciudad. El local, que tiene unas impresionantes vistas al distintivo edificio de la Perla, fue la elección del suizo para reunir a todos los integrantes del equipo europeo que ganó la Laver Cup en septiembre, a excepción del lesionado Tomáš Berdych.

La cena organizada por Roger tuvo dos objetivos. El primero, agradecer de nuevo a sus compañeros el esfuerzo que realizaron para jugar la recién nacida competición, que acabó resultando un éxito sin precedentes. Y el segundo, estrechar aún más los lazos que se crearon en Praga durante el fin de semana que todos los miembros del equipo europeo pasaron juntos, camino del primer título.

Así, Federer juntó a Nadal, Alexander Zverev, Dominic Thiem, Marin Čilić y Björn Borg, el capitán del equipo.

Tras aquella cena, la competición arrancó a toda velocidad, sin tiempo para treguas y con mucho en juego.

Nadal ganó en su debut a Jared Donaldson por 6-2 y 6-1, siguió con un triunfo ante Fabio Fognini en octavos (6-3 y 6-1) y de nuevo se encontró con Dimitrov en cuartos, al que venció por 6-4, 6-7 y 6-3 en un cruce de una calidad altísima.

A partir de ahí, el calvario.

Los dolores en la rodilla derecha de Nadal comenzaron en el encuentro de semifinales que el español disputó contra Marin Čilić. Con 7-5, 3-2 y saque en el marcador, Rafa subió a la red y falló una volea fácil. Inmediatamente, el balear se golpeó la rodilla con fuerza utilizando su raqueta, una reacción tan inusual como sorprendente. Antes de salir a jugar, sin embargo, Nadal ya sabía que algo no marchaba bien en el tendón rotuliano de la rodilla, que la carga de partidos soportada durante los meses anteriores estaba comenzando a pasarle factura.

Nada más fallar la volea contra Čilić y pegarse esos violentos raquetazos en la rodilla, Rafa buscó en la grada a Rafael Maymò, su fisioterapeuta, y no

necesitó decirle nada porque una sola mirada bastó para que los dos se entendiesen. Maymò le pidió que se tomase un antiinflamatorio para el dolor, pero la pastilla no resolvió el problema. Nadal terminó ganándole el partido a Čilić por 7-5 y 7-6, lo que le supuso su clasificación para la final con Federer, un encuentro que compitió condicionado por el estado de su rodilla.

Roger había hecho su camino en el torneo casi sin inmutarse. El suizo se impuso a Diego Schwartzman en su estreno por 7-6 y 6-4, continuó con un cómodo triunfo ante Aleksandr Dolgopólov en octavos (6-4 y 6-2), acabó con Richard Gasquet en cuartos de final (7-5 y 6-4) y solo el argentino Juan Martín Del Potro le apretó de lo lindo en las semifinales.

Federer remontó 3-6, 6-3 y 6-3 a Del Potro, pero el duelo demostró nuevamente que los enfrentamientos entre el suizo y el argentino se han convertido en un choque de trenes y que saltan chispas cada vez que se ven las caras. Hay pocos jugadores que en la actualidad consigan sacar a Roger de sus casillas, pero Del Potro es claramente uno de ellos. Los poderosos golpes del argentino, que tiene una derecha descomunal, hacen que Federer se sienta un muñeco en manos de un niño, que no pueda llevar la iniciativa del encuentro. Por eso, no es extraño ver al suizo perder los nervios, gritar después de un fallo o frustrarse consigo mismo, como sucedió durante algunos tramos del encuentro de Shanghái.

La victoria de Federer provocó algo inédito.

China es el país más poblado del mundo, donde viven más de 1.300 millones de habitantes. En China, por supuesto, hay una pasión desmedida por el tenis y los aficionados se distinguen por entregarse al máximo y vivirlo todo con un entusiasmo increíble, quizá más que los de ninguna otra parte del planeta. Lógicamente, Rafa y Roger mueven montañas cada vez que juegan en Shanghái, donde hasta 2017 solo se habían enfrentado en una ocasión, y no durante el penúltimo Masters 1000 del curso.

En 2007, cuando la Copa de Maestros se celebraba en Shanghái, Nadal y Federer se midieron en las semifinales, que ganó el suizo por 6-4 y 6-1. Luego, en 2009, la ATP decidió trasladar la sede del torneo al O2 Arena de Londres y Shanghái se quedó como una cita más del calendario, adquiriendo la categoría de Masters 1000, pero Rafa y Roger no volvieron a disputar un partido en la ciudad.

Mientras que el suizo ganaba el título de campeón al francés Gilles Simon en 2014, el español no conseguía añadir ese trofeo a su palmarés, un reto que tampoco pudo superar en 2017.

Federer ganó a Nadal por 6-4 y 6-3 la final de Shanghái, logrando su cuarto triunfo seguido ante el español en la temporada y dándole un giro a la rivalidad entre los dos. Aunque Rafa seguía dominando el cara a cara por veintitrés a quince, Roger hizo algo que hasta ese momento no sabía lo que era.

Por primera vez, Federer se metió en la cabeza de Nadal y la llenó de dudas.

UNO PARA TODOS
PARÍS-BERCY

El tramo final de la temporada ha entrado en ebullición y la pelea por el número uno del mundo que protagonizan Rafa y Roger eclipsa y difumina cualquier otra noticia dentro del mundo del tenis.

Tras su notable gira por Asia, finiquitada con el título en Pekín y con la final perdida ante Federer en Shanghái, Rafa se había visto obligado a no competir en Basilea por culpa de la carga de estrés que sufre en su rodilla derecha. El desgaste de la competición en esta época del año se agrava por la dureza de las pistas y por las condiciones de los escenarios *indoor*, que provocan que la pelota surque de un lado al otro con una menor fricción del aire, generando mayor ventaja para jugadores con un servicio y un golpeo más potente. Los tiempos de reacción disminuyen y la rodilla derecha de Rafa nota el desgaste de una temporada tan exitosa como extenuante.

Aunque Nadal lamentó profundamente no jugar en Basilea, el sentido común (y las recomendaciones de Ángel Ruiz Cotorro, su médico de confianza) fueron determinantes para diseñar una estrategia para el final del curso. Pocos esconden ya en el seno del equipo que el objetivo claro es terminar el año como número uno, un premio merecido por el que todavía hay que pelear con Federer. El equipo de Rafa asume que Roger está en un estado de forma único y entienden que lo normal sería que el suizo ganase todos los torneos que restan para finalizar el año. En un escenario analizado sin condicionantes competitivos, Nadal podría haber renunciado a jugar París para no dañar su rodilla e intentar atacar las Finales ATP con más garantías físicas. Ese escenario se llega a plantear en el seno del equipo de trabajo del balear. Pero la decisión estaba tomada: si quería acabar el año como número uno del mundo tenía que jugar en París. La rodilla de Nadal no estaba bien y competir con dolor no era una opción deseable, pero, siendo realistas, el cuadro del Masters 1000 posibilitaría conseguir los

puntos necesarios ante rivales con un menor ranking, mientras que dejar todos los deberes para la Copa de Maestros implicaría tener que disputarse el número uno contra los siete mejores jugadores del circuito.

Nadal llega a la otoñal y fría capital francesa, donde apenas hace cinco meses conquistó su décimo título en Roland-Garros. La ciudad presenta un aspecto muy diferente. El frío impregna unas calles que respiran melancolía y calidez. Sus vivos colores primaverales se difuminan en tonos más cálidos y caducos, pero la ciudad sigue repleta de vida, de luz. Sea junio o noviembre, París sigue siendo París.

Rafa siempre ha reconocido, rindiéndose a una aplastante evidencia, que París es la ciudad más importante de su carrera deportiva. Sin embargo, el París otoñal dista mucho del primaveral. A diferencia de sus estancias en Roland-Garros (Nadal se hospeda en el Alma) durante el Masters 1000 de Bercy, Rafa y su equipo se quedan en el legendario Plaza Athénée, un hotel con más de ochenta años de historia que ofrece algunas de las mejores vistas de la Torre Eiffel y que acoge semanalmente a las celebridades más distinguidas que visitan una de las ciudades más importantes del mundo.

Las cinco ausencias del manacorí en el Palais Omnisports hacen que el Masters 1000 que se disputa anualmente en Bercy sea el torneo de esta categoría del que más veces se haya ausentado Rafa a lo largo de su carrera. Pero ni mucho menos se puede decir que se le diese mal un torneo en el que jamás había quedado apeado antes de los cuartos de final.

Había pasado ya una década exacta desde que Nadal hiciese su primera aparición en el Palais Omnisports, donde logró alcanzar la final. David Nalbandian le arrebató el título, pero el español no olvidará nunca un torneo en el que se deshizo de Volandri, Wawrinka, Yuzhny y Baghdatis. La capital francesa, que en 2007 ya le había visto reinar en Roland-Garros en tres ocasiones, se admiraba de nuevo al contemplar cómo aquel joven español no solo se desenvolvía bien bajo el sol deslizándose sobre la tierra batida parisina. Entre la Philippe-Chatrier y el AccorHotels Arena, sede del Masters 1000 de París-Bercy hay tan solo 14,3 kilómetros. Pero la distancia tenística se mide en parámetros muy diferentes. Nadal era el rey de la tierra, pero también había demostrado que podía llegar a ser una amenaza seria bajo techo.

Nadal finalizó su entrenamiento y cruzó los cincuenta metros que separaban las dos pistas de entrenamiento observando el césped que recubre las pendientes exteriores de una de las instalaciones más icónicas del país. El AccorHotels

Arena, conocido originalmente como el Palais Omnisports de París-Bercy, tiene una estructura piramidal que sirve para acoger durante el año espectáculos de diversa índole; desde su inauguración con un concierto de Scorpions, estrellas como Bruce Springsteen, Queen, Madonna, Mariah Carey, Céline Dion, Jennifer Lopez, Oasis, Beyoncé o Lady Gaga han brillado en un escenario en el que también se han celebrado campeonatos de Europa de atletismo, baloncesto e incluso de patinaje artístico. Las pistas de entrenamiento, anexas al pabellón, no cuentan ni con gradas ni con espacio para que los aficionados puedan observar a los tenistas, por lo que Rafa entrena con Alexander Zverev casi con total intimidad, acompañado por Carlos Moyà, Toni Nadal, Rafa Maymò y Benito Pérez-Barbadillo.

Si bien Federer había demostrado con creces su condición de favorito para conquistar el último Masters 1000 de la temporada, las ausencias de Andy Murray, Novak Djokovic, Kei Nishikori, Stan Wawrinka, Miloš Raonić, Tomáš Berdych, Nick Kyrgios y Gaël Monfils brindaban a Nadal la posibilidad de conquistar un territorio hasta ahora inexpugnable para su tenis. Si su rodilla le daba una tregua, ¿por qué no iba a poder ganar en Bercy por primera vez?

El sorteo del cuadro dictaminó que el español debía estrenarse contra el vencedor del duelo que mediría a Mischa Zverev contra Hyeon Chung, mientras que Federer tendría que hacerlo contra el ganador del partido que enfrentaría a Feliciano López contra Pierre-Hugues Herbert. Para lograr su objetivo de acercarse al número uno, Roger tendría que sortear por el camino a jugadores de la envergadura de Thiem, Čilić o Goffin, mientras que Rafa debería verse las caras contra Juan Martín Del Potro, Alexander Zverev, Grigor Dimitrov o Pablo Carreño. La guerra había comenzado a orillas del río Sena.

Aunque el torneo ya se había iniciado oficialmente en París, el mundo del tenis miraba de reojo lo que sucedía en la final del Swiss Indoor en Basilea. El bombardeo no daba tregua y el sinfín de proyectiles de Juan Martín Del Potro tachonaba el fondo de la pista, donde Federer redoblaba sus esfuerzos por simultanear sus inexpugnables defensas con certeros y efectivos contraataques. El suizo volvió a demostrar su enérgica capacidad para superarse remontando un duelo extenuante en el que acabó imponiéndose 6-7 (5), 6-4 y 6-3. Tras finalizar el encuentro, Roger acabó comiendo *pizza* con los recogepelotas, una tradición que se sucede en el tiempo y con la que el suizo se siente muy a gusto, recordando sus humildes orígenes en los que, como esos niños, admiraba a los ídolos desde el lateral de la pista ejerciendo de *ballboy*.

El equipo de Nadal reafirmaba así la creencia de que Federer no iba a dejar pasar ninguna oportunidad para mantener abierta la lucha por el cetro mundial de la ATP. Con su octavo título en Basilea, la diferencia de 1.960 puntos que separaba a los dos titanes se veía reducida a 1.460. Y teniendo en cuenta que los dos torneos restantes de París y Londres repartirían un montante de 2.500 unidades, la confrontación se agudizaba por momentos.

Y entonces, la noticia reventó en el corazón del torneo de París con una virulencia desmedida: Roger Federer anunció que no participaría en el penúltimo evento del año. El bombazo, inesperado por la organización y por los máximos estamentos del tenis, sacudió la actualidad tenística. ¿Cómo podía ser que Federer renunciase a luchar por el número uno? ¿Qué le había llevado a no jugar en París, un torneo en el que era favorito indiscutible?

Nadal no tuvo apenas que hacer uso de la calculadora para confirmar un dato inamovible: ganando tan solo un partido en París o en Londres, el balear acabaría 2017 como número uno del mundo por cuarta vez en su carrera deportiva. Los noventa puntos que podría otorgarle la victoria frente al coreano Chung (que había superado a Mischa Zverev por un contundente 6-0 y 6-2) serían suficientes. Manos a la obra.

La salida a la pista se realiza bajo un increíble clímax. Rafa atraviesa una de las entradas más reconocibles del circuito y el juego de luces y sonido anuncia su nombre bajo los desbordantes aplausos que le regala el público allí citado. Todos saben que Nadal no solo pelea ante Chung por acceder a la tercera ronda del torneo, está batallando contra la historia y por cumplir un sueño. Otro más. Por eso, cuando en el punto de partido Rafa escucha el *out* que pronuncia el juez de silla tras una pelota de Chung que se marcha fuera de los límites de la pista, se siente feliz, liberado.

La gesta que acaba de culminar roza lo estratosférico y supone además un nuevo récord de longevidad en el circuito. Rafa acababa de garantizarse terminar 2017 como número uno del mundo por cuarta vez en su carrera, convirtiéndose en el primer jugador de la historia en alcanzar esa cima, perder el liderato y recuperarlo de nuevo a final de año en tres ocasiones. Nunca antes nadie había logrado reinar de nuevo con nueve años de diferencia (2008 y 2017).

Su rostro irradia felicidad en la pista, y su sentido del humor es una consecuencia directa de su estado de ánimo.

—Rafa, tras la rueda de prensa tienes que hacer una entrevista con Sky y luego atender a un periodista español —informa Nicola Arzani a Nadal antes de

que comience la comparecencia ante los medios del tenista.

—No —respondió seco y cortante Nadal, sin dar opción a su interlocutor.

—Quería decir que tras la rueda de prensa tenemos que hacer breve entrevista con Sky y luego atención al único periodista español que está cubriendo el torneo.

—No —repite de nuevo el manacorí.

Cariacontecido, Nicola observa a su interlocutor, tratando de averiguar por qué Nadal se negaba a cumplir un sencillo plan al que estaba más que acostumbrado.

Ante la estupefacción de Nicola, Nadal prosigue:

—Yo a ese periodista no voy a atenderle.

Tras un incómodo silencio, que apenas flota unos segundos en el aire de la sala de conferencias de prensa, Nadal ya no puede contenerse y comienza a reírse. Nicola, que advierte las intenciones del tenista, reacciona también con sentido del humor ante una de las tantas bromas que Rafa le gasta a lo largo de la temporada.

Sin capacidad para ocultar su satisfacción, Nadal atiende a las televisiones y después acude a un pasillo interior donde, alejado del tumulto de periodistas internacionales, charla plácidamente con el periodista español.

Como buen amante del fútbol, Nadal se siente campeón de la Liga. Tras muchos meses de competición, el calendario le ha aupado como el mejor del año y ya desea tener entre sus manos el trofeo que la ATP le entregará en Londres. Para Rafa, haber terminado 2017 como número uno significa mucho. Significa, en primer lugar, que ha conseguido tener una trayectoria deportiva llena de éxitos y significa también que ha sabido mantener intacta la ilusión a pesar de las vicisitudes y adversidades físicas que han ido plagando su caminar. Tras varios años complicados, ese número uno lo significa todo.

El constante martilleo de sus piernas en las diferentes superficies del circuito a lo largo de un año más que extenuante ha provocado un lógico desgaste que ha llegado a su momento culmen. En un anuncio grabado para Movistar algunas semanas antes, Rafa había realizado un cálculo rápido de las horas que ha consumido en pista. En su calculadora mental, reconoce entrenar cuatro horas al día durante, al menos, doscientos diez días al año, lo que supone un total de ochocientas cuarenta horas. En ese sumatorio no se cuentan los entrenamientos que Rafa realiza durante los propios torneos, lo que añadiría un buen montante al balance global. De manera adicional, Nadal disputa unos

ochenta partidos de media al año (en 2017 fueron setenta y ocho, sin contar los disputados en la Laver Cup), en los que invierte una media de dos horas en cada uno, lo que suponen unas mil horas de competición cada temporada. En total, Nadal llega a permanecer cerca de dos mil horas en la pista, a las que habría que añadir el tiempo de gimnasio y de preparación física.

Estos números contextualizan a la perfección lo que sucedió en París al día siguiente.

Al margen de la ausencia de Federer, que fue voluntaria, con el objetivo de proteger su físico, la ristra de bajas que presenta el torneo francés es una muestra más del desgaste que este deporte supone para el cuerpo de los tenistas. Andy Murray, con la cadera dañada; Novak Djokovic, con lesión de codo; Stan Wawrinka, con graves problemas en la rodilla; Miloš Raonić, con dolencias en la pierna; Tomáš Berdych, incapacitado para jugar por culpa de su maltrecha espalda; Kei Nishikori, lesionado en la rodilla; Nick Kyrgios, con problemas en la cadera; y Gilles Müller, con lesión de codo. El top 10 de la ATP estaba en la UVI.

Y mientras tanto, Nadal, ya con el número uno del mundo asegurado, saltó a la pista para medirse a Pablo Cuevas y tratar de colarse en los cuartos de final del último Masters 1000 del año. Tras ganar el primer set al uruguayo, el rostro de Rafa se mostró visiblemente contrariado. El sistema nervioso del cuerpo de Rafa empezó a enviarle señales de que algo no marchaba bien. Es un mensaje que el manacorí conoce a la perfección, porque ha llegado a su cerebro procedente de su cuerpo centenares de veces. Ese mensaje se llama dolor. Seguramente maniatado hasta el momento, las dolencias comienzan a fluir por su mente como un río desbocado.

Pablo Cuevas también fue capaz de apreciar las limitaciones de su rival y, tras haber perdido el primer set, consiguió equilibrar el partido. Nadal miró a su banquillo con gesto preocupado y solicitó ser atendido para que un fisioterapeuta accediese a la pista para vendarle la rodilla. Las alarmas se habían disparado. A pesar de su maltrecha rodilla, Nadal volvió a aleccionar a todos los que presagiaban en directo una inminente retirada del partido. Rafa derrotó, una vez más, a los agoreros mensajes de su cerebro y acabó superando a Cuevas 6-3, 6-7 y 6-3 en un partido que alcanzó las dos horas y veinte minutos.

Al día siguiente le esperaba el serbio Filip Krajinović, número setenta y siete del mundo. Aunque el rival era propicio para intentar asaltar las semifinales del torneo y luchar por conquistar el título, Nadal y su equipo decidieron actuar

con precaución e inteligencia. Rafa saltaría a jugar tan solo si su rodilla respondía bien y el dolor no agudizaba su presencia.

Desprovisto de su raquetero, Rafa avanza por los pasillos de la zona de jugadores del Palais Omnisports con una bolsa azul colgada del hombro derecho y con una única raqueta Babolat bajo su brazo izquierdo. Aquella gélida mañana de viernes Nadal vestía un chándal con un pantalón blanco y una sudadera azul. De camino a las pistas de entrenamiento, el español se detiene para preguntar a los encordadores por el estado de sus raquetas. Aunque las primeras palabras las pronuncia en inglés, una de las personas presentes le responde en catalán: se trata de Xavi Segura, uno de los profesionales de la raqueta más afamados con el que Rafa ha establecido una relación cercana, motivada por los innumerables torneos de convivencia. Segura ha sido el guardián de sus raquetas, el orfebre encargado de poner a punto la herramienta de trabajo con la que tantos éxitos había cosechado. Nadal responde a Xavi y prosigue su camino hacia las pistas de entrenamiento. Durante su trayecto, Rafa va simulando con la raqueta su golpeo de derecha. Una y otra vez. ¿El objetivo? Aunque Nadal ya ejercita el golpe de manera mecánica y sin pensar en los movimientos, se trata de un ejercicio rutinario con el que va calentando la musculatura de su brazo antes del entrenamiento previo al partido. El español sigue avanzando y, tras saludar al personal de recepción ubicado en las mesas de atención a los jugadores, sale al exterior del edificio para cruzar los cuarenta metros de distancia que separan el estadio principal de las pistas de entrenamiento.

Como es costumbre en los diferentes accesos de cada torneo, el guardia de seguridad le pide a Rafa su acreditación para acceder a las pistas de entrenos. El número uno del mundo le contesta amablemente que no la lleva consigo, y continúa con la intención de seguir avanzando. El guardia, en un correcto ejercicio de su profesión, hace ademán de frenar el paso de su desconocido interlocutor interponiendo su cuerpo en el acceso a las escaleras que permiten la entrada al edificio. Allí no puede acceder nadie sin la identificación que demuestre que tiene permiso del torneo para transitar por esa zona, a la que únicamente tienen permiso de entrada los jugadores, entrenadores y unos pocos periodistas.

Nadal siempre cumple escrupulosamente la normativa en los torneos portando la acreditación colgada de su cuello o en su raquetero. Pero en aquella ocasión no la llevaba encima y no podía permitirse volver a recorrer todo el camino de vuelta para ir a buscarla. La escena transcurre en apenas unos

segundos, en los que el guardia comienza a ser consciente de que la persona que tenía delante se sentía legitimada para acceder a esa zona. ¡Debía de ser alguien importante!

—¿Cómo te llamas? —pregunta el miembro del personal de seguridad.

—Rafael Nadal —responde su sorprendido interlocutor.

En apenas un instante, esas dos palabras sacuden la mente del guardia. ¡Está seguro de que ha escuchado ese nombre antes!

Aunque no le gustase el tenis y desconociese por completo quién participaba en el evento al que su empresa le había destinado, era altamente improbable que aquella persona jamás hubiese escuchado hablar de Nadal, una de las personas que más minutos había copado en la televisión francesa y que más portadas había protagonizado en la prensa escrita y digital. ¡Se trataba del campeón de Roland-Garros! Y no una vez, ni dos veces, ¡lo ha sido hasta en diez ocasiones!

—¿Nadal? OK, gracias —reacciona el guardia apartándose y cediendo el paso a su interlocutor.

Rafa agradece amablemente al guardia su comprensión y le da una palmadita en la espalda mientras accede a las pistas.

Nadal, que ya conocía el estado de su rodilla, decidió probarse una última vez para confirmarse a sí mismo lo que su cuerpo y su equipo le estaban pidiendo a gritos: que no disputase los cuartos de final en París. Por eso había acudido al entrenamiento sin su raquetero: una raqueta y quince minutos serían suficientes para calibrar su estado. La decisión no podía ser otra. Intentar disputar el partido y alcanzar las semifinales del torneo era un suicidio en toda regla. Tal y como recoge el popular y sabio refranero español, se trataba de pan para hoy y hambre para mañana. Era importante intentar salvaguardar la rodilla de daños mayores que pudieran impedirle comparecer en el último torneo en Londres. El director del torneo y extenista Guy Forget comprende a la perfección la decisión de Nadal y, aunque le duele a él también no poder contar con la presencia del número uno en los cuartos de final, acepta la situación con una indulgente y condescendiente sonrisa, deseando a Rafa una pronta recuperación.

Nadal se despedía de París con dolor, inquieto y cargado con un rosario de dudas. Pero con una nueva gesta bajo el brazo. París bien valía un número uno.

LARGA VIDA A LOS MEJORES
LONDRES

Una rápida visita al museo de la Rafa Nadal Academy permite adentrarse por la carrera del jugador español a través de los trofeos, las copas, los galardones y los reconocimientos obtenidos a lo largo de toda una vida. Allí se encuentran los diez títulos de Roland-Garros, los tres US Open, los dos Wimbledon, la copa del Abierto de Australia, las dos medallas olímpicas, las réplicas en miniatura de la Copa Davis, los dos trofeos originales de Barcelona que le entregaron por haber conquistado diez veces el Godó, los cinco entorchados de Madrid, la réplica perdida de Acapulco… De todos los títulos de prestigio que un tenista profesional podría conquistar, tan solo hay una ausencia notable en el museo de Rafa: las Finales ATP. La Copa de Maestros.

El torneo que reúne a las mejores ocho raquetas del año natural se ha disputado siempre en la superficie menos favorable para Nadal y en el escenario que peor se amolda a las características de su juego: la pista rápida e *indoor*.

Cada año, de manera sistemática y monótona, el debate periodístico vuelve a suscitarse en torno a esta temática: si el circuito se celebra anualmente sobre tres pavimentos diferentes, ¿no debería rotar la superficie del último torneo del año? ¿Por qué se mantiene siempre el mismo escenario que favorece tan solo a un prototipo de jugador? La polémica, tan común como estéril, también ha sido objeto de debate interno entre los jugadores, Nadal incluido. Pero las circunstancias son las que son y no tiene sentido dedicar más tiempo a conjeturas y cavilaciones banales.

Con pertinaz militancia, Nadal asumía cada año la coyuntura y, sobreponiéndose a las adversidades, fue capaz de alcanzar las semifinales en sus dos primeras comparecencias, cuando la Tennis Masters Cup aún se disputaba en China. En ambas ocasiones su verdugo fue el mismo: Roger Federer. El suizo sería también en 2010 el que cercenaría sus aspiraciones en la gran final del torneo, ronda que alcanzaría también tres años después y en la que caería contra Novak Djokovic.

Rafa tuvo que ver el torneo por televisión en los años 2008, 2012, 2014 en los que las lesiones le impidieron comparecer en Londres. También sucedió así en 2016 cuando, al igual que Roger, tuvo que poner una brida a su temporada antes de tiempo.

En los días posteriores a la retirada del Masters 1000 de París-Bercy, cada uno de los miembros del equipo de Nadal rumia en su interior los diferentes escenarios que pueden darse a continuación. Aunque algunos creen que Rafa debe adoptar una estrategia conservadora y renunciar a competir en Londres para evitar males mayores, el manacorí decidió dar un paso al frente y apostar por disputar el último evento del año. Al igual que sucediera en París, fue el tenista el que asumió los riesgos de participar en una cita que nunca había podido conquistar.

Por el tono de las conversaciones, la comunicación gestual y los rumores que habían fluido a lo largo de los últimos días, en el seno de la ATP había nacido el convencimiento de que el español podría causar baja a última hora, dejando al torneo huérfano de su número uno. En un evento ya de por sí marcado por las ausencias de estrellas habituales como Djokovic, Murray, Wawrinka, Nishikori o Raonić, la ausencia de Rafa hubiera causado estragos de dimensiones mayúsculas. Si a eso se le añaden todas las entradas vendidas previamente al torneo y que su rivalidad con Federer había despertado nuevas expectativas entre aficionados y medios de comunicación, una decisión así hubiera supuesto un revés importante para la organización. La constatación de su mera presencia es ya un regalo para todos.

El sorteo, realizado en directo a través de la radio pública de la BBC, emplazó a Rafa en el Grupo Pete Sampras, con Dominic Thiem, Grigor Dimitrov y David Goffin. Por su parte, Federer quedó ubicado en el Grupo Boris Becker, destinado a medirse en la fase inicial del torneo con Alexander Zverev, Marin Čilić y Jack Sock.

Aunque lo previsible hubiese sido que el grupo del número uno del mundo hubiese estrenado su participación en la competición en la jornada inaugural, la ATP anuncia que sería Federer el que disputase el primer partido de la competición, relegando el debut de Nadal a la sesión nocturna del segundo día. Las alarmas se disparaban de nuevo. ¿Había solicitado Nadal comenzar a jugar lo más tarde posible? ¿Estaba su rodilla realmente lista para arrancar la competición?

La noche antes del comienzo del torneo tiene lugar la gala anual en la que

la ATP entrega una parte de los trofeos votados por los jugadores y aficionados. Vestidos con trajes a medida y corbata color burdeos, los tenistas llegan a la espectacular Torre de Londres en un barco que cruza el Támesis. En un ambiente distendido, Grigor Dimitrov asume el mando y, micrófono en mano, comienza a moverse por el barco haciendo preguntas a sus compañeros para el programa de televisión de la ATP.

Roger es el primero en recibir un galardón: el trofeo al «mejor retorno del año».

—Quiero compartir este premio con Rafa y con el resto de los jugadores que han sido nominados, ya que todos hemos trabajado increíblemente duro para volver a las pistas y estamos felices de haberlo conseguido. No siento que este premio lo merezca yo solo, así que lo comparto con el resto.

Desde su asiento, Nadal aplaude y sonríe agradecido. Ambos han hecho un esfuerzo titánico para recuperarse y volver a la cima del tenis mundial y, aunque el galardón lo haya recogido el suizo, valora mucho que Roger haya querido compartir el premio con él. Porque sabe que lo hace de corazón. Ha pasado ya un año desde que Federer le dijo a Nadal en Manacor que intentaría aprender de él para sobreponerse a las adversidades físicas. ¡Y vaya si lo había hecho!

El año, histórico para ambos, se había saldado con cuatro enfrentamientos entre Nadal y Federer. ¿Podría haber uno más en Londres? Ese interrogante, con el que soñaba el mundo del tenis, se le plantea a Federer durante una entrevista que tiene lugar al terminar la ceremonia.

—Rafa y yo estaríamos felices si se da esa situación, pero creo que los otros seis jugadores que participan en el torneo no estarían de acuerdo —puntualiza Federer—. Rafa y yo no solo podríamos enfrentarnos en la final, también podríamos vernos las caras en semifinales, ya que nadie garantiza que ambos vayamos a ganar en nuestros respectivos grupos. Creo que merece más la pena que nos centremos en nuestros primeros partidos. Los dos hemos tenido una gran temporada: él ha terminado como número uno, yo como número dos, y ambos estamos aquí para jugar las Finales ATP.

En ese preciso momento de la entrevista, Federer nota a través de la cara de su entrevistador que algo está sucediendo a sus espaldas. Grigor Dimitrov, Alexander Zverev, Jack Sock, Dominic Thiem y Marin Čilić estaban justo detrás de Roger, mirando a la cámara fijamente e intentando robarle protagonismo.

—¡Boicot! —exclama.

Desde unos metros detrás, Nadal contempla la escena mientras sonríe.

Aquel grupo humano que combinaba personalidades muy diferentes era ahora más cercano, más íntimo. La semana de convivencia en Praga de unos meses atrás había servido como nexo de unión en el que todos se habían conocido un poco más. Rafa y Roger habían sido el pegamento de unión de tenistas de dos generaciones muy diferenciadas que ahora mantenían una relación más cercana fuera de las pistas. Para los más jóvenes no ha pasado desapercibida la cordial y distendida relación que tienen Rafa y Roger. Muchos de ellos disfrutaban aún de su adolescencia cuando el español y el suizo comenzaban a levantar sus grandes títulos y ahora, además de admirar su perseverancia y su actitud siempre ejemplar dentro de la pista, también valoran y aprecian su personalidad, su forma de ser y lo fácil que es convivir en el día a día con ellos. Rafa y Roger no son leyendas de marfil. Son personas de carne y hueso con sus virtudes, sus defectos, sus actitudes ejemplarizantes y sus fragilidades. Y por eso se han ganado el respeto y el cariño de sus compañeros. La admiración que sentían por ellos a través de la televisión no se ha mitigado en el trato personal. Todo lo contrario.

Por este motivo, Roger Federer había recibido también esa noche otros dos galardones. Los tenistas le habían votado para recibir el Premio Stefan Edberg a la deportividad, galardón que recogía ¡por decimotercera vez consecutiva! y gracias a las votaciones abiertas en la página web de la ATP también había recibido el premio al jugador favorito de los fans. Federer recibía este último trofeo por decimoquinta temporada consecutiva.

En el mundo del deporte hay reconocimientos que no se ganan solo con un buen revés, una gran volea y un servicio muy potente. Y estos dos premios son un claro ejemplo. Federer lo sabe y por eso le llena de emoción saber que, un año más, tanto sus compañeros como los aficionados han valorado su espíritu de sacrificio, sus valores, sus virtudes y su entrega por un deporte que ama con locura.

Rafa, al que lógicamente le hubiera gustado recibir algún galardón más (Toni Nadal y Carlos Moyà también se quedaron sin el título de mejor entrenador del año, que recayó sobre Neville Godwin, técnico de Kevin Anderson) asume con deportividad los merecimientos de su rival. Él, al fin y al cabo, no podía quejarse, ya que iba a recibir el premio más ansiado por todo el circuito: el que le iba a reconocer públicamente como mejor jugador del mundo en 2017.

Tras el espectacular juego de luces, vídeo y sonido que envuelve al O2 Arena, el imponente estadio se transforma para que su azul eléctrico lo invada

todo. Si en el verano tenístico Londres se ha vestido históricamente de su característico «verde Wimbledon», el invierno londinense tiene, desde hace unos años, un compromiso con el «azul ATP» que engalana la península de Greenwich.

Roger saltó a la pista aclamado por veinte mil espectadores deseosos de verle en acción tras su ausencia en la edición de las Finales ATP de 2016, en las que no pudo comparecer por culpa de la lesión que amargó su temporada. Aunque pasó por algunos apuros, Federer acabó imponiéndose a Jack Sock en su estreno (6-4, 7-6). Roger estaba de vuelta en casa. Su balance es inmejorable en las Finales ATP tal y como atestiguan los recuerdos que se amontonan en su memoria. Sus seis títulos (récord en la historia del tenis) son el reflejo de una estadística que en ese momento registraba un montante global de cincuenta y una victorias por tan solo once derrotas en quince participaciones. ¡Quince participaciones! Eso suponía… ¡quince años consecutivos finalizando entre los ocho mejores del mundo! A excepción de 2016, en el que tuvo que poner fin a su temporada de manera prematura, Roger se ha mostrado sumamente autoritario en Shanghái, en Houston y en Londres, en las tres sedes diferentes sobre las que se ha celebrado el torneo que cierra el año. Ganar a los mejores en el torneo de los maestros le ha proporcionado siempre una felicidad desbordante, una euforia con la que ha sido capaz de culminar años fantásticos.

Tras el debut de Roger, todas las miradas estaban puestas en el estreno de Rafa en la competición, que tendría lugar el lunes por la noche.

Una parte importante del público, desconocedor del estado físico de Nadal, soñaba con una hipotética final en Londres entre los dos mejores jugadores del mundo. ¿Por qué no reeditar en Londres las espectaculares imágenes vividas en Melbourne entre Nadal y Federer? ¿Sería posible cerrar un año de ensueño con un broche apoteósico entre ambos? Rafa, al que le encantaría poder satisfacer los sueños de los aficionados, se adentra en el O2 Arena dispuesto a dar lo mejor de sí mismo. Enfrente, David Goffin, un batallador y talentoso jugador belga que ese año había sido capaz de auparse al séptimo escalafón del ranking mundial y de llevar a su país a la final de la Copa Davis.

El partido, que comenzó carente de brillantez, desveló con el paso de los minutos una cristalina realidad, imposible de ocultar al público y a su rival: la rodilla de Nadal no estaba bien. Tras perder el primer set, el dolor se convirtió en pulsante e insoportable. Pero Nadal seguía corriendo, peleando, batallando. Rafa quería morir en la pista.

Con el paso de los años se ha etiquetado de una manera reduccionista a Rafa con el calificativo de *luchador* y a Roger con el de *talentoso*. Ninguno de los dos ha aprobado nunca este sello simplista y excluyente.

—Siempre se ha magnificado mucho mi espíritu, mi fuerza interior, mi lucha y mi entrega —discurre Nadal—. Creo que los he tenido, es evidente, pero hay mucha gente que los tiene. Al fin al cabo, si he ganado lo que he ganado, esto me ha ayudado en ese momento, pero uno no gana lo que he ganado yo si tenísticamente no está superdotado. Es la realidad de la situación. Corriendo y luchando, si no tiras la pelota al lado de la línea, si en situaciones complicadas la vuelves a meter y si cuando tienes que meterla ahí, no la metes, uno no gana lo que he ganado yo. Una de mis características ha sido el esfuerzo, la lucha, la capacidad de superar situaciones y volver de lesiones, rebasar los obstáculos que me ha planteado mi carrera. Sí, pero tenísticamente…

¿Está el sacrificio confrontado con el talento? ¿Es el talento algo innato en el deportista? ¿Tiene Federer más talento para jugar al tenis que Nadal?

—El talento es algo que la gente confunde —se explica Nadal—. El talento no es jugar bonito o golpear muy fuerte la pelota. Uno tendrá talento para jugar bonito, otro para no fallar ninguna bola, otro para hacer un revés cortado muy bueno y otro para correr muy bien. En el tenis, y en todo el deporte, el objetivo final es ganar. El resumen es claro: el que gana más es el que tiene más talento. Me da igual si usted aprende una cosa en quince minutos y yo tardo tres horas. Si yo soy capaz de entrenar cuatro horas y usted solo puede hacerlo quince minutos, usted lo habrá aprendido en quince minutos, pero es que yo he sido capaz de entrenar cuatro horas. Eso es tener talento. ¿Por qué? Porque mi cabeza tiene el talento para seguir dándose oportunidades, continuar trabajando y aceptando los fallos para hacerlo mejor. Hay muchas formas de entender el talento, pero la conclusión es que el talento es conseguir ganar más. Me da igual si se logra de forma bonita o fea, por la vía que quieras. El talento es el que consigue hacer una determinada actividad mejor —concluyó el manacorí en una reflexión muy meditada e interiorizada.

En ese preciso instante en Londres, la cabeza de Rafa no estaba para cavilaciones platónicas. Su cabeza y su mente estaban en Goffin y en el profundo dolor con el que su cuerpo le martirizaba. Castigado por la carga de estrés que sufría en el tendón rotuliano de la rodilla derecha, Rafa recibió claras sugerencias desde su banquillo para que abandonase la empresa y renunciase a

seguir conviviendo con un tormento fácilmente evitable. Pero Rafa no quería que los aficionados pagasen por su osadía. Habían venido a verle y Nadal a terminar lo que había empezado.

Rafa no puede más, pero mantiene su lucha con Goffin, llevando el partido al tercer set. El belga, extenuado también por el desgaste acumulado del año, no puede creer lo que están viendo sus ojos. ¡Nadal sigue peleando! ¿No tendría más sentido que se retirase?

Rafa, que apenas puede hacer los apoyos correctos con la rodilla, sufre a la hora de cambiar las direcciones. El choque, que alcanza momentos álgidos de emoción acaba cayendo del lado del belga 7-6, 6-7 y 6-4 en dos horas y treinta y ocho interminables minutos.

El final del cuento de hadas de 2017 se redacta con la tinta de la amargura con la que Rafa toma una decisión irrevocable, que comunica a la conclusión del choque. Su aventura había terminado y renunciaba a disputar los dos partidos restantes de la liguilla. Adiós al sueño de coronarse como maestro.

—Yo quería darme una oportunidad y me voy con la conciencia tranquila de haberme dado esa posibilidad, pero a veces las cosas no salen bien —afirmó el balear con aspecto serio y reflexivo—. Si no tengo opciones de ganar el torneo tiene poco sentido, y más pasando por todos los malos momentos que he pasado en el partido.

Nadal, que rehúye de las euforias cuando logra gestas, no tiende nunca al dramatismo cuando se ciernen sobre él las adversidades. Aunque en el último tramo de la campaña han sido más las vicisitudes que las alegrías, el manacorí es consciente de los logros y títulos que ha cosechado a través del trabajo y el esfuerzo. Nadal hubiera deseado un broche mejor al año, pero a la vez es de los que piensa que el deporte no le debe nada a nadie, que la justicia no cambia de vestido ni varía sus criterios de manera aleatoria.

Había llegado la hora de descansar, de dedicar más tiempo a su familia, a sus amigos y a sus *hobbies*. Había llegado la hora de desconectar, de dar carpetazo a 2017 y de recuperar la rodilla para 2018.

—Voy a intentar estar preparado para el Abierto de Australia, que es mi gran objetivo. Sinceramente, creo que voy a estar listo para empezar el año que viene otra vez fuerte. Estoy jugando muy bien a tenis, llevo tiempo haciéndolo. Y 2018 será una temporada exigente. Tengo la confianza de estar a punto para competir por todo.

El torneo, ya sin Rafa, generó una imparable expectativa que parecía

coronar a Roger antes de tiempo. Pero el tiempo trata con crueldad a aquellos que pecan de soberbios. Y Goffin, sin miramiento alguno, consiguió algo que muy pocos tenistas han logrado en la historia del tenis: derrotar a Nadal y Federer en el mismo torneo. Dimitrov, comparado sistemáticamente con Federer por la plasticidad de su juego, tomaba el relevo de Murray y tras derrotar al belga en la final levantaba el mayor título de su carrera en el O2 Arena. En el año de Rafa y Roger, el búlgaro se encaramaba al tercer escalón del ranking mundial poniendo el lazo a un inolvidable 2017.

Removiendo sus miradas, Roger y Rafa se acuerdan de Manacor. Y se sonríen. Desde aquel encuentro, en el que ambos miraron al futuro con incertidumbre y desasosiego, habían emprendido un nuevo viaje hacia el éxito. Un viaje en el que estuvieron presentes la energía de Perth y las dudas de Brisbane. Y la pasión de Melbourne. Los sueños de Acapulco y las decepciones de Dubái. Las vibrantes tardes de Indian Wells y de Miami. La emoción no contenida de Montecarlo y Barcelona. La magia de Madrid y el encanto de Roma. Y las lágrimas de París que volvieron a derramarse en Londres. La ambición de Cincinnati y Montreal. Y las conquistas en Nueva York. El nacimiento de algo nuevo en Praga. Y las tardes de gloria en Pekín y Shanghái. Y la *pizza* de Basilea. Y la sonrisa de Bercy. Y el final de Londres.

Pero el viaje no ha tocado a su fin. El pasaporte de Rafa y Roger seguía deseoso de ser sellado. Una y mil veces más.

Convertido en un nigromante que basaba sus expectativas en la amistad y en una fe inquebrantable, Nadal había puesto por escrito de su puño y letra un ilusionante presagio. Y Roger lo tenía por escrito en el precioso cuadro que ilustraba su rivalidad. Aquel regalo de Manacor se había convertido en el testigo inequívoco de una promesa.

«Roger, este cuadro refleja todos los momentos que hemos tenido juntos en pista. Los observo y veo todos los grandes recuerdos que nos hemos encontrado en nuestras carreras. Continuarán…»

TODO SIGUE IGUAL
MELBOURNE

La segunda juventud de Operación Triunfo atrapó a más de diez millones de personas en España y se convirtió rápidamente en el fenómeno más destacado de finales de 2017 y principios de 2018.

El *talent show*, un concurso destinado a formar y promocionar nuevos cantantes, provocó un terremoto televisivo cuando se estrenó en 2001, vivió unos años de gloria y luego tocó fondo, llegando incluso a emitirse en otra cadena (RTVE se ocupó de las tres primeras entregas y Telecinco se hizo cargo de la cuarta a la octava).

El 28 de abril de 2017, casi trece años después de la última emisión del programa en RTVE, la cadena pública confirmó que «Operación Triunfo» regresaría a la parrilla en octubre, apostando por mezclar la esencia de los principios con los nuevos tiempos, logrando reunir además a una camada de participantes cargados de carisma.

El éxito de «Operación Triunfo», que cada semana examina a los concursantes en una gala en la que deben cantar en directo las canciones que se han preparado durante los días previos, residió inicialmente en hacer estrellas a completos desconocidos, pero con un talento natural para el mundo de la música.

Recuperar las raíces de la primera edición escogiendo a participantes jóvenes, que desarrollaron interesantes historias entre sí en la academia, a la vez que lanzaban mensajes sensatos al público en *prime time*, fue un imán para que la audiencia respondiera positivamente, volcándose en masa desde prácticamente el primer programa y llevando a la nueva edición a lo más alto mucho tiempo después de romper todos los registros.

Rafa Nadal fue una de las personas que cayó en las redes de «Operación Triunfo».

Durante la pretemporada, el español empezó a seguir las galas del concurso y cuando llegó el mes de enero, estaba completamente enganchado, como un aficionado más de los muchos que se hicieron fieles al programa.

El martes 16 de enero de 2018, Rafa se marchó a entrenar a las 11.30 de la mañana en la pista dieciséis de Melbourne Park, un día después de haber superado su primera ronda en el Abierto de Australia. A la misma hora en España, Ana Guerra y Roi Méndez, los dos nominados de esa semana para abandonar la academia, apuraban sus opciones de quedarse en el concurso.

Camino del entrenamiento, Nadal siguió un resumen de lo que había pasado en la gala, sin perder detalle de la expulsión de Roi después de que el público decidiese salvar a Ana en ese programa.

Llegados a ese punto, superada la primera quincena de enero, el balear había conseguido despejar la incógnita más grande a la que se enfrentó en el año nuevo, aunque hasta el 15 de diciembre de 2017 Nadal no había cambiado nada de su plan inicial para la temporada 2018.

El mallorquín, que cerró su último curso con una retirada de la Copa de Maestros de Londres ante David Goffin como consecuencia de una carga por estrés en el tendón rotuliano de la pierna derecha, se sometió a un tratamiento para recuperarse desde finales de noviembre hasta principios de diciembre, cuando volvió a pisar la pista en su refugio de Manacor.

La hoja de ruta de Rafa era la misma que en 2017. Volar a Abu Dabi el día 26 de diciembre para jugar la tradicional exhibición en los Emiratos y luego viajar hasta Brisbane, de nuevo el torneo elegido para comenzar oficialmente la temporada. Los billetes de avión estaban reservados para que Francis Roig, uno de sus entrenadores, Tomeu Salvà, su mejor amigo y técnico en la academia de Mallorca, y Rafael Maymò, su fisioterapeuta, acompañasen al jugador en las dos primeras paradas del año.

Ocurrió que Nadal no pudo entrenarse todo lo que le habría gustado, que la rodilla le seguía doliendo y por eso surgió la duda de si renunciar a ir a la exhibición de Abu Dabi y Brisbane sería lo más conveniente.

Rafa dudó, dudó mucho, pero finalmente tomó la decisión de no jugar ninguno de los dos torneos para recuperarse al cien por cien de la lesión y evitar una recaída que podría haber condicionado sus primeros meses del calendario.

Nadal aterrizó en Melbourne el 4 de enero e inició una cuenta atrás para llegar preparado al arranque del torneo. Por primera vez en su carrera, que no es precisamente corta, el mallorquín desembarcó en el primer Grand Slam de la temporada sin jugar ningún torneo previo. Para otros tenistas quizá es algo que

no tiene demasiada importancia, pero Rafa necesita ritmo de competición y sensaciones de juego reales. Es su forma de saber cómo está y qué debe mejorar antes de una gran cita, la manera de radiografiarse a sí mismo.

Por eso, el español se vio obligado a tomar medidas especiales los días previos al comienzo del Abierto de Australia.

En sus primeras sesiones en Melbourne Park, Nadal jugó sets de entrenamiento con rivales de nivel, prácticamente los primeros de las últimas semanas porque en pretemporada no pudo hacerlo, fue aumentando la carga de trabajo según se acercó la hora del debut en el Abierto de Australia y se apuntó a dos exhibiciones para testarse definitivamente.

El martes 9 de enero, en su primer partido en casi dos meses, Rafa cayó en Kooyong con Richard Gasquet por 4-6 y 5-7. A cinco días del comienzo del Abierto de Australia, el español dejó malas sensaciones, aunque no se trató de un encuentro oficial y eso rebajó el nivel de preocupación en su entorno.

Hasta ese momento, los entrenamientos de Nadal en Melbourne estaban siendo buenos, y no había motivos para ser pesimistas, pese a que el balear se marchó de Kooyong muy enfadado con lo que había pasado.

Lo de Gasquet, como Rafa demostró horas después, fue un resbalón sin importancia.

El miércoles por la mañana, Nadal se entrenó durante más de dos horas y media con Alexander Zverev, al que estaba ganando 7-6 y 4-2 en el momento de finalizar la práctica, y por la noche disputó el Tie Break Tens, una exhibición con un formato de desempates al mejor de diez puntos.

El español llegó a la final de ese torneo, que se celebró en la Margaret Court Arena, tras ganar a Lucas Pouille (10-1) y Lleyton Hewitt (13-11). En el partido decisivo cedió ante Tomáš Berdych (5-10), pero Nadal se fue a la habitación de su hotel a descansar con la certeza de estar preparado para jugar el torneo, o al menos muy cerca de lograrlo.

El jueves, a tres días de la primera jornada en Australia, Rafa se tomó el día libre y no apareció por el club. Hace años habría sido imposible ver algo así, pero la experiencia de Nadal y la capacidad de persuasión de Carlos Moyà, uno de sus entrenadores, hicieron posible que el tenista no tocase la raqueta en mitad de su puesta a punto para el primer Grand Slam del calendario.

Desde su llegada al banquillo del tenista en la pretemporada de 2017, Moyà defendió firmemente la idea de que Nadal debía medir mucho mejor los esfuerzos, más aún tras meterse de lleno en la treintena. El técnico balear, que

fue de los que se mostró a favor de no jugar en Abu Dabi y Brisbane, es un fiel creyente del descanso, sobre todo en jugadores experimentados que no necesitan realizar una carga de trabajo tan intensa como en el pasado.

Si Nadal no hubiese aceptado tomar un poco de aire en la previa del Abierto de Australia, si no hubiese seguido el consejo de Moyà, el español podría haber completado casi un mes seguido jugando casi a diario, una barbaridad incluso para un tenista acostumbrado a exigirse siempre más allá del sobresaliente.

En la jornada de descanso, Rafa y su equipo se fueron al zoo de Melbourne y pasaron la mañana haciendo un safari para desconectar un poco de la rutina de preparación que el tenista había seguido durante la última semana viendo leones, rinocerontes, hipopótamos, jirafas y otros muchos animales, que aprovecharon para fotografiar.

Por la tarde, mientras Nadal seguía descansando después de pasar la mañana en el zoo, Roger Federer acudió al sorteo del cuadro del torneo, como vigente campeón de la cita, para dar el pistoletazo de salida al Abierto de Australia.

Siguiendo sus mismos pasos de 2017, el suizo decidió comenzar el año en la Copa Hopman de Perth, que consiguió ganar acompañado por Belinda Bencic, imponiéndose en la final a la Alemania de Alexander Zverev y Andrea Petković. Curiosamente, Suiza solo había conquistado una vez la Hopman, en el año 2000 y también con Federer en el equipo, aunque formando pareja en aquella ocasión con Martina Hingis.

Así, Federer llegó a Melbourne con unas sensaciones inmejorables, jugando un buen tenis y sin necesidad de hacer los deberes en los entrenamientos previos a su primer partido en el Abierto de Australia, porque ya traía un rodaje importante de Perth.

Antes del sorteo del cuadro, Roger se sentó en una silla en el centro de la pista Margaret Court y respondió algunas de las preguntas que le planteó Hamish McLachlan, el presentador del evento. En un estadio prácticamente a oscuras, tenuemente iluminado, el suizo recordó cómo el quinto set que jugó con Nadal el año anterior fue uno de los mejores de su carrera, insistió en la importancia de su familia como pilar fundamental en la recuperación de su mejor nivel y echó la vista muy atrás, cuando le pusieron en una de las pantallas del estadio un vídeo en el que Roger salía riéndose a carcajadas al lado de Rafa.

Aún hoy, sigue siendo imposible ver ese vídeo sin reírse con Federer y Nadal. Los dos intentaban grabar un anuncio promocional para el evento The Match for Africa, que jugaron el 21 de diciembre de 2010 en Zúrich a favor de la fundación del suizo, cuando provocaron veinte minutos de tomas falsas, incapaces de terminar la grabación por una risa incontrolable de la que no pudieron despegarse.

De broma en broma, los dos rivales entraron en un bucle del que salieron a trompicones. Cada vez que Nadal iba a terminar una frase, Federer soltaba una carcajada y los dos se morían de la risa, como adolescentes en la edad del pavo. Encerrados en un pequeño cubículo, con el espacio justo para los dos protagonistas y las cámaras, Rafa y Roger acabaron sudando, como si se hubiesen medido en uno de sus partidos.

En un principio, y siempre sobre el papel, el sorteo del cuadro del Abierto de Australia favoreció a Nadal y perjudicó a Federer.

Podría decirse que Rafa necesitaba un poco de suerte para tener un camino sin grandes contrarios al otro lado de la red, y eso es exactamente lo que encontró. A un plácido estreno con Víctor Estrella Burgos, con el que nunca se había medido, le seguirían nombres como Leonardo Mayer o Nicolás Jarry en segunda ronda, Damir Džumhur en tercera, John Isner o Diego Schwartzman en octavos de final y Pablo Carreño o Marin Čilić en cuartos.

Roger fue la otra cara de la moneda. Un debut ante Aljaž Bedene; una segunda ronda con Jan-Lennard Struff o Soon-woo Kwon; la tercera con Gasquet, Sam Querrey o Miloš Raonić en octavos; y Juan Martín Del Potro o David Goffin en un peligroso cruce de cuartos antes de unas hipotéticas semifinales con Zverev trazaron un sendero muy complicado para el suizo, que salió del sorteo preparado para afrontar un buen reto.

El lunes, durante la primera jornada de competición, Nadal se estrenó venciendo a Estrella Burgos por un contundente 6-1, 6-1 y 6-1, firmando un regreso espectacular a un partido oficial del circuito.

Para muchos, la rutinaria victoria del español quedó enterrada por la ropa con la que Rafa apareció sobre la Rod Laver Arena. Diez años después de hacerlo por última vez, el español se puso una camiseta sin mangas para jugar, recuperando el aspecto con el que se dio a conocer cuando irrumpió en la élite en 2004.

A la vez que Nadal saltaba a la pista y se quitaba la chaqueta para revelar la sorpresa, dejando al descubierto sus brazos, varios de los integrantes del vestuario lanzaban palabras de asombro, provenientes sobre todo del sector femenino de la caseta.

Rafa jugó con camiseta sin mangas el torneo de París-Bercy en 2008 y desde entonces no usó más ese modelo, dando un orquestado cambio de imagen que reflejase una personalidad más adulta y seria, acorde con su recién estrenada condición de número uno.

Aunque le hizo ilusión por los recuerdos que le trajo, Nadal eligió volver a la camiseta sin mangas por un tema de comodidad. Históricamente, a Rafa le ha molestado el roce con el sudor que se acumula en la manga izquierda en el momento de golpear la pelota con su *drive*, algo que no sucede cuando ese sudor resbala por sus músculos.

Así y todo, durante nueve años el balear llevó una línea de camisetas con mangas, reduciendo también el tamaño de sus pantalones tras desterrar los famosos piratas con los que apareció en sus inicios.

Precisamente, esos piratas fueron tema de conversación entre Roger y Rafa. Tras el primer partido del español en Melbourne, Federer se acercó para decirle que le gustaba verle de nuevo jugando sin mangas y fue un poco más allá pidiéndole el regreso de los piratas, a lo que Nadal le respondió con una negativa entre risas.

La ropa de los tenistas como Rafa y Roger no es un tema menor, ni mucho menos. Nike, la prestigiosa multinacional estadounidense, se encarga de vestir a ambos desde los inicios de sus carreras. Al principio, la compañía no distinguía entre Nadal, Federer y los demás jugadores de la marca, pero poco a poco, y a raíz de los éxitos de ambos, Nike creó una línea personalizada para el suizo y otra para el español, diferenciándolos del resto de tenistas.

El sello de Federer en cada prenda fueron sus iniciales (RF) y el de Nadal, los cuernos de un toro, apelando al espíritu guerrero del mallorquín. Lógicamente, las líneas de ambos jugadores, compuestas por gorras, chaquetas, camisetas, pantalones o zapatillas, se caracterizaron por tener un estilo propio con el que los aficionados de Rafa y Roger se vieron identificados, creándoles la necesidad de ir a comprar algo de sus ídolos para sentirse más cerca de ellos.

El proceso de elección del material de Nike es curioso, y se hace con un año de antelación. Es decir, en el Abierto de Australia de 2018 se aprobó la indumentaria que los jugadores llevarán el próximo año, en 2019. Normalmente,

creativos y diseñadores de la compañía se desplazan hasta los torneos y mantienen reuniones con los tenistas y sus equipos, que proponen, desechan y terminan eligiendo lo que más les gusta, tanto en modelos como en colores.

Lo que luego se ve sobre la pista es el trabajo de muchas reuniones y de meses de proyectos que terminan en buen puerto, reflejando lo que los jugadores quieren transmitir cuando salen a jugar.

La vestimenta fuera de la pista también es importante, bien lo sabe Anna Wintour. La editora jefa de la prestigiosa revista *Vogue*, una de las publicaciones más influyentes del mundo, se acercó a hablar con Federer en Nueva York, aprovechando la celebración del US Open de 2002. De primeras, el suizo no supo reconocer a la mujer que le estaba saludando, pero pronto la cara de Wintour pasó a formar parte de la vida de Federer de una forma muy especial.

En poco tiempo, Anna cambió la forma de vestir de Roger, dándole importantes consejos sobre moda para saber qué elegir en una sesión fotográfica, en el acto de un patrocinador o en cualquiera de los muchos eventos a los que debe acudir. Poco quedaba en 2018 del Federer mal vestido de principios de los 2000, con un corte de pelo de dudoso gusto, un estilo con raíces lugareñas y muy poco rastro de la clase por la que es distinguido en la actualidad.

La camiseta sin mangas que llevó Nadal en Melbourne tuvo el efecto que Nike había calculado en los aficionados del balear, que respondieron ilusionados a la vuelta a los orígenes del jugador, clasificado para la segunda ronda del torneo sin apenas esfuerzo alguno y con la buena noticia de no haber sentido dolor en su rodilla derecha, la causante de sus peores días de 2017.

Aunque Rafa se entrenó y jugó al máximo nivel, sin rastro de la carga de estrés que sufrió en el tendón rotuliano en el tramo final de la pasada temporada, decidió contemplar algunas precauciones para mimar su articulación.

Iván Gutiérrez es un fisioterapeuta colombiano que trabaja en el Abierto de Australia desde hace muchos años. Su día a día en el torneo consiste en estar disponible para lo que los jugadores puedan necesitar en materia de recuperación o prevención, como ocurre en tantas otras competiciones del mundo. Iván, sin embargo, se ha ganado el prestigio dentro del vestuario por su capacidad para mitigar los dolores en las rodillas de los tenistas a través de unos eficaces parches.

Casi invisibles a la vista, con el tamaño de una tirita, los parches del fisioterapeuta colombiano se hicieron habituales en la rodilla derecha de Nadal durante sus entrenamientos en Melbourne Park, aunque no en los partidos que

disputó en el torneo. Más por cautela que por un problema real, Rafa utilizó la solución de Iván para practicar y siguió sin ninguna protección cuando saltó a pelear para seguir avanzando en el cuadro.

Tras imponerse a Estrella Burgos en el debut, Nadal superó sus dos siguientes partidos en el torneo sin problemas, imponiéndose al argentino Mayer por 6-3, 6-4 y 7-6 en la segunda ronda y al bosnio Džumhur por 6-1, 6-3 y 6-1 en la tercera. En octavos, ante Schwartzman, el español experimentó la primera prueba de verdad en todo el torneo.

Rafa ganó al argentino por 6-3, 6-7, 6-3 y 6-3, pero para lograr la victoria necesitó dejar atrás un encuentro competido de tú a tú en largos y exigentes peloteos con su contrario, que no se daba por vencido ni golpeándole con un martillo en la cabeza.

Ya clasificado para los cuartos, superada la peor parte después de venir sin ritmo de competición, Nadal se permitió ilusionarse, pensar en hacer cosas grandes, incluso se imaginó luchando por el título de campeón.

Un inesperado revés en el cruce contra el croata Čilić rompió todos los sueños del balear, que pasó de imaginarse en las rondas finales a buscar un billete de vuelta a casa tras una decepción importante.

Nadal tuvo que retirarse en el quinto set de los cuartos de final (3-6, 6-3, 6-7, 6-2, 2-0 y abandono) al hacerse daño un rato antes en la pierna derecha, que luego se tradujo en una lesión de grado uno en el psoas ilíaco.

«Noto que mi pierna no está en el sitio adecuado», le dijo con gesto serio Nadal al fisioterapeuta después de perder el cuarto parcial, una de las veces en las que solicitó su presencia en la pista con el objetivo de continuar jugando y esperar que ocurriese un milagro. Incapaz de continuar, prácticamente cojo, el balear sacó bandera blanca en el arranque del quinto set y se fue de la Rod Laver Arena despedido por una ovación inmensa de la grada.

Federer vio en su habitación de hotel lo que ocurría y antes de ir a dormir le mandó un mensaje a Nadal, utilizando su teléfono móvil. «Rafa, espero que estés bien y que las pruebas de mañana sean positivas», escribió el suizo antes de darle a enviar y apagar la luz para intentar descansar.

A esa misma hora, el mallorquín se marchaba de Melbourne Park en un coche dirigido por Iain, su conductor de siempre en el Abierto de Australia. Camino del hotel Crown Towers, su residencia habitual en el primer grande del

año, Nadal permaneció en silencio mientras empezaba a digerir otro duro golpe del destino.

Federer avanzó por las primeras rondas del torneo sin sufrir ni un poquito. Los triunfos ante Bedene (6-3, 6-4 y 6-3), Struff (6-4, 6-4 y 7-6), Gasquet (6-2, 7-5 y 6-4), Márton Fucsovics (6-4, 7-6 y 6-2) y Tomáš Berdych (7-6, 6-3 y 6-4) dejaron al suizo clasificado para las semifinales, demostrando de nuevo que muchas veces los sorteos de los cuadros no se pueden valorar hasta que van pasando los días.

En el caso de Roger, lo que se suponía una escalada muy dura quedó reducida a una subida con poca pendiente, consecuencia de las sorpresivas eliminaciones de Djokovic, Zverev o Del Potro, entre otros muchos de los contrarios que se podría haber cruzado el suizo.

La forma más sencilla de saber si un torneo acaba de comenzar o se está acercando al final es darse un paseo por el restaurante de jugadores en hora punta. En un Grand Slam, como es el Abierto de Australia, los días previos al arranque o durante la primera semana es imposible encontrar una mesa libre para sentarse, las colas para elegir la comida son largas y en un pequeño espacio se reúnen todas las caras que dan forma a la élite del tenis mundial.

A partir del jueves de la segunda semana, cuando se disputan las rondas finales, el restaurante es un cementerio y los trabajadores, que hasta ese momento han ido muy agobiados, casi sin tiempo ni para respirar, se pasan las horas de brazos cruzados porque no tienen muchas peticiones que atender.

Gracias a todos sus títulos, lo que lógicamente quiere decir que ha estado hasta el final en muchas pruebas del circuito, Federer ha experimentado con frecuencia la mutación que sufren las distintas áreas de los torneos, que en cuestión de días pasan de estar atascadas de gente a encontrarse completamente vacías.

En cualquier caso, es difícil ver al suizo comer en el restaurante de un torneo durante los días de mayor bullicio. Al contrario que Nadal, que suele hacer mucha vida en el club y rara vez se marcha a almorzar fuera, Federer prefiere desaparecer después de entrenar, evitando el estrés que muchas veces se genera en las zonas comunes y aprovechando para pasar todo el tiempo posible con los suyos.

El sábado 27 de enero, horas antes de que Simona Halep y Caroline Wozniacki se jugasen el título femenino en el primer grande del curso, una pequeña reunión de cuatro hombres llamó la atención de los pocos que se dieron

una vuelta por el restaurante de jugadores del Abierto de Australia.

Al fondo, junto a la barra donde los tenistas pueden elegir distintos zumos y batidos de una carta interminable, Federer y su equipo se sentaron alrededor de una mesa alta, fijaron la vista en la televisión que tenían justo enfrente y se pusieron a comentar la final entre Stéphane Houdet y Shingo Kunieda, los finalistas del torneo en la modalidad de silla de ruedas.

Federer se quedó un buen rato embobado, mirando el esfuerzo que los dos oponentes hacían para desplazarse por la pista y golpear a tiempo la pelota, construyendo unos intercambios llenos de variantes. Ivan Ljubičić, su entrenador, Severin Lüthi, el capitán del equipo suizo de Copa Davis y mano derecha de Roger durante toda su carrera, y Pierre Paganini, su fisioterapeuta, abrieron un debate sobre cómo respondería uno de los mejores tenistas del mundo jugando un partido en silla de ruedas.

A excepción de las cuatro citas del Grand Slam, y Wimbledon desde hace pocos años, no es habitual que Federer, Nadal y el resto de los mejores jugadores del mundo tengan la oportunidad de coincidir en los torneos con los tenistas que compiten en silla de ruedas, una modalidad que muchos no valoran realmente hasta que la ven en directo, empapándose del mérito que tienen los que la practican.

Federer y su equipo dejaron de prestar atención al encuentro entre Houdet y Kunieda, porque al suizo se le ocurrió una idea que le pareció divertida.

Roger colocó tres móviles en horizontal sobre la mesa, dejando una pequeña separación entre ellos, se sacó una pelota de tenis del bolsillo del pantalón y en un segundo creó una competición con sus tres acompañantes. Algo tan sencillo como intentar que la bola botase entre los teléfonos sin tocarlos, un juego más propio de unos niños de primero de Primaria que del equipo de uno de los mejores tenistas de la historia, sirvió para que Federer se relajase, algo que sorprendentemente necesitaba.

Roger, que antes de irse del restaurante ese sábado se divirtió un poco más lanzando la pelota contra una de las paredes del fondo desde varios metros de distancia, imitando el gesto de un jugador de baloncesto, durmió muy mal tras clasificarse para la final el viernes.

A las tres de la madrugada, el suizo seguía con los ojos como platos en la habitación de su hotel, pese a que el partido con Hyeon Chung había terminado antes de las diez de la noche. La sensación de llegar al encuentro decisivo por la

retirada de su contrario (6-1, 5-2 y abandono) desconcertó a Federer, que nunca se imaginó volviendo a la final del primer grande del año en esas extrañas circunstancias.

Aunque lo intentó, el suizo no pudo despegarse de la inquietud, que se multiplicó cuando llegó el día de la final. Que la hora del encuentro fuese las siete y media de la tarde no ayudó en absoluto, porque Federer dispuso de muchas horas para darle vueltas a la cabeza, para hacerse preguntas que no le hicieron ningún favor.

«¿Cuáles serán las consecuencias de otra victoria aquí? ¿Qué pasará si pierdo? ¿Cómo reaccionaré si gano?»

El domingo de la final, Federer se quedó en la cama de su habitación hasta casi las doce de la mañana, intentando ganarle minutos al reloj. El suizo llegó a Melbourne Park a mediodía y se fue a calentar a una de las pistas cubiertas del torneo para evitar los cuarenta grados de temperatura del exterior y en previsión de que el partido contra Čilić pudiese jugarse en condiciones *indoor,* como terminó ocurriendo.

Media hora antes del arranque, los organizadores del Abierto de Australia comunicaron a los finalistas que el encuentro se disputaría bajo techo tras aplicar la regla del calor extremo. Esa norma, pensada para proteger a los jugadores cuando el clima es muy duro, dice que además de superar los cuarenta grados de temperatura es necesario que el índice *wet-bulb globe temperature* (WBGT, por sus siglas en inglés, conocido como «barómetro de bulbo húmedo») rebase la cifra de 32,5.

La decisión que tomaron los directivos del torneo al activar la regla del calor extremo provocó algo único. Por primera vez en la historia, una final del Grand Slam se jugaría a cubierto desde el principio. El propio Abierto de Australia tuvo que activar el techo retráctil en el partido decisivo de 2012, que Novak Djokovic le ganó a Nadal, pero jamás un encuentro se había iniciado en esas condiciones herméticas que tanto le gustan a Federer.

El duelo empezó de cara para Federer, que le endosó un claro 6-2 a Čilić en el primer set de la final. El croata, un poco desubicado, fue encontrando poco a poco el tono y se llevó la segunda manga en el desempate, colocando el empate en el partido.

Con los intercambios mucho más nivelados, la mejor versión de Roger le permitió tomar la delantera hacia el título, echándole el lazo al tercer set por 6-3 y poniéndose con un 3-1 casi definitivo en el cuarto.

Hay motivos para preocuparse cuando Federer habla en alemán durante un partido. Normalmente, el inglés es el idioma preferido del suizo cuando necesita animarse o recriminarse en mitad de un encuentro. La aparición del alemán, un involuntario cambio de lengua del que ni Roger es totalmente consciente, significa que las cosas no van bien.

El tenis es uno de los deportes más solitarios que existen. Una red separa a los dos rivales, que están despojados de cualquier ayuda cuando la pelota echa a volar.

Federer no es ningún bicho raro, porque todos los tenistas hablan solos dentro de la pista, algunos incluso mantienen conversaciones en voz alta que se quedan flotando en el aire, monólogos que nadie interrumpe. Nadal, por ejemplo, utiliza el castellano para mandarse mensajes positivos a sí mismo, o el mallorquín cuando quiere decirle algo a su equipo. Rara vez opta por el inglés, aunque es cierto que en algún partido se le ha podido oír un *come on!* aislado en sustitución de su característico ¡*vamos*!

En el primer juego del quinto set de la final del Abierto de Australia, Čilić escuchó a Federer gritarse en alemán palabras que no entendió, pero le bastó para saber que estaba haciendo las cosas muy bien. El croata, que caía 2-6, 7-6, 3-6 y 1-3 en el cuarto parcial, muy cerca de la derrota, consiguió romperle el saque a Roger dos veces seguidas (3-3 y 5-3) y empató el duelo, llevándose esa cuarta manga por 6-3 y forzando el set decisivo.

Federer se marchó al baño con una toalla cubriéndole la cabeza, como si así pudiera volverse invisible. En su palco, Ivan Ljubičić, su entrenador, y Mirka Vavrinec, su esposa, intercambiaron miradas de preocupación. Hace veinte minutos, la final estaba totalmente controlada y celebrar el título era solo cuestión de aguantar unos juegos más la ventaja que tenía en el marcador. Llegados a ese punto, Čilić había encontrado la forma de colocar la iniciativa de los intercambios en la punta de su raqueta, consiguiendo llevar la voz cantante y poniendo a su rival contra las cuerdas.

Roger estuvo poco tiempo en el vestuario antes de empezar a jugar el quinto set, pero fue suficiente para unir dos pensamientos opuestos, uno lógico y otro bien sorprendente. Por un lado, Federer concluyó que necesitaba frenar el impulso de Čilić, ponerle freno a la dinámica ganadora del croata, si quería tener alguna opción de llevarse el encuentro. Por el otro, el suizo estuvo seguro de que esa noche le hacía falta un poco de suerte, un factor aleatorio que pocas veces interviene directamente en el resultado de un partido.

A Roger no le faltaba razón.

Čilić tuvo dos bolas de *break* en el primer juego de la quinta manga, con Federer sacando para colocar el 1-0. El suizo se enfrentó a una situación complicada, porque ceder su servicio de entrada le habría obligado a tener que ir a contracorriente en esos momentos decisivos.

Estando al límite, lo primero que tuvo Federer fue suerte, y la tuvo porque Čilić falló la primera bola de *break* enviando un segundo saque del suizo a la red. La sencilla derecha que erró el croata le dio alas a Roger, que anuló la otra oportunidad de romperle el servicio que se fabricó su contrario conectando un buen saque a la zona de la T.

En cinco minutos, Federer había logrado las dos cosas que se propuso en el vestuario, y una de la mano de la otra. La suerte con la que Roger escapó de la primera bola de *break* de Čilić hizo que su rival entrase en barrena, perdiendo el empuje y dejando al suizo con la batuta de la final, tal y como había ideado a la conclusión del cuarto parcial.

Tras proteger su primer saque en el quinto set, el resto fue coser y cantar para Roger, que se colocó 3-0 en un parpadeo y logró poner luego un contundente 5-1 en el marcador.

A veces, el destino es muy caprichoso.

Federer celebró el título de campeón de 2017 con dos oleadas de alegría, porque Nadal pidió el ojo de halcón para que la revisión electrónica confirmase si una derecha cruzada del suizo había tocado la línea o se había marchado fuera, y frenó en seco el primer aluvión de felicidad, que volvió a cobrar fuerza cuando el sistema confirmó la validez del tiro de Federer.

En 2018, Čilić hizo lo mismo que Rafa con un saque abierto de su contrario, que por un momento se echó a reír, incapaz de creerse esa situación de nuevo. Como ocurrió un año atrás, el ojo de halcón tardó segundos en confirmar que el saque de Roger había sido bueno y que la victoria le pertenecía.

Federer levantó los dos brazos al cielo de Melbourne, gritó palabras que nadie puedo escuchar, enterradas por el ensordecedor ruido de la pista, y fue a sentare a su banquillo para digerir un triunfo alucinante.

Con 36 años y 173 días, una edad en la que normalmente se suele haber dejado la raqueta, el suizo subrayó que la veteranía no es ningún inconveniente para continuar ganando.

Los minutos siguientes al final del partido transcurrieron con normalidad, hasta que a Roger le tocó el turno de recoger el trofeo.

Tras recibir la copa de campeón y besarla, Federer dio varios pasos al frente, se colocó ante miles de personas y agarró el micrófono para dirigirse al público.

El suizo comenzó su discurso con buen tono, confesando lo feliz que se sentía y lo increíble que era volver a estar allí subido un año después de haberle ganado el título a Nadal. Se acordó de Čilić, al que felicitó por llegar al número tres mundial, y también de toda la organización del torneo, haciendo especial referencia a los voluntarios que con su ayuda hicieron posible el buen desarrollo de otro Grand Slam en Australia.

La voz de Federer empezó a quebrarse cuando se acordó de los aficionados, a los que dio las gracias por provocarle los nervios, por llenar los estadios a lo largo de todo el mundo y por hacerle ir a entrenar con el objetivo de ser mejor, un motor para seguir jugando y ganando.

La gente aplaudió como respuesta a las palabras del tenista, y al suizo se le nubló la vista por la llegada de las primeras lágrimas. A duras penas, Federer giró la cabeza a la derecha para establecer contacto visual con su equipo, los hizo partícipes del triunfo y entonces explotó, rompiendo a llorar sin barreras.

Durante un minuto y veintiocho segundos, la pista central del Abierto de Australia ovacionó a Federer, que no paró de derramar lágrimas en ningún momento mientras hacía evidentes esfuerzos por recuperar el control de su respiración.

La imagen de Roger llorando como un niño, el mismo Roger que durante las últimas tres horas y tres minutos había estado peleando fieramente con la raqueta en la mano, desnudó de nuevo a la persona que se esconde bajo la coraza de uno de los mejores jugadores de la historia.

En 2009, tras perder la final con Nadal de forma agónica, Federer subió a recoger el trofeo de subcampeón y no pudo terminar su discurso porque el llanto se lo impidió abruptamente.

«Dios, esto me está matando», acertó a decir el suizo antes de ponerse a llorar a ojos del mundo entero y a escasos metros de su máximo rival, el único responsable de esa reacción.

Aquella vez, las lágrimas de Roger fueron consecuencia de un motivo distinto a las de 2018. Hace más de una década estuvieron motivadas porque Rafa le había ganado a Federer las últimas tres finales de Grand Slam disputadas

entre ambos, porque el suizo no podía soportar más esa situación, pero en el fondo demostraron la humanidad de un tenista que tiene los mismos sentimientos que cualquier persona normal y corriente.

El minuto y veintiocho segundos que Roger estuvo llorando en la ceremonia de entrega de trofeos de la final de 2018 conmovió a todos, desde los aficionados que estaban en la pista central del Abierto de Australia hasta los que seguían el encuentro a través de la televisión.

Rod Laver, el único jugador que ha sido capaz de ganar los cuatro grandes títulos del circuito en la misma temporada, y dos veces (1962 y 1969), no quiso ser menos. Sin cortarse ni un pelo, sin que su condición de leyenda importase lo más mínimo, el australiano sacó su iPhone para fotografiar la escena desde el palco de autoridades en el que estaba sentado.

El momento no pudo ser más icónico: Laver, en la pista que lleva su nombre en honor a una carrera como pocas en la historia, capturando en su teléfono móvil las lágrimas de Federer, otro de los más grandes de siempre.

Superado ese momento de emoción, uno de tranquilidad.

La paz engulló a Federer tras adentrarse en el pasillo que conecta la entrada de la Rod Laver Arena con la puerta del vestuario. En su primer momento privado tras la victoria, Roger empezó a recorrer el camino en silencio, con la alfombra negra del suelo amortiguando sus lentas pisadas.

En soledad, con los gritos de la grada insonorizados por los muros del interior, Federer comenzó a tomar conciencia de lo que acababa de conseguir, pero inmediatamente mandó un mensaje a su manera, con un gesto tan sencillo como ambicioso.

Ese túnel que Roger recorrió con la copa bajo el brazo es muy especial, porque está flanqueado a ambos lados por unos enormes cartelones con los nombres de todos los campeones del Abierto de Australia. Se trata de un recorrido largo, de más de cien metros, que incluso hace curva, y es lo último que los tenistas ven antes de salir a la pista y lo primero que se encuentran tras volver con una victoria o una derrota.

Una pasarela de nombres, formada por ilustres como Rod Laver, Margaret Smith Court, John Newcombe, Virginia Wade, Jimmy Connors, Evonne Goolagong Cawley, Mark Edmondson, Martina Navratilova, Roscoe Tanner, Na Li, Guillermo Vilas, Monica Seles, Boris Becker, Serena Williams, Andre

Agassi, Martina Hingis o Pete Sampras, escolta a los jugadores hasta las escaleras que desembocan en la pista central, y también en el trayecto de regreso, después de jugar.

De vuelta al vestuario, Federer podría haber dejado atrás esa hilera de nombres sin detenerse, como todas las veces anteriores, o quizá podría haber optado por pararse junto al suyo, que desde esa noche estaba al mismo nivel que Roy Emerson y Novak Djokovic, seis veces campeones del torneo.

Pero al suizo se le ocurrió algo que nadie esperaba.

Con la cadencia natural del que sabe exactamente lo que hace, Roger se detuvo entre los cartelones de Chris Evert y Mary Pierce para pegarle dos palmaditas al nombre de Steffi Graf, la alemana campeona de veintidós títulos del Grand Slam.

Riendo con un punto de picaresca, Federer siguió caminando tras avisar sin palabras de su próximo objetivo: con veinte grandes en su inmenso palmarés, destruido de nuevo su propio récord personal y abierta un poco más la brecha con los dieciséis de Nadal, el suizo apuntó a los veintidós de Graf como una meta soñada, quizá demasiado ambiciosa.

Rafa, claro, tiene mucho que decir en esa carrera por la eternidad. Roger, por supuesto, también.

Después de un mágico 2017 en el que los dos rivales ganaron todos los títulos más importantes del mundo, y tras arrancar 2018 de la misma forma, la pregunta está a la vista.

¿Puede un cuento de hadas no terminarse nunca?

Puede.

De momento, todo sigue igual.

EPÍLOGO
RÓTERDAM

Sin esperarlo, Richard Krajicek se llevó una de las mayores alegrías de su vida el lunes 29 de enero de 2018.

El holandés, que en su etapa como jugador llegó a ser número cuatro del mundo y se proclamó campeón de Wimbledon en 1996, ejerce en la actualidad como director del torneo de Róterdam, una de las grandes citas del calendario porque lleva celebrándose desde 1974 y porque en el palmarés de ganadores figuran legendarios nombres como el de Arthur Ashe, Jimmy Connors, Björn Borg, Boris Becker o Stefan Edberg.

En el circuito profesional, la ATP divide en tres modalidades los torneos que están bajo su control. El abanico se compone de cuarenta eventos de categoría 250, trece de categoría 500 y ocho Masters 1000, que salvo excepciones son los únicos obligatorios para los treinta primeros tenistas de la clasificación. La Copa de Maestros, que disputan en el mes de noviembre los ocho mejores jugadores de cada curso como broche de la temporada, es la joya de la corona de la ATP, aunque son el resto de torneos los que hacen latir el corazón del circuito cada semana.

Lógicamente, hay significativas diferencias entre las tres modalidades, porque los Masters 1000 no necesitan pelearse para contar con las grandes estrellas, y los 250 y los 500 libran una encarnizada batalla en los despachos, hablando con representantes, familiares y patrocinadores con el único objetivo de cazar a algún pez gordo del ranking.

Róterdam pertenece a la categoría 500 y eso obliga a los organizadores a trabajar duro para convencer a las grandes estrellas de que jugar el torneo es una buena idea, la mayoría de las veces ofreciéndoles una importante suma de dinero como columna vertebral del acuerdo.

Es cierto que Róterdam ha tenido un buen cartel de participantes en la última década, con varios campeones de Grand Slam en liza. Sin embargo, la edición de 2018 se presentó con Alexander Zverev y Grigor Dimitrov como

principales atractivos. Sin duda, cavilaron los directivos del evento, el alemán y el búlgaro conseguirían levantar expectación entre los aficionados al tenis, pero la repercusión no llegaría mucho más lejos.

De repente, eso cambió radicalmente porque Róterdam pasó de ser un torneo más a convertirse en el epicentro del mundo del deporte.

La alegría de Krajicek comenzó al responder una llamada de Tony Godsick el día después de la victoria de Roger Federer en el Abierto de Australia. Siguiendo las indicaciones del tenista, el agente del suizo se puso en contacto con el director de Róterdam para ver si había alguna oportunidad de que la organización le concediese una invitación a Roger para el cuadro final del torneo, al que inicialmente no se había apuntado porque disputarlo no entraba en sus planes.

A Krajicek le empezó a temblar la mano.

Sí, Federer quería jugar en Róterdam. Sí, Roger deseaba estar en el torneo neerlandés. Y sí, Krajicek sabía exactamente el motivo por el que uno de los mejores tenistas de todos los tiempos acababa de solicitarle una invitación para disputar por sorpresa una cita inexistente en su hoja de ruta.

La explicación fue sencilla. Simplemente, Federer había decidido romper la historia en mil pedacitos asaltando el número uno del mundo para convertirse con treinta y seis años, seis meses y once días en el tenista más veterano en ocupar esa privilegiada posición de la clasificación.

El triunfo de Roger en el Abierto de Australia le colocó a 155 puntos de la cima de la clasificación, en manos de Rafa Nadal desde agosto de 2017. El abandono del mallorquín en el partido de cuartos de final contra Marin Čilić, consecuencia de una lesión de grado 1 en el psoas-ilíaco de su pierna derecha, le impidió defender los mil doscientos puntos de la final alcanzada el año anterior. El infortunio de Nadal, sumado a que Federer protegiese las dos mil unidades de su ranking al revalidar la corona, fue una combinación ideal que le puso el trono más a tiro que nunca.

Es cierto que Roger se había acercado varias veces a la cima en 2017, incluso hubo un momento, durante el verano, en el que muchos creyeron que conseguiría arrebatársela a Nadal. La voluntaria baja del suizo en el Masters 1000 de París-Bercy fue su forma de renunciar a la guerra por el uno, dándole a Rafa toda la ventaja para acabar el curso encaramado a la primera posición del ranking.

Antes de jugar las semifinales de la Copa de Maestros de Londres contra

David Goffin, y con el número uno asegurado para Nadal hasta 2018, el suizo se enfrentó a una pregunta tan lógica como repetida en los meses anteriores.

—¿Vas a pelear por el número uno? —le cuestionó un periodista francés, cuando ya habían pasado unos cinco minutos desde el inicio de la rueda de prensa—. Si ganas el torneo terminarás a ciento cuarenta puntos de Nadal —añadió el reportero, para recordarle la estrecha distancia a la que se quedaría de su oponente en caso de hacerse con el trofeo, algo que finalmente no terminó ocurriendo porque el suizo se inclinó ante el belga y no alcanzó ni la final.

—A mi edad sería muy arriesgado perseguir el número uno —respondió Federer, manteniendo el mismo discurso de todo el año, blindado contra las locuras y los desgastes excesivos—. Esto es algo que no va a cambiar en el futuro.

Poco más de tres meses después, el suizo sacudía de arriba a abajo aquella frase con sus propios hechos. Federer llegó a Róterdam el domingo 11 de febrero de 2018 con un objetivo muy claro: ganar los tres partidos que le asegurarían matemáticamente el número uno del mundo.

Nadie puede decir que el suizo no demostrase ser inteligente.

En lugar de esperar al torneo de Dubái, que se disputa la misma semana que Acapulco, Federer decidió aprovechar la oportunidad que le ofrecía Róterdam para depender de sí mismo en el zarpazo a lo más alto de clasificación por una razón principal. No adelantarse habría significado estar pendiente de Nadal, porque el mallorquín podría haber retenido la primera plaza en función de sus resultado en México, y luego Federer se enfrentaba a la defensa del título en los Masters 1000 de Indian Wells y Miami (dos mil puntos, sin margen para sumar nada), por lo que la única ocasión factible de atacar la cúspide pasaba por ir a Róterdam.

¿Seguro que el suizo no iba a hacer un esfuerzo extra teniendo una meta tan importante como esa al alcance?

—Lo único que dije es que pensaría en el ranking después del Abierto de Australia —reconoció Roger antes de debutar en Róterdam, en una multitudinaria comparecencia ante los medios de comunicación—. No esperaba ganar en Melbourne de nuevo, y al no ganar la Copa de Maestros nunca pensé que volviese a ocurrir otra vez y que estuviese a la vista. Jugué el Abierto de Australia sin pensar en el ranking, pero sabía que tenía flexibilidad de calendario en febrero —prosiguió el suizo—. No me puedo creer que esté tan cerca. Significaría mucho para mi equipo, para mi familia, para mis aficionados y para

todos aquellos que me han apoyado durante este camino de regreso desde 2016. Ya estábamos felices por cómo estaba yendo todo, pero sería increíble volver a ser el número uno.

Podría decirse que el mundo es otro desde que Federer alcanzó el número uno por primera vez en su carrera. Roger coronó la clasificación el 2 de febrero de 2004 tras ganar su primer Abierto de Australia a Marat Safin, el segundo trofeo grande de su palmarés después de Wimbledon 2003.

En consecuencia, cuando el suizo debutó en Róterdam el miércoles 14 de febrero de 2018, habían pasado más de catorce años desde que ascendió al cielo del circuito, que fue suyo durante cuatro años, seis meses y dieciséis días, antes de ser desplazado por Nadal el 18 de agosto de 2008.

Federer recuperó dos veces el número uno. La primera fue el 6 de julio de 2009, y pudo aguantarlo casi un año, hasta el 7 de junio de 2010. El segundo ascenso ocurrió el 9 de julio de 2012, y en aquella ocasión mantuvo la posición hasta el 5 de noviembre de esa misma temporada.

Los tres periodos de Roger como líder del circuito le hicieron acumular un total de trescientas dos semanas en el número uno, más que nadie en toda la historia. Posiblemente, cuando Federer se marchó de lo más alto del ranking aquel 5 de noviembre de 2012 nunca imaginó que casi cinco años más tarde estaría en disposición de abrir una cuarta etapa al frente de la clasificación mundial.

La pista cubierta de Róterdam vio a Federer hacer magia para imponerse a Ruben Bemelmans en la primera ronda del torneo. En cuarenta y siete minutos, el suizo despachó por 6-1 y 6-2 al belga y avanzó sin problemas, quedándose a solo dos triunfos de cumplir su misión.

Aunque Róterdam es un torneo de categoría 500, su pista principal tiene capacidad para 15.818 personas. Puede resultar sorprendente que solo haya tres estadios en el circuito preparados para albergar más espectadores. Únicamente la Arthur Ashe (US Open), el O2 Arena de Londres (Copa de Maestros) y el Estadio 1 de Indian Wells se encuentran en ese aspecto por encima de Róterdam, que a su vez supera a canchas tan ilustres como las centrales del Abierto de Australia, Roland-Garros y Wimbledon.

A pesar de que los organizadores habían conseguido mantener a buen ritmo la venta de entradas, la confirmación de Federer a última hora provocó que rápidamente se agotasen todos los asientos disponibles en la central.

¿Quién iba a querer perderse la posibilidad de ver a Federer jugando parar

estirar un poco más su leyenda?

Un rato después de ganar a Bemelmans ante la mirada de más de quince mil espectadores, y antes de atender a la prensa, el suizo acudió a realizar una entrevista muy especial, con un pequeño aficionado que le estaba esperando en uno de los pasillos del torneo.

—¿Quién es tu superhéroe favorito? —le preguntó de sopetón el niño, con una enorme cinta del pelo blanca colocada en la frente.

—Thor —contestó Roger riendo, mientras sostenía un micrófono en la mano derecha—. ¿Y el tuyo?—añadió curioso.

—¡Tú! —le dijo el niño, representando con esas palabras el sentimiento de una gran parte del mundo, completamente pendiente de la hazaña que el suizo estaba tratando de lograr.

Casi a la vez que Federer superaba su debut en Róterdam, dándose un baño de masas, un enorme mosaico protagonizado por Nadal se desplegaba en el Fondo Sur del Santiago Bernabéu. Minutos antes de que comenzase la vuelta de los octavos de final de la Champions League entre el Real Madrid y el Paris Saint-Germain, los seguidores del club blanco revelaron un impresionante mural presidido por el tenista, pero vestido con la camiseta del conjunto español.

El partido había llegado marcado por la hipotética superioridad del equipo francés, en mucho mejor estado de forma que el Real Madrid en todas las competiciones. La imagen de Nadal, uno de los seguidores más importantes del conjunto blanco, vino a enviar un mensaje de ánimo invocando algunos de los valores del club que tan bien representa, como el esfuerzo, la superación o el sacrificio.

Contra el pronóstico de la mayoría de los expertos, el Real Madrid se impuso por 3-1 al Paris Saint-Germain, y el mallorquín lo celebró en casa después de recibir en su teléfono móvil muchos mensajes con la fotografía del Fondo Sur.

Nadal estaba en Manacor cuando se enteró de la decisión de Federer de jugar en Róterdam para arrebatarle el número uno, y no le preocupó lo más mínimo. El español acababa de volver a los entrenamientos tras recuperarse de su lesión en el psoas-ilíaco de la pierna derecha, pensando en preparar la próxima gira por Acapulco, Indian Wells y Miami. Esos días, Rafa también aprovechó para cambiar la raqueta por los palos de golf, y compitió en el

Campeonato Amateur de Baleares, logrando una más que meritoria quinta posición al completar el recorrido del campo de Santa Ponsa en ciento sesenta golpes, nueve más que el vencedor.

El jueves, Federer ganó por 7-6 y 7-5 a Philipp Kohlschreiber y se quedó a un solo triunfo del número uno. El encuentro fue totalmente distinto al del día anterior con Bemelmans, porque Roger estuvo encadenado a los nervios desde el primer momento, e incluso necesitó salvar dos pelotas en el desempate del primer set.

Los fotógrafos que estaban trabajando a pie de pista durante el encuentro tuvieron en su poder, y antes que nadie, la muestra de que las cosas no iban bien para el suizo. Cuando Federer no sale bien en las fotos es que pasa algo, y ese jueves jugando contra Kohlschreiber las imágenes de Roger estaban lejos de la perfección que suele distinguir las instantáneas del suizo en competición.

Salvo excepciones como las de ese día en Róterdam, las fotos de Federer componen un álbum con los secretos del tenis revelados a ojos de todo el mundo. Roger ejecutando un saque, golpeando una derecha o conectando un revés. Roger defendiéndose con un cortado, estirado en la red o haciendo un remate. Roger de cuerpo entero durante un ataque en tromba. Un mapa ideal para ver cómo colocar los pies, los brazos o la cabeza en el momento del impacto con la pelota, y cómo hacerlo de forma armónica y estética, rozando la excelencia.

Entre esas fotos, que muchos profesores deberían coger como referencia para sus alumnos en las escuelas de formación, no se encontrarían seguro las del cruce con Kohlschreiber.

Federer no fue ajeno al golpe de pánico que sufrió frente al alemán, un rival al que dominaba por 12-0 en el cara a cara y que encontró en la inquietud del suizo una vía para pelearle la victoria. Así lo reconoció el helvético cuando le preguntaron los medios de comunicación.

En esa misma rueda de prensa también se enteró de que la misma persona a la que estaba a punto de quitarle el trono, el máximo rival de su carrera, se encontraba muy cerca de él.

—¿Por qué está Rafa aquí? —preguntó sorprendido el suizo cuando le dijeron que Nadal andaba por el mismo país.

—Ha venido a un acto benéfico —contestaron varios periodistas a la vez.

—Debería pasarse por aquí —comentó Federer con naturalidad.

—Para celebrar lo que puedes lograr mañana —dijo otro periodista, en

referencia al número uno del mundo.

—No, no por eso —respondió Roger—. Quiero verle. Estoy solo, mi familia no ha venido —añadió, provocando las risas de todos los presentes.

¿Qué hacía Rafa a pocos kilómetros de Róterdam unas horas antes de que Roger jugase para arrancarle el número uno de las manos?

Nadal acudió el jueves por la noche a la gala benéfica anual de Goed Geld en Ámsterdam. Se trata de uno de los eventos solidarios más importantes del país y está organizado por la Lotería Nacional de Holanda, que reúne a distintas asociaciones benéficas para recaudar fondos y destinarlos a acciones solidarias.

Acompañado por su pareja María Francisca Perelló, Rafa coincidió en la gala con el actor Leonardo DiCaprio, cuya fundación también estaba presente en el evento. Ambos se sentaron codo con codo durante la noche, compartieron algunas experiencias y se marcharon contentos a casa, con un cheque de quinientos mil y novecientos mil euros respectivamente para sus fundaciones.

Tras la gala, Rafa se volvió a Mallorca y no recogió la invitación de Roger para acercarse a Róterdam, donde el suizo comenzó a vivir momentos de auténtico pavor por todo que estaba en juego en el partido de cuartos de final contra el local Robin Haase.

¿Cómo puede estar un tenista a las puertas de uno de los días más importantes de su carrera con más de treinta y seis años?

Llamándose Roger Federer.

Darren Cahill fue el entrenador que estaba en el banquillo de Andre Agassi cuando el estadounidense alcanzó la cima del ranking con treinta y tres años. El día antes de que Federer jugase los cuartos de final de Róterdam, y dando por hecho que Roger ganaría seguro, Cahill escribió un mensaje en su cuenta de Twitter para despedirse de un récord que en cierto modo también le pertenecía.

«Probablemente, disfrutando de mi último día como el entrenador del número uno más veterano del circuito ATP. ¡Maldito Federer! Fue espectacular, André, no hay nadie mejor para romper tu récord. ¡A por ello, Roger! Emocionantes tus últimos catorce meses de tenis. Increíble carrera profesional.»

El vaticino de Cahill se tambaleó durante más de media hora, y Agassi estuvo cerca de seguir manteniendo la marca de longevidad en la cima del ranking.

Federer arrancó jugando mal ante Haase, que se llevó la primera manga por 6-4 y amenazó con convertirse en el villano más odiado de la última época. Con el público de su lado, y apoyado en la distancia por millones de aficionados que

seguían el partido por televisión, Roger se calmó a base de golpes, que es la mejor forma para reaccionar. Haase también ayudó, condenándose con una mala decisión tras otra y despejándole el camino al suizo, que se hizo con el triunfo tras remontar 4-6, 6-1 y 6-1.

El momento final se grabó a fuego en la retina de Federer.

Una doble falta de Haase le entregó el partido al suizo e inmediatamente se llevó las manos a la cara, incapaz de aceptar que sí, que la cima de la clasificación le volvería a pertenecer desde el lunes.

—Lo has logrado finalmente. ¿Qué sientes? —le preguntaron a Federer en una entrevista sobre la pista, realizada minutos después de su victoria.

—Alcanzar el número uno es una de las hazañas más importantes en nuestro deporte —reconoció el suizo—. A veces, estás en esa posición porque has jugado muy bien. Luego tratas de luchar para recuperarlo, intentas arrebatárselo a alguien que mereció estar ahí. Y al hacerte mayor sientes que tienes que trabajar el doble. Quizá, por eso, esta vez es la más especial de mi carrera. Es algo que realmente pensé que no conseguiría después de la lesión. Regresar al número uno con casi treinta y siete años es un sueño hecho realidad, no puedo creérmelo.

¿Qué significa la longevidad?

La longevidad es fácil de explicar en el caso de Federer. Solo tres jugadores de los cincuenta primeros de la clasificación que estaban la primera vez que Roger fue número uno, el 2 de febrero de 2004, no se habían retirado el 19 de febrero de 2018, cuando el suizo retomó su particular historia con el cielo del ranking.

Los únicos que continuaban compitiendo en esas fechas eran Tommy Robredo, Feliciano López y… por supuesto, Nadal.

—¿Cómo valoras que Federer te haya quitado el número uno? —le preguntaron a Rafa horas después de que Roger se asegurase volver a lo más alto.

—Lo valoro como que alguien lo ha hecho un poco mejor que yo y se merece ser número uno en este momento —dijo Nadal—. En tenis, el ranking no engaña, es lo que se ha hecho en el último año. Federer ha ganado muchos torneos y a principios de esta temporada lo ha hecho muy bien. Hay que felicitarle porque volver al número uno a su edad es algo muy complicado.

Como no podía ser de otra manera, Federer no se detuvo y venció a Andreas Seppi en las semifinales por 6-3 y 7-6, siendo capaz de evitar la resaca

de su conquista. En la final, Roger acabó con el búlgaro Dimitrov por 6-2 y 6-2 en solo cincuenta y cinco minutos de juego para hacerse con el trofeo de campeón de Róterdam, el número noventa y siete de su carrera y la forma ideal de ponerle el broche a una semana inolvidable.

«Esta es una de esas semanas que nunca voy a olvidar en mi vida. Es algo muy especial. No sé cuánto tiempo más voy a seguir jugando al tenis, pero me gustaría volver aquí en un futuro y revivir lo que he sentido en esta semana de competición.»

El 1 de enero de 2017, Nadal y Federer eran el número nueve y dieciséis del mundo respectivamente. Ambos volvían de superar dos lesiones de gravedad que ponían en jaque su futuro, haciendo imposible apostar por verlos ganar de nuevo un título importante.

El 19 de febrero de 2018, algo más de un año después de aquel regreso, Rafa y Roger habían llegado al número uno de la clasificación, repartiéndose los cinco torneos del Grand Slam disputados hasta la fecha (tres para el suizo y dos para el español), varios Masters 1000 (cinco) y otros cinco torneos más.

¿Increíble o imposible? Simplemente maravilloso.

Hay una pregunta que se repite desde que el tiempo se puede contar y a la que nadie ha sabido dar todavía una respuesta.

¿De que material están hechos los sueños?

Del mismo que Rafa y Roger.

ANEXOS

RIVALIDAD NADAL-FEDERER

El cara a cara de una de las mayores rivalidades de todos los tiempos.

AÑO	TORNEO	SUPERFICIE	RONDA	GANADOR	RESULTADO
2017	ATP World Tour Masters 1000, Shanghái, China	Exterior dura	F	Roger Federer	6-4, 6-3
2017	ATP World Tour Masters 1000, Miami, FL, EE. UU.	Exterior dura	F	Roger Federer	6-3, 6-4
2017	ATP World Tour Masters 1000, Indian Wells, CA, EE. UU.	Exterior dura	R16	Roger Federer	6-2, 6-3
2017	Abierto de Australia, Melbourne, Australia	Exterior dura	F	Roger Federer	6-4, 3-6, 6-1, 3-6, 6-3
2015	Basilea, Suiza	Cubierto dura	F	Roger Federer	6-3, 5-7, 6-3
2014	Abierto de Australia, Melbourne, Australia	Exterior dura	SF	Rafael Nadal	7-6 (4), 6-3, 6-3

AÑO	TORNEO	SUPERFICIE	RONDA	GANADOR	RESULTADO
2013	ATP Finals, Londres, Gran Bretaña	Cubierto dura	SF	Rafael Nadal	7-5, 6-3
2013	ATP World Tour Masters 1000, Cincinnati, OH, EE. UU.	Exterior dura	QF	Rafael Nadal	5-7, 6-4, 6-3
2013	ATP World Tour Masters 1000, Roma, Italia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-1, 6-3

2013	ATP World Tour Masters 1000, Indian Wells, CA, EE. UU.	Exterior dura	QF	Rafael Nadal	6-4, 6-2
2012	ATP World Tour Masters 1000, Indian Wells, CA, EE. UU.	Exterior dura	SF	Roger Federer	6-3, 6-4
2012	Abierto de Australia, Melbourne, Australia	Exterior dura	SF	Rafael Nadal	6-7 (5), 6-2, 7-6 (5), 6-4
2011	ATP Finals, Londres, Gran Bretaña	Cubierto dura	RR	Roger Federer	6-3, 6-0
2011	Roland-Garros, París, Francia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	7-5, 7-6 (3), 5-7, 6-1
2011	ATP World Tour Masters 1000, Madrid, España	Exterior tierra batida	SF	Rafael Nadal	5-7, 6-1, 6-3

AÑO	TORNEO	SUPERFICIE	RONDA	GANADOR	RESULTADO
2011	ATP World Tour Masters 1000, Miami, FL, EE. UU.	Exterior dura	SF	Rafael Nadal	6-3, 6-2
2010	ATP Finals, Londres, Gran Bretaña	Cubierto dura	F	Roger Federer	6-3, 3-6, 6-1
2010	ATP World Tour Masters 1000, Madrid, España	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-4, 7-6 (5)
2009	ATP World Tour Masters 1000, Madrid, España	Exterior tierra batida	F	Roger Federer	6-4, 6-4
2009	Abierto de Australia, Melbourne, Australia	Exterior dura	F	Rafael Nadal	7-5, 3-6, 7-6 (3), 3-6, 6-2
2008	Wimbledon, Gran Bretaña	Exterior hierba	F	Rafael Nadal	64 64 675 678 97
2008	Roland-Garros, Francia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-1, 6-3, 6-0
2008	ATP Masters Series, Hamburgo, Alemania	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	75 673 63

2008	ATP Masters Series, Montecarlo, Mónaco	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	7-5, 7-5
2007	Tennis Masters Cup, China	Cubierto dura	SF	Roger Federer	6-4, 6-1
2007	Wimbledon, Gran Bretaña	Exterior hierba	F	Roger Federer	7-6 (7), 4-6, 7-6 (3), 2-6, 6-2

AÑO	TORNEO	SUPERFICIE	RONDA	GANADOR	RESULTADO
2007	Roland-Garros, París, Francia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-3, 4-6, 6-3, 6-4
2007	ATP Masters Series, Hamburgo, Alemania	Exterior tierra batida	F	Roger Federer	2-6, 6-2, 6-0
2007	ATP Masters Series, Montecarlo, Mónaco	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-4, 6-4
2006	Tennis Masters Cup, China	Cubierto dura	SF	Roger Federer	6-4, 7-5
2006	Wimbledon, Gran Bretaña	Exterior hierba	F	Roger Federer	6-0, 7-6 (5), 6-7 (2), 6-3
2006	Roland-Garros, París, Francia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	1-6, 6-1, 6-4, 7-6 (4)
2006	ATP Masters Series, Roma, Italia	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-7 (0), 7-6 (5), 6-4, 2-6, 7-6 (5)
2006	ATP Masters Series, Montecarlo, Mónaco	Exterior tierra batida	F	Rafael Nadal	6-2, 6-7 (2), 6-3, 7-6 (5)
2006	Dubái, Emiratos Árabes Unidos	Exterior dura	F	Rafael Nadal	2-6, 6-4, 6-4
2005	Roland-Garros, París, Francia	Exterior tierra batida	SF	Rafael Nadal	6-3, 4-6, 6-4, 6-3
2005	ATP Masters Series, Miami, FL, EE. UU.	Exterior dura	F	Roger Federer	2-6, 6-7 (4), 7-6 (5), 6-3, 6-1
2004	ATP Masters Series, Miami, FL, EE. UU.	Exterior dura	R32	Rafael Nadal	6-3, 6-3

Fuente: atpworldtour.com

TÍTULOS INDIVIDUALES DE RAFA NADAL

AÑO	TORNEOS
2017	Pekín (aire libre/dura) US Open (aire libre/dura) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Montecarlo (aire libre/tierra batida)
2016	Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Monte Carlo (aire libre/tierra batida)
2015	Hamburgo (aire libre/tierra batida) Stuttgart (aire libre/hierba) Buenos Aires (aire libre/tierra batida)
2014	Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida) Río de Janeiro (aire libre/tierra batida) Doha (aire libre/dura)
2013	US Open (aire libre/dura) ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) ATP World Tour Masters 1000 Canadá (aire libre/dura) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Roma (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (aire libre/dura) Acapulco (aire libre/tierra batida) São Paulo (cubierto/tierra batida)

AÑO	TORNEOS
2012	Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Roma (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Montecarlo (aire libre/tierra batida)
2011	Roland-Garros (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Montecarlo (aire libre/tierra batida)

2010	Tokio (aire libre/dura) US Open (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Roma (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Montecarlo (aire libre/tierra batida)
2009	ATP World Tour Masters 1000 Roma (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Montecarlo (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (aire libre/dura) Open de Australia (aire libre/dura)
2008	Medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Pekín (aire libre/dura) ATP Masters Series Canadá (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Londres/Queen's Club (aire libre/hierba) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Hamburgo (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Montecarlo (aire libre/tierra batida)
2007	Stuttgart (aire libre/tierra batida) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Roma (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Montecarlo (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Indian Wells (aire libre/dura)

AÑO	TORNEOS
2006	Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Roma (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Montecarlo (aire libre/tierra batida) Dubái (aire libre/dura)

2005	ATP Masters Series Madrid (cubierto/dura) Beijing (aire libre/dura) ATP Masters Series Canadá (aire libre/dura) Stuttgart (aire libre/tierra batida) Bastad (aire libre/tierra batida) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Roma (aire libre/tierra batida) Barcelona (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Montecarlo (aire libre/tierra batida) Acapulco (aire libre/tierra batida) São Paulo (aire libre/tierra batida)
2004	Sopot (aire libre/tierra batida)

Fuente: atpworldtour.com.
Títulos obtenidos hasta el 19 de febrero de 2018

TÍTULOS DE DOBLES DE RAFA NADAL

AÑO	TORNEOS
2016	Pekín (con Pablo Carreño Busta) Juegos Olímpicos de Río de Janeiro (con Marc López)
2015	Doha (con Juan Mónaco)
2012	ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (con Marc López)
2011	Doha (con Marc López)
2010	ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (con Marc López)
2009	Doha (con Marc López)
2008	ATP Masters Series Montecarlo (con Tommy Robredo)
2005	Doha (con Albert Costa)
2004	Chennai (con Tommy Robredo)
2003	Umag (con Álex López Morón)

Campeón de la Copa Davis en los años 2004, 2008, 2009 y 2011.
Campeón de la Laver Cup en 2017.

Títulos colectivos:
Campeón de la Copa Davis en los años 2004, 2008, 2009 y 2011.
Campeón de la Laver Cup en 2017.

Fuente: atpworldtour.com
Títulos obtenidos hasta el 19 de febrero de 2018

TÍTULOS INDIVIDUALES DE ROGER FEDERER

AÑO	TORNEOS
2018	Abierto de Australia (aire Libre/dura) Róterdam (cubierto/dura)
2017	Basilea (cubierto/dura) ATP World Tour Masters 1000 Shanghái (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Halle (aire libre/hierba) ATP World Tour Masters 1000 Miami (aire libre/dura) ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (aire libre/dura) Abierto de Australia (aire libre/dura)
2015	Basilea (cubierto/dura) ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) Halle (aire libre/hierba) Estambul (aire libre/tierra batida) Dubái (aire libre/dura) Brisbane (aire libre/dura)
2014	Basilea (cubierto/dura) ATP World Tour Masters 1000 Shanghái (aire libre/dura) ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) Halle (aire libre/hierba) Dubái (aire libre/dura)
2013	Halle (aire libre/hierba)

2012	ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Indian Wells (aire libre/dura) Dubái (aire libre/dura) Róterdam (cubierto/dura)

AÑO	TORNEOS
2011	ATP Finals (cubierto/dura) ATP World Tour Masters 1000 París (cubierto/dura) Basilea (cubierto/dura) Doha (aire libre/dura)
2010	ATP Finals (cubierto/dura) Basilea (cubierto/dura) Estocolmo (cubierto/dura) ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) Abierto de Australia (aire libre/dura)
2009	ATP World Tour Masters 1000 Cincinnati (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Roland-Garros (aire libre/tierra batida) ATP World Tour Masters 1000 Madrid (aire libre/tierra batida)
2008	Basilea (cubierto/dura) US Open (aire libre/dura) Halle (aire libre/hierba) Estoril (aire libre/tierra batida)
2007	Tennis Masters Cup (cubierto/dura) Basilea (cubierto/dura) US Open (aire libre/dura) ATP Masters Series Cincinnati (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) ATP Masters Series Hamburgo (aire libre/tierra batida) Dubái (aire libre/dura) Abierto de Australia (aire libre/dura)

AÑO	TORNEOS

2006	Tennis Masters Cup (cubierto/dura) Basilea (cubierto/*carpet*) ATP Masters Series Madrid (cubierto/dura) Tokio (aire libre/dura) US Open (aire libre/dura) ATP Masters Series Canadá (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Halle (aire libre/hierba) ATP Masters Series Miami (aire libre/dura) ATP Masters Series Indian Wells (aire libre/dura) Abierto de Australia (aire libre/dura) Doha (aire libre/dura)
2005	Bangkok (cubierto/dura) US Open (aire libre/dura) ATP Masters Series Cincinnati (aire libre/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Halle (aire libre/hierba) ATP Masters Series Hamburgo (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Miami (aire libre/dura) ATP Masters Series Indian Wells (aire libre/dura) Dubái (aire libre/dura) Róterdam (cubierto/dura) Doha (aire libre/dura)
2004	Tennis Masters Cup (aire libre/dura) Bangkok (cubierto/dura) US Open (aire libre/dura) ATP Masters Series Canadá (aire libre/dura) Gstaad (aire libre/tierra batida) Wimbledon (aire libre/hierba) Halle (aire libre/hierba) ATP Masters Series Hamburgo (aire libre/tierra batida) ATP Masters Series Indian Wells (aire libre/dura) Dubái (aire libre/dura) Abierto de Australia (aire libre/dura)

AÑO	TORNEOS
2003	Tennis Masters Cup (aire libre/dura) Viena (cubierto/dura) Wimbledon (aire libre/hierba) Halle (aire libre/hierba) Múnich (aire libre/tierra batida) Dubái (aire libre/dura) Marsella (cubierto/dura)

2002	Viena (cubierto/dura) ATP Masters Series Hamburgo (aire libre/tierra batida) Sídney (aire libre/dura)
2001	2001 Milán (cubierto/*carpet*)

Fuente: atpworldtour.com.
Títulos obtenidos hasta el 19 de febrero de 2018

TÍTULOS DE DOBLES DE ROGER FEDERER

AÑO	TORNEOS
2008	Juegos Olímpicos de Pekín (con Stan Wawrinka)
2005	Halle (con Yves Allegro)
2003	Viena (con Yves Allegro) ATP Masters Series Miami (con Max Mirny)
2002	Moscú (con Max Mirny) Róterdam (con Max Mirny)
2001	Gstaad (con Marat Safin) Róterdam (con Jonas Björkman)

Títulos colectivos:
Campeón de la Copa Davis con Suiza en 2014.
Campeón de la Copa Hopman con Suiza en 2001 y 2018.
Campeón de la Laver Cup con el equipo europeo en 2017.

Fuente: atpworldtour.com.
Títulos obtenidos hasta el 19 de febrero de 2018

AGRADECIMIENTOS

No podríamos haber escrito este libro sin la ayuda de muchas personas que, de una forma u otra, han puesto de su parte para que *Rafa&Roger* se convirtiese en una realidad. Gracias a todos los que están en estas páginas, pero sobre todo a los que nos hemos dejado por el camino, y que han sido como mínimo igual de importantes que los mencionados a continuación.

A David, editor de *Rafa&Roger*, por aguantar heroicamente nuestras dudas, por recibir con una sonrisa una pila de correos a la semana y por tener la capacidad de cumplir todas nuestras peticiones. Y a Vanessa, editora ejecutiva de Libros Cúpula, por confiar ciegamente en este proyecto.

A Marta, por ser la mejor amiga que podríamos tener, por ayudarnos a coger las curvas más cerradas del libro y por aceptar ser la primera en leer nuestra historia al completo.

A Benito y Carlos, por aprobar esta aventura antes de que comenzásemos a teclear y por estar siempre disponibles para lo que hemos necesitado.

A Abel, por abrirnos siempre la puerta de su casa en Londres para darnos de comer, y por regalarnos unos recuerdos de un valor incalculable.

A Zubi, que con sus fotografías ha ilustrado la historia de la rivalidad entre Nadal y Federer y las ha compartido con nosotros.

Al Barcelona Open Banc Sabadell y al Mutua Madrid Open. A Manolo, Carlos, Gerard y Beto, por abrirnos las puertas del Real Club de Tenis Barcelona y de la Caja Mágica.

A Ana, sin dudas una de las personas más brillantes y creativas del mundo, por el apoyo constante y la creencia firme de que este libro era una buena idea, por todas las propuestas para la portada y por contagiar positivismo en los momentos complicados.

A Blanca, porque sin imaginarlo ni saberlo ha sido fuente de inspiración de esta historia, y porque lo seguirá siendo de todas las que vengan en el futuro.

A Aitor y Mario, por ofrecerse a aportar una visión diferente desde el primer momento, por hacer crítica constructiva y por entusiasmarse con la historia hasta el punto de hacerla también suya.

A Rafael, porque su incesante torrente de preguntas inquietas ha sido la forma más sincera de demostrar lo mucho que le importaba este libro.

A Nico y José María, por hacernos creer que algún día este libro estaría escrito para vosotros.

A José Manuel y Manu, por compartir una pasión que nos une, sin importar las distancias.

A Roci, Marga, Carmen, Lucía, Luci, Roci y Lola por aguantar pacientemente cada juego, cada set y cada partido de nuestras vidas.

A Anabel, por dibujarnos una sonrisa constante. Por convertirse en la luna que ilumina nuestras historias.

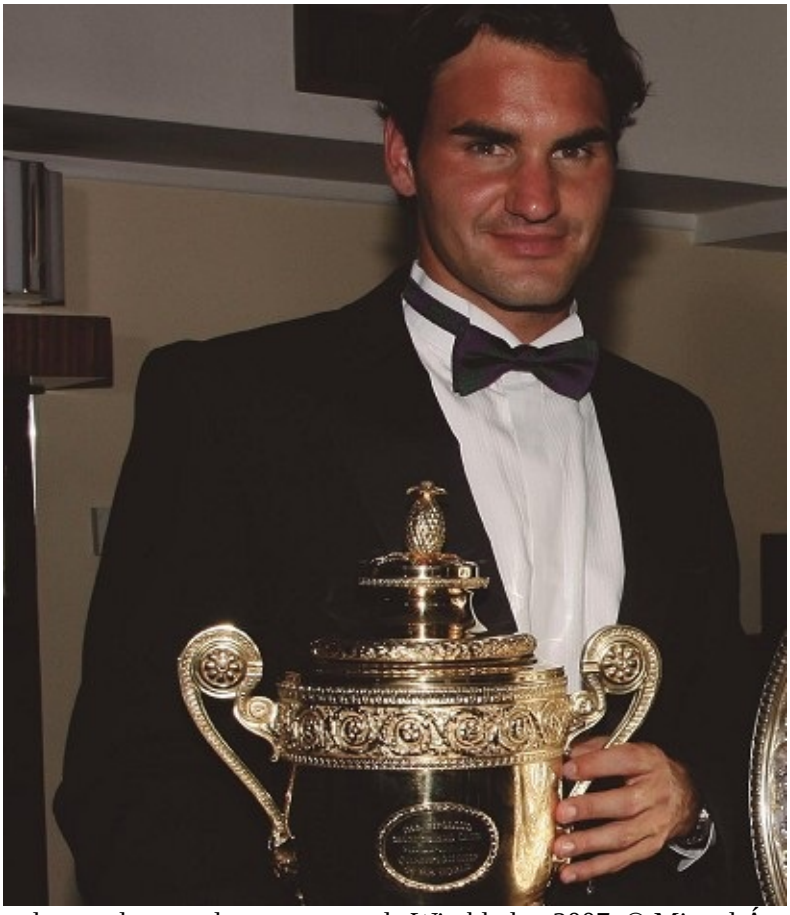
A Edu, por su motivación, por su cariño y por su fe inquebrantable en este libro. Por un «me encanta» que nos dio la vida cuando amenazaban las dudas.

A David, que siempre quiso figurar en los agradecimientos de un libro. Y a Luis, Javi y los Albertos, por vuestros constantes deseos de éxito. Y por una amistad que dure para siempre.

Roger Federer y Rafa Nadal, tras jugar la final del Masters 1000 de Miami 2005. © Miguel Ángel Zubiarrain

Federer, posando con un halcón en Doha 2007 antes del inicio del torneo. © Miguel Ángel Zubiarrain

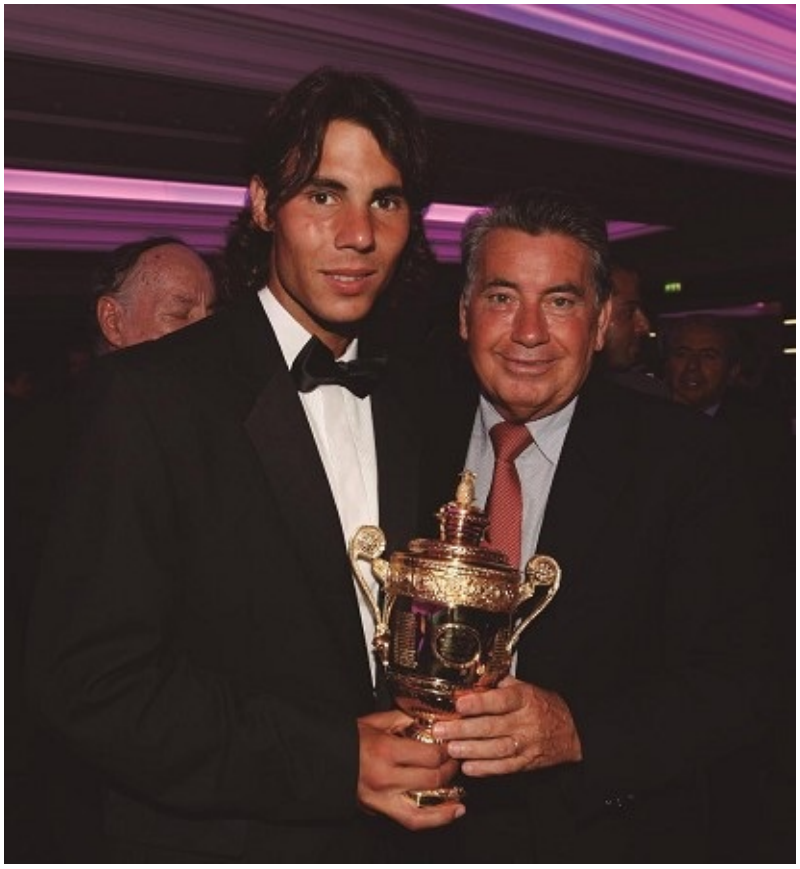
Rafa y Roger, durante la ceremonia de trofeos del Masters 1000 de Montecarlo en 2007. © Miguel Ángel Zubiarrain



Roger Federer, durante la cena de campeones de Wimbledon 2007. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer y Rafa Nadal se saludan después de la final de Roland Garros 2008. © Miguel Ángel Zubiarrain

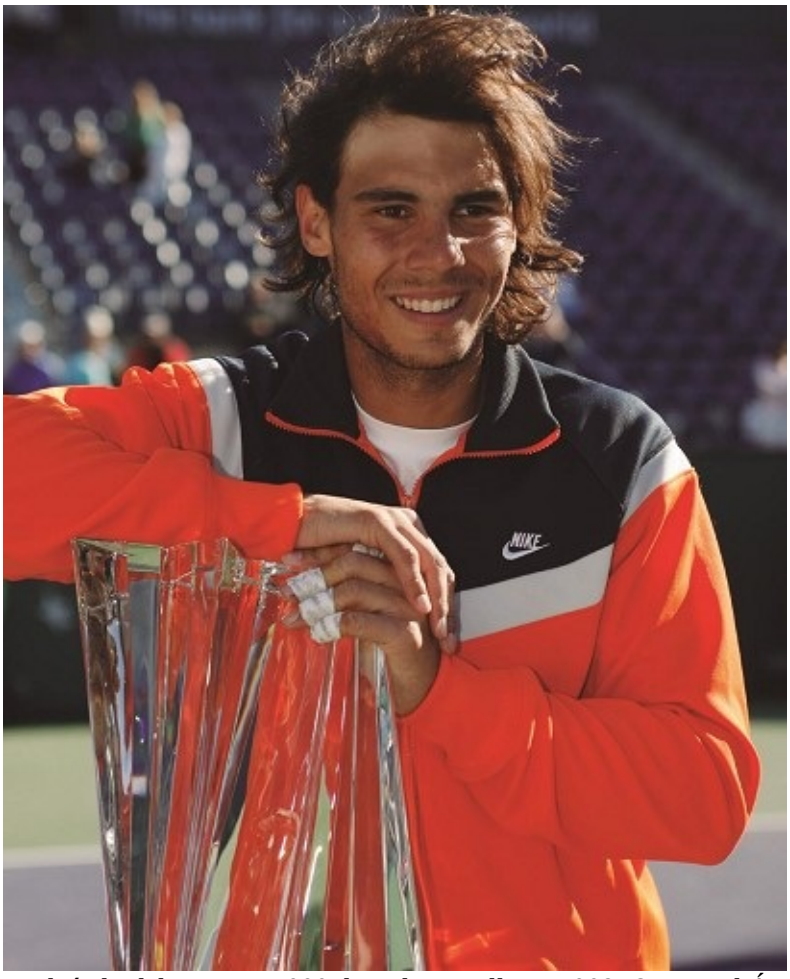
Rafa y Roger, en la ceremonia de trofeos de Wimbledon 2008. © Miguel Ángel Zubiarrain



Rafa Nadal y Manolo Santana, en la cena de campeones de Wimbledon 2008. © Miguel Ángel Zubiarrain

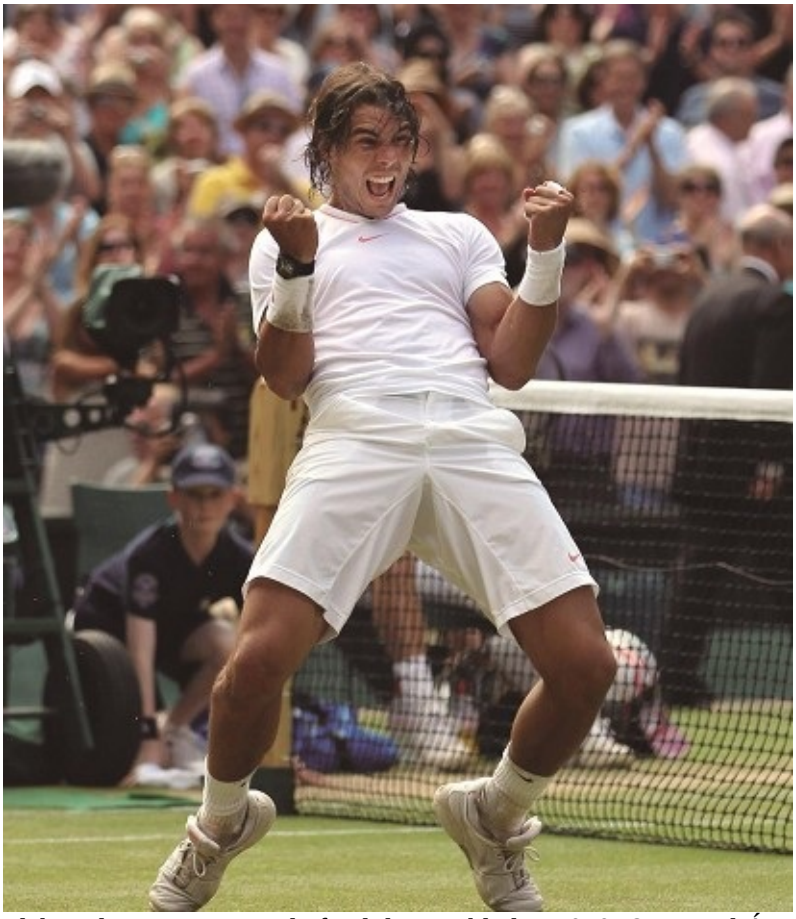
Rafa Nadal, mordiendo el trofeo de número uno tras recibirlo en el Mutua Madrid Open 2008. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa, consolando a Roger tras ganarle la final del Abierto de Australia de 2009. © Miguel Ángel Zubiarrain



Rafa Nadal, con el título del Masters 1000 de Indian Wells en 2009. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal, Gustavo Kuerten y Roger Federer, en la ceremonia de trofeos de Roland Garros 2010. © Miguel Ángel Zubiarrain



Rafa Nadal, celebrando su victoria en la final de Wimbledon 2010. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa y Roger, durante la ceremonia de trofeos del ATP Finals de Londres, en 2010. © Kirsty Wigglesworth

Rafa y Roger, antes de empezar el calentamiento de la final del Mutua Madrid Open 2011. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer, Nasser Ghanim Al-Khelaifi y Rafa Nadal, en la fiesta de jugadores del torneo de Doha en 2012. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal, con la copa de campeón de Roland Garros 2014. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer, con el título de campeón de Basilea en 2014. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger y Rafa, tras la final de Basilea en 2015. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal, Roger Federer y José María Álvarez-Pallete, de Telefónica, durante la inauguración de la Academia del mallorquín. © Rafa Nadal Academy by Movistar

Rafa y Roger, posando en el museo de la Academia de Rafa con la indumentaria que ambos usaron en la final de Wimbledon 2008. © Rafa Nadal Academy by Movistar

Rafa Nadal, Rod Laver y Roger Federer en la entrega de premios del Abierto de Australia de 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa y Roger, tras la final del Masters 1000 de Miami 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal se lanza a la piscina del Real Club de Tenis Barcelona con los recogepelotas tras conquistar por décima vez el Trofeo Conde de Godó en abril de 2017. © Barcelona Open Banc Sabadell

Rafa Nadal, posando con el título de campeón del Mutua Madrid Open 2017. © Diego G. Souto

Rafa Nadal, besando su décimo Roland Garros en 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal, posando con la Torre Eiffel de fondo la mañana siguiente de ganar Roland Garros 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer, besando el título de campeón de Wimbledon 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa Nadal, mordiendo el trofeo de campeón del Abierto de los Estados Unidos de 2017. © Miguel Ángel Zubiarrain

Rafa y Roger, en el primer partido de dobles que jugaron juntos en la Laver Cup, en Praga 2017. © David W Cerny

Rafa Nadal, celebrando un punto ante Diego Schwartzman en el Abierto de Australia de 2018. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer, llorando tras recibir el título de campeón del Abierto de Australia de 2018. © Miguel Ángel Zubiarrain

Roger Federer, posando con el título del Abierto de Australia de 2018 la mañana después de su victoria. © Miguel Ángel Zubiarrain

Notas

1. Los *pedal pushers* son pantalones por debajo de la rodilla que se pusieron de moda en Estados Unidos en los años cincuenta y sesenta. El cantante Carl Perkins les dedicó la canción *Pink Pedal Pushers* en 1958.

Rafa&Roger
Antonio Arenas y Rafael Plaza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Antonio Arenas y Rafael Plaza
© de las imágenes del pliego: Miguel Ángel Zubiarrain, Rafa Nadal Academy by Movistar, Barcelona Open Banc Sabadell, Felipe Sevillano y David W. Cerny, debidamente indicado en las imágenes.

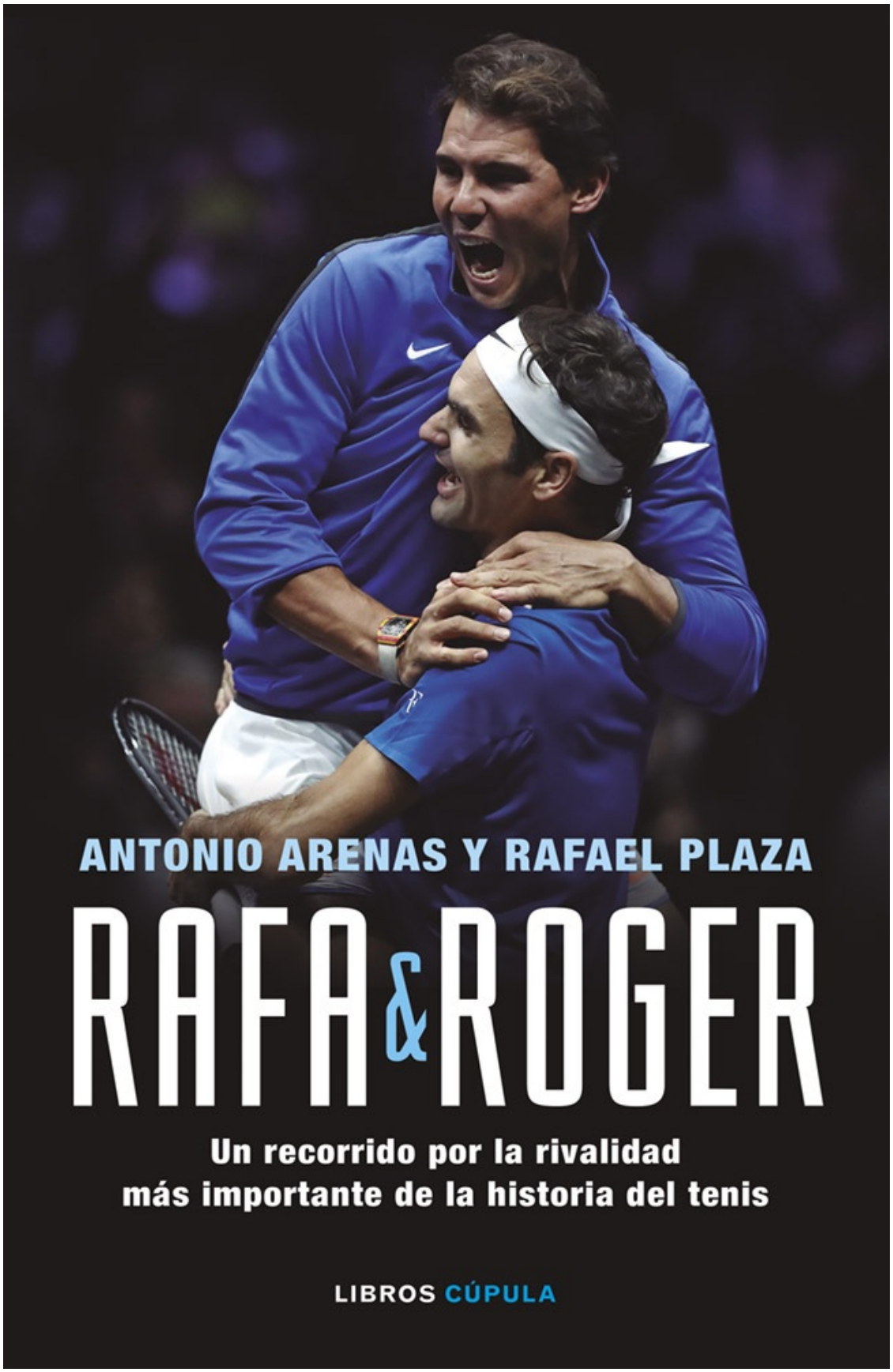
Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y
Diseño Área Editorial Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-480-2430-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com



ANTONIO ARENAS Y RAFAEL PLAZA

RAFA & ROGER

Un recorrido por la rivalidad más importante de la historia del tenis

LIBROS CÚPULA